

MARIEL RUGGIERI

CON LA COLABORACIÓN DE  
DANTE AVILÉS



NADA

---

PROHIBIDO

---

ISBN: 13:978-1522995708

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de la autora. Si necesita contactarla, puede hacerlo a través del siguiente mail: [sds2609@gmail.com](mailto:sds2609@gmail.com)

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales, empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

Diseño de cubierta: H. Kramer Corrección: María Angélica Sasías Distribución: Amazon©

Mariel Ruggieri  
Montevideo, Uruguay  
Año 2016  
©Todos los derechos reservados

# NADA PROHIBIDO

## Mariel Ruggieri

"Ahora te sueltas el pelo y así descalza caminas,  
voy a morder el anzuelo, pues quiero lo que imaginas.  
Cuando se cae tu vestido, como una flor por el suelo,  
no existe nada prohibido,  
entre la tierra y el cielo..."

PAZ MARTINEZ Dedicado a Facundo Arana.

Una estrella brilla para vos, y para todo lo que tus manos toquen.  
Gracias por sumarte a las causas solidarias, a los sueños ajenos, por predicar con el ejemplo  
atreviéndote a cumplir los tuyos. Y por practicar el amor al prójimo en todas sus dimensiones.  
La popularidad no cambió tu esencia, pero generaste cambios gracias a ella.

*Mariel*

—1—

“Sin Dios todo está permitido —nos dice Dostoievski— porque si Dios no existiera, no tendrían  
razón de ser las restricciones morales, y sin ellas, todo es posible...”

El suplemento cultural del domingo pasado trae este artículo sobre el existencialismo humanista y  
la libertad. Tengo toda la intención de leerlo pero no me puedo concentrar y lo dejo a un lado.

Estoy hasta la coronilla de Dostoievski, de Sartre, y de todos los pensadores que en mi época de  
estudiante me fascinaban. Recuerdo avergonzado como repetía igual que un lorito bien entrenado  
que “el hombre es el responsable de sus elecciones” y que “la libertad genera angustia”. Qué  
pelotudo... Veinte años sujeto a restricciones auto impuestas de toda índole, me demuestra que esa  
angustia se parece más bien a una especie de vértigo al darse cuenta de la infinidad de  
posibilidades que implica el no estar atado a nada.

Ahora ya es tarde, y como una oveja temerosa, me encuentro seguro en el rebaño y esa antigua  
aspiración de sentirme libre ya no está a mi alcance. A decir verdad, a esta altura ni siquiera me  
interesa.

Y pensar que en algún momento quise ser el líder de la manada... Lo dicho, qué pelotudo. Carla  
siempre fue el macho alfa y tampoco hay nada que pueda hacer al respecto. Y Juan y Pía, los  
cachorros que pisotean sistemáticamente cualquiera de mis necesidades incipientes, porque las de  
ellos siempre están primero.

Y es bueno que así sea. Pero en el fondo de mi corazón, a mis treinta y nueve años recién  
cumplidos, siento que la palabra “resignación” no debería estar en mi diccionario todavía.

Lunes por la noche:

Estoy... pasmada. No puedo creerlo, aún no caigo. Me siento paralizada en medio de esta vorágine de

acontecimientos que presiento van a cambiar mi vida para siempre.

No sé ni por dónde empezar. Es tal la locura en la que me vi inmersa de un día para otro, que no tuve ni tiempo para escribir nada en esta bitácora de vida que me acompaña siempre. Pensándolo bien, no escribo desde mucho antes. No escribo desde el día en que me marché de Carmelo, hace ya dos semanas. ¿Quién iba a decir que mis vacaciones se iban a extender tanto?

Bendita tarde calurosa. Era tanta la humedad en Montevideo, que apenas podía respirar y por un momento me arrepentí de haber accedido a acompañar a Natalia al casting. Afortunadamente ella me recibió con una limonada helada en su monoambiente pésimamente decorado. Mi hermana tiene una extraña obsesión con los autos de lujo, y el departamento es la prueba de ello. Veinte posters de relucientes convertibles, y ni un solo espejo... Y yo necesitaba uno.

Verme linda es lo único que me da seguridad en la vida.

No soy vanidosa, pero sentirme hermosa es lo único que me hace feliz últimamente. No, mentira. Cantar lo es, porque cuando canto me siento la más linda del mundo.

Me anoté para participar, por esa vieja costumbre de no dejar pasar las oportunidades sin intentarlo, pero en el fondo jamás creí que lo iba a conseguir. Cuando pasé a la segunda ronda, casi me boicoteo las posibilidades de quedar. Me sentí como una tonta, con la lengua trabada y la sangre latiéndome en las sienas mientras trataba de responder a la trillada pregunta de: ¿Por qué te presentaste al casting? Por inercia, por eso. Y porque a mi prima Verónica le pareció que era buena idea que lo hiciera, y porque mi insoportable hermana que sí se moría por ser seleccionada, prácticamente me arrastró con ella.

No dije nada de eso, por supuesto. Sin embargo, no mentí. Roja como un tomate sólo mencioné que me gustaba cantar y que me parecía una buena forma de comenzar mi carrera... ¡Y al parecer les gustó! Gran Hermano va a ser la bisagra que me haga pasar de ser una ilustre desconocida, a tapa de revistas y de discos compactos. ¡Así de simple! Tengo el bendito telegrama en las manos, y no puedo dejar de leerlo:

*Señorita María Emilia Fraga: ha sido seleccionada para formar parte de Gran Hermano Argentina. Rogamos se comuniquen a la brevedad con nosotros, y que seleccione un letrado que la represente en la firma del contrato. Atentamente, La Producción.*

Qué felicidad, por Dios. Y por primera vez en mucho tiempo, siento que la vida me sonríe de veras.

Mi madre tiene una extraña obsesión con mi salud. Siempre me ve demasiado pálido, demasiado delgado, demasiado triste. Bueno, puede que en esto último tenga razón.

No estoy deprimido, más bien me definiría como hastiado. ¿De qué? De todo y de nada. No hay razón para que me sienta así, pues trabajo en lo que me gusta y no me va mal; tengo dos hijos

sanos, un techo donde vivir y una compañera.

¿La tengo de veras? Hace mucho que Carla y yo corremos por distintos rieles. No sé cuando comenzamos a alejarnos uno del otro, pero lo cierto es que algunas noches la observo dormir y una sensación de extrañeza me invade.

La misma que siento en las mañanas cuando sin querer me miro en el espejo. La misma que debe sentir Pía cuando intento interesarme en sus cosas, o Juan cuando me hago el ocurrente y sólo obtengo una mueca de disgusto.

Mi casa no es mía solamente; la mitad es del banco.

Y mi trabajo... Moverme entre la mierda, entre las miserias humanas, ya me está hartando. Es que a todos nos pasa más o menos lo mismo. Una madre castradora, un padre ausente, o viceversa. Fantasías prohibidas, amores desencontrados. Un querer y no poder, un anhelar y no hacer nada para conseguirlo. Problemas de dinero, problemas conyugales. Problemas y más problemas. Y el miedo... Siempre presente, siempre acechando.

Hace mucho tiempo yo quería cambiar al mundo y finalmente el mundo terminó cambiándose a mí. La ilusión de haber optado por ser libre y el haber luchado contra el mandato familiar ahora se me antoja una pérdida de tiempo.

Me resistí todo lo que pude, quise vivir a mi propio aire y hacer lo que el corazón me indicara, pero terminé tomando el té con mi madre todos los miércoles a las cinco, sólo porque ella lo quiere así.

Me mira por encima de sus anteojos y como es su costumbre desapruueba mi aspecto, y me lo hace notar en más de una forma. Sacude la cabeza, molesta.

“Sí, mamá. Soy la única oveja negra que tiene el cabello rubio. Vaya contradicción...”  
Haber elegido ser un psicólogo bohemio e idealista, nunca fue buen visto en una familia de polistas de raza. Y ser de izquierda entre gente conservadora definitivamente no ayudaba en nada. A mí nunca me gustó la pose, y el *pedigree* de las personas siempre me resultó indiferente. Desde chico tuve una tendencia a salirme de la fila, y también a salirme de la raya y mis padres se encargaron sistemáticamente de volverme al corral.

Sólo mis férreas convicciones me mantuvieron cuerdo en una familia de locos, pero con el tiempo fui desgastando esa cordura, y poco a poco me transformé en lo que hoy soy. Un híbrido entre lo que debí ser y lo que me gustaría ser.

Mi vida actual es una sombra de la que soñé, y una copia algo venida a menos de la de mis padres que tanto repudié. Indiferencia marital es la tónica de hoy con Carla, igual que la legendaria que siempre se profesaron mis padres.

Una copia pero no idéntica. Para empezar, en casa el dinero no es lo que abunda, sino lo que se me reclama continuamente. Y tampoco abunda el amor, pero no es el odio el pan de cada día. Por último, la infidelidad no engrosa mi lista de pecados, y espero que tampoco la de Carla.

Infidelidad... Soy un hombre formalmente fiel. Y lo digo así, porque ganas no me faltaron, pero mis principios guiaron el alcance de mis lealtades, así que jamás me atreví a cruzar esa línea. Estuve al borde, caminé por la cornisa más de una vez, pero jamás me lancé. El suicidio tampoco está en mi lista, y el haber cedido a la tentación hubiese significado un atentado a mi esencia, y la muerte de mi tranquilidad espiritual.

Me molesta sin embargo, no sentirme con la autoridad moral de antaño para juzgar más duramente a mis padres. ¿Los habré perdonado? Tal vez, o tal vez me esté convirtiendo en ellos. Como sea, le cumplo a mi madre cada miércoles y vengo a tomar el té a las cinco en punto. Escucho atentamente sus críticas y finjo que voy a seguir sus consejos.

“Tenés razón, en cualquier momento me corto el pelo, mamá. Sé que no me queda bien”, miento en ambas cosas, porque ni me lo voy a cortar, ni me queda tan mal. Hace mucho que lucho por evitar los espejos, y por eso me dejé la barba. Un sentimiento primitivo de autoprotección me impide profundizar en el abismo que adivino tras esa mirada azul que ellos me devuelven.

“También tenés razón. Debí dedicarme a los caballos y al polo... Pero el daño ya está hecho.” Soy un fracaso. Esto último no se lo digo, pero hace tiempo que yo admito a la frustración en mi vida. Nos hicimos amigos porque voy a tener que vivir con ella el tiempo que me quede por delante.

Frustración laboral, porque nada se dio como yo esperaba. No cambié la vida de nadie, apenas fui el reflejo de los conflictos de mis pacientes. Frustración como padre, pues mis hijos cuando no me subestiman me ignoran. Y frustración conyugal, porque mi matrimonio es sólo una fachada.

Cuando Carla empezó a negarse con más frecuencia de la que accedía, es que yo aprendí a sublimar. Soy el rey de los sublimadores, y lo hago mediante el deporte, igual que cuando tenía trece y las hormonas guiaban mis pasos.

Pero ahora segrego sólo bilis, y cualquier ejercicio no competitivo se lleva mi energía hasta las duchas. Nado, corro, y el gimnasio es una de mis rutinas agradables. Las otras... las otras tienen que ver con llevar un enorme peso, más que con levantar pesas.

En algún momento, muy de vez en vez, siento un inquietante palpitar en mi cuerpo... Pero cuando realmente pierdo el sosiego es cuando ese palpitar no lo siento en mi pene, sino en mi corazón.

¡Viernes!

Ya está. Hoy firmé el contrato y enseguida, sin darme siquiera un respiro, pasé directo a la sesión de fotos promocionales. Fui a cara lavada y terminé hecha una verdadera muñeca. Me quieren “vender” como sexy, no como talentosa, pero yo les voy a demostrar que soy más que una cara bonita. ¡Les voy a demostrar lo que valgo! Por ahora digo que sí a todo, y me preparo para jugar.

Si no me conociera, me creería, en serio. Pero como sé que mi segundo nombre no es “Coraje”, me doy cuenta de que más que como una pantera me comportaré como un gatito, y andaré escondida detrás de las cortinas.

¡Dios mío! ¡Voy a entrar a Big Brother!

Participar de ese reality que aborrecí desde siempre, no es la idea que yo tenía para encontrarle sentido a mi vida, pero aquí estoy, aprovechando oportunidades, diciéndole adiós a la timidez, olvidando el pasado...

Un pasado que ignoro pero intuyo terrible. Un bloqueo en mi memoria me impide recordar qué sucedió aquel día. ¿Cómo olvidar lo que no se puede recordar? Y sin embargo allí está, y me destroza el alma. No saber qué es lo que me hace tanto daño ya no me asusta. Es algo que está ahí, un fantasma conocido con el que tengo que acostumbrarme a convivir.

Con él, y con diecisiete personas más durante más de cien días en la casa de Gran Hermano. Eso sí es como para meterle miedo a cualquiera.

¿Cuánto tiempo podré soportar? ¿Cuánto tiempo me soportarán?  
Dios del cielo, dame fuerzas y entereza para seguir con esto adelante.

El polo siempre me pareció una reverenda mierda. No el deporte en sí, sino el ambiente que lo rodea. Lo más insólito es que odiando tanto el esnobismo terminé casándome con su principal exponente. Carla es la viva imagen de mi madre, sólo que afortunadamente ahoga en cremas sus frustraciones, y no en el alcohol.

Los caballos en cambio, siempre me gustaron. Pasé mi niñez montado en uno, pero sin intermediarios. Nada de camisetas de marca, ni pantalones de diseñador. Solo el caballo y yo, en el verde inmenso que parecía no tener fin.

Mis hermanos sí que nacieron polistas, y se identifican entre ellos por su handicap. Alejo es “nueve” y Tomás es “ocho”, y así se nombran uno al otro por extraño que parezca. Obviamente en mi familia de origen, yo figuro con un número negativo, y eso ha signado mi vida desde siempre.

Somos tres hijos varones buenos para nada, pero los dos mayores son polistas y eso eleva su handicap personal a la estratósfera.

Ser un “loquero” poco exitoso no suma puntos en mi familia, más bien los resta. Los psicólogos estamos al servicio de la alta sociedad igual que los pedicuros o dentistas. Se agendan un turno con el profesional que corresponda y nosotros nos encargamos de limpiar la podredumbre, de limar las asperezas. Además, está de moda, y es símbolo de estatus tener un terapeuta. Yo soy miembro de una de las familias de más prestigio social de la Argentina, y se podría decir que estoy ante un conflicto de intereses cuando ejerzo mi profesión, aunque hace rato quedó más que claro en qué lado de la vereda me encuentro.

Soy plenamente consciente de que muchas veces soy utilizado como depósito. A mi consultorio viene gente que no necesita un psicólogo, lo que necesita es amor. “Bienvenidos al club”, tengo ganas de decirles, pero me callo. ¿Cómo ayudar a alguien cuando yo adolezco de lo mismo?

Y me avergüenza reconocer que a algunos tendría que correrlos a patadas, pero me aguanto porque tengo una hipoteca, dos pibes que mantener y una esposa que gasta a un ritmo constante y en aumento.

Carla. Es inevitable tenerla presente en mis reflexiones. Me enamoré de ella cuando estaba

empezando la facultad. Teníamos sólo diecinueve años.

La primera vez que la vi, brillaba. Sonriendo entre flores en un picnic del día de la primavera, destilaba tanta luz que parecía un hada. Me quedé como hipnotizado admirando su belleza y sólo salí del trance cuando habló y me di cuenta que tenía más de Barbie que de Campanita.

Los misterios de su cuerpo y cómo develarlos me hicieron olvidar todo lo demás, y cuando quise acordar estábamos viviendo juntos. Siempre supe que no era la mujer indicada, pero me distraje un momento, y de pronto me encontré con dos hijos y la bendita hipoteca, y mi vida se convirtió en esto.

Una copia desvaída de la de mis padres, una cárcel, y también un refugio. Y la Barbie se volvió cada vez más Barbie, y se rio de mis locas ideas de cambiar al mundo. Ella lo que quería cambiar eran los muebles, las cortinas, y hasta mi forma de vestir.

Mi madre fue su principal aliada y su modelo a seguir. Suegra y nuera son tal para cual y también me agobian por igual.

Y aquí me encuentro en la mitad de mi camino, sin haber logrado ninguna de mis metas, sin haber cumplido ni uno de mis sueños. Es más, ni siquiera recuerdo cuáles eran.

No queda ni rastros de lo que fui, y no soy lo que quise ser. Por momentos soy presa de una angustia que me cierra el pecho, y mis barreras amenazan con levantarse. Pero no me permito el descontrol, eso no es para mí.

Y alejo de mi mente cualquier cosa que me induzca a pensar que me pasa lo mismo que a la mayoría de mis pacientes, y lo único que necesito es un poco de amor. —2—

Viernes otra vez.

El viaje a Buenos Aires fue tortuoso. Maldito barco. Maldito mar embravecido... Como mi alma.

Le dije adiós a mi ayer y espero con ansias el mañana, pero por alguna razón no estoy segura de que lo que viene sea lo mejor para mí. No quiero pensar en eso, así que le doy la bienvenida a Buenos Aires a mi vida, porque llegué para quedarme.

La partida también fue difícil. Cuando viajé a Carmelo y vi la expresión en el rostro de mi madre, supe que me la iba a poner complicada y no me equivoqué. Como un pájaro carpintero me taladró el cráneo durante dos interminables días.

“Sabía que tu hermanita montevideana te iba a llevar por el mal camino.”

“Tu hermanita montevideana” o “la pequeña bastarda” suele ser Natalia para mamá. El hecho que ambas hayamos sido engendradas en el mismo año por el mismo hombre, su esposo, fue decisivo para que se gestara también este odio, a veces franco, a veces velado.

Que sea el fruto de un amor extramatrimonial de mi padre, no me hace querer menos a mi hermana. Y cada vez que miro ese rictus de amargura en la boca de mi madre, me acerco más a comprender las motivaciones de ese hombre maravilloso al que adoro por encima de todo, y que hace tanto



que no veo. Yo misma he sentido siempre una inmensa necesidad de irme muy lejos de esta mujer que destila veneno y dolor. Yo la quiero porque es mi madre, pero ya no quiero ir por la vida limpiando el rastro de lágrimas que deja a su paso. Necesito transitar mi propio camino... Y si el llanto va a ser quien me marque el rumbo, aceptaré mi cruz con dignidad.

Pero esta noche es la gran noche, y sin dudas no voy a llorar. Hace tres días que estoy encerrada en este lujoso hotel, en completo aislamiento. Tengo un arsenal de películas y libros, pero estoy mortalmente aburrida. No sabía cuan necesario iba a ser tener contacto con la gente. Cuando viene la chica del servicio, la bombardeo a preguntas que ella ignora.

Aprovecho para comer, porque sé que en la casa la comida escasea. No suelo comer demasiado, pero me gusta tener la seguridad de que la heladera está llena y al alcance de mi mano. No va a ser nada fácil...

Sin privacidad, sin comida, sin sexo... Puedo con eso, seguro que puedo.

El sexo para mí no tiene misterios y es por eso que me gusta muy poquito. No va a ser problema prescindir de él durante los cuatro meses que viva en la casa de Big Brother. En realidad podría prescindir de él toda la vida.

El primero fue un abrelatas. Diecinueve años y ni una alegría... Del segundo me enamoré y él también, pero no de mí. Pude superarlo gracias al tercero, que me enseñó todo lo que sé y por eso el sexo para mí no tiene misterios.

Y es por eso también que me gusta muy poquito. Me zampo una manzana, una pera. Un café con leche con croissants.

Y no sé por qué, siento la necesidad de observarme desnuda al espejo por última vez. Soy toda miel y rosas. Soy curvas de terciopelo. Soy naturaleza viva, inexplorada a fondo, apenas transitada.

Pero no soy fuego ni jamás lo seré.

—Qué suerte que llegaste. Necesito plata. —¿Cuánto?

—Más de lo que vos podés darme, eso seguro. Pero me conformo con dos mil pesos.

—¿Dos mil? ¿Dos lucas, Carla? ¿Vos creés que yo cago guita? —le digo, furioso. Últimamente no podemos hablar sin discutir, y casi siempre es por dinero. Ayer fue la misma historia. Ella pidiendo, yo a las puteadas. En esta casa sale más de lo que entra desde hace mucho, y no sé cómo parar el chorro.

Carla también trabaja, es cierto. Es agente inmobiliaria de medio tiempo, pero cada vez que logra una venta, y eso ocurre muy de vez en cuando, o cambia su auto, o se hace una cirugía estética. Miento, la última vez se fue al Caribe con las amigas, y eso fue hace cuatro meses.

Mientras no entra nada de su parte, estoy yo para cubrir cada una de sus necesidades y caprichos.

—¿Y vos crees que yo lo hago por gusto? ¿Crees que las cosas se hacen solas, que la comida crece en la heladera? ¿A quién le pido para los gastos de tus hijos? Ya sé; le voy a pedir a Mercedes. Capaz que tu madre puede hacerse cargo de lo que necesita tu familia —me amenaza, sabiendo que con eso tiene la batalla ganada.

Abro la billetera y le doy el dinero que me pide. Antes de soltar los billetes le busco la mirada. —Rendilos.

—Sí, claro. Vamos a comer arroz todo el mes, mi vida —replica mientras toma su cartera y se marcha. Antes de que llegue a la puerta, le pregunto por Pía y se encoge de hombros. Me hace un gesto con la mano que no logro entender, y se sube al coche. No tengo idea de adónde va, y a decir verdad no me importa.

Mi hija sí me preocupa. La veo demasiado delgada, pero no pude encontrar una sola prueba de que sufre de anorexia. Cuando estoy presente come normalmente, y en su mano no tiene las marcas de los dientes al provocarse arcadas para vomitar. Sin embargo se ha vuelto taciturna y está obsesionada con su peso, lo que para mí son señales de alerta inconfundibles y permanezco atento ante cualquier síntoma que pueda aparecer.

Voy a su dormitorio y golpeo la puerta.

—¿Quién?

—Papá.

La escucho putear en voz baja, y enseguida me abre. —¿Qué hacés, Pippa?

—No me llames así, y estoy ocupada.

—¿Facebook? —pregunto haciéndome el canchero. —No, papá. Estoy mirando la tele.

—¿Y por qué no bajás y la miramos juntos en la sala? Resopla, pone los ojos en blanco, pero finalmente

accede.

—Estoy mirando Big Brother que empieza hoy —

me advierte, lo que me hace arrepentirme al instante de haberla invitado. Yo estaba pensando en ver alguna película de acción, luego de empaparnos de noticias. Ahora tendré que intentar digerir algo que no puedo ni tragar.

No lo aguanto, de verdad no lo aguanto, y mis buenos propósitos se van a la mierda. A los quince minutos me paso del sillón a la mesa y me pongo a transcribir una sesión que grabé esta tarde. Me gusta mirar a la gente a los ojos cuando me hablan, y si escribo me lo pierdo. Así que con el permiso del paciente grabo todo lo que me dicen, apunto algunas cosas como guía, y luego paso al papel lo que me parece más importante.

Pía sonrío ante la pantalla y parece no notar que ya no estoy a su lado. Me sumerjo en mi trabajo y momentos después, casi me muero del susto cuando mi hija me toca el hombro.

—¿Sos sordo, papá? Tu teléfono está sonando y no atendés.

Mierda, los auriculares. Me los quito al instante y tomo la llamada.

—Coco, no me digas que se suspendió el partido del sábado.

—No es por eso que te llamo, Máximo. Necesito de tu ayuda profesional.

—¿Qué pasa? —pregunto. Coco es uno de los productores de ese programa que tiene a mi hija embobada, y la persona más sensata que conocí en mi vida, así que me cuesta imaginarlo

solicitándome ese tipo de ayuda.

Me lo explica tan rápido que casi no puedo seguirlo. Cuando caigo en la cuenta de que me está hablando de una participante de Gran Hermano que acaba de sufrir un ataque de pánico antes de entrar a la casa, mis ojos se dirigen automáticamente al televisor. El programa parece estar transcurriendo con normalidad...

—...Entonces, ¿podés venir, Licenciado? El equipo de psicólogos del programa está abocado a los otros diecisiete chicos, pero esta piba está tan mal que necesito que la contengas y ver si puede entrar antes de que termine el programa.

—¿Llamaste a la emergencia?

—Están con ella ahora.

— Bueno, voy para allá.

—Traé paraguas porque está lloviendo a cántaros. Miro por la ventana. Es cierto... Y Carla aún está en

la calle.

Mientras me preparo para irme, le pregunto a Pía cómo va el programa y me cuenta que una de las chicas se descompuso, y que si no se recupera, mañana entrará una suplente.

—Ah, pobre. Pippa, me voy a una emergencia —le digo omitiendo deliberadamente los detalles

—. Mamá está por llegar del supermercado, así que te quedás sola un rato. Portate bien.

Y cuando resopla y pone los ojos en blanco le saco la lengua haciéndome el payaso, aunque sé que esas cosas a los catorce, ya no la hacen reír.

Justo antes de salir, me miro al espejo del recibidor por primera vez en mucho tiempo, y lo que veo me sorprende. Cansancio, hastío y algo más que no logro definir. Y no puedo evitar preguntarme cómo es que llegué a ser tan infeliz.

Conduzco despacio por una Buenos Aires casi desierta bajo una lluvia torrencial. No quería ir, pero mi compromiso con Coco me obligó a hacerlo.

Los agudos no son mi especialidad, lo mío son los crónicos. Los que sufren un día de forma intensa me intimidan, pues necesitan soluciones urgentes.

En cambio los del síntoma pertinaz que molesta pero no mata, me dan la oportunidad de tomarlo con calma, y no requieren que tome decisiones por ellos. Está claro que el intento de suicidio y los brotes psicóticos son más interesantes, pero menos redituables y definitivamente les suelo sacar el cuerpo cada vez que puedo.

En una época, cuando era un psicólogo recién graduado, tuve que intervenir en casos de víctimas de violación, y no me quedó un buen recuerdo, por cierto. Pero este caso no se trata de eso.

La chiquita que voy a ver ahora es víctima, pero de un ataque de pánico que la dejó por el piso minutos antes de entrar a participar de Gran Hermano. Y no es para menos.

Fui invitado por mi amigo Coco para ser el tercer profesional que el equipo de producción

necesitaba, pero requería dedicación full time en turnos rotativos, así que no se dio. El aceptar hubiese significado tener que dejar las evaluaciones de perfil psicológico para porte de armas, que son la principal fuente de ingresos de mi hogar hoy en día, y no me atreví a hacerlo para integrar un equipo por sólo cuatro meses. Además, este tipo de programas me resultan abominables; de verdad los odio. Someter a chicos jóvenes a aislamiento y exposición extrema es algo muy peligroso, y no adhiero a ese tipo de experimentos al mejor estilo Mengele.

No obstante, y según como me la describió mi amigo, entiendo que la reacción de la chica fue desmedida, e intuyo que hay algo más detrás de los nervios del debut.

Coco me espera en la puerta y me conduce al lugar donde ella se encuentra. Caminamos rápido; parece alarmado. En el pasillo nos cruzamos con los paramédicos, y a instancias de mi amigo me explican la situación y las medidas que tomaron. El haber elegido pasarle un sedante por vía intravenosa me indica la gravedad de la situación.

La piba debió estar muy alterada, tanto que medio Diazepam oral no hubiese sido suficiente. Veo a Coco preocupado y con razón. Las productoras tiemblan con este tipo de problemas que pueden transformarse en demandas legales luego. Quieren atacar el asunto desde la raíz, porque la chica, que se llama Emilia, pasó todas las pruebas psicológicas sin problemas, y demostró estar apta para enjaularse voluntariamente en la casa de Gran Hermano. Si de verdad tiene una enfermedad psiquiátrica, y los controles fallaron, pueden tener serios inconvenientes. No está del todo cuerda, no me cabe la menor duda. Hay que estar un poco loco para meterse en algo así.

Lo pienso, pero no digo nada al respecto. Estoy cansado y exhausto. Y también bastante mojado... Quiero terminar con esto de una vez. Les pido que me dejen entrar solo, y asienten. Bien, es toda mía. A ver qué se puede hacer.

Entro al camarín y veo la silueta de una mujer recostada de perfil en un sofá, de espaldas a la puerta. Cuando se da cuenta de que no está sola, se da vuelta.

No estoy preparado para algo así. Sus ojos parecen ciegos, pero están aterrados. Son dos enormes soles amarillo verdosos en un rostro pálido, surcado por las lágrimas. Lágrimas negras, como la canción. Me mira, pero no me ve. Pestañea varias veces y no logra enfocarme.

Entonces me acerco. Es muy joven. La ficha que apenas miré antes de entrar decía veintidós años, pero parece menor. Luce como una nena asustada y por un momento tengo ganas de golpear a los padres que le permitieron someterse a esto. Bueno, es mayor de edad, ya lo sé, pero aun así no puedo dejar de pensar en Pía y en lo que podía llegar a hacer para impedir que se metiera en algo así.

Qué linda es. Sin querer mi mente comienza a tejer fantasías en torno a ella. Hipótesis de trabajo que les llaman. Parece una muñeca rota, tirada en el sofá. Una muñeca a la que usaron, hicieron mierda y luego desecharon. Parece un pájaro golpeándose contra una ventana sin poder salir a la libertad. Parece una mariposa aleteando desesperada, cegada por la luz. Siento pena por ella, y muchas ganas de protegerla. Pero estoy preparado para eso, pues no es la primera vez que me siento identificado con un paciente que me despierta esa necesidad de ayudar en forma incondicional. En esos momentos es que me reencuentro con mi verdadero yo, y me reconozco como el que quise ser.

Cuando me siento así ya no soy un mercenario del diván. Cuando me hacen sentir de esa forma, es que pongo el corazón en lo que hago, y eso me resulta maravilloso.

Ella se encuentra tendida, ahora totalmente de cara a mí, pero creo que no logra enfocarme. El efecto del sedante lejos de tranquilizarla, la desespera. Quiere verme y no puede. Tiene miedo, lo leo en su mirada turbia y en su actitud expectante. Me arrodillo a su lado y permanezco en silencio. Sólo voy a hablarle cuando sienta que de verdad puede observarme.

Y de pronto se le ilumina el rostro y sonrío. Sus ojos se abren aún más y enlaza su mirada a la mía. Me ve, no hay dudas de ello. Y yo también la miro y sonrío sin poder evitarlo. No sé lo que me pasa, pero nunca nadie me hizo sentir tan... necesitado. Ella me observa como si yo fuese un dios.

Y por un momento así me siento. Soy el todopoderoso que le va a curar el alma. Voy a apartar el dolor de su vida. Voy a sanar cada una de sus heridas. Le voy a dar la paz que ella necesita. Voy a... No sé qué soy capaz de hacer en esta loca fantasía omnipotente, pero lo cierto es que me siento mejor que nunca. Y en el momento que caigo en la cuenta de que su mirada me transforma, de que su sonrisa me está atrapando irremediabilmente, siento un poco de miedo.

Su rostro se enciende, y lo ilumina todo con el calor de su mirada. No hay dudas, me tiene. No sé en qué forma pero me tiene.

Y cuando me tiende su mano y me dice lo que me dice, por un momento también tiene a mi corazón en ella, totalmente paralizado.

—Señor... por favor, salvame —me pide. En su voz adivino un ruego, y me conmueve profundamente. Me toca el alma. El saber que ella sin querer se hace eco de mis fantasías y de verdad me endiosa, me produce una sacudida interna que termina de desarmarme. Su inocencia, su candor...

Esa forma de mirarme. Yo hice que su dolor se fuera. Yo generé esa confianza. Yo tengo en mis manos darle la paz que necesita. Le tomo la suya que me ofrece, temblorosa, y al tocarla caen mis defensas.

Hoy no racionalizo, hoy me dejo llevar por lo que siento, y por lo que ella me provoca. Es un momento mágico que jamás debió ocurrir en este encuadre, pero puedo permitírmelo porque después de todo ella no es mi paciente, yo no soy su terapeuta, y porque simplemente no puedo evitarlo. Estoy aquí para darle la ayuda que ella necesita, y nada me hace más dichoso en este instante.

—Estás a salvo, Emilia —le digo, y mi voz se me antoja distinta.

Y de pronto me sorprende la seguridad de que jamás voy a volver a ser el mismo después de haber jugado a ser Dios, sólo para hacerla feliz.

—3—

Sábado al mediodía:

Me miré al espejo hace un rato y casi me muero. Parecía un mapache, con todo el rímel corrido y

grandes

ojeras. No sé ni qué hora es, porque aún no me han devuelto el reloj. Tampoco me han dado mi teléfono, y no tengo acceso a la tele. Solo tengo este cuaderno y creo que por ahora no necesito más.

Parece que a pesar de no haber entrado al reality, del aislamiento no me pude liberar. No reclamo nada... Como una marioneta hago lo que ellos me dicen, porque me siento culpable por lo que pasó anoche.

¿Cómo describir lo que no fue? Mi vida es una sucesión de actos inconclusos. Fracasos encadenados y siempre sonoros, porque imagino que todos estarán hablando de la chica que tuvo el ataque de nervios y no pudo entrar a la casa de Big Brother. O lo que es peor, quizás nadie se enteró y pasaré por lo que pudo ser el momento bisagra, sin pena ni gloria.

Pero alguna razón, y a la luz del encuentro que hubo después, nada de eso me importa ahora. No tengo muy claro lo que sucedió. En un momento estaba como un caballo en la gatera, resoplando ansiedad, pero deseosa de que el juego comenzara. A mi lado, uno de los productores me señalaba un monitor donde se veía mi imagen mientras se tocaba la "cucaracha" que tenía en la oreja, en actitud de escucha.

“En dos minutos entrás al auto con la valija. Es un trayecto de diez metros nada más, y cuando te abran la puerta, te bajás sonriendo. ¿Entendiste, Emilia?” me dijo tomándome de un brazo para conducirme fuera del camarín. Asentí, y alisté la sonrisa que me pedían al instante. Estaba nerviosa, pero mi paso era seguro por el interminable pasillo... Y al final del mismo, lo vi. Había un auto blanco y grande esperándome, y en un principio no me llamó la atención para nada. Cuando me acerqué, se desató el caos. Primero fue en mi interior. Se me contrajo el estómago y sentí náuseas. El corazón se me salía por la boca, y pensé que iba a vomitarlo allí, adelante de todos. Mientras la sangre se agolpaba en mis sienes, todo se desdibujó a mi alrededor y mis piernas dejaron de sostenerme. Caí como en cámara lenta. Duró cien años mi caída, y cuando descubrí que esos gritos eran míos ya era tarde para sorprenderme, y preferí hundirme en esa cálida oscuridad que parecía absorberme.

Fue la limusina, ahora lo sé. Pero aún no sé por qué y eso es lo que me aterra.

Desperté en el camarín, con un montón de gente girando a mi alrededor. Había paramédicos, productores, asistentes. Pusieron una aguja en mi brazo, mientras me decían que no me preocupara, que todo iba a estar bien. Yo sabía que no sería así, pero no dije nada.

Y ahí caí en la cuenta de que tenía grandes posibilidades de no entrar a Big Brother, pero la caja de pandora que se acababa de abrir, iba a dejar salir muchas cosas. Cosas que había guardado en un rincón oscuro de mi alma, y en el lugar más recóndito de mi cerebro. Y que esa limusina blanca había hecho detonar. Volví a caer en una especie de letargo, y me dejaron sola.

Y minutos después entró él.

Aún tenía turbia la mirada, y lo primero que vi fue una mancha oscura que se acercaba. Enfocar esa imagen significó un gran esfuerzo, y mientras mi mente se iba aclarando, también lo hacía mi visión, pero muy despacio. Vi un rostro barbado. Vi largos cabellos rubios. Vi unos ojos azules cargados de bondad.

Sonreí. Había ocurrido el milagro que yo necesitaba. Jesús estaba allí conmigo, llenándome de paz. Cerré los ojos y le tendí mi mano.

“Señor... por favor, salvame”, le rogué.

Él tomó la mía, y me dijo algo que aún me hace temblar al recordarlo:

“Estás a salvo, Emilia.”

Y dentro de mi corazón supe que al menos esa noche, ya nada podría hacerme daño.

Qué tonta... Si hubiese sabido lo que ocurriría luego, si hubiese adivinado que mi dios se transformaría en el mismísimo demonio al pisotear mis sueños sin piedad, lo hubiese golpeado.

Me acerco al arco sólo para poder preguntarle. —¿Se sabe algo de la piba?

—Máximo, no me rompas las pelotas que me van a encajar uno, y los muchachos me van a matar.

—Sólo eso, Coco. Quiero saber si está bien.

—Hablamos en el vestuario. ¡No me desconcentres, carajo! —me grita al tiempo que se aleja y se manda una de esas atajadas dignas de un replay.

Que no lo desconcentre... Justo a mí me lo dice, que hace casi una semana que no logro pensar en otra cosa. Cuando trabajo, cuando me ejercito, cuando estoy a punto de caer rendido de sueño, pienso en su cara de muñeca y no puedo evitar preguntarme qué habrá sido de ella.

Llamé a mi amigo hace tres días. No logré aguantarme... Cuando me devolvió la llamada yo estaba en una sesión y no pude preguntarle nada. Y luego fue un desencuentro tras otro hasta hoy, que estamos en pleno partido y yo me estoy muriendo de ganas de saber.

Es que ese viernes fue un antes y un después en mí.

Cuando intenté transmitirle a ella la seguridad de que todo iba a estar bien, no estaba preparado para lo que hizo a continuación, y mucho menos estaba listo para mi reacción.

Ella sonrió, y luego tomó mi mano y la besó. Jamás en toda mi vida sentí algo parecido. En un principio me quedé paralizado observándola inclinarse y

posar sus labios en mi palma. Me tomó por sorpresa el gesto, y me abrumó de tal forma que sentí como el suelo cedía bajo mis pies, y no podía definir qué acción tomar. Por un lado, sentía unos deseos inmensos de... no sabía de qué, sólo sabía que no debía. Y por otro, me vinieron unas terribles ganas de irme corriendo.

Primó la cordura, y pude salir del trance segundos después. Me enderecé como pude y di uno, dos, tres pasos atrás. Y luego me di vuelta porque ya no soportaba ver el dolor en su carita... Me daba cuenta de que ella percibió mi huida como un rechazo, pero no podía hacer nada. Me apoyé en una superficie de madera y alcé la vista.

Ahí fue cuando me encontré con él en el espejo. Desconocí ese rostro, de verdad lo desconocí. Era el de un completo extraño. No era ni el infeliz que una hora antes me encontré en el del recibidor de mi casa y tampoco era el dios de hacía un momento, el que todo lo podía.

Me encontré con un hombre y eso me asustó. Hacía mucho que no me encontraba con él en el espejo. Cuando no podía evitarlo, miraba. Y veía al padre, al hijo, y hasta el espíritu santo. Al

terapeuta, al idealista agonizante, al burgués en ciernes. Veía al proveedor, al fracasado, al soñador. Pero a un hombre, no.

Hacía mucho que el espejo no me devolvía el rostro un hombre en la real dimensión de la palabra. Una tormenta se desató dentro de mí, y lo que creía muerto, resultó que dormía. Solamente dormía.

Y la boca de esta chica parece que lo despertó. ¿O fue su increíble mirada, o ese aire de indefensión y dolor que la envolvía? ¿Cuándo comenzó esa extraña inquietud que invadía mi cuerpo y me traspasaba el alma?

No quería hacerlo, pero mis ojos se dirigieron hacia ella a través del espejo.

La vi sentada detrás de mí. Con sus brazos rodeaba ambas piernas, y apoyaba el rostro en las rodillas. Aún tenía la mirada cargada de lágrimas...

No sé de dónde saqué las fuerzas y la serenidad para darme vuelta y hablarle. No fue de mi profesionalismo que sin dudas se había ido al carajo hacía rato. Quizás fue de las ganas de hacerle bien.

—Emilia, mi nombre es Máximo Aguirregaray y soy psicólogo. Me gustaría saber cómo te sentís —le dije, y mi voz no sonó todo lo segura que deseaba.

Ella alzó su mirada y me terminó de matar. De verdad me liquidó con esos ojos hermosos y tristes. Se la veía tan decepcionada...

“Adivinaste. No soy tu dios, chiquita —pensé— y no sabés cuanto lamento haber perdido tu devoción. Pero si pretendo ayudarte tengo que apelar al Licenciado, y hacer que el hombre vuelva a dormir.”

—Me siento bien... doctor —murmuró, y no me pareció necesario en ese momento sacarla de su error—. Ya estoy lista para entrar a la casa ahora —agregó, dejándome completamente desconcertado.

“¿Qué es lo que dice? Hace un momento fui el destinatario de un desesperado pedido de ayuda, y ahora me está diciendo que quiere seguir con esa locura...”, pensé. Me sorprendió tanto lo que dijo, que tuve dificultad para asimilarlo enseguida y decidir mi próxima movida. Sin embargo logré reponerme.

—Ya se verá. ¿Sufrís de ataques de pánico con frecuencia?

—No.

—¿Alguna vez tuviste alucinaciones? —no pude evitar preguntarle, recordando lo que había pasado momentos antes, aunque no estaba seguro de hasta qué punto no se trató sólo de una fantasía de mi parte.

—No.

—Bueno, Emilia, lo que vamos a hacer es lo siguiente: esta noche vas a ir al hotel a descansar y mañana seguramente alguien va a evaluar la posibilidad de que entres al juego.

Me miró con el ceño fruncido.

—Doctor...



—No soy doctor. Soy Licenciado, en todo caso.

—Licenciado, entonces. Mañana va a ser tarde. Mire, yo sé que cuando vi la limo me puse muy mal...

—¿La limo? —pregunté sin comprender.

—La limusina —me aclaró, paciente.

—¿La limusina fue lo que desencadenó el ataque de pánico?

—Usted dice que fue un ataque de pánico. Para mí fueron los nervios... Pero ya estoy bien, de verdad.

Quise replicarle que lo que le pasó fue algo más intenso que “nervios”, pero no pude porque en ese instante golpearon la puerta.

—Adelante.

Coco entró con el rostro apesadumbrado.

—¿Cómo va todo? —preguntó.

Emilia se acercó de inmediato para pedirle: —Por favor, quiero entrar. No me diga que no...

La mirada de mi amigo se dirigió a mí, con la interrogante pintada en el rostro.

—Vos tenés la última palabra, Licenciado.

“¿Qué? No puedo creerlo. Este llamado al que acudí por compromiso y del que no obtendré retribución alguna, no sólo arruinó mi cordura, sino que me está poniendo en una posición más que incómoda. ¿Cómo es que llegué a tener la responsabilidad de definir si ella entra o no a la casa del infierno?”, pensé, furioso.

—Coco, hablamos afuera —le dije sacándolo del brazo al pasillo—. ¿Estás loco?

—Vos sabrás.

—No te hagas. ¿Yo tengo que definir si la chica entra al reality?

—Máximo, vos sos el profesional. ¿Está loca o no? ¿Es un potencial problema adentro? ¿Es un potencial problema afuera? Te llamé para eso. Los minutos corren, y si no entra hoy, mañana ponemos suplente —me explicó.

—No tengo ni idea. ¿Vos pensás que los psicólogos tenemos la bola de cristal?

—Jugátela, Máximo. Es vital definirlo en los próximos cinco minutos, y no depende de vos, depende de mí. Si tomo la decisión incorrecta, si la hago entrar y luego resulta que la piba está loca y lo ve el país entero por la tele, estoy muerto. Ayúdame, por favor. ¿Vos qué harías? ¿La dejarías participar o no?

Me puso en un aprieto este hijo de puta. Cómo sabe que jamás dejaría solo a un amigo en un momento como este. Y también sabe que la sinceridad compulsiva es uno de mis defectos.

—No —le dije. Y ni bien terminé de hacerlo, un sollozo ahogado nos hizo volver la cabeza a ambos.

Emilia estaba en la puerta del camarín, y se tapaba la boca con ambas manos. Sus increíbles soles estaban otra vez llenos de lágrimas y me partió el corazón verla así. Y encima por culpa mía.

Quise decir algo pero no pude. Y no solamente porque no me salían las palabras, sino porque de pronto aparecieron un montón de personas en el pasillo, y cuando volví a mirarla, ella entraba nuevamente al camarín y cerraba la puerta. No pude ver la expresión de su rostro, pero por alguna razón supe que habría dolor, decepción, y quizás odio hacia el que debió ser su salvador y acababa de hundirla.

Tenía ganas de golpearme la cabeza contra la pared. Había interpretado que su salvación tenía que ver con sacarla de allí... ¿pero era realmente así? No tuve tiempo para seguir dándole vueltas al asunto.

—Gracias, Máximo. No te preocupes por ella, yo me hago cargo. —Y enseguida se dirigió a alguien que estaba muy cerca mirando unos papeles—. Lola, vení. Haceme un favor, acompañá al Licenciado Aguirregaray a la salida que yo estoy a mil —pidió.

La chica asintió y me hizo una seña con la cabeza, mientras yo comencé a seguirla como un autómatas preguntándome qué carajo quería decir Coco con “hacerse cargo”. No me animé a averiguarlo... Mi voluntad había vuelto a ser anulada como por arte de magia. Es evidente que mi esencia es la de la oveja que sigue al rebaño.

—Máximo. —La voz de Coco a mis espaldas me hizo darme vuelta.

—Decime.

—Gracias. Me salvaste, amigo.

“Me salvaste...? Qué ironía. Para salvarte a vos, tuve que matar los sueños de ella.” No quise arriesgarme, no pude. No sólo por Coco sino porque estaba convencido de que entrar a ese show podía hacerle mucho daño a Emilia, pero esa seguridad estaba basada más en mis prejuicios que en mi juicio profesional.

Me sentí un cobarde, me sentí una verdadera mierda. Hice un gesto con la mano y me marché de ese lugar, derrotado. El infeliz que me roía el alma, estaba de regreso.

Mientras nos duchamos, Coco me cuenta. —Ella está bien.

Eso me hace sentir aliviado, pero quiero más y se lo hago saber.

—Entró una suplente el sábado —me dice.

No sé si se hace el tonto o lo es. Eso ya lo sé, me lo dijo Pía cuando le pregunté. Además, estoy seguro de que mi veredicto definió esa movida.

Esto no está prosperando. Meto la cabeza debajo del agua y hago que el champú se diluya, y con él mis ganas de agarrar a Coco del cogote y obligarlo a hablarme de lo que en realidad me importa: ella.

Cuando termino, cierro la canilla y mientras me seco, evalúo la forma de continuar esta conversación sin parecer demasiado interesado en el tema.

—¿Volvió a Uruguay? —pregunto.

—No. Está parando en casa.

—¿Qué?

—Sí. Me dio pena, qué se yo... Mirá, no te voy a mentir justo a vos; más que apenado me sentí culpable. Y por eso me la llevé a casa.

No lo entiendo. ¿Emilia está viviendo con él? ¿Con él y Alicia? No puedo entenderlo. Y menos puedo entender los celos que estoy sintiendo en este momento.

—¿Qué... dice... Alicia? —pregunto con una voz bastante extraña que no se me antoja mía.

—Máximo, a vos lo que menos te interesa es lo que piensa mi mujer —me dice y yo siento una inmensa vergüenza—. Decímelo nomás, que yo aguanto. Decime que soy un boludo y que me estoy metiendo en un lío.

Me siento aliviado porque no adivinó mis intenciones, pero no logro salir de mi estupor.

—No sé si te estás metiendo en un lío, pero sí que te estás implicando demasiado —le digo, algo más seguro de mí.

—Ya sé, y es por eso que mañana ella se muda con mi prima Mariel.

—¿Tu prima? ¿La del banco? ¿La escritora? —Sí, Máximo. La loca, decilo que no me ofendo. — No está loca, Coco, no digas eso.

—Vos sabrás, ya que la trataste.

Ignoro el último comentario y me concentro en lo que quiero saber.

—¿Va a vivir con tu prima? ¿Se va a quedar acá en la Argentina?

—No quiere volver a la casa. Y justo Mariel estaba buscando a alguien para compartir el alquiler, así que todo cuadró perfecto. Ahora falta conseguirle trabajo y algo más.

—¿Qué es ese “algo más”?

—Un terapeuta. La producción se va a hacer cargo de los gastos —responde.

Me quedo de una pieza.

—Muy acertada la decisión de la producción.

—¿Y bien? —inquiere Coco sin quitarme los ojos de encima. No estará insinuando que yo... No, no puede ser. Sencillamente no puedo.

—¿Qué querés que te diga?

—Que aceptás a Emilia como tu paciente.

Me doy la vuelta y comienzo a secarme el pelo con la toalla porque no quiero que Coco note el brillo que estoy seguro tienen mis ojos.

—Dale, Máximo. Decime que sí. —insiste. Inspiro profundo.

—Mirá, Coco —le digo sin mirarlo—. Si la producción necesita que la declare cuerda para evitarse un problema, desde ya te digo que no cuentas conmigo.

—No es eso, Máximo. Nos preocupa la chica. Parece tan indefensa, tan frágil. Y que se hayan roto

sus sueños no es un tema menor a su edad, y con todas las expectativas que había puesto en esto.

Sueños rotos... Yo sé muy bien de que se trata. Y yo fui el responsable.  
Y eso me hace terminar de decidirme.

—Está bien. *La tomo* —declaro en un tono de voz más alto del que debería.  
La tomo... Dios, no sé hasta dónde me llevará esto, pero la tomo.  
La cuestión va a ser soltarla, lo sé, pero ya cruzaré ese puente cuando llegue el momento.  
—4—

Lunes.

Finalmente aquí estoy, instalada en lo que será mi nuevo hogar de ahora en más.

Debería estar en la casa de Big Brother, pero estoy en el departamento de Mariel, la prima de Coco, el productor.

Me encuentro bien, pero deprimida, y no se debe a tener que vivir con Mariel que es un encanto y me dio la bienvenida con una pizza casera que dijo era su especialidad. Estaba dura como piedra abajo y arriba algo cruda, pero valoro el gesto.

La causa de mi infelicidad tiene que ver con mis planes frustrados, y con la dificultad de hacer otros a futuro. El no haber entrado al juego me arruinó la vida. ¿Qué voy a hacer ahora? No quiero volver a Uruguay, pero si no encuentro una forma de ganarme la vida aquí en Buenos Aires, no tendré otro remedio que hacerlo.

Maldito psicólogo entrometido. Si no fuera por él, yo ahora estaría donde debería, mostrando mi talento al mundo durante veinticuatro horas, y no en este departamento y con una perspectiva incierta.

Si bien Coco me explicó que si continuaba estable podía ser la próxima a ingresar a la casa cuando así se requiera, no puedo dejar de culpar al responsable de mis planes abortados. El psicólogo... Y pensar que en un momento me pareció Jesús, con sus ojos llenos de bondad y su radiante sonrisa... ¡Cómo me equivoqué! Ahora es el demonio para mí. Que yo lo haya creído Dios, no quiere decir que lo sea, y así disponer de la vida de alguien a su antojo para arruinarla.

Lo odio, de verdad lo odio. Y lo peor de todo es que tendré que verlo de nuevo.  
Cuando Coco me trajo al departamento de Mariel, me lo dijo: “El martes a las dos de la tarde tenés que ir a esta dirección”, me indicó pasándome un papelito. En un primer momento creí que me había conseguido trabajo y lo tomé con una sonrisa, pero cuando vi el nombre no pude evitar hacer una mueca de disgusto.

“¿Máximo Aguirregaray? ¿El psicólogo que me dejó afuera?”, pregunté asombrada.

“No es así, Emilia. Él me ayudó a tomar una decisión que aún considero acertada. Te va a recibir en su consultorio, y vos le vas a hablar de tus cosas.”

“No quiero”, le dije al instante. Pensé que no me iba a animar a negarme, pero lo hice. Bien por mí.

“Emilia...”, comenzó a decir Coco y luego suspiró. Parecía no saber qué cuernos decirme para convencerme, hasta que encontró un argumento de peso. Un verdadero peso pesado ese argumento. “Si querés tener una oportunidad de entrar como suplente o en el repechaje, vas a ir a ese consultorio.”

“¿Por qué?”, pregunté indignada. Y de pronto recordé que el contrato seguía vigente y yo tenía que continuar exponiéndome a las manipulaciones de la maldita producción. Ellos eran el verdadero Big Brother y debía hacer lo que me indicaran si quería tener la oportunidad de demostrar mi talento.

“Porque nos importa que estés bien. Si estamos seguros de que no va a darte otro ataque de pánico, te vamos a hacer entrar”, me explicó, paciente.

“¿Querés que te conozcan, Emilia? ¿Querés tener público que te escuche cantar? Tenés que aguantar. La puerta de entrada a mis sueños es la de ese maldito programa, y si mi objetivo es triunfar, tendré que soportar al hijo de puta de los ojos celestes que se cree un dios”, me dije, suspirando resignada.

Accedí. No tenía opciones.

“Está bien. Voy a ir...”, y luego se me ocurrió que la maldita terapia o lo que fuese, tendría un costo, y le pregunté a Coco por eso. Me dijo que la producción se haría cargo de los honorarios del psicólogo.

Me pareció una noticia estupenda. Si estaban lo suficientemente interesados en mí para pagarme uno o varios turnos con el *matasueños*, entonces quizás tuviese una oportunidad de verdad. Tenía que hacer un buen papel, mostrarme amable, complaciente. Pero sobre todo debía parecer cuerda. ¿Lo estaba? Lo cierto es que no me sentía segura de eso, sobre todo después de las tonterías que hice esa noche. Y ese psicólogo no era ningún tonto. No la iba a tener nada fácil.

Pues bien, es lo que hay. Mañana por la tarde, iré al consultorio del Licenciado Máximo Aguirregaray y que sea lo que Dios quiera.

Dios... Cada vez que me acuerdo, me muero de la vergüenza. ¿Cómo se me pudo ocurrir pedirle que me salvara y besarle la mano? Malditos calmantes. ¿Cómo voy a hacer para convencerlo de que puedo entrar a la casa de Big Brother después de eso?

Ay, rubio... Vos me metiste en este problema, y vos me vas a sacar.

Una y media de la tarde y está por darme un ataque de ansiedad. Justo a mí, que se supone que sé cómo manejar estas cosas. No tengo muy claro el objetivo de esta sesión y las que le sigan, porque prefiero esperar para ver si ella trae una demanda. Está decidido: mi intervención va a estar en concordancia con lo que ella traiga, no con lo que la producción desee.

Pero no la voy a tener fácil para nada. Primero, porque hará lo imposible para que yo le dé el visto bueno para entrar al juego. Y segundo... El segundo problema, sin duda será mío. Tiene que ver con lo que ella me provoca.

Debí estar loco para aceptarla, y lo peor que esta locura es a causa de haberla conocido. Un estado de inquietud permanente que se va a retroalimentar con su presencia, la cual jamás debí aceptar de estar cuerdo. Si no me sintiese tan responsable por su infelicidad, si no hubiese sido quien destruyó sus sueños, es probable que no la hubiese aceptado. Es probable nada más, porque

el volver a verla es una tentación difícil de resistir. Y el sentirme igual que aquel viernes es otra tentación que asocio exclusivamente con ella.

Emilia... No tengo muy claro qué clase de interés me mueve, pero me muero de ganas de averiguarlo. Si es culpa, o afán de protegerla, podré con eso. Si es otra cosa... No quiero ni pensarlo, porque me será muy difícil seguir adelante, pero apelaré a todos mis recursos y lo voy a lograr. Y cuando esto llegue a su fin, volveré a mi tranquila, inútil y anodina existencia, con la seguridad de que ella estará bien, y que eso es lo único que importa.

—...Entonces me dije: ¿cuál es el problema? Si me gusta y yo le gusto, ¿por qué no hacerlo? ¿Por qué no dar ese paso? ¿Usted qué cree, Máximo?

Carajo, me perdí. No es la primera vez que me pasa, pero el hacerlo por pensar en ella me hace sentir muy culpable. Son las dos menos cuarto, y ya no soporto esto. Le robo cinco minutos a mi paciente actual, y termino con la sesión. Mi ética profesional es bastante flexible estos días.

—Estoy de acuerdo —le digo, aunque no tengo idea con qué—. Estamos en la hora, Clarita. Nos vemos la semana que viene.

Acompaño a la paciente a la salida, y allí la veo. Emilia está sentada con las piernas a lo indio en la sala de espera, y hojea una revista. Su largo cabello suelto cae todo hacia un lado y parece una cascada. Ella es un soplo de aire fresco, un pedacito de primavera en el invierno en que se ha convertido mi vida. Me llena el alma de cien formas posibles el simple hecho de observarla.

Suspiro. La voy a tener más que difícil, pero eso ya lo sabía.

—Adelante, Emilia —le digo intentando mostrar una serenidad que estoy lejos de sentir.

Ella levanta la vista y por un momento nos miramos, inmóviles. Finalmente se pone de pie y camina hacia mí. Pasa por delante y puedo percibir el perfume de su cabello. Huele a duraznos, huele tal cual se ve.

Cierro la puerta y le señalo con la mano las opciones para ubicarse. Elige el sofá grande, el que se parece al clásico diván, el que generalmente esquivan sistemáticamente todos los pacientes la primera sesión. Por el contrario, ella parece bastante dispuesta a desnudar su alma desde el principio, lo que me resulta bastante sospechoso y me hace pensar en exactamente lo contrario.

Se sienta igual que en la sala de espera. Flexiona las piernas y extiende con cuidado su falda por encima. “A la turca”, diría García Márquez, y no deja de parecerme extraño y fascinante ver a una mujer que trae puesto un vestido, adoptar esa posición.

Yo elijo un sillón de un cuerpo frente a ella, y me reclino sin dejar de mirarla. Tengo que empezar a hablar, y no puedo salirme con el clásico “La escucho” porque no estoy seguro de que ella tenga algo para decirme. Si su presencia se debe a cumplir los requisitos para entrar a ese juego de mierda, esa frase no tendría sentido. Pero tengo la esperanza que pueda constituirse una demanda, y que esta imposición de la producción resulte productiva, valga la redundancia.

—¿Cómo te sentís?

—Muy bien. Totalmente repuesta de mi ataque de nervios —me dice, y no puedo dejar de notar que pone énfasis en “nervios”, porque “pánico” suena a locura generalizada, lo sé.

—¿Te molesta si grabo la sesión? —le pregunto mostrándole mi vieja grabadora.

—¿Por qué? Ah, supongo que la producción quiere escuchar lo bien que estoy —y me sorprende el tono irónico que le imprime a su voz.

—No, Emilia. Lo que hablemos será siempre confidencial, pero prefiero tomar nota más tarde, y no mientras te escucho.

—Ok. No tengo problemas.

Acciono el *rec* y dejo la grabadora sobre la mesa de centro que se interpone entre nosotros.

—Bien. Estamos listos entonces —y mi maldita deformación profesional, sumada a mi ansiedad me hace decirlo, aunque no quería—: Te escucho.

Lo que esperaba, qué mala mi movida.

—No tengo mucho que decir... En realidad vengo para poder cumplir mi sueño de entrar a la casa de Big Brother.

Y ahora, de a poquito, me voy metiendo en el rol del terapeuta del que jamás debí salirme.

—Hablame más de tus sueños. ¿Por qué Gran Hermano?

Se encoge de hombros y duda antes de responder:

—Quiero que me conozcan para poder mostrarles lo que me gusta hacer... —dice, y de pronto se detiene. Creo que no quiere abrirse pero no puede evitar hacerlo, y eso la tiene bastante contrariada.

—¿Y qué es eso? ¿Cuál es tu verdadero sueño? —le pregunto.

Guarda silencio. Para mí hubiese sido facilísimo averiguarlo. Me hubiese bastado con llamar a Coco y pedirle los videos del casting, pero no quise pues preferí escucharlo de su boca... ¡Su boca! Carajo, tengo que alejar esa imagen y esa sensación ahora mismo. Tengo que desterrar de mi mente, de mi corazón y de mi cuerpo, el recuerdo de sus labios en mi mano...

Intento concentrarme en sus dudas que le atan la lengua, que le impiden hablar. Tal vez el incursionar en ese camino que yo le muestro sea la forma de romper el dique, y ella lo tenga claro. Pestañea varias veces y finalmente lo dice.

—Yo canto. Amo cantar.

Un talento. Una vocación. Un sueño... Me muero de envidia porque nada me gustaría más que reencontrarme con el mío. O mejor dicho descubrirlo. Pero ella corre con ventaja, pues sabe lo que quiere y también cómo lograrlo.

Y yo fui el hijo de puta que destruyó sus castillos en el aire. Debe odiarme... Nadie lo diría sin embargo, porque su cara se ilumina mientras me cuenta que lo hace desde chiquita, apoyada por su padre. No parece estar movida por el odio cuando habla, sino todo lo contrario. En su voz hay

ilusión, hay esperanza. Lo dicho, qué envidia.

—¿Por qué crees que participar de este reality puede ayudarte a cumplir tu sueño?

—Eso ya me lo preguntaron en el casting, y le voy a decir lo que les dije a ellos: quiero que me conozcan, quiero tener mucho público y demostrarles que... bueno, que canto bastante bien —dice en un arranque de humildad típicamente uruguayo.

—O sea que querés hacer el camino a la inversa. Querés la fama primero —interpreto, y parece que le disgustan mis palabras. No pego una... Pero por otro lado no es mi tarea decirle lo que quiere oír; no es para eso que estamos aquí.

—No me gusta esa palabra.

—¿Cuál?

—Fama. Suena a algo banal, algo que está muy lejos

de compartir el arte.

—¿Hay alguna otra palabra que no te guste?

¿*Limusina*, quizás? —aventuro y me arrepiento al instante al verla tan contrariada.

El ceño fruncido, las manos crispadas. Carajo, aún no es el momento de llegar hasta ahí. Tengo que controlarme.

Se repone rápidamente.

—Hay alguna otra palabra... —replica, mordiendo cada una de ellas. Su mirada es peligrosamente oscura ahora—. “Terapia”, por ejemplo. No la necesito.

Bueno, por fin nos sacamos las máscaras. Me está confirmando que está acá en contra de su voluntad, y esta puede ser la oportunidad de salirme de esto. Pero descubro que no quiero hacerlo.

—No hagamos terapia, entonces. Hablemos como amigos.

—Yo no quiero ser su amiga. No quiero nada de usted —me dice, desafiante.

Muerdo el anzuelo como un estúpido y entro en el juego. Digo lo que mi ética profesional jamás debió permitirme decir. Hago hablar al hombre, no al terapeuta.

—No me condenes por haber hecho lo que creí correcto. Me pediste que te salvara, y te salvé. Era muy claro que no estabas en condiciones de entrar a esa casa y dudo mucho de que ahora lo estés, porque un ataque de pánico como el que sufriste no es algo menor, y hasta que no descubramos qué carajo lo causó, no te voy a permitir que arriesgues tu salud mental y te metas en la boca del lobo. Así que más vale que no intentes engañarme, ¿está claro?

Lo digo todo de un tirón, medio ahogado por la ira. Sin filtro alguno, le vomito todo eso que no sé ni de dónde me salió. Quizás fue la necesidad de defenderme, de exponer mis motivaciones, pero no era la forma, sin duda.

La veo acusar el golpe. No dice una palabra, pero se pone de pie y yo hago lo mismo. Camina hacia la puerta, y yo la sigo. De pronto se da vuelta y nos encontramos cara a cara. La furia crea



reflejos dorados en sus ojos que parecen dos soles más que nunca. Le tiembla el labio inferior y parece tener ganas de golpearme.

Estamos demasiado cerca. Peligrosamente cerca.

“Pegame, haceme reaccionar. Dame un buen cachetazo para que me vuelva el alma al cuerpo porque al verte partir se está yendo con vos. Necesito un golpe, me lo merezco por haberte dicho lo que te acabo de decir. Estoy fuera de mí, no encuentro mi eje. No soy el terapeuta, no soy tu salvador, ahora soy el hombre. Y me muero de ganas de trancar esa puerta, apretarte contra ella y comerte a besos”, pienso, y el hecho de reencontrarme con mis deseos me abruma demasiado. Me escucho jadear, casi gemir, y no puedo creer que ese sonido provenga de mí.

Cierro los ojos; ya no puedo soportarlo. Y de pronto siento que algo me toca la cara. Los abro y me encuentro con los soles que ahora son como uvas verdes, y su mano acariciándome. Es la segunda vez que me toca, y es tan intenso lo que me provoca que creo que mi alma va a estallar en pedazos. Pero esta vez no huyo, en esta ocasión la dejo hacer, y permanezco inmóvil disfrutando de ese regalo inesperado sin dejar de devorarla con la mirada. “Tu mano en mi rostro, tu dedo en mi boca... y esa mirada que refleja sorpresa, como si tocarme te maravillara.” ¿Cómo es que pasamos de la ira al encanto en una fracción de segundo? ¿Cómo fue que el estar cerca nos haya trastornado de esta manera?

“No se puede, no se debe, está prohibido”, me dice una voz interior, y en un esfuerzo sobrehumano me obligo también a reaccionar, y rompo el contacto dando un paso atrás.

—No.

Emilia queda con la mano en el aire dibujando mi boca con su pulgar sólo por un segundo, y luego la deja caer. Parece avergonzada, confusa. Se mira los zapatos, rehúye mi mirada.

—Perdón.

¿Me pide perdón ella a mí? Yo soy el que se salió del rol, y soltó una andanada de acusaciones y reproches. Yo soy el que le escupió el asado y le cerró la puerta a su sueño. Yo soy el que la hago sentir rechazada y avergonzada por segunda vez. Lo mío es imperdonable, lo mío es más que eso, pero no puedo asumirlo porque el hacerlo significaría el tener que alejarme de ella para siempre.

—No es nada. —Y haciendo un gran esfuerzo, agrego con voz neutra—: Es mejor que hoy lo dejemos por acá, pero quiero seguir con *esto* la próxima.

¿Qué es esto, Dios mío? Yo no lo sé, lo único que sé es que quiero continuarlo.

—Y bien, ¿qué te parece? ¿Continuamos o dejamos? —le pregunto a Gonzalo de la Vega, el colega que me supervisa. Hace mucho que no me reservo un turno con él, pero esta vez necesito pasar en limpio lo que me está sucediendo, y también necesito ayuda.

—Eso depende de ti y de la paciente, Máximo. Lo sabes mejor que yo, joder —me dice este hijo de... la madre patria al que le debo más que haber zafado del chaleco de fuerza en todos estos años.

—Si te pregunto es porque me siento perdido en esto.

—¿Y desde cuando damos consejos? No estamos aquí para eso. A ver, hablemos a calzón *quitao*. Ella ha puesto la dichosa “transferencia” en el tapete desde el vamos. Te has sentido *endiosao* por la paciente desde el primer momento y eso activó esas reacciones contratransferenciales de tu parte. El entrar en contacto con lo que tu inconsciente experimenta como reflejo al del inconsciente de ella, el reconocer esos efectos y traerlos a este ámbito, es el primer paso para manejarlos y utilizarlos con fines terapéuticos — me explica, aunque ambos sabemos que es innecesario.

—El problema es que la transferencia positiva pasó a ser negativa, Gonzalo.

—La negativa es lógica cuando alguien va forzado a *terapizarse* —me aclara—. Es una reacción esperable, sobre todo cuando ella deposita en ti la responsabilidad por su frustración. Ahora, tú no deberías haber sucumbido al deseo de justificarte, Máximo. El problema con todo esto es el de la transferencia erótica, que es la más difícil.

—¿Transferencia erótica?

—Pues sí, chaval. Algunos terapeutas consideran que si el paciente se enamora de su terapeuta, se complicará la

psicoterapia. Y otros pensamos que puede ser una palanca movilizadora de cambio y que tratando en sesión ese tipo de emociones el paciente puede avanzar. Creo que trabajar todo lo que acontece en el espacio terapéutico y en la fantasía del paciente, puede formar parte del tratamiento.

Lo que me dice me deja pensando... ¿Y qué pasa con mis fantasías? Yo no sólo sucumbí al deseo de justificarme, yo cedí a otro tipo de tentaciones. Transferencia y contratransferencia... No es la primera vez que un paciente se siente atraído por lo que represento, y me lo hace saber de todas las formas posibles. Tampoco es la primera vez que uno me despierta sentimientos de afecto. Pero hasta ahora siempre supe capitalizarlos para el bien del tratamiento, y me he sentido muy bien al hacerlo.

Esta vez es distinto. La sola presencia de Emilia me moviliza intensamente. No es sólo la presencia física, porque la llevo conmigo en todo momento, y eso me genera una inquietud que traspasa cualquier límite.

Me voy con más dudas que certezas y se lo digo.

—Pues entonces he hecho bien mi trabajo —me dice riendo. Y luego agrega—: Esto te lo pregunto como amigo y no cómo tu terapeuta supervisor: ¿hace mucho que entre tú y tu mujer no pasa nada? Y fíjate que no te he preguntado si tienes alguna aventurilla porque estoy seguro de que no es así...

—Mucho. Pero no sé qué tiene que ver con... —Si quieres un consejo, activa ese punto. No sólo de gratificaciones intelectuales y deportivas vive el hombre,

colega. Baja el nivel lácteo que lo debes tener por las nubes, y ya verás con otros ojos al resto de las mujeres, incluso a tu guapa paciente. Hazlo dentro del sagrado vínculo matrimonial y tendrás una cuenta menos en tu rosario de culpas que es bastante largo, yo lo sé bien —me dice, dejándome atónito.

Gonzalo es un hombre muy sensato, y un excelente profesional. ¿Por qué no seguir sus consejos?

Sobre todo si quiero seguir adelante con el vínculo terapéutico con mi "guapa paciente", que me tiene a mal traer.

Guapa... Ella es más que eso. En mi mente la veo extendiendo con cuidado el vestido sobre sus piernas cruzadas. Esa imagen me quedó grabada a fuego. Emilia tiene el encanto de una flor y también su frescura. Si todo pudiese quedar ahí... Pero acompañarla al viaje hacia su inconsciente me puede llevar a descubrir otras facetas a las que les temo profundamente, sobre todo por lo que pueden provocar en mí.

Lo primero que hago al salir del consultorio es comprar flores para Carla. Mientras conduzco rumbo a casa las miro y me doy cuenta de que para ella, eso no será suficiente ni para dirigirme una segunda mirada, así que me detengo en un *mall* y le compro una cartera de marca.

Seis eternas cuotas por un polvo que me mantendrá a salvo de Emilia un buen tiempo. O al menos eso espero. —5—

Las cosas no resultaron como esperaba, y no fue por culpa de Carla. Se emocionó tanto con el bolso que le compré, que ella misma inició las maniobras necesarias, así que yo me dispuse a relajarme y disfrutarlo. No lo logré. Ni una cosa, ni la otra.

Simplemente mi amigo no respondió, o respondió a medias. Carajo, tres veces carajo. No podía ser... En el único momento en que pareció que la cosa iba a funcionar fue cuando me encontré recordando el pulgar de Emilia dibujando mi boca, pero me obligué a desechar esa fantasía de mi cabeza al instante. No me pareció correcto, y no por Carla ya que está claro que lo que ignoramos no puede hacernos daño directamente. Más bien lo hice por mí y por el dichoso tratamiento que espero que sí funcione, y no me falle como mi pene que parecía dormir el sueño de los justos.

La risa de Carla precedió a su mal humor. Se dio la vuelta refunfuñando y pude percibir la palabra "impotente" pero no me importó. Si así fuese, sería un problema menos, pero estaba seguro que mi apatía tenía que ver con que no era Emilia quien tenía de rodillas, y me regalaba sus labios para procurar mi placer.

Una hora de entrenamiento en el garaje no alcanzó para aplacar mis ansias. Sudé como un beduino y me duele todo el cuerpo, pero no fue suficiente. Y ahora me encuentro duchándome en el baño de abajo para no despertar a Carla, mientras el hombre que Emilia despertó, se hace una paja frenética pensando en ella. Qué paradoja, qué maldita ironía...

Finalmente descubro que es eso lo que pasa. Estoy caliente con Emilia, y ella no hizo absolutamente para provocarme esto. Me endiosó con un candor casi infantil. Me odió con una furia adolescente. Se disculpó sin haberme hecho nada, con una ternura que estaba muy lejos de un intento de seducción.

El problema es mío. Es algo absolutamente unilateral y poco tiene que ver con mi apetito sexual insatisfecho. Sin embargo este problema está asociado a Emilia Fraga, y no encuentro la forma de solucionarlo, porque está claro que si hay algo que no puedo hacer, es traspasar dos barreras que me definen como persona: mi compromiso con Carla, y mi ética profesional.

Tengo que acabar con esto de raíz, antes de que sea demasiado tarde, pero por alguna razón eso

me parece un imposible. Me acuesto algo más tranquilo, pensando en que mientras para mí haya imposibles, sean del orden que sean, no está todo perdido.

Miércoles por la noche.

Mañana es el gran día. Bueno, dentro de lo que hay, dentro de mi mundo chiquito, el de cuatro paredes pero sin transmisión *on line* las veinticuatro horas. Este es mi mundo por ahora y las únicas cámaras que me verán serán las del Carrefour donde comienzo a trabajar como cajera mañana.

Mariel me lo consiguió y le estoy más que agradecida, pero en el fondo de mi corazón lo tomo como un empleo temporal, pues la esperanza de entrar a Big Brother no ha muerto en mí.

Y el hecho de que todo dependa de algo tan fortuito como que alguien quiera irse de la casa, o en la posibilidad de un repechaje, me desespera... Y no sólo depende de eso, sino también de Máximo Aguirregaray, mi terapeuta.

No sé qué paso ayer. Pienso y pienso y no me doy cuenta...

Es cierto, yo fui de bastante mal talante. “Con una piedra en cada mano”, diría mi madre. Estaba visto que en algún momento se me iba a soltar la cadena, pero jamás pensé que a él le pasaría lo mismo. Vamos, es un profesional. Se supone que no debería haberme hablado como me habló.

Pero lo peor fue lo que pasó después.

Cuando intenté marcharme loca de furia, en un momento nos quedamos frente a frente y algo pasó. Lo vi tragar saliva mientras no apartaba los ojos de los míos.

Su nuez de Adán subió y bajó y yo me quedé como hipnotizada mirándola. Cuando levanté nuevamente la vista, lo vi tan mal. Torturado, esa es la palabra.

Su forma de observarme, su respiración agitada... No tengo idea del porqué de su sufrimiento, pero lo cierto es que me dio una pena inmensa verlo así, y en un arranque de ternura le acaricié la cara. Hacía tiempo que quería hacerlo, más precisamente desde el primer instante que lo vi y me pareció Nuestro Señor. Quise consolarlo; en realidad no sé qué quise, la cuestión es que le toqué la mejilla un momento, y de pronto sentí *eso*.

Nunca había sentido algo así. Fue como fuego. Algo comenzó a arder dentro de mí. La sangre se me encendió, y la cabeza me dio vueltas. “Otro ataque de pánico”, pensé, pero no. Esto era otra cosa... Y como movida por una fuerza extraña, lo hice. Mi pulgar se deslizó por sus labios. Lo acaricié lentamente, y entonces me vinieron unas ganas irrefrenables de meterle el dedo en la boca.

Presioné un instante, pero él no lo permitió. Se retiró, furioso por mi falta de respeto y con toda la razón del mundo.

¡Es mi terapeuta, mierda! Mal que me pese lo es, y yo no debí hacer lo que hice. Cuando pasé por el papelón de besarle la mano, al menos tenía el atenuante de haber sido drogada momentos antes,

pero esta vez me extralimité a sabiendas.

Me perdonó de la boca para afuera, lo sé, porque su mirada era muy extraña. Definitivamente no había perdón en ella, y su voz era tan fría que se me congeló hasta el alma.

Y lo peor de todo, es que mañana luego del trabajo, debo ir a su consultorio. Coco se encargó de agendarme la segunda sesión en un nuevo horario, y aunque parezca mentira, el encuentro con Máximo me tiene más ansiosa que mi primer día en el súper.

Por alguna razón siento que esta maldita terapia hará que mi vida cambie mucho más que si hubiese entrado al programa, y eso me asusta. Tendré que apelar a toda mi valentía para seguir adelante, pero sobreviviré a cada encuentro con Máximo Aguirregaray, aunque eso signifique renunciar a la paz interior que tanto ando necesitando.

Suspendo la consulta. Soy un cagón, ya sé. Un maldito cobarde que tiene miedo de enfrentar a una paciente en la segunda sesión. Me siento como un

principiante, me desconozco por completo, pero lo cierto es que no puedo seguir tratándola.

Es tan fuerte lo que me provoca, tan movilizante, que también tengo miedo a mis propias reacciones, y por primera vez en mi vida siento que mis convicciones se tambalean. Me estoy volviendo loco...

No hago otra cosa que pensar en ella.

Sueño con ella.

La imagino, la fantaseo.

A veces juego con su cabello, la observo reír, me pierdo en los destellos dorados de sus increíbles soles. Otras veces la pienso desnuda, recorriendo mi cuerpo con sus labios. Imagino que mi mano, la que ella besó, la toca por todas partes. Que su mano, la que me acarició el rostro, explora cada una de mis zonas sensibles.

Me estoy enfermando, no puedo seguir con esto. Un solo paso en falso y me pierdo... Literalmente me pierdo, porque esta es una de las líneas que me juré no cruzar como profesional, y pienso cumplirlo como sea. Y la otra, es mi compromiso con Carla, que también pienso mantener intacto, a pesar de todo lo que nos separa.

No es la forma, carajo. No debo calmar mis carencias afectivas y sexuales con una paciente, mientras mi esposa y mis hijos me creen un hombre íntegro.

Pero no puedo más.

Llamo a Coco y le digo que no puedo seguir atendiendo a Emilia. Le pongo un pretexto estúpido, y como no me parece suficiente le pongo otro, y otro más, uno más estúpido que otro.

Él me escucha en silencio. Finalmente me lo dice:

—A vos te gusta la piba. —Ahora el que no dice nada soy yo. ¿Es tan evidente lo que siento?—.

Está bien, Máximo. Lo entiendo perfectamente...

—Te agradezco mucho, Coco.

—No, yo te agradezco a vos. Me sacaste de un apuro, y creo que fue un acierto que no entrara al juego en ese momento. Pero no dejo de sentir que ella se merece otra oportunidad... Hay una posibilidad: una de las chicas extraña a la vieja, se pasa llorando... No aporta nada al programa, así que ni bien insinúe el irse, Emilia está adentro. Lista o no, la metemos.

Me quedo de una pieza. ¿Lista o no? ¿Qué es lo que dice? Ella necesita ayuda profesional. Un ataque de pánico en cámaras ante miles de espectadores sería devastador, y no estoy seguro de que no vuelva a suceder. La limusina... Tengo que saber por qué desencadenó una reacción tan intensa.

Sigo un impulso. Últimamente soy esclavo de ellos.

—No... —Me aclaro la garganta para poder continuar—. No estoy seguro de que sea una buena decisión meterla todavía. Mirá, dame unos días, que necesito saber algo.

—Tenés más que unos días. Antes de la primera nominación no la podemos hacer entrar. ¿Vos creés que podrás ayudarla en las próximas dos semanas? ¿Creés que vas a poder con eso, Máximo?

Dudo. Dudo, carajo.

—Sí. No quiero que tenga un ataque ante las cámaras. Quiero cerciorarme de que no ocurra, Coco. Puedo con eso.

Terminamos agendando para el martes que viene. Calculo que para ese momento tendré todo el asunto dominado.

Voy a volver a verla, voy a luchar con mis malditos demonios. Todo sea por ella, por su salud mental, por su... Mierda, todo sea por estar una hora más empapándome de Emilia, de su mirada, de su sonrisa, de su llanto, de su furia. Necesito más, aunque eso termine haciéndome más mal que bien... y a ella también. Está claro que no lo tendré dominado, pero sí aprenderé a simularlo.

Antes de cortar me recuerda que el próximo sábado es el cumpleaños de Alicia, y que me espera junto a Carla en su casa. Asiento distraídamente porque son otras cosas las que ocupan mi mente ahora. En realidad es una sola: Emilia Fraga.

Y ese pensamiento continuará deleitándome y atormentándome a la vez, durante todo el día, durante toda la semana, hasta que la vuelva a ver y esto se ponga peor. Porque sé que así será, y no puedo evitarlo.

Carla me mira con desconfianza mientras cenamos. —¿No fuiste a lo de tu vieja hoy?

—No. No pude.

—Qué raro... Y más raro todavía que Mercedes no haya llamado.

—Sí, llamé. Y ya le expliqué que tenía mucho trabajo.

—Lo que nos faltaba, que la hagas enojarse y se acabe la membresía en el spa, la cuota del cole de Pía...

—¿La cuota del colegio? Pero si pagamos la colegiatura por anticipado, Carla.

—Ah. Es cierto... Igual no nos conviene enemistarnos con tu madre, así que traté de ir a tomar el té de los miércoles, Máximo. Es lo menos que podés hacer por tu familia.

No digo nada... ¿Para qué? Mi vida es una sucesión de acontecimientos forzados, que nada tienen que ver con mis necesidades, con mis gustos, con mis deseos... La familia. ¿La familia es esto? Cuatro extraños, y tres de ellos, en estos momentos están concentrados en sus móviles. Deslizan sus pulgares con una velocidad de vértigo, mientras por sus rostros pasan distintas emociones. Emociones que jamás comparten.

He aquí mi familia.

Y este soy yo, pero prefiero el que despierta cuando estoy con Emilia.

Viernes.

El Licenciado Aguirregaray suspendió la consulta de ayer aduciendo motivos personales, y yo me sorprendí frustrada por el desencuentro. Desilusionada, irritada, ansiosa... ¿Continuaré ofendido? La verdad es que me moría de ganas de verlo para poder borrar la triste impresión que le dejé con mi atrevimiento, pero no se me dio y eso me hace sentir muy incómoda. Y hay algo más... El fuego. Eso que sentí al tocarlo, esa sensación de vacío en el estómago al perderme en su mirada. Quiero volver a sentirlo y definitivamente quiero que él también lo sienta.

Necesito verlo turbado, pero no por el enojo, sino por lo otro. Por eso... El fuego. No sé por qué, pero deseo intensamente que el momento se repita y que su reacción sea distinta. Quiero sacarlo de su eje, quiero tenerlo en el mío. Quiero muchas cosas. Quiero el fuego de nuevo.

Mi primer día en el súper estuvo bastante bien. El trabajo de cajera es absolutamente rutinario, y yo ya lo sabía porque no es la primera vez que lo hago, aunque no en una gran superficie como lo es el Carrefour.

Lo único que le da un poco de color, es la gente.

Conocí un chico el día de ayer. Vino con una mujer mayor, y era evidente que lo hacía a regañadientes. La señora, que parecía ser su abuela, había cargado dos carros enteros, y me llevó quince minutos pasarlo. Ella era una de esas mujeres adineradas que no quitan los ojos de la registradora y teclean con las uñas sobre el acrílico, impacientes. Nunca les parece demasiado rápido el trabajo de las cajeras, y se empeñan en demostrar su descontento. El chico, tampoco me quitó los ojos de encima, sin embargo, su sonrisa era deslumbrante.

Hoy pasó tres veces por mi puesto, pero no entró al súper, tomó cosas de la caja. La primera se llevó chicles, la segunda caramelos de fruta, y la tercera no pude evitar decirle:

“¿Otra vez por acá? ¿Estás seguro de que querés más dulces?”

Casi se cae al suelo de la impresión, pero se repuso rápido.

“En realidad no. Si sigo así, voy a necesitar un dentista urgente... Vengo por vos.”

“¿Por mí?”, pregunté haciéndome la sorprendida.

“Me gustaría invitarte a salir”, me dijo con sencillez.

Lo observé con atención por un momento. ¿Por qué no? Parecía más o menos de mi edad, era muy lindo, y se notaba que era un buen chico. Yo estaba muy sola, y tenía este problema con mi terapeuta que no me permitía pensar otra cosa que no fuera tocarle primero la boca y luego continuar hacia el sur... Me pareció una muy buena idea salir con él y olvidarme de todo.

“Dale. ¿Mañana?”

Él pareció sorprendido.

“¿En serio?”

“Sí. Llamame a este número por la mañana y arreglamos”, le dije anotando el teléfono en un papel que saqué de la papelería. “Pero ahora tenés que comprarme algo porque si no...”

Automáticamente él extendió la mano y sin mirar tomó un paquete de condones que había colgados muy próximos.

Lo miré y alcé las cejas, y cuando cayó en la cuenta de lo que había hecho ¡se puso colorado como un tomate! Los volvió a poner en su sitio, y luego tomó un paquete de pastillas de menta, avergonzado al máximo.

Yo reí con ganas.

“¿Cómo te llamás?”, pregunté al tiempo que le cobraba.

“Juan. ¿Y vos?”

“Mili”, respondí. Es que en Uruguay no soy Emilia para nadie. En Big Brother no querían que me conocieran por mi sobrenombre, porque había otra chica que se llamaba Milagros y eso podía crear confusiones, así que me transformé en Emilia de un día para otro, pero no termino de acostumbrarme.

“Bueno, Mili. Te llamo mañana y arreglamos”, fue lo último que dijo mientras se retiraba aún conmocionado por su “lapsus”.

Así que saldré con Juan la noche del sábado, y tendré algo concreto y palpable para contarle a mi terapeuta en la próxima sesión. Muero por verle la cara cuando se lo diga. ¿Qué espero ver? ¿Desaprobación? ¿Censura? ¿Celos?

Y me estremezco cuando me doy cuenta de que lo que temo es que ponga cara de nada.

—6—

Encerrado en mi estudio, conecto mis auriculares y la escucho. Transcribo la conversación y voy alternando las notas que tomé mientras hablaba:

—Buenas tardes, Licenciado.

—Hola, Emilia. Decime Máximo, por favor.

—¿Se mantiene el plan amigos y no terapeuta-paciente? (Su talante es completamente distinto al de la primera sesión.) —Como vos lo prefieras.

—Bien. Es importante para mí saberlo.



—¿Por qué?

—Porque hay determinadas cosas que le contaría a un amigo pero no a mi terapeuta. (Sonríe al decirlo.)

—¿Ah sí? ¿Cómo cuáles?

—Es broma.

—Emilia, me alegro de que ya no estés en pie de guerra. Espero que te haya quedado claro que mi intención es ayudarte, y no ponerte palos en la rueda...

—Yo también me alegro. Le voy a demostrar que lo que pasó el día del debut fue un hecho aislado. Jamás experimenté algo así, y estoy segura de que no volverá a suceder.

(No obstante sigue empeñada en convencerme de que le dé el visto bueno para entrar al juego. No entro en el suyo. No le digo ni que sí ni que no, e ignoro su comentario.)

—Contame de tu vida. Comencemos por el principio... —¿El principio? Ok. Nací en Carmelo, Uruguay. Crecí allí

también. Me gusta cantar. Quiero entrar a Big Brother. Fin. —¿Seguro que no estás pasando por alto nada?

—¿Nada como qué?

—Tus padres. Háblame de ellos...

—Mi papá vive en España. Mi mamá vive en Carmelo. No

tengo mucho que decir al respecto... (Pausa) ¿No me va a preguntar nada? Bien, ya veo que no. Tengo una hermana: Natalia. Ella vive en Montevideo y estudia Psicología. Y hace muchas preguntas, como usted cuando se pone preguntón.

—Tuteame. No soy tan viejo. ¿Qué edad tiene Natalia? (Pausa.)

—Veintidós.

—¿Son mellizas?

—No. —(Silencio incómodo. Finalmente continúa. Se la nota perturbada)—. Ella... es hija de mi papá.

—No querés hablar de eso.

(Se pone de pie y se acerca a la ventana. Parece triste.)

—¿Tenés hermanos, Máximo?

—Dos.

—¿Y son muy cercanos?

(Pausa prolongada y esta vez es mía.)

—No.

—Yo amo a mi hermana. La adoro, de verdad. Pero mi mamá no... (Silencio.) Nati era la que quería entrar al reality, no yo. Y luego surgió la oportunidad... (Se acerca a mí.) Por ella también es que quiero entrar al programa...

—¿Por qué?

—Porque... No sé. Quiero hacerme conocida, no lo niego. Eso me va a facilitar las cosas en mi carrera de cantante. Pero hay algo más... Siento que en ese lugar voy a descubrir algo que me perturba desde hace mucho, y que involucra a Natalia.

—Emilia..., ¿tiene que ver con la limusina?

(Un evidente cambio de actitud. Traga saliva, inspira profundo.)

—No sé. Tal vez...

(Silencio. No es el momento de forzar su inconsciente. Hay que dejar que fluya. Suspira entrecortadamente, se la veía y se la escucha muy afectada.)

Interrumpo la transcripción. Afectado estoy yo, sólo por oír su voz. Perturbado estoy yo por recordar nuestra conversación. No puedo recurrir a De la Vega cada vez que atiendo a Emilia. Y definitivamente no puede pasar lo que sucedió después. Tengo que poder con esto, por Dios. No puedo volver a flaquear así...

Hago un gran esfuerzo, y continúo con la tarea de transcribir la sesión:

—Emilia, ¿quierés un café? ¿No? ¿Agua?

(Sacude la cabeza. Desapareció la alegría con la que entró al consultorio.)

—¿Tenés hijos, Máximo?

—Sí. Dos.

—Y estás casado (es una afirmación, no una pregunta.

Nueva pausa. No debería responderle, pero...)

—...Sí.

—Me imaginaba algo así. Tu vida debe ser perfecta... Por eso tu trabajo es arreglar las desastrosas vidas ajenas.

(Silencio.)

—No estamos acá para hablar de mí, Emilia.

(Me mira con furia. Cada vez que le recuerdo que soy su terapeuta aunque hablemos como amigos, reacciona así. Quizás porque se da cuenta de que depende de mí su entrada al juego, y eso la hace sentir impotente.)

—No tengo muy claro por qué estamos acá. No sé qué más decirte.

(Su voz suena fría, y su mirada lo era aún más.) —Hablame de lo que hiciste estos días.

—El sábado salí con un chico.

(Silencio. De mi parte. Más silencio.)

—¿Escuchaste, Licenciado?

(Parece que disfrutara de mí... No sé cómo llamarlo: ¿desconcierto?, ¿frustración?, ¿celos?)

—Ajá.

(Y su tono es bastante insidioso y cruel cuando dice lo que viene.)

—*Fuimos al cine. Me besó. Y me gustó.*

Me saco los auriculares y los tiro al suelo. No lo soporté en ese momento, no lo soporto ahora. ¿Lo hizo a propósito? Me refiero a salir con ese tipo y venir a contármelo. Por un momento se me cruza por la cabeza que su cita tuvo justamente esa única finalidad: contármelo. Ella sabía que me iba a poner así. Sabía lo mal que me pondría y quiso probar su poder de mujer. Ella está más que consciente de lo que me provoca, y está jugando con fuego. Fuego. Eso sentí, y eso estoy sintiendo ahora, cuando recuerdo...

Me sé de memoria lo que ocurrió a continuación. Loco de rabia, me paré y le di la espalda. De rabia no, de celos. Enfermo de celos me sentía...

—¿Licenciado? ¿Te comieron la lengua los ratones? —me preguntó con una inocencia a todas luces fingida, cuando el silencio se hizo insostenible.

Me desquicié. Completamente... Y terminé faltando a los principios que siempre marcaron mi camino. Mandé al carajo toda la ética que caracterizó mi vida profesional. Pisoteé mi fe, mis votos matrimoniales y mi hombría de bien. Me olvidé de mi familia, me olvidé de Carla.

Aún no lo puedo creer. Me acerqué a ella, y la tomé por los brazos. Tengo grabada en mi mente la imagen de sus labios temblando. Me mostraba temor, pero más me mostraba deseo.

Y ganó el hombre. Ganó, pero también perdió todo. —No me comieron la lengua los ratones —le dije mientras mis manos pasaban de sus hombros a su rostro. Todo transcurría como en cámara lenta—. Acá la tenés.

La besé. Cometí un acto ético y moralmente imperdonable, pero cómo lo disfruté. Le devoré la boca, y ella no se resistió ni un poco. Le introduje mi lengua sin contemplaciones, le recorrí todo el paladar, y bebí su saliva con desesperación. La escuché gemir y sentí sus manos acariciarme la espalda. Quise morir porque sabía que estaba cometiendo el peor error de mi vida, pero el placer era tan intenso que no sólo continué, sino que redoblé la apuesta: comencé a tocarla.

La tenía aferrada por el cuello con una mano y me deleitaba con sus gemidos dentro de mi boca... La otra mano hurgaba bajo su falda como si tuviese vida propia. No debía hacerlo, pero no podía detenerme.

Le mordí los labios hasta sacarle sangre. El animal que vive en mí no sabía de límites, y bebí cada gota deleitándome con su dulzura.

Jadeábamos ambos, gemíamos sin reservas, y yo no lograba retomar el control de mis actos. Sentí que había perdido todo, y que ya daba igual lo que hiciera.

—Emilia... —murmuré sobre su boca.

—Por favor... —la escuché decir, y luego me di cuenta de que me estaba desprendiendo la camisa. Los dedos se le enredaban, le temblaban las manos. La observé como hipnotizado... Nunca había visto algo tan bello.

Su rostro era la viva imagen del deseo. Las mejillas sonrosadas, los labios hinchados, mojados... El cabello revuelto, los ojos brillantes...

Me morí de amor, me morí de ganas.

Le abrí las piernas, y la levanté. Con ella montada en mi cintura, avancé dos pasos y la arrinconé contra la pared con más fuerza de lo que hubiese deseado. Vagamente escuché como algo caía al suelo. Era mi diploma. El cristal estalló en mil pedazos, y el sonido fue como una señal de alarma que me devolvió la cordura. Era la representación de lo que estaba pasando en mi vida, que también se estaba haciendo añicos debido a mi debilidad y esta pasión tan inmensa que me estaba matando. Un frío intenso se fue apoderando de mí. De mí solamente, porque ella continuaba enardecida, y había comenzado a bajarme la camisa por los hombros, mientras me mordía uno sin dejar de gemir.

No sé de donde saqué fuerzas, pero lo hice. La fui dejando caer, la obligué a descender lentamente por mi cuerpo, y en ese momento Emilia se dio cuenta de que yo ya no era el lobo, sino que había vuelto a ser la oveja.

—Emilia... Esto... no puede volver a pasar.

Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas y yo sentí ganas de morirme. Y no pude evitar pasarle un dedo por la boca para limpiarle la sangre.

—Ya lo sé —me dijo sin mirarme, y yo admiré su madurez y su capacidad de comprensión.

Era más que consciente de que me tenía en sus manos. Podía perder todo, desde mi mujer hasta mi trabajo si ella me denunciaba, pero por alguna razón, lo único que me importaba en ese momento era que no sufriera.

—Por el bien de ambos, tenemos que suspender — murmuré mientras me abotonaba la camisa. Ella asintió.

—Seguramente Coco te va a asignar otro profesional, y estoy seguro de que todo va a salir bien, y vas a poder cumplir tu sueño de...

—No quiero.

—¿No querés cumplir tu sueño?

—No quiero otro profesional.

Eso me dijo, y fue contundente su tono de voz. No supe qué replicarle... Es que ya no sabía ni quién era. Había reprimido al hombre, pero no lograba volver a mi rol como terapeuta.

—Máximo, presiento que a tu lado voy a lograr descubrir qué es eso que me perturba desde siempre. Es algo que late dentro de mí, y cuando vi esa limusina estuvo a punto de estallar. Necesito saber qué es —me dijo limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano.

No pude decirle que sí. Tampoco pude decirle que no. Era muy tentador lo que proponía, pero no me sentía capaz de volver a verla y contener esos deseos que apenas me permitían respirar.

El siguiente paciente azotando la puerta, me salvó de la respuesta, y Emilia se marchó con una mirada triste que me llegó al alma.

Mientras tanto, la frase “a tu lado” resonaba en mi mente una y otra vez.

—¿Sí o no?

—¿Qué?

—Viejo, estás en la luna. ¿Qué te pasa?

—Nada, Juan Martín. Está todo bien —miento—.

¿Qué me decías?

En realidad no está nada bien, mi vida es un caos y yo no hago otra cosa que pensar en Emilia. Estamos almorzando, mis hijos y yo, y no logro concentrarme en la conversación.

—Te preguntaba si me prestás tu auto el viernes a la noche.

—¿Para qué?

—Qué pregunta tonta, papá.

—Tenés razón. Pero no quiero que vayas a fiestas y bebas alcohol y luego regreses conduciendo.

—No voy a ninguna fiesta —responde. Es evidente que no me va a decir nada sobre sus planes. Ni falta que hace estando Pía presente.

—Papá, Juanchi va a salir con su novia. Lo escuché llamarla por teléfono hace un rato —interviene sin que la inviten, y su hermano la fulmina con la mirada.

Alzo las cejas y lo miro. No sabía que tenía novia. Como siempre, y a pesar de todos mis intentos por evitarlo, mis hijos me ignoran y omiten contarme los eventos significativos de sus vidas. Porque tener novia es sin duda algo importante, y yo recién me estoy enterando.

—No le hagas caso a esta pesada.

—¡Te escuché! Se llama Mili, papá —acota Pippa. —¿Así que Mili? ¡Felicitaciones, Juan! Contame más.

—No tengo nada que decir. ¿Me prestás el auto, sí o no?

—Sí. Pero sé prudente, hijo. Cuidate y cuidala... y te lo digo en más de un sentido —le aconsejo con una guiñada cómplice.

—Juanchi, te lo dice para que compres condones —acota su hermana.

Tanto Pía como yo obtenemos otra mirada fulminante, así que ambos enterramos la cabeza en el plato y por un instante sólo se escucha el sonido de la televisión. Es cierto, se lo dije por eso, pero me deja atónito que mi hija de catorce años hable con esa soltura de... esos temas.

No me parece mal, sólo me asombra.

Mis hijos son una caja de sorpresas permanente. Y tienen a quien salir, porque yo mismo lo soy.

Me estoy

redescubriendo y me asusto de lo que encuentro. Me tengo miedo... Soy un desconocido hasta para mí. Pero a la vez siento que es la última oportunidad que me dará la vida para sentirme pleno aunque sea un instante.

Martes por la noche... tarde.

No puedo dormir. Estoy... No sé cómo explicarlo. No es "alterada" la palabra que me describe, pero se acerca mucho.

No hago otra cosa que pensar en él.

Máximo... Soy consciente de que lo que le pasó fue la reacción lógica ante mis provocaciones, y por un lado eso me da una sensación de triunfo que se siente muy bien. Y por otro, me enfermo de sólo pensar que tiene ese tipo de reacciones con otras mujeres. No lo veo como un Don Juan, como un mujeriego que se le tira encima a cualquiera que le dé un poquito de entrada, pero algo de eso hay, no tengo duda. Estoy más que segura que no soy la primera, y que no seré la última a la que el Licenciado Aguirregaray le echa el guante.

Leo lo que escribí recién y me da algo de pudor. Banalizar los increíbles momentos que vivimos Máximo y yo en su consultorio no me va a ayudar a superar esto que me nace desde las entrañas haciéndome vibrar tanto el cuerpo como el alma. No quiero superarlo tampoco. Quiero vivir este sentimiento a pleno.

Tener algo con un hombre casado, y que encima es mi terapeuta no es la idea que tengo de la felicidad ni es la clase de amor que imaginé para mí, pero esto que me pasa no lo elegí y tampoco puedo hacer nada para evitarlo. Dios... estoy hablando de amor. Estoy hablando de felicidad. Es que lo que siento es tan...

¿Qué es lo que siento? Me muero de deseo. Jamás en mi vida me sentí tan caliente y tan entregada. Hubiese hecho cualquier cosa que me pidiese en ese momento, y también ahora. Tengo una necesidad apremiante de desnudarlo por completo, y recorrerlo con mis manos y con mi boca. Y también quiero saber cómo se sentiría tenerlo adentro colmándome por completo, volviéndome loca de placer.

Pero hay más. Algo que no puedo explicar, y va más allá de tenerle ganas a un hombre de ensueño. Porque no hay duda de que lo es.

¿Tendrá que ver con el tabú, con la atracción de lo prohibido? ¿Qué será lo que me acerca a él, a pesar del resentimiento por haber truncado mi sueño? Ese aire de misterio, esa tristeza en su mirada... Quiero saber todo de él, absolutamente todo.

Quiero hacerlo gozar hasta que grite mi nombre. Lo quiero para mí... Dios mío, me desconozco. Tengo la intención de seducir a un hombre casado, y no encuentro en mi conciencia ni un solo motivo para no hacerlo. Mis ansias son más fuertes, dominan mis actos y también mi corazón.

Y de pronto se me ocurre que no será Big Brother ese mojón que hará que mi vida dé un giro de

ciento ochenta grados, sino más bien el pretexto que encontró el destino para traerme a Buenos Aires, directo a sus brazos.

Tengo la cabeza a punto de estallar, y más aún luego de mi extraña conversación telefónica con Natalia.

La noté bastante deprimida. Me dijo que quería dejar la facultad e irse a vivir con papá a España. Me resulta muy raro sentirla así, tan bajoneada, porque ella es como un cascabel. Cierto que no le faltan motivos para estar triste, pero ella ha sabido sobrellevar muy bien sus penas, que también son un poco más. Nati perdió a su madre y a su hermano en un lapso increíblemente corto: una semana. La mamá estaba enferma y todos esperaban ese desenlace, pero lo del hermano fue completamente inesperado y trágico. Él era el primer hijo de María José, y tenía solamente diez añitos cuando murió víctima de un accidente de tránsito.

Después de eso, vi muy poco a mi hermana, porque por un tiempo se negó a hablar y luego hacía cosas extrañas, como comerse el cabello y hacerse pis encima teniendo casi seis años.

Mi papá la llevó de médico en médico, pero su recuperación tardó años y durante ese tiempo permanecí en Carmelo, presa de una tristeza infinita... Creo que por eso olvidé muchos detalles de nuestra vida antes del accidente. Debió haber sido una forma de preservar mi psiquis del dolor de su ausencia.

Dios, qué familia trágica la mía. Mi abuela materna a la que jamás conocí, murió víctima de un disparo que sin querer le propinó mi madre, su única hija. Fue un accidente tan tonto... Ella era una niña inquieta que cometió la tontería de colgarse de una escopeta que estaba en un soporte apuntando hacia arriba. Mi abuela doblaba ropa en la planta alta... El disparo atravesó la madera y... Mi madre también tiene otros motivos para su amargura, pero debió reponerse por mí. Yo creo que por un hijo una puede hacer cualquier cosa.

En mi familia paterna también hay eventos tristes: mis primos, Verónica y Luciano, perdieron a sus padres en un accidente aéreo cuando eran niños. Y más recientemente, el esposo de Vero estuvo a punto de morir en un terremoto en Japón. Tengo que cuidarme, porque la mala suerte nos persigue, no me cabe la menor duda.

Pero ahora lo que más me preocupa es mi hermana. Y al otro lado del río, se me hace muy difícil... Para distraerla, le conté lo de Máximo en detalle. El efecto fue inmediato.

“Carajo, Mili, estás en tremendo lío. Si tu vieja se entera que anduviste a los besos con un tipo casado, y que encima es tu psicólogo... Me resulta difícil de asumir, como profesional del ramo, pero supongo que es como los sacerdotes..., siempre hay una oveja descarriada.”

Profesional del ramo... está en tercero de psicología, pero ya se siente una licenciada, mi loca y adorada hermana. Y esa analogía con la oveja descarriada...

“Yo no le diría oveja, Nat. Este más bien es el lobo...”

“Te voy a decir algo que no debería, pero lo voy a hacer al igual que lo hice con Vero: la vida es corta. Disfrútala. A veces el placer y el dolor están muy cerca, pero creo que vale la pena correr

el riesgo. Y esto te lo digo como hermana y no como...”

“...profesional del ramo”, completé yo con una sonrisa. Me hizo muy feliz sentirla más animada y rogué que por un tiempo no me acose el fantasma de su partida. Es muy distinto tenerla al otro lado del río, a un par de horas de distancia, que al otro lado del océano... Ya se me hace muy difícil vivir con la ausencia de mi papá. Él se casó de nuevo, y se instaló en un pueblo del suroeste español a hacer lo que más le gusta: criar caballos y la música... Quiso que fuésemos con él, pero Natalia no quiso abandonar sus estudios en ese momento, y yo no quise abandonar a mi madre. Quién iba a decir que lo terminaríamos haciendo de todos modos.

No obstante, no lamento que papá se haya marchado. Si él es feliz, yo también lo soy. Tocar el saxo hasta hacerlo gemir es uno de sus talentos que me hubiese gustado heredar, pero no fue así. Sólo me legó un buen oído, y una garganta que además de cantar, a veces gime como un saxo, y lo acabo de descubrir.

Máximo... Lo recuerdo y el estómago se me contrae tanto que me duele. Tiene razón Natalia. El placer y el dolor, a veces están muy cerca. Demasiado.

—7—

Suena el teléfono de forma insistente y molesta. No reconozco el número.

Me incorporo en la cama y noto que Carla ya se fue. Mejor... Tengo miedo de que sea Emilia. ¿Tengo miedo o lo deseo? Sacudo la cabeza y contesto. No es ella; es Mariel mi ex paciente, la prima de Coco.

—Necesito ayuda con Emilia. —Es lo primero que me dice luego de identificarse.

Me pongo de pie en menos de un segundo.

—¿Qué le pasa? —pregunto, y ni siquiera intento disimular mi ansiedad.

—Pasó una noche de perros. Afiebrada, con pesadillas. Se despertó varias veces a los gritos... Creo que eran alucinaciones, Máximo. Coco me dijo que lo llamara.

—Hiciste bien, Mariel. ¿Cómo está ella ahora? —Duerme, pero muy inquieta. De vez en cuando llora en sueños... Hoy es su día libre, pero no el mío. Tengo

que ir al banco en media hora. ¿Podría venir, Máximo? Me preocupa dejarla sola en estas condiciones.

—Voy para allá.

Me ducho y me visto en tiempo récord, y en veinte minutos estoy en la dirección que Mariel me pasó por mensaje de texto.

Ella me recibe con la puerta abierta, y con la cartera al hombro.

—Gracias por venir. Ella está en la segunda puerta. Me tengo que ir ya, le pido disculpas.

—No hay problema.

—Máximo, me gustaría agendar una consulta...

Necesito que me asesore sobre un tema muy íntimo. —Estoy a las órdenes —le digo. Sonríe y se marcha



con prisa.

Y con la misma prisa cierro la puerta detrás de mí, y me dirijo al dormitorio de Emilia. Golpeo suavemente, y luego un tanto más fuerte, pero no obtengo respuesta. Entonces abro la puerta... Ella está de espaldas a mí,

como la primera vez que la vi. Una sacudida me recorre entero... Parece dormir. Cuando despierte ¿seré su dios, o una vez más seré el hombre que no debo ser? Tengo que apelar a todos mis mecanismos de defensa, y hacer que surja el terapeuta para poder ayudarla.

Rodeo la cama hasta quedar frente a ella, y me acucillo a su lado. Su rostro es increíblemente bello, pero demasiado pálido. Su piel es casi traslúcida y las pestañas tan largas que le sombrean las mejillas. Una suave penumbra que se va aclarando lentamente me permite distinguir más detalles. Ha llorado, no hay duda. Y eso me rompe el corazón.

Se revuelve, inquieta. Ahora está tendida de espaldas, y yo no puedo apartar los ojos de ella. Adoro verla dormir... Adoro verla. De cualquier manera. Es exquisita, es única. Y es también demasiado joven, mi paciente, y mi pecado. Tengo que recordarme permanentemente que esta mujer está prohibida para mí. No puedo mostrarle otra vez lo que me hace sentir, no puedo dejar que note cuánto la deseo.

Pero ahora duerme y permanece ajena a mis pensamientos y a mis sentimientos. Ahora puedo darme el lujo de observarla sin reservas, de adorarla con mi mirada. Y también de algo más...

No me puedo contener, y me acerco a su boca. Bebo su aliento delicioso y como atraídos por un imán, mis labios se posan en los suyos suavemente por un segundo.

Mi bella durmiente no se mueve siquiera, y el hombre que vive en mí se vuelve más audaz. Mientras no aparezca el lobo, podré volver a mi rol de terapeuta cuando sea necesario. La vuelvo a besar, pero esta vez en la mejilla. Y luego siguen los párpados, la frente... y de vuelta a sus labios. Cuando los entreabre me asusto y me retiro un tanto, pero ella no abre los ojos.

Un beso más, uno solo... Y finalmente, estoy perdido.

Emilia me echa los brazos al cuello y esta vez es ella la que me hace probar su lengua. ¿Cómo resistirse a algo que uno desea tanto? Me entrego a ese beso con la misma pasión y el mismo descontrol que la primera vez. Todos mis buenos propósitos se van al carajo, y en lo único en que puedo pensar es cuanto deseo a esta mujer. Porque no hay dudas de que no es una criatura, es una mujer, con deseos de hembra ardiente y voraz que no conciben con su cara de nena, y la inocencia que transmite fuera de la... cama. Y de pronto me doy cuenta de que estamos en la cama, no en el diván.

Ya no estamos en el recinto sagrado de mi consultorio que supimos violar en su momento. Ahora estamos en una cama y todo lo que parecía prohibido se diluye lentamente...

Emilia, yo y una cama. No existe nada prohibido. Nada.

Estoy encima de ella completamente vestido, besándola como un animal. Sus manos se pierden en mi espalda y ya no puedo pensar. Siento una necesidad visceral de unirme a ella, para satisfacer mi deseo, pero sobre todo para saciar los suyos. Nuestros movimientos se hacen más apremiantes... Ella lucha por apartar las sábanas con las piernas, y yo lucho para dominar estas

ansias imparables de abrírseles y obtener eso que tanto quiero.

La escucho gemir... Nunca había oído algo así. Todos mis sentidos se alteran y le devoro la boca sin pensar en nada más. Pero de pronto la siento tensarse bajo mi cuerpo. Permanece inmóvil, y ya no responde al beso... Está llorando. Mierda, Emilia está llorando.

Reacciono. Todo el peso de mis actos cae de golpe sobre mí, y me aparto más rápido que un rayo. Estoy de rodillas en su cama, buscando su mirada...

—Perdoname, chiquita —le digo como un estúpido. —No me llames así.

—Soy un animal. Jamás debí...

—Máximo.

—¿Qué?

—No lloro por lo que estuvimos a punto de hacer. Ambos, no fuiste sólo vos. Lloro porque estoy angustiada — confiesa sentándose en el borde de la cama.

Carajo, está angustiada. Y yo soy su terapeuta. Para eso vine, para ayudarla, no para hacerle el amor. Me siento una basura, pero no puedo comenzar a flagelarme ahora. Lo que importa en este momento es lo que siente ella.

—¿Qué te pasa, Emilia? —pregunto mientras me siento a su lado.

Y entonces se rompe el dique. Los sollozos estremecen su cuerpo, y yo permanezco en silencio esperando que se libere toda la tensión contenida. Minutos después, puede hablar.

—Hay algo... que me atormenta. Y lo peor de todo es que no tengo idea de lo que es.

—¿Tenés pesadillas?

—Sí.

—Contame.

—Sueño siempre lo mismo. Es un pájaro gigante que

se lleva al niño y yo no puedo hacer nada. Corro como una loca, pero no logro alcanzarlos. Y tengo miedo de que el pájaro venga por mí. A veces lo hace, y ya no es un pájaro, sino un dragón. Es blanco y enorme. Quiero mirar a través de sus ojos violetas, quiero ver qué hay detrás... No lo logro. Pero sé que hay algo..., algo horrible. Máximo, ese pájaro, ese dragón, representan eso que me aterra y no puedo recordar —me dice algo más calmada.

—¿Quién es el niño? —pregunto.

—No sé.

—¿El pájaro es blanco como el dragón? —insisto. —Sí.

—Emilia, si yo te digo “blanco”, ¿qué es lo primero que te viene a la mente?

—Miedo.

—¿Y si te digo “limusina blanca”?

Vuelve la cabeza lentamente y me mira. Por unos instantes no dice nada y ni falta que hace. Ese

terror del que ella me habla, lo veo en sus ojos.

—No lo sé, Máximo. No lo sé... —responde, mientras parece buscar la respuesta en mi mirada. Su inconsciente no está listo para soltar sus fantasías más oscuras... o sus recuerdos. No quiero forzarla, no deseo atormentarla más.

—Cuando estés preparada, surgirán todos los por qué y también los para qué, Emilia. No te esfuerces ahora, dejá que fluya.

Sacude la cabeza. Aún está alterada. Y triste, muy triste.

Malditas pesadillas. Odio verla sufrir, pero tengo que admitir que han sido útiles para frenar el terrible error que estuvimos a punto de cometer. Porque no hay duda de que sería un...

Me toma por sorpresa y no atino a nada. Emilia levanta la mano y me acaricia el pelo... Es tan inmensa la ternura que pone en el gesto que me deja mudo. Abro la boca, pero no puedo decir ni una palabra. No puede ser. Trabajo con la palabra, ella es mi herramienta. Y ahora no logro hallar las adecuadas para impedir que esto continúe. Y tampoco puedo apartarme. Cierro los ojos y disfruto del contacto. Es una sensación tan exquisita, tan sublime...

Sólo se escucha el sonido del aire que ya no podemos contener. Y el aire no es lo único que no podemos contener. Abro los ojos y descubro que la magia está presente y nos envuelve. Ella mira mi boca y traga saliva.

“Va a pasar de nuevo, vos y yo sabemos que así será. Es inevitable esta atracción, este sentimiento que nos ahoga, estas ganas de fundirnos el uno con el otro... Estoy loco por vos, Emilia. Justamente yo, que trabajo con los impulsos, con las energías libidinales, me veo inmerso en este espiral de deseo casi insano que me hace perder el control de mis actos. No puedo sustraerme a tu encanto y a este momento único que estamos viviendo. Que Dios me perdone, pero ya no puedo más.”

Se acerca lentamente a mi boca, y sus labios tocan los míos. No estoy preparado para tanta dulzura en un beso. Me quedo inmóvil disfrutando de su contacto, deseando que ese momento no acabe nunca.

Por favor, ya no puedo soportarlo.

Que ella haga destrozos en mi cuerpo es algo que escapa a mi control y está muy mal, pero puedo tolerarlo

mientras no toque mi alma. Y eso es lo que está sucediendo ahora. La conexión es tan intensa que siento que jamás podré respirar si no es a través de su aliento, que jamás me sentiré verdaderamente amado si no me lo cuentan sus ojos, y que nunca podré experimentar placer, si no proviene del cuerpo de esta mujer.

Cierro los ojos, y claudico. Soy suyo, que haga de mi lo que quiera.

Y parece que ella quiere lo mismo que yo. Nos besamos con desesperación, y momentos después Emilia está tendida en la cama. No puedo dejar de observarla... Lleva puesta una camiseta de los

Rolling Stones, y debajo puedo ver sus pechos elevarse y descender al ritmo de su agitada respiración. Me tiende los brazos y yo continúo con mi rendición en ellos. Mis manos se deslizan bajo la ropa y me encuentro con sus senos desnudos. Separo mi cuerpo del suyo y elevo su camiseta, porque no puedo resistir la tentación de mirarlos.

Son hermosos, toda ella lo es. Su juventud me perturba intensamente, me hace sentir un verdadero perverso, pero no tengo tiempo para detenerme en eso ahora porque lo único que quiero es besarle los pechos. Lo hago... Tímidamente primero, y luego literalmente los devoro, mientras ella me incentiva tomándome de la nuca y oprimiéndome contra ellos. Su cuerpo es maravilloso... Piel tersa, suave. Ligeramente sonrosada. Es durazno, y en algunos sitios manzana. Y así huele... Carajo, su aroma es tan exquisito, tan adorablemente joven... Desciendo por su cuerpo jadeando, y cuando llego a ese lugar que tanto estoy deseando, levanto la vista y la encuentro mirándome. Sus ojos ya no muestran tristeza, sino deseo. Se muerde el labio, expectante. Y yo pierdo la cabeza...

Con un dedo separo el elástico y lo hago bajar apenas un centímetro.  
La vuelvo a mirar y le ruego.

—Decime que no, por favor. Deteneme, Emilia.

Se incorpora y a solo unos centímetros de mi rostro me responde, pero no lo que esperaba escuchar.

—No. No te detengas.

“Ah, no me hagas esto, mi amor. Contaba con tu cordura, porque a mí ya no me queda.”  
Es inútil luchar contra estas ansias. Deslizo su ropa interior lentamente con la esperanza de que reconsidere permitirme continuar, pero eso no sucede. Cuando termino de hacerlo sé perfectamente que es lo que quiero, y también sé que no habrá vuelta atrás.  
Lo que quiero es su placer. Mi castigo será reprimir el mío. Hasta que duela.

Le abro las piernas, pero no un poco. Se las abro de verdad y la escucho ahogar un grito de sorpresa. La escucho, pero no la miro a la cara. Estoy mirando otra cosa y no puedo apartar mis ojos de allí. Y tampoco mi mano.

La acaricio despacio.

—Sí... Máximo, te necesito ahora...

Lo sé. La veo y la palpo, húmeda, receptiva, deseosa. Le voy a dar placer, pero será a mi manera.

Me inclino y bebo directamente de la fuente de su deseo. Le abro los labios con cuidado y descubro el clítoris a punto de estallar. Succiono, lamo, soplo hasta que la escucho gritar.

Me toma del cabello con ambas manos, y oprime mi rostro contra su vulva empapada por sus jugos y mi saliva, y finalmente acaba. No estaba preparado para una emoción tan intensa. Me entrego totalmente a ella, y disfruto de su placer como si fuese el mío.

De alguna forma lo es. Y es también todo lo que puedo darle.

Mi erección es tan firme que tengo miedo de explotar sin siquiera un roce. Estoy empalmado como

nunca, y siento un extraño dolor aquí abajo, pero de alguna forma estoy satisfecho. Es que mi placer, hoy pasa por dárselo a ella.

Trepo por su cuerpo y continuó deleitándome, pero esta vez es con su rostro arrebolado. La beso, y ahora compartimos su dulce sabor.

—Máximo...

—No digas nada, Emilia, por favor. Esto se termina acá.

—Iba a decir si se puede considerar la sesión de hoy cubierta. Creo que el tratamiento ha resultado más efectivo de lo que esperaba —me dice la muy descarada, ignorando mis determinaciones y buenos propósitos, y muy a mi pesar no puedo evitar sonreír. Pero enseguida me pongo serio, porque no puedo olvidar que lo que acabamos de hacer, jamás debió suceder.

—Esto está muy mal, lo sabés, ¿verdad?

Y lo que me responde me desarma, me aniquila por completo.

—Máximo, sólo una cosa te voy a decir, y esta vez te voy a dejar pensando yo a vos: no ser feliz, por ser bueno, es altamente inmoral.

“No ser feliz, por ser bueno, es altamente inmoral.”

La frase que citó Emilia esta mañana me da vueltas y vueltas en la cabeza. No sé qué extraño influjo ejerce ella sobre mí, lo cierto es que no logro pensar en otra cosa que no sea en lo que me dijo, en cómo me miró, en lo que me hizo, en lo que le hice... Y esa maldita frase me ha perseguido el día entero. ¿Cómo es que con una simple combinación de palabras ella haya podido movilizarme tanto? ¿No se supone que debería ser al revés? “Fuiste por lana y regresaste trasquilado”, diría mi madre. Qué metáfora apropiada para esta oveja negra de pelo rubio.

Como si hubiese adivinado mis pensamientos, la distinguida Mercedes Laurente me pregunta por enésima vez en los últimos veinte años:

—¿Cuándo te vas a cortar el pelo, querido? Lucís tan desprolijo así...

—Se lo digo continuamente, Mercedes. Pero el insiste en mantener ese look.

—Bolchevique —completa mi madre.

—Eso. O cartonero de una villa —replica Carla alegremente.

—O drogadicto que no se baña desde hace una semana...

Basta, no las aguanto más. Estamos mi madre, Carla y yo, merendando en una confitería del centro, y me siento tan lejos de ellas como de la luna. Me están insultando, intentan ofenderme. Hacerme “reaccionar” diría mi vieja. Pero la verdad es que no me provoca decirles nada.

Ellas continúan, jamás se dan por vencidas. —¿Nos vas a dar el gusto y te vas a cortar el pelo, Máximo? —insiste Carla y yo la miro como si recién ahora la

estuviese conociendo. Esta es mi mujer y la madre de mis hijos. La quise mucho, y de alguna forma lo sigo haciendo, pero en este instante me doy cuenta de que ya no estoy enamorado de ella. Dios... llegar a esa conclusión, automáticamente me lleva a otra que se me dificulta asumir. ¿No

quiero a Carla porque me enamoré de Emilia? ¿O es al revés, y resulta que me enamoré de Emilia porque ya no amo a Carla?

—Max, tu mujer te está haciendo una pregunta.

“Y yo me estoy haciendo varias mamá. De hecho no hago otra cosa en las últimas dos semanas, y no tienen que ver con el largo de mi pelo o como luzco”, pienso.

—No, no me lo voy a cortar. Me gusta así. —Ambas me miran como si estuviese loco. Es que hasta ahora no me había negado jamás, simplemente le había dado largas al asunto prometiendo hacerlo en cuanto pudiese. Y mi negativa las tiene completamente desconcertadas—. Es más, quiero pedirles que no insistan en eso porque ya me están cansando.

Roja como un tomate, Carla no hace más que abrir y cerrar la boca buscando algo para decirme. Tiene que ser algo bastante hiriente, así que repasa su repertorio hasta que encuentra lo que necesita. A ver...

—Ah, pero mirá qué bien. Nosotras nos preocupamos para que no luzcas como en lo que te estás convirtiendo: un completo fracasado, y resulta que te cansamos —dice mirando a mi madre que la escucha con atención y encima asiente—. Si no lo hacés por vos, hacelo por tus hijos. Es pésimo el ejemplo que les estás dando.

—Además no tenés edad, querido. Eso del pelo largo es para chicos jóvenes —completa mi vieja, mientras le hace una seña al mozo para que le traiga otra copita de licor de anís. Las bebidas espirituosas son su debilidad, pero lo cierto es que no le hace asco a nada que tenga alto contenido etílico.

Es inútil. Me siento derrotado y el hastío se apodera de mí. Vuelvo a mi caparazón de indiferencia y me encojo de hombros.

Regreso al redil, me repliego, sigo al rebaño. Pero el pelo no me lo corto y se los digo:

—Gracias por preocuparse por mi imagen, pero prefiero llevarlo así. Y cuando recuerdo la mano de Emilia acariciándolo, me estremezco de pies a cabeza. Y cuando la imagino en brazos de ese chico que la besa y a ella le gusta, me desespero. Pido la cuenta, y me paro, nervioso.

No quiero que vean como la oveja se convierte en lobo. Cuando todos duermen, bajo al garaje y la llamo. Sé que hago mal, pero necesito escuchar su voz.

—Quería saber si estás bien.

Ella ríe.

—Ahora sí.

Es un gran alivio, además de un halago el saberlo.

Pero sé que tengo que terminar con esto antes de que sea tarde.

—Emilia, vamos a hacer el esfuerzo de olvidarnos de lo que pasó.

—¿Me estás preguntando o me lo estás ordenando?

Me deja completamente desconcertado con su respuesta, que es más bien una pregunta.

—Es muy grave, no deberías tomarlo tan a la ligera —le digo ignorándola, en mi intento de hacer que reflexione y desista—. Y lo es en más de un aspecto.

—Lo tenés bastante claro. Yo no...

Carajo, carajo. Qué difícil es esto. Lo vi mil veces en el consultorio, pero ahora que me toca a mí no sé cómo mierda manejarlo.

—Lo único que tengo claro es que esto me está destruyendo, Emilia.

La dejo sin palabras, pero por alguna razón eso no me hace feliz.

Luego de una pausa me dice:

—No quiero eso. Tenés razón, si lo que está pasando entre nosotros te hace más mal que bien, tenemos que dejarlo.

—Es lo mejor, ahora cuando aún estamos a tiempo para detenerlo.

—¿Qué es lo que debemos detener? Ponele un nombre, Máximo —me pide.

Vácilo... No debería entrar en ese juego ahora que parece que nos estamos saliendo.

—No tengo idea. Y es mejor no averiguarlo.

—¿Mejor para quién? Será para vos, porque a mí me vas a privar de vivir este sentimiento que me ahoga cada vez que pienso en tus ojos, en tu boca, en tu...

—Basta, Emilia, por favor. Esto es una tortura.

—No quiero que sufras, pero quisiera que te preguntaras si vas a poder ser feliz sin saber cómo hubiese sido llegar hasta el final.

El final... Ser feliz. La cabeza me da vueltas, y ya no puedo pensar. Me envuelve con sus palabras, me desquicia por completo. Me muero de ganas de correr a buscarla y comprobar si ese final tiene que ver con descargar esta locura dentro de ella.

—No puedo ofrecerte nada. Seguir con algo que está prohibido por donde lo mires y que no puede conducirnos a otra cosa que no sea dolor no es muy sensato que digamos —intento argumentar, pero ella me demuestra lo perdido que estoy.

—Aun así, quiero más. El placer y el dolor me hacen sentir viva.

—No sabés lo que estás diciendo.

—Esta mañana tu boca me llevó a lugares donde jamás soñé llegar...

—Por favor, no sigas.

—Y quiero que sientas lo mismo... Sólo eso y luego no nos vemos nunca más, Máximo —me propone.

¿Qué me está ofreciendo? ¿Un polvo y después el olvido? Por Dios... si lo que siento por ella se terminara cogiéndola, quizás aceptaría ese trato... Pero no es sólo eso. Sé que lo que me une a Emilia es algo más fuerte y eso me aterra. No tener el control de lo que siento me hace morir de miedo.

—No. Esto se termina en este momento, Emilia. Me hubiese gustado que lo que pasó...

—Ni se te ocurra decirlo. No me digas que te hubiese gustado que jamás sucediera, porque ahora vos me estás destruyendo a mí.

Las lágrimas me ciegan. Estoy llorando por una mujer... Lloro por lo que pudo ser, por lo que jamás será y por el hombre que soy sólo cuando estoy a su lado. Vivir en el rebaño no es lo que quería para mí, pero logré preservar mi integridad durante todo este tiempo. Tengo que rescatar lo que queda de ella, tengo que reencontrarme con mi hastío, con mi insatisfacción de siempre, con la vida anodina que venía llevando hasta ahora. Porque no hacerlo podría significar perderlo todo. Es una verdadera mierda, pero es la mierda que yo elegí, la que logré construir, y lo único que tengo. Por eso lo hago, por eso renuncio a esta oportunidad de vivir un sueño, el que ella me ofrece.

—Te pido perdón si te hice daño al darte a entender que esto podría seguir. Me hago cargo de mis errores, porque jamás debí dejar de verte como lo que sos: una de mis pacientes. Lo mejor es que continúes con tu vida y con esa... relación que estás comenzando.

Listo. El silencio al otro lado de la línea me indica que logré mi objetivo: alejar para siempre el amor de mi vida. Renunciar al placer, a la belleza, a mis deseos. Decirle que no a la felicidad.

Finalmente me lo dice. Muerde cada una de sus palabras y cuando termina, corta la llamada dejándome completamente devastado.

—Ojalá que ella sepa apreciar tu hombría de bien. Que disfrute de tu cuerpo porque yo no podré hacerlo. Ojalá que tu trabajo te dé las satisfacciones que estás necesitando. Y que cuando llegues al final del camino, puedas sentir que valió la pena recorrerlo sin mi amor.

Sábado de mañana, luchando con la resaca. Anoche salí con Juan. Ni siquiera intento cuestionarme el motivo de haber aceptado esta segunda cita, porque lo tengo más que claro: despecho. Y no necesité de ninguna terapia para darme cuenta.

Esta pulseada con Máximo, deja como resultado dos perdedores. ¿Cómo hacerle entender que permitirnos vivir este sentimiento es algo que ambos necesitamos?

Es tan grande el deseo que me consume, que no hago otra cosa que pensar en eso. Atrás quedaron mis ansias de entrar a Big Brother, de hacerme famosa, de concretar mi sueño de ser una cantante profesional. Ahora mi única pretensión es tener la suerte de poder vivir este amor, a la luz del sol o a escondidas.

Antes creía que la suerte era para mediocres. Yo quería tener éxito. Cómo pueden cambiar las cosas cuando la verdadera pasión te arrastra... Ahora dependo del hecho azaroso de que a él se le ocurra dejar de lado sus prejuicios y atreverse a dar ese paso que le cuesta tanto.

No depende de mí, ni de lo que le pueda argumentar para convencerlo. Tampoco depende de mi poder de persuasión basado en la piel. Esto está condicionado al sentimiento de culpa, el auto impuesto y el que le generan.

A Alicia, la mujer de Coco, se le escapó ayer por la tarde, cuando pasó por el súper a hacer sus compras: “Recién me encontré con la mujer de Máximo, tu terapeuta. Es una verdadera bruja. Ojalá algún día él se anime a darle la patada en el culo que se merece. No hace más que pedirle plata, y decir a los cuatro vientos que su marido es un fracasado”. Y luego se interrumpió de pronto. Al parecer cayó en la cuenta de que no es adecuado mencionar esto a una paciente de



Máximo. Rápidamente cambió de tema y me invitó a su cumpleaños que es esta noche. Me dijo que llevara a mi novio... Mariel debió contarle lo de Juan, sin duda, pero obviamente no pienso hacerlo.

Sentí pena y dolor. Aun despechada me conmoví profundamente, pero enseguida aparté esos sentimientos de mi corazón. Es que lo imaginé con ella, besándola como me besó a mí, tocándola como... Mierda, me morí de celos y aún lo hago, y si Máximo no se hace cargo de lo que siente, de lo que ambos sentimos, es un estúpido. Por eso le dije que sí a Juan cuando me invitó a cenar.

La noche no terminó demasiado bien que digamos. Cuando llegamos a la puerta del departamento que comparto con Mariel, el chico se me tiró encima. Al principio fueron besos, y me dejé llevar por su dulzura y mi soledad. Luego llegaron las caricias y me dejé llevar por mi despecho. Pero cuando su mano comenzó a avanzar, cuando los labios dieron paso a la lengua, le puse una mano en el pecho y le pedí que se detuviera.

—Mili, por favor... Me gustás tanto. Creo que me estoy enamorando.

Lo que me faltaba... Ser yo ahora la victimaria. Pero lo cierto es que no siento nada por este chico tan guapo, tan dulce. Y estoy segura que tiene que ver con Máximo y esta pasión que se me ha metido en el cuerpo y en el alma.

—Perdoname, Juan, pero por el momento sólo podemos ser amigos. Tengo que resolver algo, y mientras tanto no puedo.

—¿Es por lo de Gran Hermano, Mili?

—No. Es algo que tiene que ver con... otra persona.

¿Cómo explicarle que esa persona es mi terapeuta, casado y con hijos? ¿Cómo hablarle de esta pasión que me está consumiendo y que él me corresponde pero tiene miedo a vivir? ¿Cómo confesarle que sólo salí a cenar porque me sentí rechazada y sola?

No fue necesario decirle nada, porque se fue, derrotado. Y mi terapia anoche tuvo nombre y apellido: Jack Daniels. Por primera vez en mi vida me emborraché, sentada en el piso con el whisky de Mariel. Sólo hizo falta una medida, que me supo tan amarga como mi estado de ánimo.

—8—

Dos días sin verla, sin escucharla, sin saber nada de ella. Mi terapia para curarme de Emilia es la abstinencia total de su presencia. Pero mi cabeza no lo entiende, y tampoco mi corazón. Y mi cuerpo menos que menos; ese ni se enteró.

Estoy ante el espejo y descubro que mi mirada es más brillante que nunca. Y que mi pelo es un desastre... Quizás tenga que hacerles caso a las piedras en mis zapatos, y cortármelo... Me lo acomodo como puedo. Después de todo sólo voy al cumpleaños de Alicia, la mujer de Coco.

No tengo ni las más mínimas ganas de hacerlo, pero Carla puede ser muy insistente y molesta cuando quiere algo. Tiene la esperanza de encontrarse a alguien del "ambiente", dada la condición de productor de mi amigo, y es más fácil acceder que encontrar motivos para no hacerlo.

La casa de Coco y Alicia es grande y está llena de gente. Deben haber venido más de cien personas y eso es suficiente para hacerme sentir incómodo. Carla no dura ni diez minutos a mi lado. Se mezcla entre la gente como pez en el agua, y yo me quedo solo en un rincón, con mi vaso de Pepsi en la mano y la otra en un bolsillo. Me siento ridículo de pantalón de vestir y camisa, cuando todos están tan informales. Carla insistió en que me pusiera “presentable” y ahora desentono en esta multitud de jeans y camisetas...

Recorro el recinto con la mirada y de pronto la veo. Está junto a la prima de Coco y ambas cuchichean y ríen. Es imposible no notar su presencia, porque de alguna manera también desentona por su atuendo con el resto de la gente, pero no con mi corazón. Lleva el cabello recogido y también un vestido, como es su costumbre. Esta vez es rojo fuego, al igual que su boca.

Jamás en mi vida vi algo tan hermoso. Es una flor en el desierto y ya no tengo ojos más que para ella. No esperaba encontrarla acá, nunca se me cruzó por la mente que podía venir. ¿Habrá venido sola o con ese chico con el que sale? Sólo de pensarlo me desespero.

Ella no me ha visto aún, así que disfruto de observar cada uno de sus movimientos. En realidad no sé si “disfrutar” es la palabra correcta, porque al verla chuparse un dedo en el que le quedó un poco de mayonesa de un canapé, me está matando.

Un mozo me ofrece un whisky y hago lo que nunca: acepto. Necesito algo fuerte para sobrellevar esta noche que adivino más que difícil.

Cuando vuelvo a mirar en dirección a Emilia, ya no está. Es como si se apagara la luz para mí. Esto no mejora, sino que cada vez estoy peor.

—Hola, Máximo. —Escucho una voz a mi lado.

Es Mariel. Le doy la mano con cortesía y no puedo evitar mirar a su alrededor a ver si está acompañada. Pero no. Emilia no está con ella.

—Linda fiesta —le digo sólo por decir algo. —Sí. ¿Recuerda que le dije que necesitaba un turno? ¿Podría ser la semana que viene?

—Por supuesto. ¿Te parece bien el miércoles de mañana? ¿A las nueve?

—Perfecto. Ojalá pueda ayudarme en una decisión que me cambiará la vida. Es algo muy... Ay, querida. Te había perdido pero acá estás —dice de pronto mirando por encima de mi hombro, a alguien a mis espaldas—. Mirá con quien me acabo de encontrar... Con nuestro terapeuta preferido.

Vuelvo la cabeza despacio y por unos segundos nos miramos sin decir nada. El mundo se esfuma en torno a nosotros y solo estamos ella y yo. Y el rojo de su boca que acapara todos mis sentidos...

—Buenas noches, Licenciado.

—Buenas noches, Emilia.

Detrás de mí, Mariel se disculpa y se aleja. O al menos eso es lo que mi mente obnubilada puede registrar.

—Sabía que vendrías —me dice en voz baja.

—Yo no tenía idea de que vos también...

—Me lo imagino. Si fuese así seguro que no hubieses venido.

—Probablemente.

—O quizás lo hubieses hecho, pero no acompañado. Sus palabras tienen la misma contundencia que la realidad que regresa a mí de golpe.

—Tal vez —le digo, y ya no puedo sostenerle la mirada.

—Máximo... Mirame —me pide.

Cuando levanto la vista me encuentro con sus ojos, cálidos y húmedos. Hay tanto amor en ellos, que siento un vacío en el estómago. Trago saliva, conmovido, y ahora sí que no puedo dejar de observarla. De sus ojos, a su boca. Sube y baja una y otra vez... No puedo decir nada, no me salen las palabras. Y es lo mejor, porque si no tuviese la garganta tan cerrada, le diría el disparate que estoy pensando: “Salgamos de acá ahora. Quiero amarte, Emilia. Ya lo hago con el alma, pero necesito hacerlo con el cuerpo”.

Pero para fortuna de ambos, sólo puedo transmitirle lo que siento con la mirada...

—Licenciado, ¿haciendo horas extras? Mirá que la producción no se va a hacer cargo de esto —me dice Coco apareciendo entre ambos de improviso. Me mira y alza las cejas en un gesto por demás significativo—. Te voy a robar a tu paciente porque quiero presentarle a alguien. Vamos, Emi.

¿Emi? ¿Desde cuándo es “Emi”? ¿Y a quién carajo tiene que presentarle?

No tardo en averiguarlo. A unos metros de mí, uno de los integrantes del grupo “Los Nocheros” sonríe y le tiende la mano. Pero luego lo piensa mejor y le besa la mejilla.

Los celos han copado mi alma esta noche. Siento envidia de Coco, de ese tipo, de todos los que pueden darse el lujo de acercarse a Emilia sin temer a que sus propios sentimientos los traicionen.

Ella se pierde en el tumulto y yo me siento fuera de lugar. Tengo ganas de irme, y así se lo hago saber a Carla. —¿Estás mal de la cabeza, Máximo? ¿Viste quien vino? ¡Mirá! Y va a cantar... Ni loca me lo pierdo.

Suspiro resignado, mientras ella me arrastra al jardín, donde montaron una carpa y un pequeño escenario.

Busco entre la gente y por fin encuentro a Emilia. Mi corazón se dispara cuando descubro que me está mirando. La música comienza a sonar y los aplausos estallan al escuchar al cantante de Los Nocheros entonar:

“Yo siento que me provocas aunque no quieras hacerlo, está grabado en tu boca, al rojo vivo el deseo... Y casi puedo tocarte, como una fruta madura, presiento que voy a amarte más allá de la locura...”

El corazón me late tan de prisa que tengo miedo de morir. Mi mujer está a mi lado, y la adivino embelesada escuchando, mientras yo no dejo de mirar a Emilia. Ella me corresponde, y cómo.

Aún a unos metros de distancia, puedo percibir los reflejos dorados en sus ojos, y su boca entreabierta y húmeda... Nos estamos adorando con la mirada, y la gente a nuestro alrededor nos importa un comino.

Sólo existimos Emilia, yo y la canción que parece traducir lo que estamos sintiendo. Si esto no es magia, no sé qué puede ser... Y dentro de mí, desaparece lentamente el que fui, y surge el que soy cuando estoy con ella.

Cuando estoy a punto de eliminar la distancia que nos separa y hacer esa locura de la cual habla esa canción, la música se interrumpe y yo me quedo donde estaba.

—A ver la del cumpleaños, que suba a acompañarme. Dale Alicia, que te la sabés de memoria — dice el cantante riendo.

La aludida sacude la cabeza tercamente y se escuda detrás de su marido que ríe a carcajadas. —Bueno, si ella no quiere subí vos, Coco. Hacé el esfuerzo y esta noche serás recompensado con creces — continúa el cantante, entre la risa de los concurrentes.

Coco sube y toma el micrófono.

—Esta noche seré recompensado si no hago un papelón. Así que voy a pedir que me represente alguien que esté a la altura. Al escenario, Emilia Fraga.

Todos dirigimos la mirada a ella, que se sonroja intensamente. Tiene los ojos clavados en el micrófono que Coco le tiende. Es una oportunidad única, pero la veo titubear. Puedo adivinar que sus dudas tienen que ver con la posibilidad de sufrir otro ataque de lo que ella insiste en llamar “pánico escénico” pero que para mí fue otra cosa. Y de pronto me mira... Sus ojos me preguntan si debe.

Asiento con los míos, y ella sube.

Dios mío... ¿cómo describir lo que estoy escuchando, lo que todos estamos oyendo? Es un ángel... Es la voz más cálida y dulce del mundo. “Canto bastante bien”, me había dicho ella. ¿Bastante bien? No soy un entendido en la materia, pero sé distinguir cuando alguien es bueno, y ella lo es. El dúo resulta ser un acople único. Como si lo hubiesen ensayado cien veces, hacen de esa canción algo increíble. Miro a mi alrededor y veo a los invitados maravillarse igual que lo estoy yo. Vuelvo al escenario y ahora la dulzura se vuelve potente, y de su garganta brota la magia de la perfección. Emilia tiene una presencia en el escenario que hace que todo se diluya en torno a ella. El intérprete de Los Nocheros la deja cantar sola, pero ella no parece notarlo, y continúa regalándonos belleza en todas sus dimensiones.

Mis puños apretados es lo único que puede delatar lo que estoy sintiendo en este momento. Pero cuando ella me mira, siento que puede haber más. No estoy seguro de lo que soy capaz de hacer al escucharla cantar sólo para mí...

“Voy a comerte el corazón a besos, a recorrer sin límites tu cuerpo y sobre el suelo nuestra ropa,

suave gota a gota,  
voy a emborracharte de placer...”

Los aplausos son cerrados, y el cantante retoma la canción. Yo no puedo disimular el temblor de mis labios.

“Ahora te sueltas el pelo, y así descalza caminas  
voy a morder el anzuelo, pues quiero lo que imaginas. Cuando se cae tu vestido, como una flor por el suelo no existe nada prohibido entre la tierra y el cielo...”

Ya no escucho más. La cabeza me da vueltas, los oídos me zumban. Doy uno, dos, tres pasos atrás y me alejo de la gente. Tengo miedo de enloquecer... Me estoy consumiendo por dentro, con el fuego de esta pasión que me está destruyendo y a la vez me hace sentir más vivo que nunca.

Camino rápido por el parque y sólo me detengo al llegar a la vieja piscina. Está vacía y llena de grietas, como lo estaba mi vida hasta que conocí a Emilia. Y entre ellas, crece la hierba, y también una flor. Roja, como la sangre que se agolpa en mis sienes, como su vestido, como su boca...

—Máximo.

Me doy la vuelta despacio y la veo. Es un toque de color en la negra noche. Es una flor exquisita en el jardín. Es la luz que necesitaba mi gris existencia.  
Ella ilumina mi vida.

—Cantaste como un ángel.  
Sonríe.  
—Canté para vos.

Lo sé, claro que lo sé. Y si también lo supieron todos los demás, en este momento no puede importarme menos.

—Emilia... Me encantaría, pero no puedo.  
—No te estoy pidiendo nada... todavía.  
Me deja perplejo.  
—¿Todavía?

Se acerca despacio. Se acerca demasiado. Y cuando está a solo unos centímetros de mí, levanta los brazos y se suelta el pelo. Sus rizos caen como una cascada sobre su espalda, sobre sus hombros... No es necesario que me lo pida, yo quiero darle todo...

Tomo un mechón y lo acerco a mi rostro para aspirar su aroma. “Ahora te sueltas el pelo...”  
Carajo, carajo, carajo.

—Me volvés loco. Y eso está muy mal... —murmuro y me sorprendo al escucharme tan torturado.  
—Sólo una vez, Máximo.

—¿Que querés de mí, Emilia?

—Dame tu amor, dame tus ganas. Aunque sea una sola vez...

Cierro los ojos, y en mi cabeza sigue sonando esa maldita canción, y ahora con el color que le dio su voz: “No existe nada prohibido, entre la tierra y el cielo...”.

No sé lo que me pasa, quiero hacer una cosa y hago otra. Quiero escaparme de su embrujo pero la tomo de las muñecas. Quiero decirle que me deje en paz, pero la arrastro al vestuario medio derruido que está junto a la piscina. Quiero gritarle que lo que estamos sintiendo está prohibido, pero la arrincono contra la pared y le parto la boca.

La beso como un animal descontrolado. La inmovilizo con la mano en el cuello y la muerdo como la primera vez. Quiero que me aparte, que me rechace, que me golpee. Pero ella no hace nada de eso, sino que me succiona la lengua y sus manos me oprimen las nalgas para sentir mi erección contra su cuerpo.

Gimo, me desespero. Esto está cada vez peor... Soy presa de una fiebre que me devora, que me domina por completo.

—No puedo más, Emilia. Ayúdame, por favor. No quiero hacer algo de lo que me arrepienta toda la vida — murmuro con lágrimas en los ojos.

Su respuesta me desarma.

—Si tenés que arrepentirte, hacelo. Pero creeme que es mejor arrepentirse de lo que hiciste que lamentar no haberlo hecho.

Por un segundo me quedo inmóvil jadeando dentro de su boca. Y luego me entrego a esta pasión que parece no tener límites.

Nos acariciamos como locos, nos tocamos por todas partes. Mis manos se pierden bajo su falda y le arranco la bombacha. Sus manos me desabrochan el cinturón y me bajan el cierre. Levanto su vestido, la quiero ver desnuda de nuevo, pero ella me detiene dejándome mudo por el asombro... Ah, no se saca por arriba, se saca por abajo. Ella misma baja los tirantes, y lo deja caer...

“Cuando se cae tu vestido, como una flor por el suelo...” Bendita canción premonitoria.

Me retiro un instante para observarla. Es algo fuera de este mundo. Es el pecado, la belleza, es la vida temblando desnuda sobre zapatos rojos de taco aguja... Quiero tocarla, quiero cogerla, quiero todo de ella. Pero antes quiero, necesito decirle lo que está gritando mi alma.

—Te quiero.

Luego, todo es un torbellino de pasión y locura. La escucho gemir igual que yo, y también escucho emocionado sus palabras de amor entre beso y beso, entre caricia y caricia...

—Te amo, te amo, te amo...

Es tan urgente entrar dentro de ella que libero mi pene y luego la elevo contra la pared, con las piernas en torno a mi cintura para poder penetrarla. La toco con desesperación. Está empapada,

tan deseosa como yo de sentirme en su cuerpo. Y justo cuando estoy a punto de hacerla descender para abrirme paso en esa húmeda cavidad que se contrae en torno a mis dedos, suena mi celular.

Nos quedamos ambos paralizados por completo. Si hubiese sido otro ringtone, probablemente lo hubiese lanzado por la ventana dentro de la derruida piscina. Pero es el de mi hijo. Juan nunca me llama. Si lo está haciendo a esta hora es por algo.

—Emilia, tengo que contestar. Es uno de mis hijos.

Ella asiente, y yo la pongo en el suelo con delicadeza, y me arreglo la ropa al tiempo que me doy vuelta para atender.

—Hola —digo con voz ronca—. ¿Qué? ¿Llamaste al médico? No, no. Voy para allá ahora.

La conversación es breve. Al parecer mi hija se desmayó en el baño, y la están atendiendo en este momento. Cuando me vuelvo, Emilia ya está vestida y me mira con los hermosos ojos llenos de miedo.

—No puedo quedarme... Mi hija no está bien —le digo.

Ella asiente y me acomoda el cuello de la camisa. Con el pulgar me borra el rouge que me dejó en los labios, y al parecen también en el mentón y en la mejilla.

—Ahora estás presentable. Andá y Dios quiera que no sea nada...

Cierro los ojos, la abrazo y le beso la frente. Y mientras corro por el jardín siento como la culpa, la maldita culpa que rige mi vida, se va enroscando despacio en torno a mi corazón.

—9—

Amanecer del domingo.

El sol ya se asoma en el horizonte, y yo aún no he podido pegar un ojo. Este desasosiego que se ha apoderado

de mí aún no me deja. Y tampoco me deja esta sensación de vacío que me causa su ausencia, y esta tristeza infinita.

Dios... no puedo parar de llorar. Máximo me ama, sí. Y yo también lo amo y la fuerza de este sentimiento me perturba intensamente. Soy consciente de que esta relación es prohibida y en más de un aspecto, pero por alguna razón cuando estoy con él los imposibles desaparecen.

Es tan grande el deseo de que sea mío que ya no me importa más nada. Ni mis sueños de convertirme en cantante, ni Big Brother, ni que me lleve un montón de años, ni siquiera que sea casado. Que Dios me perdone pero no siento un solo remordimiento ante mi intención de obtener su amor como sea. Al igual que mi papá, no tengo límites a la hora de amar y quizás tampoco moral. Sé que hay gente que puede resultar dañada, pero lo cierto es que la única felicidad que me interesa ahora es la de Máximo. Y sé que sólo podrá obtenerla a mi lado.

No sé de donde me sale esta certeza, justo a mí que siempre fui la reina de las inseguridades. Es

que esta vez, mi corazón me dice que esta unión fue armada en el cielo, y nada podremos hacer para escaparnos de los designios divinos.

Sólo me falta convencerlo. Hace un rato me llamó e intentó por todos los medios dejarme en claro que lo nuestro no tiene futuro, pero fue inútil. Sé que hablaba la culpa, porque su hija se desvaneció justo cuando estábamos cometiendo la locura de amarnos...

Sin duda sus hijos son su punto débil, pero yo no intento alejarlo de ellos. La chiquita parece que tiene problemas. Él cree que sufre de anorexia nerviosa. Lo escuché tan preocupado al contármelo.

“En mi época de estudiante no existían este tipo de trastornos, así que estoy a ciegas, Emilia. Pero por su delgadez, por esa forma de encerrarse en sí misma... Y ahora este desmayo. Lo niega, por supuesto, y eso dificulta el buscar ayuda”, me dijo, y la tristeza se adivinaba en su voz.

Le dije que examinara el cepillo de dientes de su mochila a ver si había rastros de sangre, pues es lo que usan con más frecuencia para provocarse el vómito. Y que rastreara en el historial de su computadora para comprobar si en las búsquedas figuran las palabras “ana” y “mia”. Me dijo que así lo haría y luego me preguntó cómo es que sé tanto del tema.

“Esto no es ajeno a mí, Máximo. Yo misma lo sufrí al inicio de mi adolescencia”, le respondí. Se mostró asombrado, confuso.

“Deberías habérmelo dicho, para algo soy tu terapeuta. Viniste a mí para sanar tus heridas, Emilia”, me reprochó.

“Debería habértelo dicho para que las curaras a besos, porque yo quiero todo de vos, menos que seas mi terapeuta”, repliqué sin un atisbo de duda.

Se quedó mudo.

“¿Tengo que repetirte que lo que estás queriendo es muy peligroso para ambos? Puedo perderlo todo, Emilia. Y vos también podés salir muy lastimada.”, insistió.

“Lo que estamos queriendo, porque no tengo dudas de que vos también lo deseás. Me lo dijeron tus manos, me lo dijeron tus labios...”, le respondí, osada al máximo.

Se escuchó un sonido, y una voz de mujer llamándolo.

“Tengo que cortar. Adiós, Emilia. Olvidate, por favor. Salí con ese chico que te besa y que te gusta y olvidate de mí”, fue lo último que me dijo antes de hacerlo.

Y desde ese momento mi corazón sangra y ya no me quedan lágrimas. Pero hay una cosa que tengo en claro: no voy a renunciar a Máximo, y a la esperanza de que venza sus miedos y me permita amarlo.

Cuando estoy por subir el último tramo de la escalera que me lleva a mi consultorio, me llevo el susto de mi vida. Emilia está sentada en el último escalón, con la falda cubriéndole las piernas.

—¿Qué hacés acá? No tenés turno, tengo otro pacie...



—Ya no. Acaba de salir refunfuñando cuando le dije que el licenciado tuvo un contratiempo y no va a poder llegar.

—¿Estás loca, Emilia?

—Loca por vos y ya deberías saberlo.

—Por favor, enténdelo. Lo que estuvimos a punto

de hacer fue...

—Máximo, lo que estuvimos a punto de hacer, lo vamos a hacer ahora. Y ambos sabemos que lo de “una sola vez” ya no corre. Quiero esto y esto, ambas cosas. Y lo quiero ahora y siempre —me dice con una mano en mi pecho y la otra me toma por sorpresa al aferrarse con cierta rudeza a lo que tengo entre las piernas y ahora está a punto de estallar. Atrapo ambas manos y se las beso.

—Me muero de amor, Máximo... —insiste.

Ah, mi vida. El muerto soy yo... Me mata querer y no poder.

—No digas eso —replico, sacudiendo la cabeza—. Ya dejamos establecido que esto no puede seguir.

—¿Porque estás casado o porque soy tu paciente? ¿Porque soy muy joven? ¿O porque no te dan los huevos para ser feliz?

No debo estar tan muerto, porque las palabras de ella me hacen reaccionar.

—Por todo lo que acabás de decir, es que para mí está prohibido ser feliz. Pero vos podés serlo junto a... —empiezo a decir aunque pienso totalmente lo contrario: si yo no la puedo tener, no quiero que nadie la toque. Ella me interrumpe:

—No existe nada prohibido, Máximo. Nada. Lo único que existe es este amor que se traduce en un deseo tan intenso que va a terminar matándonos.

Ya no soporto más la palabra morir saliendo de esa hermosa boca... Esa boca fue hecha para besar, para amar, para gemir...

Se la acaricio con un dedo y ella entreabre los labios, lo toma con la lengua y lo succiona lentamente. ¿Cómo puedo resistirme a algo así? ¿Cómo negarme a su lengua, a esa mirada ardiente, a la tentación de desnudarla y darle lo que me está pidiendo hasta escucharla gritar? No sé si esto es la felicidad, pero se acerca demasiado. Tampoco sé si me la merezco, sólo sé que ya no puedo más. Me explota la cabeza, y por primera vez en mi vida hago lo que realmente deseo en el momento que quiero hacerlo.

Algo muere en mí, y algo remonta vuelo para siempre.

Y, derrotado y triunfador, otra vez sucumbo al fuego que ella me enciende, y me dejo llevar por el deseo. Le como la boca, con la misma desesperación que la última vez.

Enlazo su pelo entre mis dedos y le presiono la nuca para acercarla más a mí. Quiero estar pegado a ella, dentro de ella, fundir nuestros cuerpos y no separarlos más

Me despojo de mis principios, de mis convicciones para vivir este amor. ¿Después de todo de qué me han servido hasta ahora? Hasta que Emilia llegó a mi vida fui un infeliz y ahora me siento más vivo que nunca. Y lo hago completamente consciente de mis actos, un poco porque no puedo

evitarlo y otro poco porque ya no quiero hacerlo.

Dejar de boicotearme para amarla, resulta más fácil de lo que pensé por la fuerza que me dan sus besos, sus caricias, esa forma única que tiene de mirarme y decir mi nombre.

—Máximo...

Le acaricio el rostro y me saco las ganas de tocar sin reservas esa boca que me vuelve loco.

—Qué locura... —le digo y luego me inclino y escondo mi cabeza en su cuello mientras me doy cuenta de que necesito de su ternura tanto como de su pasión.

—Locura es sentirlo y no hacerlo. Quiero desnudarte... Quiero besarte todo el cuerpo. Quiero tenerte adentro y saber qué se siente cuando un hombre de verdad te hace el amor.

Me enardecen sus palabras de una forma tan extrema que tengo miedo de acabar en mis pantalones. Tengo veinte años como ella, tengo la edad que me dan mis ganas y el descontrol de mis deseos contenidos. Hambre de Emilia, sed de ella. Y unas ganas locas de que me quiera de verdad.

Le muerdo el cuello y ella grita. Sus manos se cierran en mi bragueta pero no le permito seguir.

—Acá no. Vamos a otro lado —susurro en su oído y al sentir su risa mi corazón se desboca.

—¿El doctor Freud podría enojarse si lo hacemos en tu diván? —pregunta aún sonriendo.

Yo también lo hago. La alegría ha retornado a mi vida, y yo me siento mejor que nunca.

—Seguramente tendría que reformular su teoría sobre la represión, si supiera lo que tengo ganas de hacerte ahora mismo —le digo y enseguida la tomo de la mano y la arrastro hacia el ascensor.

Ni bien se cierran las puertas la devoro a besos. Ya no existen barreras, ya se rompió el dique. Un torrente de pasión nos está ahogando a ambos y morir así nos parece la gloria. Mientras el ascensor va bajando, la oprimo contra el espejo y la hago sentir la turgencia de mi deseo.

—Ah... —jadea y me aferra las nalgas con ambas manos para intensificar el contacto. Esa movida me mata y echo la cabeza hacia atrás, totalmente entregado. Emilia no descuida ningún flanco y poniéndose en puntas de pie, me lame la nuez.

No... es demasiado. Me aparto de ella súbitamente.

—Si no te portás bien, cuando lleguemos al hotel te voy a dar una buena paliza, Emilia Fraga. Sonríe. Es tan hermosa, tan jodidamente seductora.

—Soy toda tuya. Haceme lo que quieras...

Estoy a punto de perder la cabeza y “hacerle lo que quiero” ahí mismo en el ascensor, pero las puertas se abren y cuando nos disponemos a salir nos encontramos cara a cara con mi amigo Coco.

—Estaban en sesión, por eso no atendían el celular... Bien, no importa. Lo importante es que ya los ubiqué. Emilia, ya mismo vamos a buscar tus cosas porque esta noche entrás a la casa de Gran

Hermano.

Lunes de tarde en pleno aislamiento.

Qué sensación de *déjà vu*, por Dios. El mismo hotel, la misma situación. Pero yo ya no soy la misma...

Muchas cosas han cambiado en estas dos últimas semanas. Entrar a Big Brother era un medio para lograr mis fines de convertirme en cantante profesional. Pero ahora mis fines han cambiado. En este momento mi objetivo es el amor de Máximo Aguirregaray.

Es que no puedo vivir sin sus besos... Es tan fuerte lo que siento por él, son tantas las ganas de hacerlo mío, que cuando hace un rato Coco nos anunció que entraba a la casa, deseé que no fuera así.

Se me cruzó por la mente tomar a Máximo de la mano y apartar a Coco con la otra, ignorando lo que nos decía como si no estuviese sucediendo. Estuve muy tentada de hacerlo... Y más cuando vi al bello rostro de Máximo palidecer de pronto. Me morí de amor... Pero Coco no parecía tener una sola duda.

—Dale, Emilia que tenemos poco tiempo. Ahora te vas al hotel, y a eso de las siete te van a buscar para empezar a prepararte. No te pongas nerviosa, por favor. Máximo, ¿tendrás por ahí algún calmante? —le dijo.

—Coco, en lugar de preguntarme si tengo calmantes tendrías que preguntarme si Emilia está en condiciones de...

—Lo está. Tiene que estarlo. —Y luego se dirigió a mí tomándome por los hombros—. ¿Te sentís preparada, Emi? Pensá en la oportunidad que se te está presentando...

—No sé... —le respondí y miré a Máximo preguntándole con los ojos.

—No sabe, Coco. Ya la escuchaste.

—Emilia, pensalo bien. Vos querés que te conozcan para mostrar lo bien que cantás. El otro día dejaste a todos los invitados con la boca abierta. ¿Te imaginás que te escuchen miles? ¿Te imaginás lo que es vivir de lo que te gusta? ¿O querés ser cajera en un súper el resto de tu vida?

La presión era inmensa y yo no sabía qué hacer, pero en las palabras de Coco había grandes verdades.

—No quiero trabajar en un supermercado toda mi vida.

—Entonces no sé qué carajo estamos discutiendo.

Máximo y yo nos miramos, y entonces él movió la cabeza asintiendo. Que él me habilitara, fue decisivo.

—Está bien —dije luego de una pausa que a todos se nos antojó interminable—. Vamos a buscar mis cosas.

No hubo tiempo para despedirme de Máximo. Se quedó en la acera mirándome mientras me subía al auto. Su rostro era inescrutable y ni bien Coco puso en marcha el vehículo, me arrepentí de mi decisión, pero ya era tarde.

Y aquí estoy. A punto de dar el gran salto e introducirme en un juego que desconozco, ya que por una especie de despecho he omitido ir siguiendo, y eso me juega en contra, sin dudas. Es cierto que deseaba mucho entrar, más debo admitir que no me siento para nada dichosa. El fantasma de los ataques de pánico no me preocupa para nada, sin embargo hay una parte de mí que tiene miedo de todo lo que puedo perder por entrar a esa casa. Tengo que comenzar a concentrarme en lo que puedo ganar... Voy a ser famosa, me van a conocer en todo el país, y podré demostrarles mi talento. Me voy a hacer un lugar en el mundo del espectáculo. Pero el único mundo donde realmente quisiera tener un lugar, es en el que se encuentre la cama de Máximo.

Maldito George Orwell.

Cuando hace veinte años leí "1984" jamás me imaginé que iba a odiar tanto este programa inspirado en esa novela. Como idiotizado me paso el día siguiendo, a través de la computadora, la transmisión online.

Entre paciente y paciente chequeo obsesivamente qué es lo que está haciendo Emilia. Me doy cuenta de que es una locura, pero no puedo evitar hacerlo. Ayer ni aparecí por la armería en la que me tocaba realizar pericias a aspirantes para porte de armas. Ni siquiera contesté el teléfono cuando vi que me llamaban, seguramente para reclamar mi presencia, porque estaba muy ocupado observando a Emilia dormir la siesta. La veo muy bien, y eso me provoca sentimientos ambivalentes porque me duele el pensar que se olvidó de todo lo que pasó entre nosotros, o lo que estuvo a punto de pasar. ¿Qué fue eso? De mi parte, una sacudida desde los cimientos. Un verdadero terremoto que me dejó temblando y deseando lo que no debí nunca desear. Me estoy muriendo de amor por esta mujer. Reconozco mi calentura, pero estoy seguro de que esto que siento no se agota con cogérmela una o cien veces. Esto va más allá y me tiene bastante aterrado. ¿Qué carajo voy a hacer?

Si tengo una oportunidad con Emilia cuando salga, cosa que no creo, voy a tener que definir con Carla. Y si no la tengo también, porque creo que si estuviese enamorado de mi mujer, jamás me hubiese fijado en Emilia... O sí. Quién sabe si ella y yo no estábamos destinados a enamorarnos.

Porque no hay duda de que yo lo estoy. Me encuentro perdido por Emilia, y el asumirlo así tan livianamente me preocupa. Pero más lo hace el cuestionarme qué siente ella por mí.

¿Será algo tan potente que sobreviva a su estadía en esa casa del infierno?

¿Será tan fuerte que se mantenga a pesar de la fama que seguramente la va seguir fuera del juego? Y la pregunta del millón: ¿me voy a arriesgar a comprobarlo?

No sé si me dan los huevos para tirar toda mi vida al carajo, pero sé que no podría sostener una doble vida. No se lo merece Carla y tampoco se lo merece Emilia. Eso contando con que quiera dirigirme la mirada una vez que esté afuera. No soy pesimista, soy realista. Una mujer así de hermosa y talentosa, va a atraer muchas miradas sobre todo masculinas.

Tipos jóvenes, atractivos, exitosos. Tipos que nada tienen que ver con este lobo triste, lleno de complejos y frustraciones. Ya crucé la línea, ahora no sigo al rebaño sino todo lo contrario pero

¿será suficiente para ella?

Dios, si sigo así me voy a volver loco.

Sintonizo a través de Tv24, la señal de cable que transmite en directo el programa, y la veo. No parece estar sufriendo o extrañándose. Esta amasando, y dos chicos la miran embobados. Tiene una mancha de harina en la nariz y sonrío de una forma tan cautivante que haría derretir a un témpano. Y yo me quiero morir...

—Ah, bueno. Te volviste pelotudo del todo. Ahora mirás los mismos programas que tus hijos... La voz de Carla a mis espaldas me toma por sorpresa, y el control remoto se cae al suelo, cambiándose el canal por accidente.

Acaba de salir del baño completamente desnuda, salvo por la toalla que lleva de turbante, y a mí no se me mueve un pelo. Hace mucho que no se me mueve nada por Carla.

—Decime, ¿alguna vez vas a aprobar lo que haga? — le digo sin mirarla.

La escucho reír.

—Nene, conmigo no. No soy una de tus pacientes así que ni lo intentes.

—Lo único que quiero es saber en qué momento nos empezamos a alejar, Carla.

No dice nada pero se acerca y me toca.

—Parece que estás sensible hoy... ¿Querés guerra, Maxi? —me pregunta, melosa.

Vuelvo la cabeza y la miro a los ojos.

—No quiero guerra, quiero paz —replico.

Una nueva carcajada, sonora y burlona me hacen apartar la vista de esta mujer que hace tiempo fue mi mujer. Pero ya no.

—Dejame que me aplique la humectante, y después, si te portás bien, capaz que tenés suerte y te hago un cariñito. Mientras tanto podés seguir mirando pelotudeces en la tele.

Muy a mi pesar me encuentro con los ojos llenos de lágrimas. Quizás Carla tenga razón y estoy demasiado sensible hoy. O quizás llegó el momento de ponerle fin a todo esto.

Perder a mi familia jamás se me cruzó por la mente. Pensé que con haber perdido la dignidad era suficiente... Pero ya no quiero esta vida.

No quiero soportar a alguien que no amo. No quiero que a ella le pase lo mismo. No quiero que mis hijos sigan viviendo en un entorno de hostilidad velada o franca. No quiero continuar yendo a tomar el té con mi madre una vez por semana para ser blanco de sus críticas. No quiero seguir escuchando los pseudo problemas existenciales de la alta sociedad, ni evaluando si alguien es un violento en potencia para negarle el permiso a portar armas. Eso no es ser psicólogo. Eso no es lo que yo había soñado...

Y esta no es la vida que quiero vivir. Carajo, tengo sangre en las venas. Roja, como la boca de Emilia, como su vestido, como sus zapatos. No estoy acabado, tengo mucho por vivir. Tengo ganas de luchar, de reír, de amar. Quiero que me quieran de verdad. Que me deseen... que me miren como si fuese la última Coca Cola del desierto. Quiero sentirme un lobo y aullar de placer.

Está claro que si sigo en esta dirección, voy a pasar por esta vida sin dejar una sola huella y sin saber de qué color es la felicidad...

Puede que sea un error, puede que esté siendo egoísta, impulsivo y estúpido, pero no puedo evitar decirlo:

—Carla, ya no estoy enamorado de vos.

Mierda, no me escucha. Acaba de encender el secador de pelo... Me paro y me dirijo al baño. Es ahora o nunca. Desenchufó el aparato y ella me mira con furia.

—Qué mierda...

—Quiero que nos divorciemos. No... siento lo que sentía y creo que vos tampoco, Carla —le digo con calma.

La veo abrir y cerrar la boca, y luego sonreír. —¿Qué tomaste? No me jodas, Máximo —me dice mientras intenta sacarme el cable para retomar lo que estaba haciendo. Pero yo no renuncio.

—Estoy hablando en serio. Esto se terminó hace tiempo, pero tomé la decisión de irme.

Pestañea una y otra vez. Parece confundida.

—Tenés otra mina. Te estás cogiendo a otra y ahora te quiere sacar guita.

—Va más allá de eso —le digo y me sorprendo de la seguridad con la que le hablo—. Ya no da igual si seguimos o no, Carla. Hemos llegado al punto de hacernos daño.

Ahora está furiosa, lo veo en sus ojos. Tira el cepillo al suelo y me mira con odio.

—¿Creés que podés dejarme así como así? No, querido. No te la voy a poner fácil.

—Sé de lo que estás hablando y podés quedarte con todo. Me voy a hacer cargo de todas las deudas; es más, mañana mismo voy al banco y pido que me manden al consultorio los cupones para pagar la hipoteca.

—¡No! —grita de pronto, nerviosa.

—Es una decisión tomada. Esta noche voy a dormir con Juan, y mañana me voy —le digo saliendo del baño.

—Máximo, te lo advierto: no intentes joderme.

—¿Cómo podría? Te estoy diciendo que te quedes con todo y que voy a ir al banco...

—Ya lo tengo todo.

—¿Qué?

—Te vas a enterar tarde o temprano... Mercedes me dio la plata, y la hipoteca la levanté hace seis años. La casa está a nombre de mi vieja...

No puedo creer lo que me está diciendo, y sacudo la cabeza sin atinar a nada.

—¿Y qué es lo que estuve pagando todo este tiempo? —pregunto como un estúpido.

—Mis necesidades. Las que vos no cubrías, lo hacía yo con la cuota de la hipoteca y con la anualidad del colegio de Pía que también me quedé. Mercedes lo paga religiosamente mes a mes

—me confiesa, pero no veo culpa en su mirada. Ni un poquito de culpa—. Ya ves, sos muy fácil de engañar, un verdadero estúpido. Por eso no me extraña que alguna puta te haya engatusado y...

—Me jodiste —le digo, y para mi sorpresa continúo calmado.

—Te jodí —admite, y no parece culpable.

Si el precio por mi libertad se paga con dinero, entonces es una bendición que me haya engañado, porque eso aleja cualquier remordimiento de conciencia por el paso que voy a dar.

Camino lentamente hacia el placard, y comienzo a llenar mi valija. Tres minutos me lleva, y ya siento que puedo respirar mejor. No me alcanza con irme a la otra habitación, así que tomo mis cosas y bajo. Esta noche voy a dormir en el diván de mi consultorio. Y durante todo el trayecto del dormitorio a la puerta de entrada, me siguen los gritos de Carla.

—¡Estúpido!! Te vas a arrepentir, te lo juro. ¡Y no se te ocurra decir que vos me dejaste porque no es verdad! Yo te estoy echando, ¿entendiste? ¡Yo te estoy mandando a la mierda!

“Lo que vos digas, Carla. Será como vos quieras, porque lo único que me importa en este momento es volar hacia la libertad.”

—10—

La miro como hipnotizado tomar sol al lado de la piscina. Su cuerpo es perfecto, es una delicia... Una gota de sudor se escurre entre sus pechos. Es la fantasía de cualquier hombre hecha realidad... Lo único malo es que así como la estoy viendo yo, también la está mirando el país entero. Emilia continúa en la casa de Gran Hermano, y ahora se lanza a la piscina.

Cuando emerge como una sirena, hay un imbécil esperándola con un helado, que ella acepta sonriendo. Mierda, mierda, mierda. No puedo más. Me estoy volviendo loco de amor y loco de celos, pero ella parece estar pasándola tan bien...

Hablan de la fiesta de esta noche. Al parecer habrá un karaoke y será la oportunidad que Emilia espera para lucirse de verdad. Ese será el momento para mostrar que canta como un ángel, y que tiene una presencia escénica única.

Lo hará bien, lo sé. En estos dos días no la he visto titubear ni una sola vez. Parece cómoda en cualquier tipo de situaciones, incluso cuando tiene a diez chicas envidiándola, y a otros tantos babosos deseándola...

Ahora la cámara la toma en la ducha. Con el traje de baño puesto, se enjabona el pelo y la espuma cae por su cuerpo... Daría cualquier cosa por ser el único espectador, y me desespero porque sé que no está a mi alcance hacer nada.

Tararea mientras se ducha. Mi corazón late con fuerza cuando me doy cuenta de que entona una parte de la misma canción con la que me hizo vibrar en el cumpleaños de Alicia: “Voy a comerte el corazón a besos... A recorrer sin límites tu cuerpo...”. La escucho mientras me siento un desgraciado porque sé que esta vez no canta para mí.

Alguien golpeando la puerta me saca de mis fantasías y también de mis frustraciones. Consulto la agenda... Mariel. Lo había olvidado. Llegó la hora de despojarme de toda mi inquietud, de dejar que el lobo se duerma y de intentar encajar en un rol de psicólogo que ya me queda demasiado grande.



Mariel me sorprende siempre. Tanto, que me hace olvidar por un momento de las ganas que tengo de sondear qué tanto sabe de Emilia, de su vida, de su pasado.

Viene para analizar las motivaciones y la conveniencia de dar un gran paso en su realización personal: quiere ser madre.

—Bueno, la última vez que hablamos en este ámbito, me dijiste que ibas a tener un hijo si encontrabas al amor de tu vida. ¿Lo hallaste, Mariel?

—No.

—Entonces estás lo suficientemente apegada a un hombre como para decidir tener un hijo con él.

—Tampoco.

—Bien, dejame adivinar. Encontraste a un tipo que puede ser un buen padre...

—Ojalá, pero no. Siga intentando.

—¿Nunca me vas a tutear?

—Nunca.

—Bien... ¿Vas a adoptar? ¿Te vas a acostar con el

primero que se te cruce y no vas a usar un anticonceptivo? —No, Licenciado. No tenga miedo que no corre ese peligro. No me voy a acostar con el primero que se me cruce. Tampoco voy a adoptar. Voy a tener un hijo sin padre, o mejor dicho utilizando un donante de un banco de semen en Uruguay —me dice dejándome con la boca abierta.

—Es una decisión muy... importante, sin dudas. La pregunta es ¿por qué?

—Porque quiero ser madre, no encontré el amor de mi vida, y se está agotando el tiempo de mi reloj biológico para hallar aunque sea a un buen padre, porque ninguno de los prospectos me convence. Por eso...

—¿Y cuáles son tus dudas?

—No son dudas, sino que me es difícil asumir que opto por tener un hijo de esa forma, porque sé que no voy a encontrar el hombre de mi vida jamás.

—Jamás es mucho tiempo, Mariel.

—Lo sé. Presentía que no hallaría a esa persona especial, pero tenía la esperanza de equivocarme. El dar este paso, significaría tomar conciencia de que ese hombre no va a llegar a mi vida, y eso es muy movilizante para mí.

—¿De dónde sale ese convencimiento? Es decir, me queda claro por qué considerarás tu futuro embarazo como la renuncia a vivir un amor especial. Lo que no entiendo es por qué perdiste las esperanzas de encontrarlo, luego de tener a tu hijo.

—Ay, Licenciado. Usted sabe a lo que me dedico además del banco...

—Sos escritora.

—Exacto. Escritora de novela romántica. —Ajá.

—Y no tiene idea de cómo son los personajes de los cuales yo me tengo que enamorar para escribir una novela. Ellos son perfectos... Es decir, tienen muchos defectos, pero son perfectos hasta en sus imperfecciones. Los amores que yo vivo en mis novelas son únicos, especiales, son de otro mundo —me dice, seria.

—Entiendo.

—Entonces se dará cuenta de que ningún hombre que yo pueda conocer del mundo real podrá estar a la altura

de un Alex, de un Franco, de un Renzo... Licenciado, tengo las expectativas demasiado altas, y no me las quiero bajar. No quiero conformarme con “lo que hay”. Quiero a mi amor de novela, y como eso no existe, renuncio al amor.

—Yo no diría que no existe —replico y me arrepiento al instante. No puedo creer que haya dicho algo así.

—¿Perdón? ¿Alguna semejanza con su realidad que no sea coincidencia? —pregunta con una mirada suspicaz.

Me repongo rápidamente.

—Estamos acá para hablar de tu realidad, no de la mía, Mariel.

Me observa con desconfianza y sacude la cabeza.

—Mi realidad es esta: no quiero las migajas de felicidad que me ofrece la vida. Me quedo con mis fantasías, pero no quiero perder la oportunidad de ser madre. ¿Es una actitud egoísta y poco realista la mía? ¿Algún día mi hijo me lo recriminará?

—Ah, Mariel. Si me dieran un dólar por cada persona que se sienta ahí y me pide que consulte a mi bola de cristal, sería millonario. No tengo idea de lo que pueda hacer tu hipotético hijo en un hipotético futuro. Lo único que tenemos es el presente...

—¿Cree que me estoy metiendo en un problema en el “presente”?

—Lo que creo es que tenés una conexión con tus necesidades y deseos internos más fuerte que la media de la gente, y que te cuestionás todo demasiado.

—Es una deformación profesional —me dice sonriendo—. Usted también debe tenerla. Ignoro su observación y continúo.

—También creo que tus motivaciones son firmes, que sabés que no es fácil tener un hijo sin apoyo del padre y de ahí tus dudas, y que tenés expectativas algo pesimistas con respecto al amor. No renuncies a buscar a alguien que te haga feliz. Deshacerte de la presión del "reloj biológico" quizás te ayude a encontrarlo...

Se queda pensando y no dice nada.

—¿Sabe qué? Lo voy a hacer. Voy a tener un hijo, y si luego viene Alex, será bienvenido.

—Y no olvides a Franco y a los otros como quiera que se llamen —acoto sonriendo.

—¡Una verdadera orgía literaria! —exclama y ambos soltamos la carcajada.

—Vas a estar bien, Mariel.

—Voy a estar bien —repite—. ¿Y sabe por qué? Porque voy a obtener lo mejor que una mujer puede lograr de un hombre: un hijo.

—Y vas a estar bien, porque no renunciás a tus sueños, ni te conformás con las migajas que te tira la vida... Eso es muy sano —y mientras se lo digo a ella, también me lo digo a mí.

“Yo tampoco voy a renunciar a eso... Hoy más que nunca voy a terminar con la actitud de dejarme llevar por la inercia, por las circunstancias, por el qué dirán. Quiero desterrar el hastío de mi vida. Ya no quiero grises para mí... Ahora quiero rojo. El de sus labios, el de su vestido..., el de la sangre que corre alocada por mis venas cada vez que pienso en Emilia.”

En medio de esta obsesión por Emilia, de mi separación de Carla, y de mi propia transformación, están los problemas de mi hija.

Pía me preocupa y mucho, por eso tengo miedo de que lo que está pasando pueda afectarla aún más. Ayer revisé sus cosas como me aconsejó Emilia, y no encontré rastros de sangre en el cepillo de dientes.

Me avergüenza tener que espiar a mi hija, tener que invadir su intimidad, pero tengo que reconocer que hasta conseguí en la armería un producto para detectar rastros de sangre imperceptibles al ojo humano, y al parecer ese cepillo está limpio. Y revisando su computadora, no pude encontrar ningún indicio de que haya estado metida en páginas pro bulimia y anorexia. Pero sí encontré muchas búsquedas relacionadas con dieta y ejercicio. Demasiadas.

Tengo que hablarle porque el estar tan obsesionada con su apariencia le puede hacer mucho daño, al igual que se lo hizo a su madre que era una hermosa mujer y ahora es una muñeca de plástico. Pero no es por eso que murió mi deseo... Me gustan las mujeres guapas, ¿a quién no? Lo que no me gusta es la obsesión extrema.

Digo “guapa” y enseguida me viene a la mente una joven de cabello castaño que hace un momento entraba al dichoso “confesionario” y le decía a “Big Brother” que se sentía cómoda y que todo iba bien. Lo que me dejó pensando fue que antes de retirarse, volvió sobre sus pasos y dijo:

“Gran Hermano... la puerta de salida de la casa no está trancada, ¿verdad?”

Por un momento me quedé sin aire. ¿Estará pensando en...?

La voz en off le respondió:

“No, Emilia. ¿Por qué la pregunta? ¿Acaso estás considerando el marcharte?”

Pero ella se apresuró a responder.

“Sólo quería asegurarme de que no estoy encerrada. Y que los pájaros y las flores aún me aguardan afuera, y puedo ir a buscarlos cuando ya no pueda más.”

Si hay alguien que puede dejar sin palabras a Gran Hermano, tenía que llamarse Emilia Fraga, no hay dudas. Lo mató con lo de “pájaros y flores” y a mí también, aunque no creo que por los mismos motivos.

En el fondo de mi corazón por primera vez sentí que se dirigía a mí. Pero no estoy seguro, quizás son fantasías mías, y ella sólo...

Me suena el móvil. Carajo, es mi vieja.

—Hola.

—¿Te volviste estúpido o qué? Carla me contó que...

—Bajá un cambio, mamá.

—¿Qué decís?

—Que te noto acelerada, y así no podemos hablar. —¿Cómo no voy a estar acelerada! ¡Me acabo de

enterar de que abandonaste a tu familia por una loca, y me pedís que me calme!

—Escuchame, por favor. En primer lugar estás orinando fuera del tarro, porque no es cierto lo que te contó Carla. Y en segundo lugar, no es asunto tuyo —le digo, al tiempo que detengo el auto porque me di cuenta de que ahora el acelerado soy yo.

—¿Cómo podés hablarme así, Máximo? ¡Sos un desagradecido! Con todo lo que tu padre y yo hemos hecho...

—Me enteré ayer de lo de la hipoteca, de lo del colegio... Carla nos engañó a todos, y también se quedó con todo.

—Prefiero que se lo quede la madre de tus hijos y no la prostituta con la que te estás acostando. Acuso el golpe, y no me sale nada. Sentir el desprecio de mi propia familia me duele, y mucho. Entiendo que es la forma de intentar volverme al redil, pero no lo consiento. Ya no soy la oveja, ni negra ni blanca.

Ahora soy el lobo de Emilia, y no voy a volver atrás. Aunque ella no me quiera, aunque otros le den los pájaros y flores que desea, ya emprendí este camino que no tiene retorno. Tendré que aceptar con resignación que me la robe ese chico que la besa y a ella le gusta, o cualquier otro de los cientos que querrán conquistarla, pero no volveré al rebaño, no haré lo que hice hasta ahora: someterme.

—Esta “conversación” se terminó acá —digo. Y corto la llamada para no darle tiempo a replicar nada.

Estoy solo en esto, más solo que la una. Necesito a Emilia, la extraño tanto... Y sin saber cómo me encuentro al otro lado del muro del estudio dónde se desarrolla este experimento de mierda. No soy el único, está lleno de gente gritando cosas.

“Felipe te traicionó, Karinaaaaaa”, grita una chica. “Mariano se la comeeee”, canta un grupete de estúpidos, mientras ríen y saltan.

“Emi te amooo”, dice otra chica que tiene un cartel con la foto de ella, como si el muro fuese transparente y Emilia pudiese verlo.

Me retiro, completamente asqueado de toda la parafernalia que rodea a esta locura. Muero por saltar ese muro y arrastrarla fuera, pero no puedo. Y aunque pudiese, no lo haría, porque no soy yo el que se va a interponer en el camino de los sueños de la mujer que amo.

La mujer que amo... Es verdad. La quiero como un adolescente, y me muero de ganas de hacerla mía, ¿tendré esa dicha algún día?

Pero por ahora, tengo otras cosas de que ocuparme. Carla me odia, mis viejos me odian, y Emilia está al otro lado del muro y al mismo tiempo más lejos que la luna. Sólo me resta averiguar si cuento con mis hijos. Y al pensar en la posibilidad de que no sea así, me duele el alma.

Estoy sentado en la sala de mi antigua casa, intentando explicarles a mis hijos por qué me fui. No es tarea fácil sobre todo si uno quiere mantenerse imparcial y no decir nada en contra de su madre. Si no fuese tan triste la situación, sería casi cómica porque esto lo viví en teoría decenas de veces, cuando les daba pautas a mis pacientes de cómo actuar en estos casos, pero a la hora de ponerlo en práctica me tiemblan las manos.

—Y no hay mucho más que decirles, chicos. Es básicamente eso; mamá y yo hace tiempo que tomamos caminos separados y vivir juntos nos está haciendo más mal que bien. Creo que estamos en este mundo para ser felices y de esta forma no lo estamos logrando.

Hago una pausa, y ellos miran hacia abajo. Siento una inmensa ternura, unas ganas enormes de abrazarlos de decirles cuánto los quiero, pero me contengo

Es Pía la que rompe el silencio, como siempre.

—¿No te vamos a ver más? —pregunta. Eso es bueno, es muy bueno que hable.

—Me van a ver cuándo lo deseen. Por ahora voy a vivir en el departamento donde tengo el consultorio, así que allí me van a encontrar.

—¿Vamos a tener que pedir hora? —pregunta Juan, pero no siento hostilidad en su voz. Creo que se está haciendo el recio para ocultar su tristeza.

—Tal vez, pero no habrá un día en que no tenga uno o varios momentos para ustedes.

Nueva pausa. Más bien es un profundo y prolongado silencio. Ya no lo soporto, y por eso les digo:

—Chicos, yo sé que esto los disgusta un montón...

—Te equivocás —me corta Juan Martín, y no puedo disimular mi sorpresa—. Yo al menos estoy harto de respirar el aire con olor a odio que hay en esta casa. Si esto es para bien, y si les importa lo que pienso, cuentan con mi apoyo.

Ahh... ese es mi nene. Maduro, comprensivo. Cómo lo quiero.

—Papá, ¿tenés a otra? —pregunta de pronto Pippa que nunca tuvo pelos en la lengua y no va a empezar justo ahora.

Trago saliva. En la cancha se ven los pingos... ¿Qué le digo? Estoy enamorado de una mujer que no es su madre, pero no lo hago para ir detrás de Emilia. Es algo que va más allá de eso, y tiene que ver con un despertar a la vida, un salir de ese letargo que me estaba matando. Si ella fue el detonante, ahora es lo de menos.

—No, no es así. Me siento atraído hacia otra mujer, y eso es otro indicador de que mi matrimonio con tu mamá ya no estaba funcionando. Y la verdad sea dicha, Pippa, a veces no es suficiente el cariño como para mantenerse unidos. Cuando algo no anda bien, suelen suceder cosas como esta, pero no quiere decir que la separación se produzca por eso.

Intento ser lo más sincero posible, y ellos parecen apreciarlo, porque ya no se ven contrariados o confusos.

Mis hijos siempre me sorprenden y jamás me decepcionan...

Pero Carla es otra cosa.

—¿Qué hacés acá? —grita irrumpiendo en la cocina. —Carla...

—¿No te eché anoche, basura?

Los chicos se la ven venir, así que se levantan con prisa, toman sus cosas y se marchan.

—Estamos solos, no es necesario todo este teatro — le digo, seco.

—No tenés nada que hacer acá. Andate con la puta que te tiene embobado, y no...

—Basta —la interrumpo con voz fría—. Vine por mis libros y algunas cosas personales, nada más. Y para hablar con los chicos.

—Hablando de ellos, Maxi querido, ¿sos consciente de que te voy a hacer juicio por alimentos para Pía? Una pena que Juan Martín ya haya cumplido dieciocho... Bueno, va a tener que dejar de estudiar y ponerse a trabajar por tu culpa.

—Juan no va a dejar la facultad, Carla. Si lo considerarás tan adulto como para ganarse la vida, quizás quiera independizarse e irse a vivir solo. Si es así, yo lo voy a ayudar. Y en cuanto a Pía... no tengo problemas en pasarte pensión alimenticia, siempre y cuando ella se quede con vos y no conmigo.

Me escucho y me desconozco. ¿De donde estoy sacando esta seguridad? ¿Desde cuándo no le tengo miedo a Carla? O lo que es peor ¿desde cuándo le tenía miedo? Porque en este instante descubro que le temía a la madre de mis hijos... Pero eso ya terminó. Ni siquiera ahora que la veo resoplar furiosa me siento amedrentado. Ya no puede herirme con sus palabras. Ya no puede lastimarme de ninguna forma.

—Sos de lo peor...

—Puede ser, pero vos no sos mejor que yo. Y voy a seguir viniendo a la casa de *tu madre* a ver a mis hijos hasta que no termine de acondicionar el departamento y pueda recibirlos en él. Que tengas un buen día.

Y sin decir más, me doy vuelta y me voy. A mis espaldas la escucho insultarme como un marinero borracho. Me siento como esos héroes de la tele, que caminan despacio mientras detrás de ellos explota todo, y no les importa ni un poquito. Pero no soy un héroe, lo sé. Y lo que está estallando es lo que fue mi familia.

Pero por alguna razón, la esperanza ha logrado ganarle a la culpa en el podio de mi corazón.

—11—

Vivir en el departamento donde tengo el consultorio no es nada fácil. Es una miniatura de cuarenta metros, dividida en dos ambientes, un baño diminuto y una *kitchenette*. En el vestíbulo hay un sillón y una mesa con revistas, abarrotando un rincón oscuro que se supone que es la sala de espera.

Una de las habitaciones es el consultorio y la otra era una especie de depósito, pero ahora será mi dormitorio. Tiré un montón de cosas, acomodé otras y puse un colchón en el suelo y una pequeña lámpara. Estoy muy incómodo, la verdad.

El problema principal no es la falta de espacio, sino que sólo tengo aire acondicionado en el consultorio, pero desde allí no agarro señal. Así que si quiero ver a Emilia tengo que morirme de calor, en el suelo de mi improvisado dormitorio. Bajo la persiana para que no entre la luz de la calle, me quito toda la ropa y así, más fresco, me instalo con la laptop en el pecho.

Ella está durmiendo, pero no está sola. El calor que estoy sintiendo ahora no tiene que ver con la falta de aire acondicionado; tiene que ver con los celos que se están convirtiendo en furia.

Tengo ganas de lanzar la computadora por la ventana, pero me obligo a mirar. Emilia duerme, pero ese infeliz no, y haciéndose el inocente se acerca cada vez más a la espalda de ella. Si la toca lo mato. Juro que cuando le pueda echar mano lo hago mierda.

Está a punto de encastrarse tipo “cucharita” cuando ella se da la vuelta y quedan frente a frente. Las cámaras infrarrojas no se pierden detalle, y yo tampoco. Emilia abre los ojos y se encuentra con el rostro de ese hijo de puta a centímetros del suyo. Hace un gesto de disgusto y se dispone a levantarse... Muy bien, esa es mi... Emilia.

Pero él no se resigna a dejarla ir; la toma de un brazo e intenta besarla. Ella reacciona con rapidez y le da un empujón tan fuerte que el tipo casi se cae de la cama. Sonrío, feliz, y la observo ponerse de pie y dirigirse a uno de los espejos. Se ve preciosa con un pijama corto con pequeños corazones.

—*Emilia, perdoname. Creí que... No sé qué creí. ¿Qué puedo hacer para que me disculpes?*

—*Con no volver a hacerlo es suficiente* —dice, terminante.

—*Estás con otro, ¿verdad? Hay alguien afuera que...*

—*No quiero hablar de eso, Matías.*

Lo dice de una forma que no admite réplica alguna. El tal Matías se tiende en la cama resoplando fastidiado, y ella sale de la habitación con la cámara detrás. Dios, qué bella es.

Se acerca a la ventana y observa como empieza a llover. Me pongo de pie y levanto la persiana... Acá también llueve y una ráfaga de aire fresco entra a mi habitación.

Vuelvo a Emilia... Su expresión es tan triste. Contrasta con las risas y los juegos que se adivinan detrás y que las cámaras ignoran. Todas están concentradas en ella y el misterio que encierran sus ojos. Con la frente apoyada en el cristal los cierra. Parece que la invadiera un inmenso pesar, y secretamente tengo la esperanza que tenga que ver conmigo.

“¿Me extrañas, Emilia? Porque yo sí lo hago. No sabés cuánto... Y acá estamos unidos por la nostalgia bajo la misma lluvia que cae como tus lágrimas... No quiero que llores, no quiero que sufras, pero me hace feliz imaginar que me extrañas tanto como yo a vos...”

Nadie en esa casa parece notar lo mal que está. De pronto levanta la cabeza y comienza a dibujar con un dedo en el vidrio empañado... Un pájaro... ¿será el que tanto la perturba? No parece nada amenazador... Flores, más pájaros. Pájaros y flores... Ay, Dios.

Debo ser el único que sabe qué significa lo que ella acaba de hacer. Es un mensaje para mí... Me muestra lo que está deseando...

La voz en off la llama al confesionario para nominar, y se corta la transmisión. Cuando regresa la señal, sólo se ven los otros chicos que están preparando la cena... Ya no habrá más Emilia por hoy, y siento que la soledad me va a matar. Me encuentro solo y vacío, y así lo estaré hasta que ella no salga de esa casa y me diga que me quiere.

Porque yo la amo. Me estoy muriendo de amor por esa mujer... La deseo como un enfermo, me desespero por ella. Mi cuerpo entero clama por Emilia.

Desnudo en mi cama, no puedo dejar de pensar en su rostro, en su cuerpo. Recuerdo sus besos, su lengua enlazada a la mía. Esa forma de tocarme el pelo... Su mirada. Su mano acá abajo... Mi boca allá abajo... Carajo, no puedo más. Me toco como un adolescente mientras revivo el sabor de su sexo húmedo y abierto. Cierro los ojos y lo veo... Terciopelo y miel. Mi lengua se introduce despacio y luego un tanto más rápido mientras la tomo de las nalgas para evitar que se mueva. Apenas lo logro, pues su cuerpo se arquea y sus caderas ondulan ofreciéndome su manjar que no dudo en tomar. La lamo de arriba a abajo, una y otra vez, y sólo hago una pausa para susurrar: “Quedate quieta”.

Sorprendentemente obedece y yo tomo con mis pulgares los labios que encierran el centro de su placer, y los abro. Succiono el clítoris turgente, palpitante, mojado, hasta escucharla pedir más... Lo mordisqueo suavemente y le lleno el sexo de besos... No logro contenerme más y exploto.

Estoy en un colchón en el suelo, y mi vientre está cubierto por mi propio semen. Nunca me sentí tan solo, tan caliente, y tan feliz. Soy un adolescente enamorado. Tengo la edad de los deseos que me dominan, y unas intensas ganas de vivir... Y todo por culpa de ella.

La extraño tanto que me duele. Y no es una metáfora... Tengo una puntada en el estómago que no me deja dormir, y una erección permanente que no me deja vivir. Pero sigo con mi obsesión por ella. Mirándola en el monitor y en la tele, recordándola, amándola...

Y esperándola.

Esta tarde estuvo especialmente juguetona. Rio como una nena, hizo payasadas... ¿Cómo es posible que verla tan bien me llene de alegría y a la vez me duela? Mi estado de ánimo está alterado, mi juicio también lo está y en lo único en lo que puedo pensar es en tenerla a mi lado.

Con cierta culpa ayer me sorprendí deseando que la nominen y la saquen. Soy un egoísta, y me siento mal por eso. Este es su sueño, y yo quiero que termine... Definitivamente estoy fuera de mi



eje. Tengo que centrarme nuevamente, dormir ocho horas, comer bien...

Comer... No puedo evitar pensar en Pía. Continúa obsesionada, y no solo con su peso, sino también con su piel. Se desespera por su casi imperceptible acné en la frente y sufre como una condenada por no sentirse linda. Pero lo cierto es que lo es, y mucho. Se está convirtiendo en una mujer muy bella, pero antes de tiempo... O será que yo la quiero niña un poco más.

En estos momentos es la única mujer en mi vida con la que puedo contar. Estos últimos días, nuestra relación ha crecido enormemente y eso me hace muy feliz. A Juan lo veo poco, pero eso es lógico a su edad. Entra y sale todo el tiempo. Si estuviese viviendo en la casa sería exactamente igual, pero al parecer hoy tendré la suerte de encontrarme con él.

Afortunadamente no he tenido que enfrentarme a Carla, pero sí he tenido que soportar un par de sermones de mi madre... Y también de mi padre.

Como si fuese poco, mis dos hermanos también hicieron los mandados, e intentaron hacerme entender que me puedo voltear a cuanta mina se me cruce en el camino, siempre y cuando regrese a casa cuando termine. Me sonó tan extraño escuchar consejos de Alejo y Tomás... Jamás se dignaron a mirarme siquiera. Ellos están casados con dos clones de Carla, y parecen felices, pero yo no lo era. No tenía idea de qué se trataba la felicidad hasta que llegó Emilia a mi vida.

Mierda, mierda. Otra vez pensando en ella, y otra vez con esta molestia entre las piernas. Tengo que pensar en otra cosa porque estoy llegando a mi ex casa, rogando para que no esté mi ex mujer, y pueda tener un encuentro en paz con mis hijos.

Los encuentro juntos, mirando la tele ensimismados, cosa bastante rara. Ellos no siguen los mismos programas así que me sorprende de verlos así, muy concentrados, mirando... Gran Hermano. Nunca me había sonrojado en mi vida, creo, pero siempre hay una primera vez.

No puedo ponerme a ver el reality como si nada junto a mis hijos, así que subo a buscar mi vieja grabadora, ya que la nueva se rompió. Y aprovechando que Carla no está, entro al vestidor y recupero parte de mi ropa, mis perfumes, mis discos. Pongo todo en una maleta y bajo rogando que la televisión ya esté apagada, o que estén mirando otra cosa.

Pero no. Siguen ahí, y no apartan los ojos de la pantalla.

—Papá, vení, sentate un ratito y mirá con nosotros —me dice Pía sonriendo.

Obedezco... ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Observo junto a ellos como las chicas abren paquetes que “Gran Hermano” les hizo llegar. Al parecer son vestidos de fiesta...

—Esta noche es la gala, y habrá karaoke —me explica mi hija entusiasmada.

Un micrófono. Un escenario. Una oportunidad para que Emilia se luzca con su presencia escénica y su increíble voz. Va a exhibir su talento, y se pondrá a la gente en el bolsillo. Estoy seguro de que montaron todo con esa intención, pero por alguna razón eso no me hace lo feliz que debería.

¿La habré llamado con el pensamiento? Porque de pronto entra a la habitación en bata y con el pelo recogido, y abre su caja. Un vestido negro y brillante está destinado para ella. No entiendo mucho de modas, pero parece que se destaca entre los demás.

—A Emilia le tocó el más lindo —dice Pippa y yo me siento morir cuando escucho su nombre de la boca de mi hija.

Juan y yo permanecemos impasibles, observando...

Emilia extiende el vestido sobre su cuerpo y se mira al espejo. La toman desde el otro lado, y por un momento siento que me está mirando a mí. Permanece de pie, largo rato... No está evaluando si el vestido le va o no le va. Está pensando... Daría cualquier cosa por saber qué es. No debe tratarse de nada agradable, porque mueve la cabeza y hace una mueca. Y luego dobla el vestido y lo vuelve a meter en la caja. No sé por qué, pero en cada uno de sus gestos veo algo más. Interpreto sus movimientos, y siento que algo le está pasando.

De pronto se agacha y de abajo de la cama saca su valija. La abre y toma otro vestido... Mi corazón se desboca cuando reconozco al que le saqué aquella noche junto a la piscina de mi amigo. El vestido rojo... Por Dios, esto es demasiado.

No duda ni un segundo. Se quita la bata y casi me muero cuando la veo en ropa interior. No es la primera vez que la muestran así, y yo ya la he visto... desnuda por completo, pero hacerlo junto a mis hijos me perturba demasiado. Quiero apartar la vista, quiero irme, pero no puedo.

Y aquí estamos los tres observando cómo se pone el bendito vestido rojo.

—Este me gusta más. Es más sencillo, pero tiene más vida, ¿no? —acota mi hija y Juan y yo asentimos mecánicamente.

Emilia se mira al espejo y otra vez la toman desde el otro lado. Cuando le veo el rostro casi me caigo de la silla. Yo conozco esa expresión. Ahora no me parece que me mira a mí, ahora estoy completamente seguro de eso. Sus increíbles ojos. Sus hermosos ojos... Húmedos, tristes, pero llenos de promesas. Permanezco inmóvil expectante. Siento que algo importante va a suceder y me preparo para eso.

No me equivoco. Ella abandona el espejo, y comienza a recoger sus cosas y las pone en la valija. Despega las fotos de su familia de la pared, guarda su ropa...

—¿Qué hace? —pregunta Pía, pero nadie le responde.

Yo sé lo que está haciendo. Se está preparando para irse. No lo puedo creer... Y sus compañeras tampoco. Le hacen mil preguntas, pero ella no dice una palabra.

Cuando termina de arreglar la valija, sale de la habitación. Camina por el pasillo, descalza.

Lo hace muy despacio, pero su andar es seguro. De pronto alza los brazos y se saca la pinza que le sujeta el pelo. Y como aquella noche junto a la piscina, la cascada oscura cae sobre su espalda y sus hombros, subyugándome con su belleza. A mí, y a los miles que seguramente la están mirando en este momento. Porque no hay dudas de que todas las cámaras están enfocando cada uno de sus movimientos.

Y ahora se pone a cantar. Lo hace en voz baja, suavemente. Entona muy bien, pero nadie

sospecharía la potencia que hay detrás. No lo muestra, porque no quiere.

“Y ahora te sueltas el pelo, y así descalza caminas, voy a morder el anzuelo, pues quiero lo que imaginas...”. Sólo eso. Todo eso...

Llega a la mesada de mármol y comienza a guardar sus artículos de tocador. Cuando llega al último se lo queda mirando... Es un lápiz de labios. Lo abre y se lo aplica frente al espejo lentamente.

Gran hermano, siempre atento, no deja pasar la oportunidad de “darle color” también a la situación y por los altavoces se escucha la canción de Los Nocheros que estaba cantando Emilia.

“Voy a comerte el corazón a besos, a recorrer sin límites tu cuerpo...”. Ella se mira al espejo, y una vez más siento que me mira a mí. Guarda su labial, sonrío, y luego lo dice:

*—Nada prohibido entre vos y yo. Poné las condiciones que quieras. Me voy directo a tus brazos y más te vale que no me los cierres.*

Tengo que concentrarme en respirar normalmente, pero no lo logro. “Vamos, Máximo, vos podés. Concentrate, inspirás y espirás... Así... otra vez...”. Mierda, no hay manera. Me desprendo un botón de la camisa, mientras siento que mi frente se llena de sudor y un calor extraño me sube por la cara y me baja por el cuerpo.

Y de repente se escucha la voz: “Emilia, por favor, al confesionario”, y luego alevosamente cortan la transmisión. No lo creo, simplemente no puedo creerlo. Se quiere ir justo antes de demostrar en un escenario su increíble talento. Se está boicoteando su futuro, y lo está haciendo... ¿por mí? Dios mío, no puede ser...

—No puede ser.

Me doy vuelta lentamente y miro a Juan, que acaba de decir lo que yo estaba pensando. Me aclaro la garganta y pregunto:

—¿Qué es lo que no puede ser, Juan?

Mueve el cabeza, incrédulo, pero responde:

—Que Mili abandone la casa de Big Brother... Con las ganas que tenía de entrar y demostrar lo bien que canta.

No entiendo... ¿Mili? No, no entiendo. No quiero entender... Pero Pía si lo hace.

—¡Mili! ¡Es tu novia, Juan! ¡Es la novia de Juan, papá! Por eso no te perdías un solo programa. Qué malo, nene. Podías habernos dicho que Emilia la de Gran Hermano, era...

Pero yo ya no escucho. Con cierta dificultad logro ponerme de pie, y me aferro a la valija como si fuese una tabla de salvación. Y luego, sin decir una palabra, yo también abandono la casa, pero esta vez, lo que estalla está dentro de mi pecho, y es mi corazón.

Mientras conduzco camino al departamento, la confusión se diluye y da paso a la rabia. Tanta y tan intensa, que las lágrimas me ciegan y debo limpiármelas con el dorso de la mano.

Al principio no entendí lo que dijo Juan. Mili... ¿Qué quería decir con eso de su novia abandonaba la casa? Y luego, me cayeron todas las fichas juntas, y las palabras de Pía precipitaron esa caída.

Mi hijo es el chico que sale con Emilia. Mi hijo es el que la besa, y a ella le gusta.

Carajo, no puedo siquiera imaginarlo. Detengo el auto en la ruta, porque de sólo pensarla en la cama con otro me desespera al punto de causarme náuseas. Y si ese otro es hijo mío me desespera aún más.

¿Cómo pudo pasar algo así? De pronto se me ocurre que no se trata de una infeliz coincidencia. De golpe caigo en la cuenta de que es algo premeditado de parte de ella...

¿Quería cumplir alguna fantasía o simplemente vengarse de mí? Seguro que es esto último. Estaba furiosa y me echaba la culpa de haberla dejado afuera, y decidió enloquecerme. Buscó a mi hijo, lo sedujo, jugó a dos puntas... Se dio el lujo de contarme lo bien que la estaba pasando con él. Y yo como un estúpido, enamorándome cada vez más.

¿Cómo pude caer en esa trampa? ¿Cómo se me pudo cruzar por la mente que todo ese espectáculo que montó recién, cuando dijo que corría a “tus brazos” era para mí? Si sale, cosa que dudo, seguramente irá directo a los brazos de otro. No creo que Juan ni yo conservemos ni un poco de interés para ella ahora.

Ya se vengó..., ¿y ahora qué? Apuesto mis huevos que cuando llegue al departamento y encienda la computadora, estará clavada en el escenario cantando como un pájaro y riéndose de nosotros. Pájaro... Pájaros y flores. Pájaro blanco... ¿Se habrá inventado todo? Sus sueños terroríficos, y su supuesto amor por mí...

Mentirosa, mentirosa. Su juego quedó a la vista. ¿Cómo es posible que continúe amándola tanto? “Es porque no te la volteaste”, me dice una voz interior. Mierda, debí hacerlo en su momento. Tuve las oportunidades y las dejé pasar... No se la metí hasta el fondo como deseaba y ahora voy a vivir un infierno pensando en ella, en su cuerpo, en el sabor de su sexo.

Daría cualquier cosa para volver a ese momento. Le haría volar la camiseta *rollinga*, y la montaría con fuerza, la haría sufrir y gozar. Pero más sufrir... La partiría al medio, le daría tanto que seguramente intentaría liberarse, pero yo me mantendría firme dentro de ella hasta que me diera la gana, hasta que no aguantara más y me diera el gusto de llenarla de todo lo que tengo acumulado por su culpa. Eso debí hacer, pero ahora es tarde porque descubrí su maldita mentira, su juego a dos puntas, su venganza. Y además, tocó algo que para mí es sagrado: mi hijo.

Ahora tiene lo que quiere, las cámaras centradas en ella, toda la atención concentrada en ella... Gran Hermano la habrá convencido de que es una estupidez irse de la casa, se habrá puesto el maldito vestido negro y estará cantando esa maldita canción... Nada prohibido. Tal cual, esta mujer no tiene límites, no existen tabúes para ella. Ah, mierda. No puedo creerlo y tampoco puedo soportarlo.

Llego a casa y lo primero que hago es encender la laptop. Lo que suponía, el conductor está hablando de ella... Y enseguida, muestran la grabación del confesionario. Al parecer, la conversación con Gran Hermano es clave para descubrir los motivos... ¿Los motivos de qué? ¿No se dan cuenta de que fue un amague para llamar la atención?

El corazón me da un vuelco cuando la veo sentada a lo indio, con el vestido rojo prolijamente

extendido sobre sus piernas. Los ojos le brillan mientras espera que Gran Hermano hable:

—*Hola, Emilia.*

—*Hola, Gran Hermano.*

—*Parece que te querés ir.*

—*No parece. Me voy.*

—*¿Por qué, Emilia? ¿Por qué justo hoy que vas a poder demostrar lo bien que cantás en la fiesta de karaoke?*

Vacila..., mira para abajo. Finalmente responde:

—*Lamento muchísimo si mi partida les provoca un trastorno... Sé que puedo irme cuando quiera, y voy a hacer uso de ese derecho. Y el motivo es simple: lo que busco no está acá adentro.*

Respiro hondo... Es una bruja, una hechicera. Convencería a cualquiera de cualquier cosa con esos soles que tiene por ojos.

—*¿Qué es lo que buscás?*

—*Lo que todos, ser feliz.*

—*Y vos descubriste que tu felicidad está afuera... ¿Tu felicidad tiene nombre de hombre, Emilia?*

Hace una pausa, se mira las manos. Cuando levanta la cabeza, mira directamente a la cámara.

—*Sí.*

—*Pero ese hombre aún estará afuera cuando te toque salir. No tenés por qué hacerlo ahora.*

Traga saliva, y pestañea varias veces. Finalmente lo dice:

—*No puedo arriesgarme, no quiero perderlo. Y lo que es peor, aún tengo que ganármelo. Como verá, Gran Hermano, no la tengo fácil, pero no puedo estar más tiempo lejos de él. Voy a salir, y voy a intentarlo.*

—*¿Y tu carrera, Emilia?*

—*Mi carrera... No voy a correr esa carrera, al menos no partiendo desde aquí.*

—*¿Por qué?*

—*Porque lo único que necesito ahora es su amor.* Cierro los ojos. Tengo la boca seca. Y me odio

cuando me encuentro deseando que esté hablando de mí. “Por favor, por favor, por favor...”, dice mi corazón. Pero mi mente se obliga a recordar lo mentirosa que es, y que no tiene límites a la hora de lograr sus propósitos.

No me importa si se queda, si se va.

Apago todo. La computadora, la luz. Me aparto de la vida, metiéndome en este jergón que tengo por cama y cubriéndome la cabeza con la almohada.

No existo para el mundo, y lo peor de todo es que el mundo no existe para mí.

Al menos no sin ella.

Desinstalo el canal que estoy pagando para no tener la tentación de asomarme al maldito programa para verla.

Me hizo tanto daño que lo único que quiero ahora es olvidarla, extraerla de mi vida, de mi mente, de mi corazón... Por culpa de ella, no me siento con fuerzas de enfrentar a mi hijo. No sé qué hacer. Tengo miedo de que los brazos a los que ella quiere correr sean los de Juan.

No quiero que mi hijo se relacione con una mujer inescrupulosa y vengativa. Carajo, lo que en realidad no quiero es que la toque. Que no le ponga una mano encima porque por más que lo intento no puedo dejar de considerarla mía, sólo mía.

Trabajo como un autómatas. Un paciente detrás de otro, oyendo sin escuchar, hablando sin reflexionar, viviendo a medias. Y la laptop apagada, me recuerda a cada instante que ella está allí adentro, duchándose para miles, disfrutando de la piscina, dejándose adorar por esa manga de pajeros que la rodean. Me muero de ganas de ver qué está haciendo. Extraño el verla dormir... Velo su sueño como si estuviese a mi alcance protegerla de sus malditos fantasmas, que ahora dudo de que sean reales.

Dios, me estoy volviendo loco. Suspendo todas mis citas de la tarde, porque así no puedo trabajar. Tengo que canalizar todo esto de alguna forma, así que voy a intentarlo en el gimnasio.

Cuando estoy por salir, suena el teléfono. Número desconocido.

—Hola.

—Máximo...

Es ella. Emilia. El corazón me late tan fuerte que puedo escucharlo, las piernas me tiemblan y de pronto me siento débil. Débil y acalorado...

No puedo hablar, me he quedado completamente mudo.

—¿Estás ahí? Yo estoy en el hotel, otra vez en aislamiento. Acabo de sobornar a la mucama para que me preste su celu, pero la tengo acá al lado y no puedo hablar demasiado.

Vaya, está afuera. Finalmente lo hizo.

—Bien, entonces no hables.

—¿Qué te pasa, Máximo?

—¿Qué me pasa, Emilia? ¿O debería decirte Mili?

Descubrí de casualidad tu juego a dos puntas... Con mi hijo no te metas, Emilia, o soy capaz de cualquier cosa. —No sé de qué me hablás —me dice y su voz parece temblar.

—¿No? ¿Ahora me vas a decir que no sabías que Juan era mi hijo? “Me besó y me gustó”, ¿te acordás? —No... No lo sabía... —me dice sollozando, y me refugio en la furia para no flaquear.

—¡No te creo! Quisiste vengarte porque creíste que por mi culpa se te truncaban los sueños, y buscaste a mi hijo...

—No es verdad, Máximo. Por favor, escuchame... —ahora llora desesperada, pero yo sigo

intentando herirla

—Cuando te encaprichás con algo, no tenés límites. Jugaste conmigo y con Juan. ¿Te propusiste romper el tabú y levantarte a tu terapeuta? Casi lo lograste. Me hiciste creer que me querías, ¿a él le habrás hecho creer lo mismo? Sos de lo peor, ¿sabés? Sos vengativa, especuladora...

Una voz a mis espaldas interrumpe mi rosario de insultos.

—Dejala en paz.

Me doy vuelta despacio, y veo a Juan en el umbral de la puerta, y el calor que estaba sintiendo se diluye de pronto. Me quedo helado.

—Juan...

—No la tortures más.

Emilia llora al otro lado de la línea y yo me siento una basura. Tengo a mi hijo frente a mí, y con sus dieciocho años es infinitamente más hombre que yo.

Cuelgo. No puedo hacer otra cosa.

—Juan, no sé qué carajo decirte...

Él entra y se deja caer en un sillón, con el rostro

entre las manos. Cuando levanta la cabeza me dice. —No digas nada. Está todo dicho, papá.

Dios, qué vergüenza. Estoy pasando la mayor de mi

vida. Mi hijo descubre que yo tengo o tuve una relación con otra mujer que no es su madre, y para colmo de males, esa mujer es su novia. Permanezco en silencio y me siento frente a él.

—¿La querés? —me pregunta de pronto.

Trago saliva... ¿Le digo la verdad o le miento? No quiero lastimarlo pero voy a sincerarme con él. Por primera vez en mi vida siento que tengo que decir la verdad sin atenuantes, por más cruda que pueda sonarle a mi hijo. —Me muero por ella.

—Caramba... Parece que tenés sangre en las venas después de todo —replica con una sonrisa triste.

—Juan, no quiero hacerte daño. Y tampoco quise hacérselo a tu madre...

—Ya sé. Mamá y vos no tienen nada desde hace tiempo. ¿Creés que no me di cuenta? Sos un alma en pena, viejo... Mirá, el conocer a Mili fue una completa casualidad, te lo aseguro.

Lo miro y no sé qué decir.

—La conocí en el súper, y la invité a salir. Sólo salimos dos veces... Cuando quise avanzarla me dijo que estaba involucrada sentimentalmente con otra persona, y que no podía. Simplemente eso... Un par de besos, y todo terminó.

Me sentí como un completo idiota.

—Papá, Mili no tenía idea de que vos y yo estábamos relacionados. No hubo ninguna intención de

parte de ella...

—¿Y por qué se cambió el nombre?

—En Uruguay le dicen así. Los de Big Brother decidieron llamarla por su nombre completo. Si antes me sentí un idiota, ahora me siento doblemente idiota.

—No sé qué voy a hacer, Juan. No sé si ella siente algo por mí. Y el hecho de que todo haya pasado en un encuadre terapéutico lo empeora todo... Ay, mierda. Me siento como el culo al estar hablando de esto con vos.

—No tenés por qué. Viejo, debés quererla mucho para haber saltado tantas barreras —murmuró, asombrado—. Es tu paciente, es tu amante, y tiene sólo veintidós años.

Mi vergüenza crece con cada palabra. Quiero que la tierra me trague y que lo haga ya.

—Lo sé. Es así, y no pude hacer nada para evitarlo, Juan.

Me mira por un instante y luego me dice:

—Ella... es única. Cuidala. Disfrutala. —Es casi una orden, no es un pedido. Se pone de pie y se prepara para marcharse.

—Juan..., vos viniste por algo. No sabías nada de esto, ¿verdad?

—No, no sabía nada. Vine para decirte que mamá está enloqueciendo a Pía. Le dice que está gorda y disparates por el estilo... Le hace mucho daño, papá. Hacé algo, pero por favor, intentá que no sea discutiendo.

Esto me termina de aniquilar.

—Por supuesto. Gracias por decírmelo... Dejalo en mis manos —afirmo, y antes de que pueda arrepentirme, le doy un abrazo de oso y por primera vez en mucho tiempo le digo cuánto lo quiero.

Él frunce el ceño, visiblemente molesto por la demostración de cariño.

No sé si algún día tendré su respeto, pero en lo que a mí se refiere es la primera vez que admiro tanto a un hombre.

Y me llena de orgullo que ese hombre, sea mi hijo.

El hecho de que Juan de alguna forma me haya habilitado para amar a Emilia no me lo hace más fácil. Por el contrario, me deja un sabor amargo. Y también me causa muchísima vergüenza...

Pero por extraño que parezca, siento que hoy, aun sabiendo que estoy enamorado de una paciente de veintidós años, me respeta más que antes.

Es raro, sobre todo porque se supone que le estoy faltando a su madre. Me pregunto si mi hijo ha crecido tanto como para entender este tipo de cosas. ¿Cuándo fue, que yo no me di cuenta?

Y también me preocupo. Por él, y por sus sentimientos hacia Emilia, y sobre todo me preocupo por Pía. Lo que me dijo Juan sobre el acoso de Carla con respecto a la comida, me inquieta



demasiado.

Como si hubiese escuchado mis pensamientos, me llama mi hija.

—Hola, Pippa.

—No me llames así, papá.

—Perdón. Estaba pensando en vos...

—Yo también pensaba en vos.

—¿Sí? A ver, contame.

—Quiero conocer a Emilia.

Me quedo de una pieza, con la lengua trabada y sin saber qué decir. Me paro en seco en medio de la acera, mientras la gente me esquivo con un gesto de fastidio. Me aparto rápidamente; a horas pico, en Buenos Aires, es mejor no obstruir el camino de nadie...

—¿A Emilia? —pregunto con un hilito de voz. —Sí, la de Gran Hermano. Juan me dijo que vos la conocías bien.

—¿Juan te dijo eso?

—Parecés tonto, papá. Le insistí tanto para que me presentara a su “Mili” que se fastidió y me dijo que ellos ya no eran amigos, pero que vos quizás me la podrías presentar. ¿Es paciente tuya?

Trago saliva.

—Ya no.

—Entonces lo fue... Y ahora que salió de la casa, quizás lo sea de nuevo. Papá, quiero conocerla, por favor.

—¿Por qué?

—Soy su fan, ¡ella es genial!

Lo que me faltaba... Ya sé que es genial, obvio que

lo sé.

—No creo que... pueda ayudarte. Ella no volverá a ser mi paciente —le digo, y no estoy mintiendo. No sé qué papel jugará Emilia en mi vida, o mejor dicho no tengo ni idea de si yo tendré un lugar en la suya, y pensar en eso me entristece súbitamente.

—Ah. Quizás el tío Coco...

—Quizás.

—Papá... Ayer vi una peli... Era una psiquiatra que se enamoraba de su paciente. Me dejó pensando..., ¿a vos alguna vez te pasó algo así?

Lo intuye, tal como lo imaginaba. Mi hija no es ninguna tonta, y habrá notado que hay algo intangible y extraño entre Juan, Emilia y yo.

—Pía, estoy en la calle y no se escucha bien. ¿Tu madre está en casa?

—No sé, todavía no me levanto.

—Bueno, hagamos una cosa. Paso por Mc Donald's, te compro un desayuno y te lo llevo a la cama. Mientras comés, podemos hablar de lo que vos quieras.

Accede y en veinte minutos estoy allí. En la puerta me cruzo con mi hijo, que va de salida.

—Ah, viejo. Perdoname, pero te dejo a vos el fardo. Tu hija está insoportable con el tema, y la verdad que yo no tengo ganas de explicarle nada.

—No tenés por qué, Juan. Eso es algo que me corresponde a mí, y lo voy a hacer ahora. Subo, y la encuentro acostada mirando Gran Hermano en la tele. Le doy todo lo que compré, medias lunas, donuts, café, jugo de naranja, yogur con cereales.

—Papá, estoy yo sola, no con todas mis amigas ¿para qué compraste todo esto?

—No sabía qué era lo que querías desayunar. Y la verdad que no te va a hacer nada mal comerte todo eso. Estás muy delgada, Pippa.

—Vos no entendés nada de esto.

—No creas. Sé lo que es lindo y lo que no, y te puedo asegurar que piel y huesos no lo es. Me mira con desconfianza mientras mordisquea una media luna con cara de asco.

—Bueno, digamos que te hago caso y como algo. Y vos ahora me contestás lo que te pregunté por teléfono... ¿Alguna vez te fijaste en una paciente?

—¿Por qué la pregunta? —le digo intentando sondear qué es lo que sospecha, y también dilatar el momento de la verdad, porque ya me lo veo venir.

—Mirá, papá, que yo no soy una de ellas. A mí no me respondas con otra pregunta. ¿Te pasó o no? Me rindo. No tengo otra opción que decirle la verdad.

—Sí.

—Es Emilia, ¿verdad? —Sí.

—Lo imaginaba... La cara de Juan hablaba por sí sola. Decime..., ¿por eso vas a dejar a mamá?

Qué difícil es todo esto por Dios.

—No. En realidad no... ha pasado nada entre Emilia y yo. Pía, te acordás que otro día hablamos de que cuando un matrimonio no funciona, uno se puede sentir...

—Atraído hacia otras personas. Sí, lo dijiste. Pero ¿cómo es que vos y Juan terminaron con la misma chica?

—Por casualidad. Juan la conoció en el súper dónde trabaja, y ni él, ni ella, ni yo sabíamos que de alguna forma estábamos vinculados.

—¿No es medio raro que salgas con la novia de tu hijo, papá?

Sí, mi vida. Es raro, es insólito, es un verdadero problema que ninguno de los dos buscó, pero que el destino perverso de alguna forma logró que sucediera.

—Pía, en primer lugar, yo no estoy “saliendo” con ella. Y en segundo lugar, Emilia nunca fue la

novia de Juan. Sólo compartieron un par de salidas, en plan de amigos. Vos te encargaste de ponerle “color” a la cosa...

—¿Y vos no? Si hasta le aconsejaste que comprara condones...

Es verdad. Si hubiese sabido que esos condones serían para usar con ella, me hubiese mordido la lengua. Y de pronto me doy cuenta de que no predico con el ejemplo, precisamente. Tres veces estuve a punto de hacerle el amor, y jamás se me cruzó por la mente usarlos. Soy un desastre... Es que nada más lejos de mí, el encontrarme en ese tipo de situaciones en esos momentos... Y ahora no hago más que desearlos.

¿Tendré una nueva oportunidad con ella? ¿Podré finalmente tener la dicha de tenerla en la cama? Dios, no puedo estar pensando en esto, delante de mi hija de catorce años que me mira expectante.

—Tenés razón —admito—. Yo creí que iba en serio, pero cuando descubrí que se trataba de la misma persona, y hablé con tu hermano del tema, me enteré de que sólo fueron amigos.

—Y ahora vos te sentís “atraído” hacia ella... Es muy linda, papá.

Vaya si lo es. Pero tengo que bajar la pelota al piso, porque esto se me está yendo de las manos.

—No le pongas color a esto también, Pía. Vos sabés que yo no puedo tener nada con una paciente, así que por favor no lo menciones, ni siquiera vuelvas a pensar en eso, porque podría haber algún malentendido, y más estando todavía casado con tu madre —le pido, confiando en que pueda guardar silencio esta vez. Y luego agregó—: Hija, me siento muy incómodo al hablar de esto con vos...

—Sí, ya sé. En fin, lo de mamá y vos estaba cantado y creo que ahora todos estaremos mejor. Ahora vamos a lo que realmente importa.

—¿Y qué es eso?

—Quiero conocer a Emilia.

Por favor, esta nena es demasiado persistente. No sé qué decirle... Y de pronto se me ocurre. Chantaje... A veces resulta.

—Bien, hagamos una cosa. Vos engordás digamos... dos kilos, y yo hablo con Coco para que puedas conocer a Emilia.

—Papá..., con el tío puedo hablar yo y me puede facilitar que ella me firme un autógrafo a la salida del estudio. Yo la quiero conocer en serio.

—¿Está firmando autógrafos?

—Por supuesto. La gente la adora.

No lo entiendo. Es decir, es lógico que la adoren, si

es encantadora. Lo que no logro comprender es cómo se volvió tan popular en unos pocos días y además abandonando el juego como lo hizo.

Eso me perturba mucho, pues la siento cada vez más lejos, más inalcanzable...

—Bien. A la balanza, señorita. Después que subas un par de kilitos hablamos. Pía, sé que para vos soy un viejo que no sabe nada y puede que sea cierto. Pero también soy un hombre, y creeme: las

mujeres siempre fueron y serán más bellas para nosotros, cuando se ven sanas. No dejes que nadie te convenza de lo contrario.

Ella asiente, y sólo espero que mis palabras logren el efecto deseado y contrarresten el que su madre está logrando en ella.

Carla...

Mis pensamientos tienen imán, sin duda, porque cuando estoy a punto de salir a la calle, escucho que me llama.

—Máximo...

Me doy la vuelta lentamente, preparado para todo. El tono en que mencionó mi nombre, fue el más belicoso que he escuchado hasta el momento.

—Decime.

Sonríe... Dios mío, esta mujer me odia. Sus ojos me lo dicen. No tardo en comprobarlo.

—Hubiese esperado cualquier cosa de vos, menos que te estuvieses cogiendo a una paciente. Te voy a hundir... No, vos mismo lo vas a hacer. Vas a desear que la tierra te trague cuando tus colegas se enteren de esto y te saquen a patadas de su círculo tan selecto. Y te vas a querer morir cuando pierdas la licencia para ejercer tu profesión. —13—

Dios, qué pesadilla insoportable. Lo que más me temía sucedió. Mi falta, el gran pecado de enamorarme de Emilia, lo voy a pagar con sangre.

Carla degustó su venganza fría, pero no por eso dejó de disfrutarlo.

De pie, delante de la puerta, soporté la andanada de insultos, reproches, amenazas. Escuché sin decir palabra su horrible chantaje.

No quiere plata como yo esperaba. Esto es mucho peor... Quiere que me olvide de Emilia y vuelva con ella a jugar a ser un buen esposo. Lo de la plata vendría después, lo que no significaría ninguna variante para mi bolsillo eternamente perforado. No he hecho otra cosa desde que estoy con ella: soltar dinero. Pero eso es lo de menos ahora...

Lo que más me importa es que estoy atado de pies y manos para entregarme a lo que más deseo en la vida: Emilia.

Si corro a ella, pierdo todo. Prestigio profesional, la posibilidad de seguir ejerciendo la carrera que elegí. Y la vergüenza... El escarnio público. No podría soportarlo ni por mí ni por mis hijos.

Y mis padres... Qué locura. Soy la oveja negra más que nunca. No hay más lobo para mí, no hay más amor, no hay más Emilia...

Me entrego. Intenté luchar pero fue en vano, porque parece que el destino se ha confabulado para arruinarme la vida. De vuelta al redil, y a la mierda en la que estuve metido hasta ahora.

¿Por qué tuvo que aparecer Emilia en mi vida? Si no la hubiese conocido, jamás sabría de qué me estaba perdiendo. No hubiese probado la miel de sus labios, ni la pasión que duerme entre sus piernas y yo deseo beber una vez más. Jamás me habría maravillado con su increíble voz, con esa risa que me llega al alma, con su dulzura... Y tampoco hubiese conocido al hombre pleno que ya no podrá ser, y que volverá a esconderse de los espejos como antes.

No quiero engañarme; toqué el cielo con las manos estas semanas solo por pensar en ella. Y sé que me espera el paraíso si logro regresar a sus brazos. Pero ¿tengo derecho a arruinarles la vida a mis hijos cuando trascienda que su padre carece de toda ética profesional y su moral es cuando menos que dudosa? ¿Estoy en condiciones de quedarme sin nada rozando los cuarenta años? Porque una cosa es perder cosas materiales, y otra muy distinta es que te arranquen las herramientas para ganarte la vida... No sé hacer otra cosa que lo que hago. No es que me encante, ahora que lo pienso bien, pero no sé hacer otra cosa.

Mierda, mierda. Me estalla la cabeza y también el corazón de solo pensar en no volver a verla.

Pero tengo que hacerlo, tengo que renunciar a Emilia para no quedarme en pelotas en la mitad de mi vida, siendo un bueno para nada, y sin saber para qué lado correr.

Desde ayer que no logro pensar en otra cosa, y me torturo una y otra vez por ser tan estúpido y tan cobarde.

El sonido del teléfono interrumpe mis reflexiones que siempre me llevan al mismo lugar.

—Pippa... Perdón, perdón. Ya sé que no debo llamarte así...

—Papá... —Tardo un segundo en darme cuenta de que mi hija está llorando.

—¿Qué te pasa? Mi amor, decime..., ¿qué tenés? —pregunto desesperado.

—Es que... mamá me gritó de todo porque escuchó que quiero conocer a Emilia —me confiesa entre sollozos—. Me dijo cosas muy feas, me dijo que soy una gorda traidora...

Siento de pronto la ira nacer y crecer dentro de mí.

—Tranquila, Pía. Voy para ahí...

—No, no vengas. Se van a pelear y yo no quiero... —No te preocupes, vos quédate en tu cuarto y ponete a escuchar a ese Justin no sé qué que te gusta tanto —le digo mientras bajo la escalera a toda velocidad.

Conmigo Carla puede hacer lo que se le antoja, pero

que no haga sufrir a Pía porque me sale el lobo. Pero el lobo feroz.

La discusión es terrible. Gritos, insultos... No se puede llegar más abajo en la escala de la degradación humana.

—¡Linda fiesta de quince va a tener tu hija! El padre es un degenerado, y ella no va a entrar en el vestido. Una maravilla —me dice la trastornada de Carla en medio de la discusión que estamos teniendo a causa de lo que le dijo a Pía.

—¿Vos estás loca? ¿De qué fiesta me hablás, si ella dejó bien claro que quiere viajar con sus amigas a Bariloche?

—De la fiesta que le está organizando tu madre, porque vos sos un fracasado que ni siquiera podés festejarle los quince a tu única hija. Ella se va a hacer cargo de todo.

—Mirá Carla, sólo te voy a decir una cosa. Respetá a Pía. Respetá sus deseos, sus decisiones, y su forma de ser. Respetá su cuerpo, la manera en que se viste, y a sus amistades. Si no lo hacés, vas a tener un gran problema conmigo.

—Ah, ahora estoy temblando... —se burla—. ¿Quién te crees que sos, estúpido? ¡Yo la parí! ¡Yo no soy la que se está yendo de la casa para voltearse a una trola de veinte años! Y todavía querés presentársela a tu hija... ¿Sabés qué, Máximo? Retiro lo que te dije ayer. No quiero que vengas a vivir de nuevo a esta casa. Eso sería ponértela muy fácil. Te vas a quedar dónde estás, pero no vas a volver a ver a esa zorruta. Y me vas a pasar una generosa pensión alimenticia, querido. De lo contrario, y perdido por perdido, te quedás sin laburo y más solo que un perro.

Dios, ayúdame a controlarme porque me están viniendo unas ganas locas de matarla.

—Puede que me quede sin nada, pero a mis hijos no los voy a perder. Y si seguís torturándola con el tema del peso y la comida, te voy a quitar la tenencia de Pía —le digo, fuera de mí.

—¿Qué decís? ¿Y se puede saber qué juez puede ser tan idiota de darle la tenencia de su hija a un psicólogo pervertido que se acuesta con sus pacientes? ¿De dónde vas a sacar la plata para mantenerla si te quedás sin trabajo? — me grita, con el rostro desfigurado por la ira.

Estoy a punto de replicarle, cuando escucho un ruido sordo, como de algo que se cae a mis espaldas.

Cuando me doy vuelta, veo a Pía en el suelo sin sentido, y el mundo se me viene encima. Y aunque me cueste admitirlo, a Carla también.

Horas después, sentados uno junto al otro en el consultorio del doctor Fuentes, ella y yo esperamos el diagnóstico de Pía. Permanecemos en silencio lo que es muy bueno teniendo en cuenta la terrible discusión que mantuvimos hace un rato.

Cuando el médico llega, ambos nos ponemos de pie. La ansiedad nos gana...

—Tranquilos que la nena está bien. Tiene un poco de anemia, lo cual se soluciona con un complemento de hierro. Y su peso es ligeramente inferior al esperado para su talla, así que sería recomendable que la viese un nutricionista.

—¿Sólo un nutricionista? Doctor, me gustaría que también la examinase un psiquiatra.

—¿Por qué motivo, Licenciado?

—Temo que padezca de anorexia nerviosa. Yo no estoy capacitado para diagnosticar a mi propia hija, pero sospecho que puede tener ese trastorno.

—Mire, he tenido la oportunidad de conversar largamente con Pía, y me parece que no tiene el esquema corporal distorsionado. El hecho de hacer dieta por su cuenta, puede obedecer a presiones de sus pares y a esa obsesión por la belleza asociada a la delgadez que los Medios promueven —explica. Miro a Carla y veo que me pide con los ojos que no diga nada sobre lo que veníamos discutiendo. No digo nada, y el médico continúa—: Si usted lo desea, le hago el pase

para que la vea un psiquiatra, pero en forma ambulatoria. Ya pueden irse.

En el viaje de regreso, nadie dice nada.

Yo conduzco y, detrás de mí, Pía descansa con la cabeza en el regazo de su madre. Por un momento nuestras miradas se vuelven a encontrar y no puedo evitar decirle:

—Espero que no sigas por ese camino. Dejé las presiones, porque si no, me llevo a mi hija. Pensé que esto sería suficiente como para una tregua, pero no. Ella sonríe de una manera extraña y replica: —Espero que vos tampoco sigas por ese camino. Dejé de revolcarte con tu puta, porque si no, te denuncio.

Por suerte la nena duerme y no escucha los disparates que dice la madre. Lamentablemente, no me deja opciones, me tiene por completo acorralado.

Las dejo en la que fue mi casa hasta hace una semana, y me voy a mi departamento, derrotado. Elegir entre Emilia y mi profesión es una terrible encrucijada en la que jamás esperé encontrarme. Pero lo cierto es que a Emilia no la tengo, y no sé si la tendré.

Ahora ella tendrá una vida muy agitada... La popularidad me la va a arrebatar de todos modos, si es que en algún momento puedo tenerla. Tenerla. Me vuelve loco la idea, me trastorna, me hace desear imposibles...

Lo descarté por un momento, cuando supe lo de Juan y ella. Pero sólo fue un instante... Dios mío, la idea de luchar con mi hijo como dos animales por la misma mujer me pone los pelos de punta. Dos machos despedazándose para ver quién es el alfa.

Por fortuna, entre ellos no hubo nada, porque sino no sé en qué hubiese terminado toda esta locura. Lo irónico de todo esto es que voy a tener que renunciar a Emilia igual, porque no puedo darme el lujo de perder más. Ya no tengo ética, no tengo moral. Incurrí en todas las faltas que siempre repudié. Cometí todos los pecados que toda la vida evité.

Y todo eso sin hacerla mía... Ahora es tarde, es muy tarde. En teoría no se puede perder lo que uno nunca tuvo. En la práctica, se me desgarran el alma al tener que dejarla ir.

Carajo, cómo duele...

Mientras me como una pizza en el bar de la esquina, pienso en el caos en que se ha convertido mi vida. Es una montaña rusa, donde a veces estoy arriba, con esa inquietante expectativa, y luego me deslizo vertiginosamente sin ningún control y lo disfruto intensamente, y por último caigo, bajo, muy bajo. Y así estoy ahora.

Levanto la vista de pronto y la veo. Su imagen me sigue a todos lados, dentro de mi cabeza y también en la tele. La están entrevistando, parece que se trata de “El Debate”, un programa satélite donde se analiza el programa con la intervención de los chicos que fueron saliendo.

Y allí está ella, encaramada a una banqueta, con minifalda y botas. No sé qué le han hecho en el pelo, pero se ve distinta. Lo que no cambia nunca es su belleza.

Llamo al mozo, y le pido que suba el volumen. Después de todo no hay nadie más que yo en este antro, así que no creo que le moleste.

—¿Está seguro? Tenemos Espn, Fox, y también... —No, sólo suba el volumen, por favor.

Dejo la pizza por la mitad para escucharla, extasiado, inmóvil, completamente subyugado por su sonrisa.

—...*No, no estoy arrepentida. En ese momento creí que lo mejor era que el corazón marcara mis prioridades y aún lo sigo creyendo.*

—*¿Considerás que fue suficiente tu corta estadía en la casa de Gran Hermano para darte la popularidad que estás necesitando para comenzar tu carrera, Emilia?*

—*No sé si fue suficiente. Pero la popularidad no es la única forma de comenzar mi carrera. Es más, no sé si mi vocación es tan fuerte... De hecho, no lo es tanto como...*

Se interrumpe de pronto, y también el latir de mi corazón aguardando que continúe. Pero no lo hace.

El moderador no deja pasar la oportunidad, sin embargo.

—*¿Cómo qué? ¿Quién es ese hombre al cual le dijiste “nada prohibido”? No sabés todas las teorías que se armaron acá en torno a eso.*

La veo dudar, pero sale del paso.

—*No amerita demasiadas elucubraciones algo tan simple como el amor* —dice finalmente, dejando a todos atónitos, incluso a mí.

—*¿Quién es ese caballero? ¿Podemos saber el nombre de tu novio, Emi?*  
Sacude la cabeza.

—*No es mi novio. Es... alguien del que espero... algo. Ni siquiera sé si me corresponde. Por favor, no quiero hablar de eso.*

Pero el conductor del programa no desistió. Es más, insistió una y otra vez volver al tema, pero Emilia se mantuvo en sus trece y no dijo nada.

La adoré por eso... Por eso y por todo. De pronto sólo pude concentrarme en su boca, pero no en lo que decía, sino en esa forma encantadora de moverla. Esa boca se merece ser besada cada día, cada hora... Tiene una sonrisa que lo ilumina todo, al igual que sus dos soles... Dorados, con un toque de verde. Muero por una mirada suya, por una caricia... Por tocar su piel, centímetro a centímetro. Probé el sabor de esa piel.

Y no voy a olvidarlo mientras viva...

Pero ya no habrá de eso para mí. No habrá más de Emilia, de sus soles, de su boca. Perdí muchas cosas por este amor, pero ya no puedo seguir perdiendo. Y de todas las cosas que perdí, la que más me duele es ella misma. Qué terrible contradicción, qué ironía.



Carla me tiene agarrado de los huevos, y yo no estoy preparado para someterme al escarnio público. Deberé aprender a olvidarla.

Renunciaré al amor, renunciaré a la vida y volveré al rebaño del cual jamás debí salir.  
Viernes luego del debate.

Odio salir en la tele y odio al maldito contrato que me obliga a estar allí. Pero lo que más odio es haber perdido a Máximo.

¿Cómo diablos iba a saber que Juan era su hijo? ¿Y cómo voy a hacer para convencerlo que entre él y yo no hubo nada? No entiendo cómo pudo pasar algo así y sobre todo no puedo comprender cómo es que esa increíble casualidad se puso al descubierto. Y lo peor es que quizás nunca lo sabré, porque Máximo me odia.

Pude sentir el desprecio en su voz y eso me destruyó por dentro. Esta es mi última noche en aislamiento y lo único en lo que puedo pensar es en intentar convencerlo de que las cosas no son como él cree...

Así tenga que atarlo para que me escuche, voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para lograr que vuelva a quererme... Eso si es que alguna vez me quiso.

¿En qué me he convertido? No me queda ni rastros de moral. Apuesto a romper un matrimonio y mi conciencia ni se inmuta. ¿Será porque estoy segura de que ese matrimonio está más que roto? Si no, ¿cómo se explica que se haya fijado en mí? Y no me refiero a desear a una mujer, a las ganas de acostarse con ella. Yo estoy hablando de amor... Porque dentro de mi corazón yo puedo sentir que él me ama y yo necesito hacerle saber que le correspondo.

Aunque sea pecado, aunque sea inmoral. Aunque lo perturbe tanto como lo hace conmigo. Necesito que lo sepa, necesito tenerlo...

Mañana, lo primero que voy a hacer cuando salga de esta prisión, es llamarlo. Y ojalá acceda a escuchar razones y me crea.

Porque sin él, nada tiene sentido. ¿Algún día se me acabarán las lágrimas, por Dios?  
Por suerte Pía está bien.

Si lo estará, que en lo único en lo que piensa es en conocer a Emilia. Soslayé el tema como pude... ¿Cómo explicarle que ya no podré hablarle más? Si es algo que apenas puedo comprender yo, que apenas puedo digerir. Una vez que me decidí saltar al abismo, me quedo colgado de una rama... Mi vida es un desastre, yo mismo lo soy.

¿Siempre tienen que llamar mis viejos mientras conduzco? Esta vez es mi padre. Detengo al auto, por supuesto. No quiero que mi inconsciente traicionero me lleve a estrellarme contra un árbol.

—Hola, papá.

—No te pregunto cómo estás, porque ya sé que estás viviendo la vida loca. Qué falta de moral...  
¿Yo te enseñé eso, Máximo?

No puedo recordar nada que me haya enseñado, ni moral ni inmoral. Jamás tuve una relación estrecha con mi padre... La conversación más profunda que tuvimos fue cuando me preguntó si era puto. Yo tenía trece años y prefería leer y andar a caballo en tren de paseo, antes que competir como un “hombre de verdad” en campeonatos de polo. Una profunda vergüenza me invadió entonces, igual que ahora.

—No estoy haciendo eso. Simplemente me separé de

Carla porque nuestro matrimonio no funcionaba.

—Querido... ningún matrimonio funciona. Y uno se

puede echar una canita al aire de vez en cuando, pero teniendo claro dónde está lo que realmente importa. Dejar a tu mujer... Máximo, andá y pedile perdón ahora que aún estás a tiempo —me aconseja en un tono condescendiente que no me gusta nada.

—No lo voy a hacer.

—Lo esperaba... Un fracaso más para tu colección ¿eh? ¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a arruinar tu paupérrima carrera por acostarte con una turríta que muestra el culo en la tele? —pregunta irónico.

Cuelgo el teléfono, así sin más. Ya no soporto esto... Vuelve a sonar con insistencia. Le voy a decir todo lo que pienso, basta de aguantarme, ya no puedo más.

—¿Qué mierda querés ahora?

—Máximo...

No es mi padre. Es... Emilia.

Por un momento me quedo mudo, y luego intento hablar, pero la voz me sale algo extraña.

—Supongo que sobornaste a alguien para obtener nuevamente un teléfono.

—Te equivocás. Estoy afuera... Te llamo desde el teléfono de Mariel. ¿Estabas discutiendo con alguien?

—No importa. Ya nada importa... Emilia, no me vuelvas a llamar.

—Máximo, por favor. Entre tu hijo y yo no pasó nada... Preguntale y él te va a decir que...

—Ya lo sé. Pero no es por eso... Es decir, eso suma a que lo que pretendés sea más imposible todavía.

—No. No hay imposibles, Máximo. No hay...

—...nada prohibido —completo como un estúpido mientras siento que Emilia vuelve a envolverme con su seducción.

—Exacto. No sé cómo se dio esta coincidencia, y tampoco cómo lo descubrieron pero...

—Por casualidad. Estábamos mirando tu... salida del programa y él mencionó que eras “Mili”.

—¿Juan sabe de lo nuestro?

—No hay “nuestro”, Emilia. Y sabe que fuiste mi paciente—miento.

—Vos y yo sabemos que sí lo hay.

—No.

—Vení y decímelo en la cara.

¿Me está desafiando? ¿Juega conmigo? No puedo dejarme atrapar, no puedo...

—No voy a ir —replico tercamente—. Escuchame bien: ese polvo que querés que nos echemos me va a arruinar la vida. Aún estoy a tiempo de evitar ese desastre, y lo voy a hacer. —Dios mío, no me reconozco diciendo una cosa así. Por un instante ella no habla, la oigo respirar agitada. Mierda, creo que está llorando. Pero no. Su voz suena firme cuando me dice:

—Cobarde.

—No soy un cobarde. Simplemente te estoy diciendo que no. ¿No estás acostumbrada a un “no”? Siempre hay una primera vez...

—Te lo repito: vení y decímelo en la cara. Mirame a los ojos e intentá convencerme que lo que haríamos sería “echarnos un polvo”. Y luego te prometo que no te molesto más.

Carajo, carajo... “Mirame a los ojos” me dijo. Si voy y lo hago, estaré perdido. No puedo, Dios mío. No puedo... —Adiós, Emilia— digo con un hilo de voz, y apago el teléfono.

Y mientras conduzco de regreso a mi departamento, siento el sabor salado de las lágrimas en mi boca.

—14—

Mierda, qué mal me siento. Nada me sale como quería...

¿Y todo por culpa de quién? Mía, sólo mía.

Primero cometo el error, la completa estupidez de levantar esa barrera invisible que siempre mantengo con mis pacientes, y dejar que ella me conmueva, me toque el alma. Y luego, aun sabiendo que eso no nos conduciría a nada bueno, no sólo permití que siguiera avanzando, sino que lo disfruté como loco.

Pero lo peor de todo fue que también me di permiso de cuestionar mi vida, y de tomar decisiones drásticas que pueden afectarme de la peor de las formas.

La ira de Carla no es algo para subestimar. Ella es capaz de enlodar mi reputación, y de arruinarme para siempre.

Lo de Juan fue la frutilla de la torta, la última advertencia de que lo que estaba por suceder era el peor error de mi vida. Me permití enamorarme de mi paciente, y ahora lo estoy pagando con sangre.

Cumplir mi deseo y olvidarme de todo tampoco me garantiza la felicidad. Emilia ahora es tan popular, que está lejos de mi alcance.

No tengo salida. Aunque pudiese elegir, cualquiera de los caminos me llevaría a la desolación y al fracaso. ¿Cómo llegamos a esto? ¿Cómo es que este amor que me llenaba de alegría, ahora me hace sufrir tanto?

“Porque sos un cobarde”, me dice mi maldita conciencia. “Porque nunca te la jugaste por nada, y

no vas a empezar a hacerlo ahora.”

Es verdad, es completamente cierto. Soy un cobarde, una oveja temerosa que no se anima a dejar el rebaño. No quiero arriesgar nada, y así me voy a quedar también, sin obtener nada de lo que deseo.

Pero hay algo que me molesta, me fastidia, y sé que no me va a dejar vivir.

Es la terrible interrogante que me viene martillando la cabeza hasta el punto de producirme una intensa irritación: ¿Soy tan cobarde como para no poder decírselo en la cara? ¿A ese extremo llega mi cobardía? ¿Tan poco hombre soy? ¿Ese es el recuerdo que quiero que le quede a Emilia?

Carajo, al menos le debo eso.

Tengo que tener el valor de decirle que entre ella y yo no puede haber nada, porque puedo perderlo todo. Y luego tener la fortaleza para mantenerme en mi decisión aun cuando mi corazón y mi instinto me hagan flaquear y sienta esa necesidad de comerla a besos, de desgarrarle la ropa y meterme en su cuerpo hasta partirla en dos.

Acá no se puede doblar, y menos en “u”, pero no me importa. Como un desesperado cambio de dirección y corro a mi último encuentro con Emilia.

Estaciono como puedo y bajo dando un portazo. Y cuando estoy a punto de tocar timbre en el portero eléctrico, se abre la puerta, y es ella.

Me quedo con la boca abierta.

No es sólo por la sorpresa de encontrármela cuando no me lo esperaba. Es por lo increíblemente hermosa que se ve.

Tiene el pelo empapado, yo diría que ni siquiera se lo secó con la toalla. Y por primera vez la veo con jeans y camiseta. ¡Y zapatillas deportivas!

La miro de arriba abajo y de abajo a arriba sin poder evitarlo. Los jeans están rotos en las rodillas, y la camiseta la tiene anudada debajo de sus... pechos. Y no parece tener corpiño... Carajo. Tengo que cerrar la boca, porque debo parecer un payaso, un adolescente estúpido mirándole las tetas como si fuesen las primeras que veo en mi vida.

—¿Viniste a decírmelo en la cara? —pregunta ella, y no parece para nada sorprendida. Es más, alza una ceja mientras lo hace, y yo me siento apremiado a responder por ese simple gesto.

—Vine a decírtelo en la cara.

Ella frunce el ceño.

—Esperá acá.

Pasa por delante, y se dirige a un auto que está estacionado atrás del mío y yo ni siquiera lo noté. La veo inclinarse y hablarle al conductor.

Y luego regresa y sin mirarme, pone la llave en la puerta para que podamos entrar. Antes de

girarla, se da vuelta y me dice:

—Sabía que no serías tan cobarde...

¿Tan? Pienso mientras camino delante de ella, que me acaba de invitar a pasar con un gesto. El ascensor está abierto, esperándonos.

Cierro la puerta y oprimo el botón mientras me aclaro la voz y pregunto:

—¿Mariel?

—En el banco.

Cierto, ¿dónde más? De modo que estaremos

solos... Que Dios me ampare.

—Emilia, que quede claro que sólo vine a hablar. Me pareció que al menos te debo una explicación, porque yo fui

parte activa en... esta especie de juego que jamás debimos comenzar. Es más, me considero el responsable, ya que era mi deber cuidarte y no...

—Bla, bla, bla... —me interrumpe como una malcriada mientras sale del ascensor y abre la puerta del departamento—. Pasá, Máximo. Y déjate de decir boludeces. No soy una nena, ni un cachorrito para que tengas el deber de cuidarme, así que mejor callate.

Es tan grande mi sorpresa, que aún sin querer, no puedo hacer otra cosa que lo que me indica. Estamos frente a frente, en el amplio living de Mariel.

Emilia lleva sus brazos a la espalda y se quita la mochila, y ese simple gesto de despojamiento que realza sus senos, basta para que la erección que comenzó a molestarme desde que la vi, se intensifique al punto de resultarme incómodo.

Me pongo ambas manos en los bolsillos e intento aliviar la presión con disimulo. Esto va a ser muy difícil... Es tan fuerte lo que ella me provoca, que me acobardo de pronto y tengo que reprimir unas ganas intensas de salir corriendo.

—¿Ibas a algún lado? Porque si querés, podemos hablar otro día —le digo intentando salvarme cuando aún estoy a tiempo, o eso creo.

—Iba al estudio a participar otra vez del maldito debate, pero ya no.

—¿Ya no? ¿Los vas a dejar plantados? —pregunto atónito.

—Ajá —admite encogiéndose de hombros—. Y eso me recuerda que debo apagar el móvil ya.

Lo hace. Y luego se cruza de brazos y me mira. —¿Y bien? Te escucho. Quiero que me digas en la cara que lo que hay entre nosotros es un polvo frustrado y nada más.

Mierda... No puedo. Mentir por teléfono es infinitamente más fácil, pero aquí, con ella enfrente... No puedo.

—¿Qué pasa, Máximo? —pregunta con los brazos en jarra, ante mi silencio. Y luego agrega, premeditada y alevosamente, algo que me vuelve tan loco como la primera vez—. ¿Te comieron la lengua los ratones... de nuevo?

Y finalmente sucede. Pierdo la cabeza, el control, y el corazón. Cierro los ojos, y cuando los abro, me entrego. Sé todo lo que va a pasar. Sé que por fin vamos a hacer el amor. Sé que mi cuerpo y el suyo se atraen por una fuerza magnética y extraña y que no podemos hacer nada para evitarlo. Sé que a esta mujer la conocí en otra vida, o en otro mundo, y que lo que estoy haciendo ahora es reconocerla mía. Nada más que eso.

De pronto, todo encaja, todo cobra sentido. Lo inevitable existe. Esa clase de deseo que te afloja las piernas y te derrite el corazón, también existe. Y ese tipo de amor que te oprime la garganta y lucha por escapar por cada poro de la piel, no sólo existe sino que es tan real que en este momento me está ahogando.

Ella tiene razón. No hay nada prohibido entre nosotros. Nada... Trago saliva y se lo digo, igual que la primera vez que la besé:

—No me comieron la lengua los ratones, Emilia. Es tuya, y vos lo sabés...  
Ella toma eso como la invitación que es, y se lanza a mis brazos.

La recibo sin restricciones y la disfruto... Me besa como enloquecida. La tengo prendida a mi cuerpo con las cuatro extremidades y me recorre la cara a besos. La rodeo con mis brazos, y mis manos bajan fuera de control y se aferran a sus nalgas. Nos miramos jadeando... Y de pronto me sorprende su sonrisa. Qué belleza... No puedo evitar hacer lo mismo.

Sonrío, plena, ampliamente. La alegría de vivir retorna a mí; se extiende por mis venas un calor delicioso y no puedo creer que pude andar por el mundo sin esta maravillosa sensación en mi cuerpo y esta luz que invade mi alma. La euforia es tan inmensa que temo que mi corazón sufra daños irreversibles.

—Decime que no sos mi hermana o mi hija, por favor...

Frunce el ceño, asombrada.

—¿Y eso?

—Quiero asegurarme que no haya más tabúes, que tengamos que romper...

Su risa me llega el alma y es tan contagiosa que también lanzo una carcajada. Ella me acaricia el pelo con dulzura...

—Llévame a la cama, por favor —me pide, de pronto.

Y ahí ya no puedo decir nada... Camino con ella aferrada a mí, en dirección a su dormitorio y sólo me permito comerle la boca una vez que la tengo en la cama, debajo de mi cuerpo. Me reclama la lengua con urgencia y sus manos descienden al bulto que amenaza romper mis pantalones.

—Ah... —jadeo, desesperado—. No me toques así porque exploto como un pendejo de catorce

años.

Emilia ríe, pero no cesa en su intento de sacarme los pantalones como sea.

—En serio, Emi... —insisto.

Se detiene de pronto.

—Es que quiero verte.

Ah... Dios del cielo. Quiere verme...

Me pongo de pie, y hago algo que nunca hice. De verdad, jamás me desnudé para una mujer. Nunca nadie me miró de esa forma mientras me quitaba la ropa. Nunca alguien siguió con esa mirada ávida el movimiento de mis dedos al desprenderme la camisa, ni observó mis brazos o mi vientre con tanto deseo.

Cuando llego al pantalón, dudo. Me siento extraño... Por un lado estoy disfrutando al exhibirme ante ella, y darme cuenta de cuánto lo está gozando. Pero por otro, es tan grande mi deseo que me siento vulnerable y expuesto. Ella me adivina el pensamiento...

—Todo —dice simplemente.

Y yo obedezco. Me quito los pantalones, las medias, los zapatos... Pero por alguna razón me siento demasiado incómodo como para deshacerme de mi ropa interior. Ella nota que vacilo, y se incorpora. Sin dejar de mirarme a los ojos, se arrodilla en la cama, toma mi bóxer de algodón desde los laterales y comienza a hacerlo descender. Lo hace lentamente, pero llega a un punto que ya no baja. Mi erección es tan grande que no lo permite, pero ella sale del paso sin tocarme ni un centímetro de piel ni siquiera con la mirada.

Mi ropa interior está en el suelo, y yo estoy desnudo, con mi pene a centímetros de la cara de Emilia, que permanece completamente vestida. Estoy... desesperado. Estoy... a punto.

Y entonces ella me mira. Baja la vista y observa lo que ha causado. Sabe que es la responsable de que me encuentre así de excitado, con la cabeza del pene hinchada y húmeda... Y también sabe que es sólo para ella.

Ya no puedo soportarlo ni un minuto más. Me da un poco de vergüenza mi descarada exposición, pero también me dan ganas de cosas indebidas, como metérsela hasta la garganta, pero no puedo hacer algo así... todavía. La tomo del rostro y me inclino para besarla. Su sabor es delicioso, su lengua tiene gusto a caramelo.

—Emilia... —murmuro y me pierdo en su boca. En ese momento siento que me está tocando. Me acaricia el pecho, y su mano desciende peligrosamente cerca del volcán que está a punto de entrar en erupción. Me decepciono un poco cuando lo pasa por alto y me toca la parte interna de los muslos. Mierda, no sé qué es peor...

Tengo que controlarme de alguna forma. Quizás desnudarla no sea la mejor idea, pero es la manera que tengo de cortar este contacto que me está enloqueciendo.

Me arrodillo en el suelo y le quito la camiseta en un solo movimiento. Tal como lo imaginé, no

lleva corpiño.

Sus pechos son redondos, pequeños y perfectos, tal como los recordaba. Mis manos bastan y sobran para abarcarlos... Acaricio sus pezones rosados, y mi boca no puede evitar chupárselos... Primero uno, luego el otro... La deseo tanto. Mientras yo me deleito con mi rostro entre sus tetas, ella misma inicia las maniobras para sacarse los jeans...

—¿Me ayudás? —me dice luego de un momento. Me siento en la cama y la observo... Me abruma tanta belleza. No sé de dónde saco tanta habilidad, yo que siempre fui tan torpe, pero en unos segundos le saco el pantalón, las zapatillas... Ella misma se saca la bombacha y cuando termina de deslizarla por sus largas piernas, la aparta de un puntapié y me ofrece ese manjar que ya he probado y me muero por volver a degustar.

Pero no lo permite. Me detiene justo cuando mi boca está a punto de llegar a ese lugar con el que vengo soñando, despierto o dormido, desde hace tiempo. Y para mi sorpresa, se incorpora y se monta a horcajadas sobre mí y me besa con un ardor inusitado que me pone fuera de mí. La tomo del cabello y tiro hacia atrás para lamerle el cuello. Es exquisito también el sabor del hueco de su garganta.

No puedo creer tanta maravilla. Tengo a esta mujer increíble que me besa, me acaricia, y me mira como si yo fuese... me mira como si me quisiera, como si me deseara más que nada en este mundo. Está desnuda, y su sexo húmedo y caliente se frota contra el mío. La cabeza me da vueltas y en lo único en que puedo pensar es en estar dentro de su cuerpo.

La tomo de una nalga y la elevo, mientras con la otra mano empuño mi pene para penetrarla. La veo y la siento dispuesta, así que comienzo a presionar con desesperación. Y de pronto lo recuerdo... Estoy en el lugar indicado y en el momento indicado y no tengo un puto condón.

—Carajo —exclamo al tiempo que me aparto de su empapada vagina suspendiendo la penetración que tanto deseo—. No podemos sin condón...

—Ay, no. No, no, no —murmura.

—No me digas que vos tampoco tenés...

Sacude la cabeza y el pelo le cae sobre los ojos. Se muerde el labio inferior, decepcionada... Y yo ya no lo resisto. La tomo de las muñecas y en un rápido movimiento la tengo de espaldas sobre la cama y la penetro con fuerza. Ni siquiera me detengo para tocarla y así dirigir mejor la embestida. Mi pene sabe perfectamente cuál es su lugar, y lubricado al extremo por mis fluidos y los de ella, llega hasta el fondo sin vacilaciones.

La escucho gritar, y luego gemir, mientras se arquea como una gata.

—Sí, sí... Ay, Máximo... Sí...

—¿Te gusta, Emilia? —susurro sobre su boca mientras entro y salgo con rapidez de su cuerpo—. Porque a mí esto me vuelve loco...

—Volvete loco, mi amor. Hagámoslo ambos... —me dice un segundo antes de soltarse, para tomarme de la nuca y devorarme la lengua. La tengo intacta, pero no para hablar, sino para



besarla. Los únicos ratones que tengo están dentro de mi cabeza y no me dejan en paz.

Amo a esta mujer. Amo su mirada, su sonrisa, el aroma de su piel. Amo sus miedos, su audacia, su maravilloso talento. Adoro cogérmela, lo adoro de verdad. Podría quedarme a vivir dentro de su vagina que me aprieta una y otra vez, y me dificulta enormemente la tarea de contenerme. Y cuando la observo acabar, cuando siento esas contracciones que me indican que está experimentando un orgasmo intenso, me parece que toco el cielo con las manos. Su cuerpo se arquea nuevamente y gime mi nombre...

Ah, esto es demasiado. Ya no puedo más... Sin poderlo controlar, un río de semen se dispara con fuerza, y el mundo desaparece para mí. Me fundo en ella, se me nubla la vista, y ya no soy yo. Soy un animal salvaje, soy ese caballo que corría por las praderas con las crines al viento, soy ese viento, soy el sol que me está cegando. No, son sus soles los que me ciegan, es su voz la que me invita a darle más... Es su sonrisa la que me va a inyectar este amor a la vida que comienzo a sentir mientras me vacío dentro de ella...

Me desplomo, exhausto y ella no parece molestarse por este fardo sudoroso que la aprieta contra la cama. Por el contrario, me doy cuenta de que sonrío y me acaricia la espalda, las nalgas... y también me doy cuenta de que esto no terminó. Me muevo levemente y la encuentro deseosa, receptiva... La embisto una y otra vez, con el deseo intacto, renovado a fuerza de caricias e impulsado por el amor que siento por ella. Esta vez permanezco con los ojos abiertos, y Emilia hace otro tanto.

Cogemos sin dejar de mirarnos, embelesados el uno con el otro, completamente fascinados. Sus piernas me envuelven y nos unimos en un abrazo interminable, hasta que ambos convulsionamos nuevamente, y acabamos juntos con el cuerpo bañado en sudor, y el rostro empapado de saliva.

Cuando el placer se disipa, empiezan las preocupaciones... La llené de leche, no una, sino dos veces. Eso está muy mal... Pero por alguna razón, lo único que me preocupa ahora es que mi pene aún no parece darse por enterado, y permanece erecto dentro de ella con ganas de más.

Y Emilia, igual de insaciable, también parece no querer detenerse porque se aferra a mí como hace un rato, con brazos y piernas, con el corazón y con el alma. Me retiene dentro de ella y me oprime con fuerza para no dejarme ir, mientras su lengua se enlaza a la mía y todo vuelve a comenzar.

Me la como a besos.

—¿Te dije que te amo? —me pregunta con ternura.

—No —miento, porque jamás se me va a borrar de la mente ese momento junto a la piscina de mi amigo.

—¿Te lo puedo decir ahora?

Hago como que evalúo la pregunta y luego asiento. —Bueno.

—Te amo.

—¿Me lo podés decir de nuevo? —le pido como un niño.

Sonríe.

—Te amo.

—¿Me lo podés decir tres veces? —Soy un tremendo cagón, y me hago el payaso porque no me animo a decírselo yo.

—Te amo por tres. ¿Y vos me podés decir lo que viniste a decirme?

—Ya no recuerdo qué era.

—Que no ibas a arruinarte la vida por echarme un polvo... —me recuerda la muy sádica. Qué lejano me parece ese pensamiento.

¿Arruinarme la vida? Con Emilia en ella, no hay nada que pueda hacerlo. Absolutamente nada... Puedo prescindir de todo menos de su amor, y jamás tuve una certeza tan firme.

—Cambié de opinión.

—¿Esto no te va a arruinar la vida?

—Esto no va a ser solo un polvo —replico acariciándole el pelo, y aliviándole la carga de mi cuerpo mientras me apoyo en mis antebrazos.

Esa sonrisa... Dios, no podré vivir más sin ella.

La quiero cada día, cada mañana para iluminar mi jornada. Necesito a esta mujer más que el aire, más que nada en el mundo.

—Fueron dos... —acota traviesa.

—Por ahora —replico mientras la hago girar de modo que quede encima de mí, aun con mi miembro dentro de su cuerpo.

Y mientras comienza a moverse lenta y voluptuosamente, se escapa de mis labios lo que mi corazón está gritando:

—Te amo, Emilia. Te amo...

—15—

La observo dormir sobre mi pecho completamente fascinado. Y no solo por su belleza y la lozanía de su piel, sino por su expresión de completa placidez.

La paz de su rostro no condice para nada con mi estado de ánimo. Trato de mantener la calma pero no lo consigo... No sé si algún día podré sentirme así de tranquilo. Finalmente di ese paso que tanto temía, y no me arrepiento, porque fue la mejor experiencia de mi vida. No sólo en lo sexual, que fue verdaderamente increíble, sino también en lo afectivo.

Mirarme en sus ojos mientras hacíamos el amor, y verme tan pleno me terminó de trastornar. Quiero verme siempre así, por favor. Quiero que mis únicos espejos sean sus soles...

Le acaricio la nariz y sonrío al ver como la arruga. Dios, qué joven es. Veintidós gloriosos años...

Carajo, puedo ser su padre.

Puedo, pero no lo soy. Y a ella no parece importarle mi edad... Me hizo sentir tan único, tan especial. Las cosas que me dijo, las que me hizo...

Solo por recordarlo me siento nuevamente excitado.

Hace un rato, la tenía montada sobre mí, con mi pene dentro de su cuerpo. Se movía lentamente en círculos y me estaba llevando al borde del colapso, cuando me preguntó:

—¿Qué sentís?

—Un placer inmenso —respondí entre jadeos.

Se echó hacia atrás, exhibiendo el maravilloso panorama de su cuerpo desnudo. Miré hacia abajo, y la visión de su sexo me volvió loco. Con mis pulgares lo abrí aún más y observé su clítoris a punto de estallar, su vulva húmeda, hinchada, llena de... mí.

—Me gusta que me mires así —me dijo suspirando entrecortadamente.

—Me gusta mirarte —repliqué.

—¿Te calienta, Máximo?

—Me enloquece.

—A ver si esto también te gusta —me dijo mientras giraba hábilmente y me ofrecía el culo. Creí morir... La aferré con ambas manos y le abrí las nalgas.

No duré ni un segundo más. La moví frenéticamente y acabé por tercera vez. Tres sin sacarla... No creí que fuese posible algo así, al menos a mí nunca me pasó. Carajo, tres al hilo y sin condón. Definitivamente estoy enfermo, tengo que hacerme ver por un psiquiatra.

Estoy preocupado, pero también siento una satisfacción tan grande, una liberación tan intensa que lo haría otra vez ahora mismo. Me pasaría el día entero cogiéndola...

No debería hacerlo, pero no me puedo resistir. Le soplo la cara suavemente y la despierto. Es increíble pero estoy a punto de nuevo como si fuese un pibe debutando.

—Mmm... ¿Se puede saber qué es tan importante que amerita que me despiertes? —me dice sonriendo.

—Esto —le respondo mientras la hago poner de espaldas en la cama y me le subo encima. Le paso una mano por debajo de una rodilla y ahora la tengo toda abierta para mí. Es hora de que tome el control de la situación. Ahora le voy a mostrar lo que tengo para ella.

Me froto contra su sexo despacio, y veo con satisfacción que se desespera.

—Dámela —me ordena.

—Todavía no.

—Por favor... por favor...

—No.

—Te gusta... hacerme... sufrir...

—Quiero hacerte gozar, Emilia —le digo al tiempo

que le como la boca. Me acomodo entre sus piernas y busco el lugar exacto donde la fricción la lleve a la locura. A juzgar por sus gemidos creo que lo logro.

Con mi lengua en su garganta, la hago acabar sin penetrarla.

—Sí... Ah, sí, sí. Más... —grita mientras su cuerpo se tensa.

Qué ganas de metérsela... Después de todo el daño ya está hecho desde el principio y ya veremos cómo solucionarlo luego.

Pero ella es deliciosamente vengativa y no me lo permite. Se incorpora y me saca de la cama. De la mano, me lleva al baño. Caminamos desnudos por el departamento de Mariel y temo sonrojarme como un estúpido.

Emilia me mete en la ducha y comienza la fiesta del jabón y el deseo... No puedo creer que esté duchándome con ella, en el baño de una paciente. Me desconozco... Y me gusta. Eso es lo peor. Y ella también me gusta, y cómo. Su cuerpo es perfecto... No tiene ni un solo defecto o es que estoy tan enamorado que no me doy cuenta.

La vi ducharse en la tele, y deseé como un loco estar como estamos ahora. Desnudos, enjabonados, calientes bajo el agua. Nos besamos, nos lamemos, completamente trastornados. Cuando Emilia interrumpe el beso y se pone de rodillas, la cabeza me da vueltas.

Cierro la llave y me recuesto en la mampara porque las piernas me tiemblan y no estoy seguro de poder aguantarme de pie. Bajo la vista y la observo mirarme mientras me pasa la lengua a lo largo del pene y se detiene en la cabeza a punto de estallar para introducísela en la boca sin un solo signo de inhibición.

Me la chupa de una forma que no sabía que existía. Me lo hace con ganas, con deseo. Lo disfruta tanto como yo... Me está poniendo al borde del orgasmo con su boca, en menos de un minuto.

—Basta, Emilia.

No me hace caso y continúa.

—Si seguís te voy a acabar en la boca...

Parece que eso es lo que quiere porque lo hace con

más entusiasmo si es eso posible.

No me puedo contener más. Le tomo la cabeza con ambas manos y me muevo sin control hasta que por fin le acabo en el fondo de la garganta, gritando como un animal.

Cuando logro regresar a este mundo, la miro a mis pies, empapada, bellísima, sonriente. No queda ni un rastro de leche en esa boca perfecta.

La levanto y le acaricio el pelo. Ella hace otro tanto...

—Sos hermoso —me dice mirándome a los ojos. Me siento halagado como nunca, me da placer escucharla. En algún momento de mi vida me sentí atractivo, pero nunca como ahora bajo la mirada cargada de deseo y de admiración de esta mujer.

—Mirá quién lo dice... Decirte hermosa es poco...

Sonríe y sale de la ducha. Mientras nos secamos no puedo evitar preguntarle:

—Emilia..., ¿y esto cómo sigue?

Por un momento no dice nada. Se queda inmóvil observándome. Parece evaluar qué responder y mi corazón late con tanta fuerza que puedo escucharlo.

—Sigue como vos quieras que siga —me responde.

Y yo no dudo cuando se lo digo. No me tiembla la voz ni un poquito, y soy completamente consciente de mis actos.

—Te quiero conmigo. En mi vida, en mi cama. Siempre.

Se acerca despacio y me abraza. Me oprime con fuerza y me pregunta al oído:

—¿Te vas a ir de tu casa?

—Ya me fui...

La siento tensarse en mis brazos y luego se separa y

me mira a los ojos.

—¿Sos libre ahora?

—No. Soy tuyo, mi amor. Vos me tenés y podés hacer de mi lo que quieras cuando quieras... —le respondo sin dudarlo, y esta es la verdad más grande y más contundente de toda mi vida.

—Si le dicen la píldora del “día después” por algo será, Máximo. Podemos postergar hasta mañana esto... — me dice mientras se planta delante de la puerta para no dejarme salir a la calle.

—De acuerdo, pero yo me sentiría más tranquilo si voy a la farmacia ahora mismo —replico mientras me pongo el saco.

—¿Tanto te aterra la posibilidad de...? —pregunta con el ceño fruncido.

—¿A vos no?

Sonríe de forma enigmática; luego se acerca, y de puntillas, me echa los brazos al cuello y responde sobre mi boca.

—No.

Correspondo a ese beso con la misma pasión que ella, pero no me olvido de lo que tanto me inquieta.

—Pues deberías. A mí me aterra... Bueno, con respecto a vos hay muchas cosas que me asustan

—confieso.

Parece contrariada y me alegro. La veo demasiado segura de sí, y eso me hace sentir vulnerable y nervioso.

—¿Por ejemplo? —pregunta y suena preocupada.

—Para empezar: yo. Me aterra el Máximo que soy cuando estoy contigo. Perder el control es nuevo para mí, y de verdad me altera.

—¿Y qué más?

—Lo vulnerable que me vuelve el sentirme así. Se queda unos segundos reflexionando.

—¿Algo más? —pregunta, y parece molesta. Se lo digo. Es la pura verdad...

—Que me dejes.

Igual termino de decirlo y ya me siento arrepentido. Desnudo mi alma ante ella, igual que hace un rato hice lo mismo con mi cuerpo. Pero cuando sucedió esto último me sentí bien, liberado. Y ahora algo me oprime el pecho y me dificulta la respiración.

Ella lo nota y toma mi rostro entre sus manos.

—Mirame, Máximo. Eso no va a pasar —afirma. Y me siento feliz al escucharla tan convencida. Sin embargo mi autoestima está por el suelo. Fueron muchos años pisoteándola.

—Emi, ahora vos vas a ser famosa, se te van a abrir un montón de puertas. Yo soy un lobo viejo y acabado. Si alguien sabe que me acosté con una paciente...

—Que te enamoraste de una paciente —me corrige al instante.

—Es verdad, y eso no lo hace menos grave. Si esto se sabe, voy a tener que dedicarme a otra cosa.

—No se va a saber si no querés. Te dije que esto iba a seguir como vos lo desearas. Mientras continúe, no importa en qué circunstancias sea. Si hay que ocultarlo, lo hacemos... —me dice intentando transmitirme esa seguridad que tanto necesito.

—Ya no es posible, Emilia. Lo saben mis hijos, lo saben mis padres. Hasta mi ex lo sabe. Bastó que uno se enterara, para que al instante lo supieran todos. Este tipo de noticias corren como reguero de pólvora...

—Me imagino que todos estarán furiosos...

—Mis hijos, que son lo único que me importa, lo han tomado mejor de lo que esperaba. Incluso Juan lo ha aceptado sin problemas. Por los demás, no te preocupes.

Pero parece preocupada. Sin embargo, no pregunta más nada. Apoya su cabeza en mi pecho y me oprime con fuerza.

—A tu lado, mi amor. Como sea, dónde sea, en cualquier circunstancia. Voy a estar contigo siempre —me dice, y su voz suena ahogada, como si intentara contener el llanto.

Le beso el frente, conmovido. Cómo la quiero, por Dios.

—Gracias por amarme así.

—¿Y por amarte así? —me pregunta mientras baja una mano y me acaricia por encima del pantalón—. Después de todo, ya lo estropeamos, no creo que una vez más empeore las cosas...

—¿Una vez más? Imposible...—le aclaro para que baje sus expectativas. Jamás en la vida repetí más de una vez en el mismo día, y hoy llevo cuatro en un lapso de tres horas. De verdad no creo que...

Emilia me baja el cierre y me toca, y yo empiezo a creer en los milagros...

El sillón de Mariel parece un buen lugar para el placer. En realidad, cualquier sitio se presta para eso cuando uno está tan enamorado como yo lo estoy de ella.

Le quito la bata con prisa, y esta vez soy yo el que desciende hasta quedarme sentado frente a su cuerpo desnudo. Beso su vientre, su ombligo... Nunca un piercing me pareció tan sensual, y tomé nota mental de seguir negándole el permiso a Pía para ponerse uno.

Ella me oprime la cabeza contra su cuerpo. Sus senos me rozan la frente y yo me siento capaz de todo. La lleno de besos, y a medida que voy bajando, estos se transforman en lamidas. Emilia suspira, y continúo por ese camino que me da tanto placer recorrer sólo por escucharla gemir. Cuando la siento al borde del orgasmo interrumpo el movimiento de mi lengua e ignorando sus protestas, me paro y la penetro de pie.

Coger para mí siempre fue una forma de liberar tensiones. Un acto mecánico, rutinario. Hace mucho dejé de poner mis emociones en el sexo, y de esperar las maravillas que nos muestran las películas.

Pero con Emilia sucede. Cada una de las veces. Fuegos artificiales, lágrimas de placer, ganas de amarla más y más. Con ella todo es distinto, todo es increíble. Supera cualquiera de mis expectativas, y todas las fantasías que vengo tejiendo en torno a esto. La conexión de cuerpos y almas se siente en cada movimiento, en cada jadeo...

Y en estos momentos me olvido de todo. Desaparecen mis preocupaciones, mis miedos. Desaparece el pasado y el futuro. Sólo estamos ella y yo, unidos de una forma que trasciende todo lo que alguna vez pude imaginar.

Aúllo como un lobo y me estremezco, mientras le entrego sin reservas hasta la última gota de mi placer.

Nos apresuramos a poner todo en orden antes de que Mariel regrese y encuentre toallas por el suelo, sábanas revueltas... Cuando terminamos le pregunto a Emilia donde está su maleta.

—Debajo de mi cama ¿por qué?

Sigo un impulso guiado por una certeza tan firme que si no me hiciera tan feliz, también me aterraría. No sé

dónde quedaron mis inseguridades. Quizás las dejé entre sus piernas recién...

—¿Por qué? ¿No quedamos en que esto sigue como yo quiera? Permite que por un rato crea que domino la situación por favor —le digo sonriendo mientras la siento en mis rodillas—. Emi, estoy viviendo en el departamento donde tengo el consultorio, por ahora. Es todo lo que puedo ofrecerte, y no quiero que te sientas comprometida a acceder, pero si no venís a vivir conmigo, me tiro por el balcón ahora mismo.

Ríe como una nena y me llena el rostro de besos. Ah, Dios mío. Cómo se parece esto a la felicidad...

Antes de irnos, le deja una nota a Mariel. Leo sin disimulo por encima de su hombro, y ella no hace nada por ocultarlo:

*Querida Mariel: te agradezco todo lo que has hecho por mí, pero llegó el momento de irme a casa. Te llamaré pronto. Besos, Mili.* —¿Irte a casa, “Mili”? —pregunto sonriendo—.

Mariel va a pensar que te volvés a Uruguay.

—Quizás, pero yo sé muy bien dónde está mi hogar y eso es suficiente. Donde estés vos, Máximo, esa será mi casa.

—¿Estás segura? Tengo muy poco para darte, y

quizás pronto tenga aún menos. Sin trabajo, sin amigos... Se va a poner difícil, mi amor —le digo, y no puedo disimular lo preocupado que estoy.

—Como sea, y en las circunstancias que sean, ya te lo dije. Para mí esto es para siempre... Sos lo que buscaba, lo que tanto tiempo me pregunté si existía, Licenciado. Y no te voy a dejar escapar —me dice, y por alguna razón creo en cada una de sus palabras.

No hacerlo sería sumirme nuevamente en la oscuridad y el dolor que me acompañaron hasta conocerla. —16—

Jueves, dos días después de la gloria.

Máximo duerme a mi lado y yo aprovecho este descanso para escribir.

Las últimas cuarenta y ocho horas fueron increíbles. Hemos hecho el amor de todas las formas posibles, y estamos ambos extenuados pero muy felices. No tengo dudas de que es el hombre de mi vida.

Lo amo tan intensamente que me parece irreal. Pensé que este tipo de sentimiento estaba reservado para las novelas y las películas, pero no. Existe... Y estoy encantada de que así sea.

Y yo que creía que el sexo era... eso. No puedo decir que nunca lo disfruté porque estaría mintiendo, pero jamás tuve esta necesidad tan fuerte de dejarme llevar adonde sea, de entregarme sin reservas, de perder el control y no tener límites.

Por Dios, ahora mismo lo estoy observando y podría acabar sin siquiera tocarme. Es hermoso de la cabeza a los pies... Boca abajo, con el largo cabello despeinado, y completamente desnudo,



suelta su cálido aliento a un centímetro de mi cadera. No quiero moverme para no despertarlo, pero me provoca acercar mi piel a esa boca. Su barba crecida me hace cosquillas, y afecta cada una de mis terminales nerviosas. Se me está haciendo muy difícil continuar escribiendo cuando tengo a este hombre desnudo y maravilloso a mi lado. Su cercanía me excita, me perturba, me enloquece. El mirarlo me hace desear más y más de él. Y cuando me toca... Ah, qué locura.

Todos mis novios eran atractivos. La belleza física para mí siempre ha sido importante en mis relaciones, pero este es algo fuera de este mundo. ¿Será que con la edad algunos hombres se ponen más interesantes? Porque Máximo me parece perfecto. No sólo por su cuerpo y su cara. Me gusta su mirada, cómo se mueve. Me gusta su voz, su risa... Adoro cada expresión de su rostro, y esa forma de alborotar su cabello. Desprolijo y natural, esa actitud indolente, esa especie de inconsciencia de su atractivo me vuelve loca. Porque lo es, y mucho. Desde el primer momento en que lo vi, cuando mi mente obnubilada lo creyó un dios, este hombre alteró cada uno de mis sentidos. No hago otra cosa que pensar en él desde ese entonces y sé que será así por mucho tiempo. Descubrirme como insaciable es una sorpresa para mí. Supongo que mi comportamiento sexual tiene que ver con lo mucho que me gusta Máximo, de mis sentimientos hacia él, de la intensidad de los suyos. Ya lo analizaré luego, o lo analizaremos juntos, mi terapeuta y yo. Por ahora, sólo puedo disfrutar de estas cosquillas en la panza que no me dan tregua, y estas ganas de su cuerpo que parecen no tener fin. Ay, Señor. Lo miro y me siento húmeda y caliente. Es grande, es inmenso. Debe medir cerca de dos metros. Y es perfectamente proporcionado. Brazos y piernas largos, cubiertos de vello rubio. Espalda amplia, cintura estrecha. Músculos por todos lados... Vientre plano, no hay un solo gramo de grasa en ese cuerpo hermoso.

Lo toqué sin inhibiciones, y no hubo sitio al que mi boca no llegara. Lo siento tan mío... El me demuestra que lo es en todo momento. Cuando me mira con esos ojos enormes y azules, cuando me besa como si quisiera comerme entera, cuando sus grandes manos me acarician... Cuando lo siento dentro de mí, y su orgasmo me llena el cuerpo y el alma, estoy convencida de que fui creada para él, y que mi vida tiene sentido si transcurre entre sus brazos. Que a su lado soy capaz de todo, que no necesito otra cosa que no sea su amor, y que sólo podré sentirme bella cuando me mire en sus ojos.

Es así de simple, y así de complejo a la vez. Dentro de esta situación indefinida e incierta, lo único firme y real es nuestro amor. Lo demás, se verá a

medida que pase el tiempo. Y cuando pienso en qué es "lo demás" no puedo evitar sentirme levemente preocupada. ¿Qué es lo que me preocupa? Bueno, para empezar sus hijos. No fue un gran comienzo haber salido con Juan. Todavía no puedo creer en los caprichos del destino que hicieron que él y yo nos hayamos conocido. Y la chica... ¿Qué pensará de mí? Tiene catorce años, sólo ocho menos que yo... Y su padre acaba de dejar a su madre. Es imposible no relacionar el hecho de que Máximo haya tomado una decisión que había dilatado por años, con mi presencia en su vida.

Sus padres... No sé nada de ellos, pero presiento que conocerlos no será un momento feliz.

Y ni que hablar de su ex. Carla me pareció una mujer muy hermosa y muy fría. Él casi no me ha hablado de ella. Cuando le pregunté cómo había tomado su partida me dijo que era una mujer difícil, y que siempre lo había sido. Pero lo que más me impresionó fue su preocupación cuando

mencionó que Carla podía ser muy vengativa y cruel, y que al sentirse traicionada podía arruinarle la carrera.

Si ella divulga la forma en que Máximo y yo nos conocimos, y él no puede continuar ejerciendo su trabajo de psicólogo por haber cometido el error de haberse enamorado de su paciente, me voy a sentir muy mal, muy culpable. Yo le insistí, yo lo fui cercando lentamente hasta hacer que me quiera tanto como yo a él. Y si eso le trae más desdichas que alegrías no sé lo que voy a hacer...

Aun así, no me arrepiento. Lo haría de nuevo cien veces porque no puedo vivir sin él. Atrás quedaron mis metas, mi sueño de ser cantante y de deleitar al público con mi voz.

Canto bien, es verdad. Pero no tengo una verdadera vocación... No sé nada de música, y las clases de canto me resultaron siempre muy aburridas. Odio vocalizar, odio cantar lo que no me gusta. Desear ser famosa jamás formó parte de mis aspiraciones... más bien todo lo contrario.

No hacerme notar ha sido siempre mi forma de andar por el mundo. Pasé un infierno dentro de la casa de Big Brother, mientras sentía que todas las miradas me seguían y deseé salir corriendo en más de una ocasión. Sobre todo cuando sentía que estaba perdiendo el amor de Máximo...

En definitiva, no sé qué es lo que quiero hacer en la vida, además de estar con él. Por ahora, en lo único en lo que puedo pensar es en disfrutar de este sentimiento que me movió el piso, me cambió todas las referencias.

Cuando él me besa, desaparece el mundo. Y bajo el influjo de sus caricias, dejo de ser la Mili de siempre y me transformo en su hembra. Me siento una loba, una gata, un animal salvaje. Y cuando llega el reposo, todo me parece más bello que antes. Hasta este apartamento diminuto se me antoja adorable, y siento que mientras Máximo esté aquí, no voy a necesitar salir de él para nada...

Sé que esto no se mantendrá para siempre. En algún momento tendré que enfrentar la vida, y encontrar una forma de ganar dinero para poder sobrevivir en esta ciudad, porque no quiero ser una mantenida. Y mucho menos cuando el trabajo de Máximo pende de un hilo...

No quiero pensar en eso. Necesito el antídoto para mis preocupaciones...

Voy a despertar a mi hermoso vikingo, a mi lobo hambriento... Pero en realidad, la que necesita saciarse soy yo.

Mientras Emilia canta en la ducha, yo intento despegarme de la puerta del baño y pensar en almorzar otra cosa que no sea pizza o empanadas del bar de la esquina. Porque eso es lo que hemos comido desde antes de ayer.

En los "entretiempos" de esta maratón sexual, pedíamos comida por teléfono y el chico del delivery me miraba con una sonrisita estúpida mientras lo atendía en la puerta con una sábana aferrada a la cintura, como único atuendo.

Es que hace dos días que no salimos de la cama. No, no es del todo cierto. Ayer lo hicimos en el diván... Soy tan poco profesional, que la idea de profanar ese lugar simbólico, me resultó sumamente excitante... Jamás hasta este momento tuve una sola fantasía

sexual de este estilo, pero ahora, con Emilia en mi vida, todo es distinto. Es que ella es mi fantasía sexual de la cabeza a los pies, y erotiza cada momento y cada lugar.

No puedo dejar de desearla... Aún saciado y exhausto al extremo de no poder ni abrir los ojos, en lo único en lo que puedo pensar es en volver a disfrutar de ella. La amo como jamás pensé que podía hacerlo. Me gusta de una forma casi obsesiva, y eso no se puede solucionar con medicación. Terrible paradoja... Mi remedio es también lo que me tiene así, y en este momento canta en mi baño.

*“Killing me softly with his song...”* escucho a través de la puerta y me parece la voz de un ángel.

Eso es lo que ella está haciendo, me mata suavemente con la canción, con su cuerpo, con su presencia en mi vida. Me mata, pero de felicidad.

Es así, jamás me sentí tan bien. Pende una espada sobre mi cabeza, y toda mi vida como la conocí está en riesgo, pero me siento más pleno y más feliz que nunca.

Desearía no tener que salir de acá, y pasar los días y las noches cogiendo y amando a Emilia, pero sé que es imposible. Tengo que trabajar, y lo más importante; tengo dos hijos que quizás no me necesiten pero yo sí a ellos.

Llamo a Juan, pero no puedo hablar con él porque está en clase. Llamo entonces a Pippa, que sorprendentemente se muestra feliz de escucharme.

—¡¡Papá!! Te llamo desde ayer y me cae en el contestador. Mirá si estaba enferma y te necesitaba, ¿eh? — me reprocha y con razón.

—Perdoname. No va a volver a pasar... ¿Estás bien, querida?

—Subí los dos kilos. No, en realidad subí tres. ¡Y quiero conocer a Emilia Fraga ya! Cumplí mi parte, ahora te toca a vos cumplir la tuya.

—Bueno, voy a intentar...

—Papá, por favor. Sé que estás con ella. En el debate de ayer no dejaron de hacer conjeturas sobre su ausencia y sobre lo que ella estaría haciendo y con quien. Por supuesto que hablaron del “hombre” que la había impulsado a dejar la casa...

—Pía, por favor. No quiero hablar de esto, ¿está claro? No me parece correcto... —intento decirle, pero me interrumpe.

—¿Está cantando? La escucho... ¡Está con vos! Papi, nunca te pedí nada, ¿verdad? No me podés decir que no...

—No sé qué es lo que me vas a pedir, pero...

—Estoy en el Shopping con las chicas. En una hora empieza la película de Grey...

—¿Qué? ¿No es para mayores de dieciocho?

—No importa. El tema es así: si vos aparecés por acá con ella, para mí sería como... tocar el cielo, papá. Sería un regalo maravilloso... ¿Podrías?

Es una locura, pero esta nena me puede. Y no es la única, pero no quiero pensar en eso. Pippa siempre fue mi debilidad, hasta ahora... Y el hecho de que haya estado enferma y yo perdido en acción me hace sentir muy mal.

No puedo menos que acceder.

—Voy a intentarlo, pero no te prometo nada.

—Estoy en la plaza de comidas, no me defraudes, papito, por favor...

—¿Papito? Pasame con mi hija, porque ella jamás me llamaría así.

—No seas payaso. Te espero, no me falles —me ruega, y luego corta la comunicación para que yo no pueda replicar.

Dios... ¿Y ahora? Tenemos poco tiempo.

Emilia sale del baño, y antes de que se me tire encima, le adivino la atención y la freno.

—Esperá, insaciable. Tenemos que salir.

—¿Qué? ¿Adónde?

—Vas a conocer a mi hija —le digo sin anestesia, y sus ojos se abren desmesuradamente. Adoro esos soles, de verdad los adoro.

—¿Ahora?

—Ya. Tenemos poco tiempo. Ella es... tu fan. Está

con sus amigas en el shopping y quiere conocerte, Emi. ¿Me harías el favor?

Pestañea incrédula, y luego ríe.

—Por supuesto.

—Tenés cinco minutos para vestirme. No, tenés dos minutos —rectifico mirando mi reloj—. Si no, no llegamos antes de que empiece la película de Grey.

—¿Pero eso no es para mayores de...?

—Un minuto y medio, Emilia. Voy sacando el auto y te espero abajo, ¿de acuerdo?

—No, no. Esperame acá que ya estoy —me dice mientras deja caer la toalla y yo me doy vuelta para no morirme de un infarto. Pero ella no cuida mi salud, pasa por delante de mí, toma su vestido de la silla y se lo pone a una velocidad de vértigo. Se calza unas sandalias, y se suelta el pelo que llevaba recogido en lo alto de la cabeza. Increíble... en un minuto está lista y se ve como una muñeca, como una modelo de revista.

Me toma de la mano, pues se da cuenta de que estoy como atontado y tira de mí hacia la puerta de salida.

—Medio minuto, Max. Tu hija y sus amigas nos esperan —me recuerda sonriendo.

Estoy perdido... Esta mujer de verdad me mata. Me provoca regresar al departamento, volverla a desnudar y cogérmela hasta desintegrarme entre sus piernas.

Las puertas del ascensor se abren, y eso impide que deje plantada a mi propia hija.

Hay algo que me da vueltas y vueltas en la cabeza y no me deja concentrar ni siquiera en cuál botón oprimir. —Emilia, ¿no te faltó ponerte... algo?

—¿Algo como qué? —pregunta mirándome a través del espejo—. Ah, ya sé.

Abre su bolso, saca un lápiz labial y se lo aplica rápidamente.

—Ahora sí... —dice haciendo un mohín, aparentemente satisfecha. Trago saliva.

—No me refería a eso... No te vi... ponerte ropa interior.

El solo hecho de mencionarlo hace que mi erección crezca peligrosamente, y me pongo ambas manos en los bolsillos para hacer los movimientos necesarios y no sentirme tan incómodo.

Ella revolea los ojos y por poco no me la como a besos.

—Ups... —dice simplemente mientras se encoge de hombros—. Me olvidé... Pero no te preocupes, no pasa nada.

¿No pasa nada? ¿Y a esto que tengo entre las piernas a punto de estallar por la sola idea de imaginármela desnuda bajo el vestido, se le puede llamar nada?

Esta va a ser una tarde... complicada. Inquietante, y adorablemente complicada.

—17—

Parece una adolescente más, y eso, lejos de alegrarme, me mortifica demasiado. Tiene la misma estatura que mi hija, e igual lozanía.

Soy un hijo de puta, un verdadero corruptor de menores.

Las chicas la rodean, le piden autógrafos. Emilia firma revistas con su propia foto y ni ella se lo puede creer. Me las muestra desde lejos sacando la lengua en un gesto muy cómico, y yo levanto mi pulgar y sonrío.

Sonrío..., pero por dentro no me hace ninguna gracia verla en los Medios. Ella es mía, mía, mía. Soy un egoísta de mierda, lo sé, pero la quiero para mí, sólo para mí. Tengo que compartirla con mi hija, sus amigas, y también con algunos curiosos que se detienen y se suman a la algarabía general y también reclaman su atención, pero no me gusta nada.

Se ve que está cansada de firmar de pie, así que apoya las revistas sobre una mesa de la plaza de comidas, y se inclina para seguir firmando.

Una magnífica visión de su culo perfecto hace que mi mirada se concentre allí y no quiera moverse. No se nota que no lleva nada debajo, pero a mí me basta saberlo para sentirme a punto de estallar.

Se apoya en una pierna y luego en otra. Me siento un idiota babeando por ella, sobre todo porque ya conozco esas nalgas de memoria. Las recorrí una y otra vez con mis ojos, con mis manos, con mi boca... Y ahora estoy en un lugar público, excitado como un adolescente, admirándola. Deseándola con desesperación.

Tengo ganas de acercarme, tomarla en mis brazos y sacarla de ese tumulto. O de congelar a todos menos a ella, y cogérmela así como está, inclinada sobre la mesa de Mc Donald's. Se la pondría hasta el fondo, la escucharía gritar y la castigaría volviéndole el rostro y mordiéndole la boca. O mejor aún, me pondría de rodillas y debajo de su falda, le haría maravillas con mi lengua.

Le lamería el culo con unas ganas, que ella misma me pediría que la cogiera por atrás. Ah, carajo. Ya no puedo más...

Me doy la vuelta, y oculto el bulto acercándome más a la vidriera que finjo contemplar. Y como aún siento que quedo en evidencia, cruzo mis manos con disimulo por delante, mientras observo... zapatitos de bebé. ¿Qué mierda tengo que hacer yo en el escaparate de una tienda para niños?

Eso me recuerda que tengo que comprar otra docena de condones. Y varias dosis de "la píldora del día después", por las dudas...

Basta, basta. Quiero salir de acá, y llevarme a Emilia conmigo. Quiero meterla en mi departamento, cerrar la puerta con llave y lanzarla junto a los teléfonos por la ventana. Quiero tirar también toda nuestra ropa, y quedarnos desnudos y en la cama para siempre. Y quiero hacerle el amor... Darle placer y obtenerlo también. Comérmela a besos, saborear su piel, saturarme de ella para ver si puedo tener algo de paz y encarar la vida con un poco de seriedad.

Tengo que estar preparado, porque presiento que llegarán momentos difíciles. Pero si la tengo a mi lado, todo valdrá la pena.

—¡Gracias, papi! —escucho detrás de mí, mientras unos brazos delgados me rodean la cintura. Me doy vuelta y estrecho a mi hija entre los míos, procurando que no note lo que no tiene que notar. Le beso el pelo, y luego la suelto, porque tengo muy claro que las demostraciones de afecto entre nosotros deben ser muy fugaces, sobre todo delante de sus amigas.

—No me las des a mí, sino a... Emilia.

—A ella le gusta que le digan Mili —me aclara, pero enseguida se arrepiente y hace una mueca—. Perdón...

—¿Por qué? —pregunto, intrigado.

—¿No es así como le decía Juan?

Es cierto, pero por alguna razón no me molesta. Miré a mi hijo a los ojos mientras me contaba de su relación con Emilia, y creí cada una de sus palabras. Y lo mismo me pasó con ella.

No tengo dudas, no tengo celos. Su entrega sin reservas, sus palabras de amor... Todo me parece muy real, y no hay ni resentimiento, ni despecho, ni nada que se le parezca.

—Está todo bien con eso, Pía —le respondo.

—Papá, Mili es encantadora. Mis amigas la aman... Es tan sencilla, tan buena gente. Mirá lo que me puso acá — me dice mostrándome la revista que ella le firmó.

“Para Pía. Me gustó mucho conocerte, y ojalá esto sea sólo el principio. Seguí cultivando tus virtudes, que sé que son bastantes, y disfrutando del amor de tu familia que también sé que es mucho. Contá conmigo para lo que necesites, y ojalá que este viraje de la vida que nos ha acercado, sea para el bien de todos y nos traiga felicidad. Con cariño, Mili”

De pronto me encuentro con los ojos llenos de lágrimas. Levanto la vista, y la veo observándome también emocionada.

Nos miramos con el sentimiento a flor de piel. Y en ese momento tengo la certeza absoluta que nuestro aquí y ahora, será también un “para siempre”. La amo, nos amamos, y este lazo invisible que nos une es indestructible, es mágico, es único.

No puedo creer en mi buena suerte... Bendito el instante en que la conocí. No puedo evitar recordar su turbación de aquel momento, su mirada extraviada, esa forma en que me rogó que la salvara. El beso en mi mano que derribó todas mis barreras y me hizo perder las referencias. Sus soles inmensos llenos de confianza primero, y luego de confusión y dolor por sentirse rechazada. Esos mismos soles que ahora me miran con amor.

Madre de Dios, cuánto la quiero.

—Pa, me voy. Ya empieza la peli... —me dice mi hija y se pone de puntillas para que la bese.

—No sé si esa película será adecuada para... —Uf, qué pesado.

—No te alejes de las chicas. ¿Tenés plata para volver

en taxi? —pregunto sacando la billetera.

—Mamá nos trajo y también nos viene a buscar, no te preocupes. Pero si querés darme un billetito para comprar más pochoclo...

Lo hago, mientras agradezco en silencio no habernos cruzado con Carla al llegar.

No debí adelantarme. No la encontramos al llegar, pero nos topamos de frente con ella cuando estamos a punto de salir, en el estacionamiento del subsuelo.

Su mirada nos recorre con frialdad primero, y luego no puede con su genio, y deja que el odio se escape por sus ojos, y también por su boca.

—Bueno, bueno, bueno. Qué casualidad... Encontrarme con mi marido y su amante. ¡Vaya suerte la mía! —exclama sarcástica y en lo único en lo que puedo pensar es en sacar a Emilia de acá antes de que todo empeore.

Porque no tengo la menor duda, de que esto es el principio de un momento más que desagradable. Y hasta puede resultar peligroso.

Tomo a Emi del brazo, e intento apartarla de Carla, pero ella no nos permite pasar.

—Ah, parece que están apurados para llegar al improvisado nidito de amor. Es que para otra cosa no te va a servir el consultorio cuando todos sepan que te cogés a tus pacientes. Y no sé si esta chiquita no es menor de edad... ¿Cuántos años tenés, preciosa?

—Basta, Carla. Dejanos pasar.

—Maxi, no seas así. Dejame hablar con la nena... Aunque de nena no debe tener mucho, esta puta *rompehogares* —espetea con furia.

—Callate o te callo —le digo mordiendo las palabras, y desconociéndome en esta faceta. Jamás amenacé a nadie en toda mi vida, pero está claro que ahora soy otro.

Carla me mira con los ojos desorbitados. También me desconoce así, y la veo dudar. No sabe si seguir tirando de la cuerda esta vez.

—La defendés... Uy, parece que te pegó fuerte esta canita al aire. Qué estúpido, dejarse engatusar por una... —Ahora entiendo.

Vuelvo la cabeza para mirar a Emilia, que es quien habló, interrumpiendo el torrente de veneno de Carla.

Ésta la mira sin comprender. Al parecer esta simple frase la descolocó por completo.

—¿Qué es lo que entendés?

—El porqué de muchas cosas. Entre ellas, la gran necesidad de afecto que tiene tu familia.

—¿Qué decís, estúpida?

—Los insultos están de más. Igualmente, ni me rozan. Tampoco lo hacen esos calificativos que



utilizaste, porque yo no puedo ser responsable de romper algo que ya estaba en ruinas—le dice con una sorprendente calma.

—Mirá, nena...

—No soy una nena, y vos tampoco. Aunque en este momento lo parecés. Esa actitud infantil no te favorece, y ponerte en una posición de despecho y venganza te puede hacer mucho daño, y también a tu familia. Perjudicar a Máximo, también afectará a tus hijos, y no creo que quieras eso. Yo sé que duele mucho y quizás te sientas defraudada y herida, pero por el bien de todos, sería oportuno que maduraras, y apuntes a construir, no a destruir —dice Emilia y Carla la mira como si fuese de otro planeta.

No puede cerrar la boca del asombro, y tampoco puede decir palabra.

Yo también estoy sorprendido. Y fascinado... Estoy enamorado como nunca de una chica bella y sensual, que es más mujer que diez mujeres juntas. No puedo ser más afortunado... Ya no le tengo miedo a nada.

—Pensalo, Carla —dice finalmente. Y luego me mira y agrega—: Te espero en el auto.

Esa última frase me demuestra que Emilia sabe que esto no terminó. Pero me niego a continuar, ya está todo dicho. Ella se defendió con una altura que ni Carla ni yo alcanzaremos jamás. Y también me defendió a mí, y a mis hijos... Sí, no hay nada que agregar.

Me dispongo a irme cuando escucho la voz de mi ex. —¡Máximo!  
Giro despacio y la enfrento.

—Siempre tenés que decir la última palabra, ¿verdad? —pregunto, inexpresivo.  
La mirada de ella es igual de fría.

—Esto no va a quedar acá. Te voy a hundir... Yo nunca pierdo.  
Inspiro profundo.

—Yo siempre lo hago. Pero esta vez, no. Hagas lo que hagas, no puedo perder. Ya tengo lo que necesito y lo voy a cuidar —le digo, y esta vez me marchó sin mirar atrás.

De nohecita...

Máximo se quedó dormido mirando Gran Hermano.

No es para menos... Está cada vez más aburrido, y no es porque yo me haya ido. Creo que la fórmula está agotada, o el casting estuvo muy mal hecho, porque justo cuadró que coincidimos en el juego un grupo de jóvenes que no sabe ni de dónde viene ni hacia dónde va. A mí me pasaba eso, hasta que descubrí el amor... Bendito amor.

Le voy a dar un respiro, y no interrumpiré su descanso esta vez, porque lo que vivimos esta tarde fue demasiado intenso.

Primero, conocer a Pía. Bueno, verla, porque creo que conocerla me va a costar un poco más. Está en la edad de adorar ídolos con pies de barro, sólo porque salen en la tele, y yo soy uno de esos. No tengo mérito alguno para que me admiren. Estuve una semana en la casa de Gran Hermano y no aporté nada. Pasé por ahí sin pena ni gloria pero por alguna razón la gente se engancha con los participantes y nos hace vivir esos quince minutos de fama de los cuales hubiese podido prescindir perfectamente.

Ese acoso en el shopping no me gustó nada. Las muestras de cariño auténticas, sí me gustan. Pero no se trata de eso... No tienen por qué quererme.

En unos días nadie recordará mi nombre, pero espero que Pía sí lo haga.

Y luego lo que pasó cuando llegamos al parking... Ese encuentro con Carla, los insultos... No sé de donde saqué la serenidad para no cazarla de los pelos y revolcarla por el suelo. Creo que el sentir la mirada de Máximo clavada en mí, me dio fuerzas para responderle a esa mujer.

Me resultó odiosa, y me pregunto cómo él pudo amar a alguien así. Y cómo es posible que sea la madre de unos chicos tan encantadores... Y ahí me doy cuenta de que no todo es blanco o negro; también hay grises.

Esta mujer provocadora y dura, alguna vez tuvo las cualidades que enamoraron a mi hombre lo suficiente como para hacerle dos hijos. No debe de ser tan mala, digo yo.

El despecho puede transformar a la gente y hacerle mucho daño... Si lo sabré yo. Carla me recordó a mi madre... El odio es más bien una rabia inmensa por lo que se escapa a nuestro control, por lo que perdemos sin querer hacerlo, por la frustración, por los fracasos. No quisiera que ella les amargara la vida a sus hijos, como hizo mi madre conmigo, pero no puedo hacer nada... Tampoco puedo hacer nada por preservar la reputación de Máximo, pero me sorprendió muchísimo escuchar de sus labios algo así como: "Después de todo, me lo merezco."

Estábamos en el auto, intentando reponernos de ese round con Carla, cuando lo dijo. No habíamos salido del estacionamiento, y me dolió verlo tan derrotado, con la frente apoyada en el volante, y una gran tristeza en su voz.

"¿Por qué decís eso? ¿Qué es lo que te merecés?", pregunté asombrada.

"Esto. Que mi reputación quede por el suelo. Después de todo es verdad lo que dice Carla."

"Ah, ¿sí? ¿Te cogés a tus pacientes como parte de tu rutina?", le dije intentando sonar irónica y no

tan triste como él, pero lo cierto es que ninguno de los dos se sentía triunfante por el reciente enfrentamiento.

Me miró a los ojos, y su sinceridad me abrumó.

“Desde que me casé, jamás me acosté con otra mujer que no fuese mi esposa, hasta que llegaste vos. Y quiso el destino que te conociera en mi rol como terapeuta... Como sea, soy un psicólogo que cometió una falta imperdonable para mi profesión y de alguna forma lo voy a pagar...”

“Máximo...”, me sentía tan culpable por todo esto. Haberlo cercado hasta conseguirlo es la causa de su desdicha y yo me quise morir por causarle tanto mal.

“¿Sabés qué, Emilia? Valió la pena, y aún lo vale. No me arrepiento de nada, en serio. Y si tengo que empezar de nuevo, lo voy a hacer. La verdad es que soy un bueno para nada, pero de alguna forma saldremos adelante, ya vas a ver...”

Me enamoró de nuevo. Esa forma de caer y levantarse, de sobreponerse, me hace amarlo más y más.

“No creo que seas un bueno para nada. Vos no naciste psicólogo, trabajás de eso. Tenés que reencontrarte con las otras cosas que te dan placer...”

“Es una cosa sola y está acá a mi lado”, afirmó sonriendo.

“Vos sabés de qué te hablo. ¿Qué te hace o te hizo feliz alguna vez?”, le pregunté.

“¿Además de vos?”

“Sí”, le respondí sin falsas modestias.

“Los caballos.”

Me quedé de una pieza. Algo dentro de mí, se movió y no supe que fue. Aún no lo sé...

“¿Los caballos?”

“Ajá. En casa teníamos varios. Mis padres tienen un criadero de caballos de polo, y mis hermanos se dedican a eso, pero a mí ese deporte no me interesó nunca.”

“¿No?”

“No. A mí me gustaba montar pero en tren de paseo, de disfrute. Y eso en mi casa era una especie de tabú. Así

que me lo dijeron claramente: o sos polista o te olvidás de los caballos. Fue así de simple...”

“¿Y no volviste a montar?”

“No volví a hacerlo. Primero me lo prohibieron ellos, y luego lo hice yo mismo. Me aparté de su mundo, y aquí estoy.”

“Máximo...”, le dije, al borde de las lágrimas. “Ya establecimos el punto de que no hay nada prohibido, ¿te acordás? Me gustaría que te reencuentres con esa pasión. Y no deja de sorprenderme algo”.

“¿Qué cosa?”

“Yo también amo los caballos. Hice equitación hasta

los seis años, y eso, junto con el canto, era lo que más me gustaba hacer. Y por alguna razón, yo también me privé de ese placer de forma abrupta.”

“¿Por qué?”

“No lo sé. Simplemente no quise hacerlo más...”, murmuré, y de pronto los ojos se me llenaron de lágrimas.

“Emi...”, me dijo con ternura.

Nos besamos... Dulcemente al principio, pero luego la pasión fue aumentando en forma vertiginosa hasta que comenzamos a devorarnos. Nuestras lenguas se entrelazaron con avidez y pronto nos olvidamos de que estábamos en el estacionamiento de un shopping.

La mano de Máximo comenzó a deslizarse bajo mi falda y yo ya no pude pensar. Me olvidé de todo, y de todos, mientras él me masturbaba hábilmente haciéndome ver las estrellas y la luna, aun estando en ese oscuro subsuelo.

Nunca nadie me tocó de esa forma. Primero abarcó con su enorme mano todo mi sexo, como si quisiera asegurarse de que era todo suyo. Luego uno de sus dedos se deslizó lentamente a lo largo de mi vulva hasta alcanzar el clítoris, el cual no acarició directamente, sino que se limitó a oprimirlo y masajearlo, oprimiéndolo con la piel que lo rodea hasta que empecé a jadear como una perra. O como una loba...

En ese momento me tomó de la nuca con la mano libre e intensificó el beso. Y mientras me comía la boca, iba introduciendo primero uno, y luego dos dedos dentro de mi vagina que para ese entonces se encontraba abierta y húmeda. Hubiese dado cualquier cosa por acabarle en la boca en ese momento, pero dadas las circunstancias tuve que conformarme con hacerlo en su mano... Fue igualmente maravilloso.

Cuando quise corresponderle, me apartó con firmeza.

“No.”

“Sí.”

“Dije que no.”

Lo que hizo después no lo olvidaré jamás. Se bajó del

auto y miró para ambos lados, y luego hacia arriba para localizar las cámaras. Pareció satisfecho, y rodeó el vehículo hasta situarse junto a mi puerta. La abrió y no sé cómo hizo, pero de un momento a otro pasé de estar sentada en el asiento, a estar en cuatro patas en él. Segundos después, sus manos hurgaban debajo de mi falda, y luego su pene las substituyó.

Ah, qué cosa tan bella. Tan enorme, tan duro. Me sentí, colmada, plena como nunca. Fue muy breve, demasiado quizás. Pero fue también tan intenso... Acabó en cuatro o cinco movimientos increíblemente fuertes. Fueron embestidas tan firmes que no me pude sostener, caí hacia adelante y terminé apoyada en los codos, no en las manos, y con la mejilla contra el asiento del conductor. Si hubiese estado su puerta abierta, seguro me salía del coche, a juzgar por la energía con la que me penetró.

¿Qué puedo decir? Me dolió. Me gustó. Fue realmente increíble...

Luego se salió de mí, con rapidez y se inclinó. Me quedé sorprendida y muerta de vergüenza

cuando me abrió los labios y observó cómo salía su semen de mi vagina...

“Esto me mata...”, lo escuché murmurar.

Y después me dio un beso... allí. Casi me desmayo cuando sentí sus labios en el culo, y ya no pude soportarlo. Como pude me bajé la falda y me volví a sentar como corresponde, alterada y más caliente que antes, con los muslos pegoteados y el corazón latiendo como si quisiera estallar.

No me atrevía a levantar la vista, pero cuando él cerró mi puerta y luego se inclinó y metió la cabeza por la ventanilla no tuve más remedio que mirarlo.

El muy descarado sonreía...

“Adoré esta montura”, me dijo, “Así que no vuelvas a usar ropa interior”. Y luego me comió la boca.

La fiesta del semental continuó hasta hace un rato, en que devoramos los restos de la cena de ayer con verdadero deleite.

Tenemos que frenar esto un poco, o al menos ser más prolijos, porque dos días seguidos tuve que tomar la píldora de emergencia, y esa no es la idea.

Mi desajuste hormonal a causa de esto, será terrible y mi menstruación estará completamente irregular. Voy a tener un pésimo humor, y me van a doler los pezones. En definitiva, voy a pasar las próximas dos semanas bastante inquieta e incómoda.

Pero valdrá la pena, no hay duda de ello.

No la suelto. Ella se revuelve entre mis brazos, pero yo no la suelto.

—Tengo que llamar a Coco, Máximo. Dejame ir a buscar el teléfono...

—Tenés treinta segundos —le digo, y no estoy bromeando. Cuando se aleja siento un vacío inmenso. Esto es realmente preocupante.

Regresa a la cama, y con ella mi felicidad. Me da la espalda y yo me acerco y la “cuchareo” con ganas. Encaja perfecto en mi cuerpo, y yo en el de ella.

Estamos tan cerca, que escucho a Coco como si yo fuese el que está hablando con él.

—Estás loca, Emilia. La producción pide tu cabeza... ¿Cómo nos dejaste plantados y no das señales de vida durante tres días?

—Le dejé una nota a Mariel explicándole que me iba a casa ¿no te dijo nada?

—Firmaste un contrato y lo tenés que respetar... ¡Jorge Rial te quería en su programa y vos con el celular apagado!

Ya no soporto más que la hostigüe de esa forma. Le hago una señal para que me entregue el teléfono y ella obedece, aliviada.

—Coco, dejala en paz.

—¿Máximo?

—El mismo.

—¿Y qué hacés con...? —se interrumpe de pronto

mientras cae en la cuenta de lo que está pasando—. No puedo creerlo, *man*. Entonces es verdad que te separaste de Carla. ¿Largaste todo por...? No puedo creerlo —repite consternado.

—No es el momento de hablar de eso. Sólo te digo que Emilia estuvo a punto de sufrir otro ataque de pánico, así que por el momento no va a pisar ningún estudio de televisión, ¿está claro?

—Pero...

—Nada, Coco. No metas presión porque la producción puede verse envuelta en un problema. Vos y yo sabemos que el filtro no funcionó, y que Emilia puso en riesgo su salud mental, entrando en un juego para el que no estaba preparada. Y ningún integrante de tu equipo de profesionales se dio cuenta —le digo con una seguridad que no sé de dónde saco.

—Estás loco. Vas a arruinar tu carrera por esto. Te desconozco, de verdad. Carla le contó algo a Alicia... Le hablé de que una de tus pacientes era tu amante, pero nunca pensé... Creí que Emilia se había ido a Uruguay y ahora resulta que está contigo. De verdad estás muy mal, Máximo —me dice, pero a mí no me importa lo que él piense. Lo único que quiero en este momento es que la deje en paz.

—Es probable. Lo único que te pido es que no la expongas, y no porque a mí se me antoje tenerla sólo para mí. Es ella la que no quiere seguir con esto —le explico.

—No te creo... Que me lo diga Emilia. Que ella me diga que quiere volver al anonimato, a ser cajera de un súper, a la nada —me pide con rabia.

Le paso el teléfono sin decirle una palabra y ella me hace señales de que no quiere hablar, pero yo insisto.

—¿Hola?

—Emilia, pensalo bien. ¿Estás segura de que quieres renunciar a la fama que te puede llevar a cumplir tu sueño?

—le pregunta lo suficientemente fuerte para que yo lo escuche.  
Ella lo piensa un instante y luego responde, dejando a mi amigo sin palabras;

—Yo ya cumplí mi sueño. Lo tengo acá al lado mío, Coco.

Y el asunto queda zanjado con esas simples palabras. Me la quiero comer a besos, pero no puedo porque continúa haciendo llamadas.

Primero a su hermana. Se ve que hay una complicidad muy especial entre ellas... Creo que hablan en clave, porque no entiendo ni la mitad de lo que dicen. Al parecer Natalia la apoya en todo, y Emilia sonrío satisfecha. Cuando cuelga, su rostro se transforma.

—Ahora viene la parte difícil... —me anuncia mientras termina de marcar otro número—. Hola, mamá. Sí... No, estoy bien. En serio. Te juro que sí... No lo sé. No, no voy a volver... Tampoco voy a entrar de nuevo al programa. Estoy... con alguien. Mamá, por favor... Sí, es un hombre. Mamá... Así no se puede hablar. Sólo te digo que no te preocupes por mí, que estoy muy bien ¿de acuerdo? Tengo que cortar... De verdad, no puedo seguir con una conversación que no nos llevará a nada... Lo siento. Un beso, mamá.

Fue una tortura, lo puedo adivinar por su actitud. Parece que le hubiese pasado un tren por encima.

—Listo —me dice mientras se acomoda sobre mi pecho. Por unos momentos no hablamos. Me limito a acariciarle el pelo y a besarle la frente. Y me siento impotente, porque puedo sacarle a Coco y a su producción de encima, pero no puedo hacer nada con su madre y el agobio que le produce. Eso es algo con lo que ella tendrá que lidiar sola.

—Eso costó un poco, ¿no? —pregunto con cautela. Ella suspira.

—Mi madre es una persona muy especial. Nunca fue feliz, y el hecho de que mi padre la abandonara estando embarazada, para irse con la madre de Nati, no ayudó mucho.

Por un momento no dice nada y se queda pensativa.

—Ay, Máximo. Tengo heridas que se ven y otras que no se ven. ¿Podrás con todo eso, mi amor? —me pregunta mientras se incorpora para mirarme a los ojos.

Yo no necesito pensarlo ni un segundo.

—Quiero curar todas tus heridas. Quiero que seas feliz, Emi —le digo.  
Ella me mira, y sonrío.

Afuera llueve a cántaros, pero en mi cama hay dos soles que son sólo míos. Completamente míos.

Fue una semana con altibajos. Los altos tuvieron que ver exclusivamente con Emilia. Los bajos, con un par de cancelaciones de citas, sin explicaciones creíbles. Eso me hace pensar que ya comenzó a circular ese rumor al que tanto temo.

Por un momento llegué a creer que no influiría en mi trabajo, pero al parecer sí lo está haciendo. Un par de maridos celosos que dejan de pagar las sesiones con un terapeuta que es un peligro para la integridad de sus mujeres... No me lo dijeron, pero lo intuyo.

Parece que dejé de ser la oveja, y ahora soy el lobo feroz.

No importa, nada importa. Lo único que puede interesarme es lo que me espera en la habitación de al lado. ¿Cómo describir lo que estamos viviendo? ¿El paraíso? ¿Una increíble luna de miel? ¿La gloria?

Es todo eso, y más.

Cada momento juntos es único. El deseo no ha mermado ni un poco; yo diría que continúa creciendo, y ahora no sólo se alimenta de la piel, sino también del encuentro de almas. A medida que nos vamos conociendo —y vaya si lo estamos haciendo, en conversaciones que se extienden hasta la madrugada— nos acercamos más y más.

A veces me resulta muy difícil de creer que haya una brecha generacional entre nosotros. O ella es demasiado madura, o yo soy un pelotudo, la cuestión es que no sólo nuestros cuerpos encajan a la perfección.

En estos días nos contamos todo... O casi. Fue como si un dique se rompiera y todos nuestros miedos, alegrías y tristezas se hayan volcado sobre nuestra cama... Y a las largas conversaciones, siguen aún más largas sesiones de besos, caricias, y sexo intenso, extenuante, increíblemente satisfactorio.

Hemos explorado nuestros cuerpos de punta a punta. No hay un solo centímetro de su piel en el que yo no haya estado, y no hay ni uno del mío que ella no haya adorado. Porque así me siento bajo el efecto de su amor, y así quiero continuar hasta el último día de mi vida.

Es que sin ella, yo no respiro. La quiero, la quiero, la quiero y la necesito. Y no puedo siquiera pensarlo sin emocionarme como un estúpido. Ahora mismo la veo dormir y no puedo creer que la vida me haya dejado semejante regalo. No me la merezco... No he hecho nada para merecerme el amor de una mujer como ella. Pero la tengo... y voy a disfrutarla.

Me dispongo a hacerlo, pero justo cuando mi boca está a punto de llegar a la suya para despertarla, suena el teléfono.

Emilia dejó su móvil cargando en la sala de espera, y yo me apresuro a traérselo. Puede ser la loca de su madre, o su hermana, y no quiero que se preocupen si ella no contesta.

No... Miro la pantalla y dice "Fernando Torres". No lo pienso dos veces y contesto.



—Sí.

—¿Quién habla?

—¿Con quién quiere hablar?

Pausa. No sé quién carajo es este tipo pero su voz no me gusta nada.

—¿No es el celular de Mili?

—Sí, lo es.

—¿Y quién es usted?

¿Quién soy? ¿Preguntás quién soy, desgraciado?

Bueno, te lo voy a decir a ver si te ubicás en la palmera. —Soy el novio de Emilia.

Por un momento pensé en decir “el marido”, pero no me atreví.

Mi interlocutor vacila. Se escucha un resoplido, y luego silencio.

—¿Y usted quién es? —pregunto.

—Yo soy un ex.

Una furia extraña comienza a apoderarse de mí y no sé por qué. Vamos, yo sé que Emilia no estuvo guardada en una cajita hasta ahora. Ella me contó que tuvo tres novios, pero que se enamoró sólo de uno. ¿Será éste? Celos, celos rojos me ciegan por completo. Celos injustificados, retroactivos, inútiles. Pero ¿por qué carajo la está llamando ahora?

—¿Me va a pasar con ella? Necesito hablarle.

—No, no le voy a pasar hasta que me diga de qué quiere hablarle.

Una vez más me desconozco. Reconocerme primitivo a la hora de hacerle el amor, fue algo que me sorprendió pero disfruté mucho. Pero en esta circunstancia me siento avergonzado, y aun así no puedo evitarlo.

—Mire..., “novio de Mili”. Lo que yo tengo para decirle no es asunto suyo. Pero no se preocupe, no vine a Buenos Aires para reconquistarla, aunque ganas no me faltan. Vine porque su madre me lo pidió... Así que haga el favor de pasarme con ella, porque si no, tendré que informarle a Nancy que su hija está en manos de un loco que no le permite ni siquiera hablar por teléfono —me dice el muy hijo de puta. Así que un emisario de mi futura suegra... Valiente yerno, que ni siquiera sabía que se llamaba Nancy.

Bueno, la bruja va a tener que venir personalmente a asegurarse cuán corrupta está la nena, porque no le pienso pasar con...

—Máximo, ¿con quién estás hablando?

Carajo, la voz de Emilia a mis espaldas me deja sin palabras. Me siento en falta, y nada envalentonado ahora. La voz en el teléfono también la escucha.

—Sé que está ahí. Acabo de oírla... Páseme con ella —me dice.

Yo dudo... Emilia no tiene nada que hablar con un ex. Y mucho menos así, en bombacha y con los pechos apenas cubiertos con sus cabellos.

—Dame el teléfono, por favor —me pide con firmeza mientras extiende su mano. Uno de sus

senos queda expuesto y yo me lo quedo mirando como embobado—. Dámelo, Máximo. El teléfono —me aclara, por las dudas.

Se lo doy ¿qué otra cosa puedo hacer? A regañadientes pero se lo doy.

—¿Hola? ¡Fer! ¿Qué...? ¿En Buenos Aires? No, no. Te creo... ¿Y a qué viniste? ¿Mi madre? Qué locura. Por supuesto que estoy bien, más que bien... No creo que sea necesario que te cerciores de nada, Fernando. Y me sorprende mucho que Miriam te haya permitido venir a... ¿En serio? Vaya noticia. Nunca pensé que eso fuese a terminar tan pronto... Está bien... Uf, ya te dije que sí, pero sólo un momento. Dejame anotar... Figueroa Alcorta... Ajá. Ya entendí. En una hora estoy ahí.

Corta la llamada y me mira.

—Me dijo que no querías pasarme el teléfono. —No quería despertarte...

—Mentira.

Esta chica es demasiado perceptiva. No la voy a

engañar así como así.

—¿Qué quería tu ex? No me digas nada: verte para

asegurarse de que estás entera. Y al parecer le vas a dar el gusto —le digo, y tengo ganas de golpearle porque sueno como un estúpido celoso y posesivo. Sueno como lo que soy ahora, maldita sea.

—Sí. Así va y le dice a mi madre que estoy bien y deja de imaginar historias raras.

—¿Cuál es, Emilia? —pregunto entre dientes—. ¿El número uno, el número dos, o el número tres?

—¿Qué importa?

—Mucho. Presiento que es el único al que quisiste

—aventuro.

—Así es, pero ya te dije que no fue recíproco. Él estaba enamorado de otra, y yo lo sabía desde el principio.

Es la secretaria del esposo de mi prima Verónica, del cual Fernando es socio. Nos conocimos precisamente en su boda. Ellos habían discutido, y él me invitó a bailar... No me gustó al principio, pero después sí. Creo que me enamoré, pero él no de mí. Todo terminó muy pronto, y él volvió con Miriam. Fin del cuento —termina, mientras se pone la falda.

Por lo menos hoy lleva ropa interior... Pero eso no me deja más tranquilo.

—Pero ahora está solo y quiere verte.

—Sólo para transmitirle a mi madre que estoy bien, que no me tenés secuestrada como ella cree. Aunque no sé si está errada del todo —me dice.

—¿Por?

—Soy tu esclava sexual, y me encanta —murmura poniéndose de puntillas y besándome los labios. Pero yo no

me olvido de “Fer” y de que en minutos nada más, van a encontrarse.

—No quiero que vayas.

Ya está, se lo dije. Me atreví y se lo dije.

Se aleja un poco y se pone la blusa. Me mira con el

ceño fruncido.

—No estarás hablando en serio...

—Lo estoy. No quiero que te encuentres con él a solas. Puede venir acá, o puedo ir contigo. O no, no tiene por qué verte. Que tu vieja confíe en tu palabra o sino que se haga dar —no puedo creer que haya dicho eso. Definitivamente necesito una cita con De la Vega urgente. Ella me adivina el pensamiento.

—Estás loco. De verdad estás loco.

Loco de amor, loco de celos. Loco por vos... —Puede ser, pero no quiero que vayas y no vas a ir.

—Por supuesto que sí.

—Claro que no.

—No me desafíes, Máximo.

—¡Te morís de ganas de ver a ese imbécil, ahora que está disponible! —exclamo fuera de mí. Estoy decidido a impedir que se vean.

Ella vacila... Pero no. Toma el celular, el bolso y la chaqueta de jean.

Se dirige hacia la puerta y yo siento que me muero de la angustia.

—No es verdad lo que estás diciendo, y creo que te demostré que no hay nadie más que vos en mi corazón. Esto no cambia nada...

—Si no cambia nada, no lo hagas. No vayas, Emi, por favor —le pido intentando de que no suene a súplica.

—¿Por qué?

No sé, no sé. No quiero. Me muero de celos. Me duele... Me duele mucho y tengo miedo de perderla. La imagino en brazos de ese desconocido de voz profunda, y me vuelvo loco. No, no quiero que salga de acá, y mucho menos para encontrarse con él, pero no digo nada. Mi rostro lo dice todo, ya que no hago ni un solo intento por disimular lo mal que me pone todo esto.

Sé que no me va a hacer caso. Esta es una pulseada, y su voluntad es tan férrea que jamás pierde a nada. Se propuso conquistarme y lo logró. Desechó sin problemas su nueva vida de “famosa” y jamás la vi dudar. Se mantuvo firme ante su madre y no volvió a su casa ni para saludarla. Así que no va a permitir que alguien coarte su libertad de acción en lo más mínimo.

Así es Emilia Fraga. Y así la adoro. Pero sufro, cómo sufro...

No digo nada y me encojo de hombros. Le doy la espalda y me pongo a mirar por la ventana.

—Máximo...

—Andá tranquila. Recordá viejos tiempos... Si te enamoró cuando tenía novia, no va a tener

problemas en hacerlo de nuevo ahora que está libre.

—No digas eso... —comienza a decir, pero yo la interrumpo.

—O quizás no... Tal vez los prefieras compartidos, y ahora no te interese. En ese caso, yo también dejé mis compromisos y por lo tanto soy candidato al olvido —le digo sin poder contenerme tratando de herirla.

La escucho resoplar a mis espaldas, furiosa.

—Sos un inseguro de mierda. —Es lo último que me dice antes de salir dando un portazo que hace temblar todo el edificio.

Yo me derrumbo en el diván, y cierro los ojos. Soy peor que un inseguro. Soy patético... Dios mío, el amor me hizo un hombre nuevo. No hagas que me lo arrebaten porque ya no sabré ni quién soy.

—19—

Me siento un desgraciado. ¿Cómo es posible pasar del éxtasis a este estado de desesperación en cuestión de minutos? Trato de calmarme, pero estoy más asustado de mi reacción desmedida que de la posibilidad de perderla.

No puede dejarme luego de haberme amado de esa forma... Pero no se trata de cualquiera; Emilia estuvo enamorada de ese hombre. Y ahora él está libre, quiere verla y ella sale corriendo a su encuentro.

Mierda, mierda. No tengo miedo de perderla, estoy aterrado. Y mi reacción fue la única posible ante la posibilidad de que la mujer que amo me dé una patada y se vaya con ese.

Tengo que retomar el control de mis emociones porque esto me supera. Me siento desbordado, realmente desesperado. Debí darme cuenta de que al estar con ella me expongo a este tipo de peligros. Es hermosa y tiene un talento único. Y aún va a tardar un poco que se disipe su fama. Vendrán otros. Y no solo del pasado... La acosarán. Ella tendrá para elegir, y seguramente no se va a conformar con un lobo viejo que no tiene nada para ofrecerle...

Me estoy volviendo loco, tengo el alma desgarrada y unas ganas terribles de ponerme a llorar como un nene. El solo hecho de imaginarla con él, me mata. Va a llegar, le dará un beso, el infeliz le tomará las manos para pedirle que tenga un poco de consideración con su madre y regrese a Uruguay, y ella se va a estremecer. Recordarán ambos viejos tiempos...

Y luego la voy a perder. Estoy seguro... Y muerto de miedo.

Camino por la sala, presa de una inquietud que me abrumba y me hace sentir débil y enfermo por momentos. Y por otros, se apodera de mí una especie de fiebre que me hace enloquecer y querer romper todo.

Los celos se adueñan de mi alma y la estrujan, la hacen pedazos. Siento la garganta seca, y un

dolor agudo en el vientre. Jamás había involucrado mi cuerpo en mis emociones, y mucho menos a tal punto de provocarme síntomas... Si Emilia me deja, estoy perdido.

No puedo permitirlo, sencillamente no puedo. No quiero correr el riesgo; fui un estúpido al dejarla ir. Debí atarla a la cama si era necesario... Y me avergüenzo de pensar así. Yo no soy un troglodita. Mis impulsos se han apoderado de mí, y me han producido las emociones más intensas y más devastadoras. Necesito aire porque sino me voy a morir....

Y cuando abro la puerta me encuentro con ella.

No entiendo nada... Sólo pasaron diez minutos, y Emilia ya está aquí. Mis ojos se abren en forma desmesurada y no puedo dejar de temblar. Ella sonrío y se lanza en mis brazos, oprimiéndome con sus cuatro miembros como acostumbra. Mis manos bajan automáticamente y se apoderan de su trasero para aligerar el peso en el cuello. Emi, mi Emi divina, me acaricia el pelo y me llena la cara de besos mientras murmura:

—No puedo, no puedo, no puedo...  
Siento que voy a estallar de puro gozo.

—¿Qué es lo que no podés, mi amor? —pregunto con voz ronca mientras disfruto de esta catarata de besos, de este torrente de amor.

Ella se detiene un momento y me observa de una forma...

—No puedo soportar que sufras. No puedo hacerle daño a alguien que amo tanto... —susurra a unos centímetros de mi boca.

Me provoca comérmela, así de simple. Me declara su amor, deja plantado al idiota y la tengo en brazos. No le puedo pedir más a este día. No le puedo pedir más a la vida...

—Le avisaste a... —comienzo a decir pero ella me hace callar con un beso.

—No importa. Lo único que importa es que acá estoy y no te voy a dejar solo, preocupado y celoso, aunque yo sepa que no hay razón para que te pongas así.

—¿Por qué, Emi?

—Ya te lo dije, Máximo. Porque te amo. Sos lo que más quiero en la vida, y tus inseguridades me importan más que las de mi madre. Vos fuiste más que claro... que se haga dar—dice riendo, pero yo me muero de vergüenza.

—No quise decir eso.

Ella sonrío y se mueve. Desciende por mi cuerpo, pero no me suelta el cuello. Apoya su cabeza sobre mi pecho, y parece fascinada escuchando el alocado latir de mi corazón.

—Licenciado, la que más necesita que le den soy yo —me dice luego de un momento, mientras se oprime contra mí de forma por demás provocativa, y me mira de la misma forma —Espero que se sienta triunfador en esta batalla contra “el ex” porque lo es, y disfrute de su trofeo. —¿Estuve en peligro de muerte en esta batalla?

—Nunca. De verdad, Fernando no significa nada para mí.

—Pero te enamoraste de él... Y si no fuera por la secretaria de tu primo que se puso en el medio, quizás aún estarías con él.

—Máximo...

—Sí.

—Cogeme. Ahora, por favor...

Carajo, carajo. A la mierda Fernando, la secretaria, el primo y la vieja. Sólo una cosa me importa y me la estoy devorando en este instante: su boca. Y luego, voy a seguir con la deliciosa tarea de probar todo lo demás.

De noche, tarde. Agotada...

Siempre me pasa lo mismo, cuanto más cansada estoy más me cuesta dormir. Y de verdad estoy muerta...

Creo que también influye el hecho de que Máximo esté en la habitación de al lado trabajando en la evaluación de unas pruebas psicotécnicas, y no en la cama a mi lado. Creo que sin él ya no podré dormir jamás.

Necesito sus brazos, su pecho fuerte, esa barba que me hace cosquillas en la frente. Necesito sus besos, necesito su amor.

Lo de esta tarde fue increíble. Primero, esa tonta discusión por Fernando.

Reconozco que provoqué sus celos a propósito, ya que poco me importaba tranquilizar a la obsesiva de mi madre. Y a decir verdad, tampoco me interesaba ver a mi ex.

Creí estar enamorada en su momento. Fernando es un hombre atractivo, exitoso, pero ahora que sé lo que es el amor de verdad, me parece que mis sentimientos hacia él tuvieron más que ver con mi orgullo herido porque Miriam ganó la pulseada. Al saber que no había nada más entre ellos no se me movió un pelo. No, definitivamente no fue amor lo que me unió a Fernando Torres.

Amor es esto... Complacer a Máximo al extremo de someterme a sus inseguridades por más irracionales que sean, dejar plantado a Fernando sin ninguna explicación, no responder ni sus llamadas ni las de mi madre... Por él. Sólo por él...

Y me siento tan correspondida. Esta tarde me hizo el amor de una manera tan dulce y tan salvaje a la vez. Nuestros roles están cambiando... Ahora se muestra dominante, y busca su placer tanto como el mío. Me fascina que su autoestima se fortalezca de esa forma, y disfrute tanto como lo hago yo.

Y vaya si lo estoy gozando... Jamás pensé que podía gustarme tanto el sexo. Sobre todo el oral... Adoro que me lo haga y también adoro hacérselo. Y si es al mismo tiempo, mejor todavía. Me encanta que me haga acabar de esa manera y gritar y gemir con su pene en mi boca. Me fascina que me la llene de semen caliente y hago lo que jamás soñé hacer: tragármelo todo.

Y cuando me penetra con el rostro transfigurado por el deseo me vuelvo loca. Hoy me tomó de los tobillos y los puso en sus hombros y luego me cogió con fuerza sobre el diván. Y mientras se

movía dentro de mí, me decía cuanto me amaba y cuando estaba gozando todo eso.

“Qué privilegio amarte, Emi...”. Dios, lo recuerdo y no sólo siento humedad acá abajo, también se me llenan los ojos de lágrimas. El privilegio es mío... Que un hombre tan hermoso me haga el amor de esa forma, es realmente la gloria.

Hay mucha pasión, pero también hay ternura en nuestra relación. Y muchas risas... Como hace un momento, en la ducha. Hubo de eso y mucho más.

Todo comenzó con su insistencia a enjabonarme cierta parte del cuerpo que se ha convertido en su obsesión. Y yo capté de inmediato qué se proponía con tanta lubricación y le dejé bien en claro que no estaba dispuesta a probar el punto de que no tiene por qué ser doloroso.

Me moría de ganas, pero de verdad tenía miedo. Es que es tan pero tan grande, que estaba segura de que me haría mucho daño. Se lo dije, y él soltó la carcajada, pero me la dejó pasar. Momentos después, comprobaba que sus perversiones son muchas y variadas... Al lobo le gusta todo.

No puedo creer lo que me hizo.

“Quedate quietita”, me pidió. Y de inmediato comencé a sentir algo caliente deslizarse por mis nalgas, por mis piernas. Nunca pensé que podía ser tan excitante que me orinaran encima, pero lo cierto es que me volví loca. Compartir un acto tan privado... Esa clase de confianza, esa intimidad, me puso en llamas. Le hice caso al principio, pero luego no pude evitar las ganas de frotarme contra él, y curvé mi espalda para sentir su pene entre mis nalgas, y que el chorro de orina me pegara más cerca aún, con toda la fuerza.

“¿Te gusta?”, me preguntó y a mí no me salieron las palabras, sólo jadeé y moví la cabeza, asintiendo. “¿Me dejás mearte encima, y no puedo cogerte por el culo?”, me dijo, extrañado y sonriente.

“Eso... no... duele... Y lo otro sí...”, le respondí.

Su réplica fue acariciarme las tetas y morderme un hombro. Quería darme la vuelta para besarlo, pero no me lo permitió. Continué con él a mis espaldas, jadeando en mi oído.

“Ahhh...”, no pude evitar jadear también.

“El dolor y el placer están a veces muy cerca”, susurró mientras me introducía una mano desde atrás, y me

acariciaba el sexo. Esa frase hace tiempo que da vueltas en mi cabeza, y me estremecí al recordar cuántas veces pensé en ella en relación a él.

El jabón era lo único que se interponía entre su cuerpo y el mío. El jabón, y su pene enorme que lentamente intentaba abrirse paso entre mis nalgas.

“No, por favor...”, rogué, aunque no muy convencida de mi negativa.

“No voy a hacer nada que te haga daño. Nada que vos no quieras hacer. Nada prohibido...” — murmuró mientras uno de sus dedos me tocaba allí.

Lo sentí tan excitado que me dio miedo. Y junto al miedo una gran excitación también se apoderó de mí también. El dolor, y el placer. El miedo y el placer. Máximo y el placer... Tiene razón: no hubo, ni habrá, nada prohibido entre él y yo.

Le entregué lo que tanto deseaba y lo disfruté tanto como él.

Y quiero hacerlo de nuevo, porque sentirlo en ese lugar, y experimentar ese placer inmenso me hizo más suya, si es eso posible.

Cuando llegamos a la cama, ver sus ojos azules entre su cabello mojado me desarmó por completo. Nunca un hombre me gustó tanto, y jamás me sentí tan deseada. Le daría lo que fuese, lo que me pidiera.

Le daría todo... ¡Si ya le di mi alma!

Y aquí estoy, dando vueltas y vueltas en la cama sin poder dormir porque sin sus manos recorriendo mi cuerpo, no encuentro sosiego. Necesito escuchar que respira a mi lado, para poder hacerlo yo también.

Mi vida ha terminado de transformarse. Ahora vivo en función de Máximo Aguirregaray. Y por más extraño que parezca, no echo de menos lo que fui hasta que él llegó a mi vida. Tampoco lamento ni un poco lo que pude haber perdido al renunciar a la fama.

Tenerlo a él a mi lado, hace que todo valga la pena. Y ahora, voy a buscarlo. El trabajo puede esperar, el amor no.

La calle es un fastidio. Un calor de locos y yo acá, al rayo del sol camino al estudio de mi abogado.

Es que ayer, mientras observaba a Emilia dormir, supe que debía divorciarme de Carla. Soy consciente de que su ira va a aumentar cuando le llegue la citación y que sus amenazas van a terminar de concretarse, pero aun así quiero hacerlo.

Ferrero me da las opciones que puedo manejar. Elijo el más común y recurrido: riñas y disputas. Ella va a contraatacar con adulterio y va a dilatar las cosas, sin dudas, así que me preparo para un juicio que va a durar muchísimo tiempo.

Le dejé bien claro al abogado: no me importa ni cuanto demore ni cuánto me cueste. Estoy dispuesto a esperar lo necesario y a pagar lo que fuera con tal de verme libre para lo que deseo con todas mis fuerzas: casarme con Emilia.

Este amor se merece ese tipo de locuras. Y yo me merezco una nueva oportunidad de ser feliz y de hacer feliz a la mujer que amo.

Salgo del estudio decidido a regresar al departamento y meterme en la ducha. Con ella, por supuesto.

Cuando estoy llegando al auto, escucho una voz conocida llamándome. Me doy vuelta despacio, porque es la última persona con la cual me gustaría encontrarme en estos momentos: mi padre.



—Vaya casualidad —me dice, fríamente.

La relación con mi padre siempre se caracterizó por eso, por su frialdad.

—¿Cómo estás, papá? —le digo cortésmente, pero lo cierto es que quiero huir lo más pronto posible de este estacionamiento.

—Máximo, si lo que me han contado es cierto, déjame decirte que necesitás ayuda médica —me dice.

Esperaba algo así. Y estoy preparado.

—Papá, si me vas a criticar, a desmerecer, o a insultar, esta conversación se termina antes de empezar. —No, me vas a escuchar—insiste, altivo.

Ni en sueños... En mi departamento está Emi esperándome. Quizás esté cocinando desnuda, y cantando con esa voz de ángel. O tal vez esté en la ducha, o en la cama. Como sea, no hay nada en este mundo que pueda demorar mi encuentro con ella.

—No, me vas a escuchar vos a mí. No quiero que te metas en mi vida. Ni vos, ni mamá. Estoy grande, y soy dueño hasta de mis errores. No te debo nada, y todo lo que han hecho a mis espaldas no es asunto mío. Quiero que se hagan a la idea de que mi matrimonio con Carla llegó a su fin, y que si lo aceptan serán bienvenidos a mi vida. Si no lo hacen, lo lamento, pero hasta aquí llegamos —le digo con firmeza, dejándolo con la boca abierta. Y sin esperar respuesta, me marcho a toda prisa.

Llego a casa con una sonrisa, y casi destrozo la cerradura de lo ansioso que estoy por ver a Emi, por besarla, por darle la sorpresa del inicio de mi demanda de divorcio.

Pero no me dura mucho la alegría, y esa sonrisa se transforma en una mueca, cuando me encuentro con ella y mi hijo sentados en mi diván.

—20—

Luego del temblor...

Es que eso es lo que pasó cuando Máximo abrió la puerta y se encontró con Juan Martín y conmigo en el departamento. Nuestra actitud era de lo más inocente, pero la cara que él puso parecía expresar todo lo contrario.

Por unos momentos nos quedamos los tres en un tenso silencio, y luego, como si lo hubiésemos ensayado, también los tres nos pusimos a hablar al mismo tiempo atropelladamente, de forma que ninguno entendió ni una palabra de lo que decía el otro.

Momento incómodo si los hay... No sé por qué me sentí tan turbada, tan culpable. Yo no propicié este encuentro, ni Juan tampoco. Simplemente se dio...

Tocaron timbre, y yo creí que Máximo se había olvidado de la llave, así que abrí sin preguntar. Cuando me di cuenta, lo tenía en el departamento, y su asombro por encontrarme allí fue tan grande como el mío, creo.

“Mili...”, murmuró con los ojos abiertos como platos.  
“Hola, Juan... Tu padre no está”, me apresuré a aclarar.

Él pareció desconcertado. “La culpa fue mía por no llamarlo antes. Quería darle una sorpresa, pero jamás me imaginé que iba a encontrarte acá.”

“¿Querés pasar a esperarlo?”, le pregunté. No me pareció fuera de lugar, después de todo se trataba del departamento de Máximo y de su hijo.

“Sí, me gustaría. Si a vos no te molesta...”

“Para nada”, le respondí, y fui sincera. “Juan, vos sabías que tu padre y yo...”, no pude terminar de decirlo, pero tampoco fue necesario.

“Sí. Y también que todo fue una increíble coincidencia...”, me dijo, sin ironía alguna. Lo sentí auténtico, y sin rastro de resentimiento en la voz.

“Así es. Lamento... mucho el haberle dado alas a algo que sabía que jamás iba a prosperar”, le dije, igualmente sincera.

“Bah, no importa”, murmuró encogiéndose de hombros. “En realidad yo me hice ilusiones, aun sabiendo que estabas enamorada de otro. Mili, no debí pretender más que una amistad, pero se me fue de las manos...”

De pronto me dio pena, y me sentí muy avergonzada porque en cierta forma jugué con él. Lo usé para tener algo que contar en terapia, para distraerme, para satisfacer mi vanidad y mostrarme con un chico lindo que me hacía saber lo mucho que yo le gustaba. Pero lo cierto es que jamás se me cruzó por la mente tener algo con él. Y luego, cuando supe que era más joven que yo, menos aún.

“Perdón...”, fue lo único que pude contestar.

“Basta de disculpas. Pasó, y listo. Cuando descubrí que mi viejo y vos tenían algo, fue un shock, no lo niego. Pero ¿sabés qué? Me terminé alegrando porque él era un infeliz hasta que te conoció. Yo odiaba verlo sobrevivir, pasar por esta vida llevado por la inercia, dejándose pisotear por mi madre, por mis abuelos, por mi hermana y por mí. Odiaba verlo tan pusilánime, y tenía miedo de terminar como él. Debo ser el único hijo que se alegra de que sus padres se separen... Bueno, en realidad Pía también lo hizo. Ambos estábamos hartos de la hostilidad que había en casa. No lo juzgué por haberse enamorado, y tampoco porque lo hizo de una paciente que tiene casi mi edad. Y mucho menos lo voy a condenar por haberlo hecho de alguien que me gustaba a mí, porque sé que lo hizo sin querer... En definitiva, Mili, si mi visto bueno sirve de algo, lo tienen”, declaró dejándome atónita por su madurez y su forma tan clara de expresarse.

“Te lo agradezco... Y me alegro mucho de poder hablar contigo. Era algo que me quedaba pendiente, y me tenía preocupada...”

“¿De verdad lo querés?”

Puede que no haya sido políticamente correcto haberlo afirmado con tal énfasis, pero no pude evitarlo.

“De verdad”.

“Entonces, adelante”, dijo simplemente, con una sonrisa idéntica a la de su padre. Carajo, hasta ese momento no había notado lo parecidos que son.

Juan es una versión más joven de Máximo. Es abrumadoramente guapo, pero le falta la madurez, el carisma y la potencia de la personalidad de su padre. Sólo de pensar en él, me siento excitada. Dios mío, no habrá nadie que lo pueda opacar ante mis ojos, nadie.

“Bueno... Mi intención es ser feliz y hacerlo feliz, Juan”, le dije más animada, más suelta.

Por alguna razón dejé de sentirme cohibida ante él. Ya no me inquietaba la idea de estar conversando con el hijo de Máximo, ni de haber tenido una cita con él. No me sentí culpable por los besos, porque lo que pasó con el padre fue tan intenso, tan morboso y sensual, que lo de Juan es un juego de niños en comparación.

El propio Juan es un chico... Lo miré y no pude creer que lo dejé avanzar, que le permití besarme. Qué locura... Y todo por acicatear los celos de mi terapeuta que hoy es mi amante, mi hombre, el amor de mi vida.

“¿Y en qué quedó tu carrera de cantante, Mili? Pensé que habías regresado a Uruguay, porque no te vi más en la tele...”, me preguntó de pronto.

“Bueno, quedó en nada. No tengo una verdadera vocación”, respondí, y por primera vez lo admití ante otra persona en voz alta, lo que lo hizo más real y menos frustrante.

“¿En serio? Cantás muy bien... Bueno, te vi cantar en la tele, en la... ducha. Cantás más que bien, de verdad.”

“Es posible, pero no tengo vocación de famosa. No me interesa la popularidad, Juan. No me va a dejar de gustar la música, pero no necesariamente tiene que ser mi profesión, y tampoco tengo la obligación de ser exitosa. Siempre puedo cantar en algún club, o en la ducha”, le dije con una sonrisa.

“Mi padre no quiere que seas conocida... ¿Es eso? ¿Tiene celos el Licenciado Superado? Creí que estaba más allá del bien y del mal...”

“No, no es eso. Pero en parte tiene que ver con él. No me conviene hacerme notar sobre todo cuando tu mamá ha amenazado con ventilar ante sus colegas y la opinión pública todo esto. Cuanto más conocida sea, más trascendencia va a tomar la situación... Eso sería devastador para Máximo, Juan. Creo que ya empezó a sufrir sus efectos, porque me di cuenta de que algunas pacientes cancelaron la cita... Si vos pudieras hablar con ella, convencerla de que tomar venganza no es el camino...”, le pedí, sin pudores.

Con tal de obtener la tranquilidad espiritual de Máximo, soy capaz de cualquier cosa.

“No creo que mamá pueda hacer algo así... Nos perjudicaría a Pía y a mí también...”, me dijo con el ceño fruncido.

No quise contradecirlo, pero lo cierto es que Carla me parece capaz de todo, incluso de perjudicar a sus propios hijos.

“Tu mamá está despechada, y lo entiendo. Pero él y yo no... entablamos una relación hasta que se fue de tu casa, y yo de la de Gran Hermano. No tiene por qué tomar represalias... Espero que no lo haga, Juan”.

“No debería. Entiendo que vos no sos responsable de la separación... quizás sos el catalizador, pero no la causa”, afirmó convencido. “Mili... es increíble que seas... la mujer de mi viejo. Te veo como una nena... ¿No es muy grande para vos?”, preguntó de pronto.

Sonreí... Es todo lo grande que yo necesito.

“Sé que es un cliché, pero es cierto: el amor no tiene edad. Lo amé desde que lo vi... Desde ese momento supe que me unía a él algo muy fuerte. Ay, Juan... me siento mal al decírtelo, pero es así”, le dije haciendo una mueca.

Para mi sorpresa, él soltó una carcajada.

“Te creo, te creo. Y no te sientas mal, ya lo superé.”

No te olvides que soy el hijo del Licenciado Superado...” Y la que no pudo evitar reírse fui yo.

Así nos encontró Máximo cuando llegó. Sentados en su diván, riendo juntos.

Sus ojos brillaron peligrosamente, y pude ver cómo se movía su nuez al tragar saliva. Estaba contrariado. Contrariado y furioso...

Celos, celos y más celos. El lobo estaba celoso y en el fondo de mí sentí el mismo regocijo malévolos que experimenté ayer cuando reaccionó igual con lo de Fernando. Pero luego, también igual que ayer, me invadió una inmensa necesidad de consolarlo, de darle seguridad, de proporcionarle la certeza absoluta de que soy suya, y nada más que suya.

Pero esta vez no se trataba de un ex cualquiera, se trataba de su hijo. Me partió el alma verlo debatirse entre ser el hombre o ser el padre. Mi lobo es el macho alfa, y no admite contrincantes, pero se trataba de una de las personas que más quiere en la vida...

Carajo, qué momento de mierda.

Fue Juan el que habló, y lo hizo con serenidad. “Hola papá. Vine a verte...”

El rostro de Máximo pareció suavizarse. Pero luego me miró y recordó, y sus rasgos se volvieron de piedra. “Emilia, dejanos solos”, dijo con voz fría.

Pensé que se sentiría aún culpable por haberse enamorado de la supuesta noviecita de su hijo, pero al parecer no era así. Estaba hablando, el hombre, sin dudas.

Obedecí ¿qué podía hacer? Y me pareció una falta de respeto escuchar detrás de la puerta. No fue necesario, porque se fueron.

Y todavía no han vuelto... Ya no me quedan uñas de los nervios que estoy pasando. Dios, no quiero ser la manzana de la discordia, un obstáculo en la relación con su hijo. Pero no hay nada que pueda hacer, absolutamente nada... Sólo esperar, y es lo que hago.

Pero en el fondo de mi corazón siento que jamás podremos establecer una relación normal nosotros tres. Ni bien Emilia nos deja solos, Juan se apresura a aclararme:

—Mirá papá que sólo hablábamos con Mili... Lo veo nervioso, así que busco tranquilizarlo.

—Ya lo sé. ¿Tomamos un café en la esquina? —le pregunto. Por alguna razón necesito alejarlo de Emilia.

Es muy extraño lo que siento. Estoy seguro de que entre ellos la cosa no pasó a mayores, ni ahora, ni antes. También tengo la certeza de que los sentimientos de Emilia están muy claros. Lo que me preocupa es lo que siente Juan con respecto a ella.

Es que Emilia es cautivante, si lo sabré yo. Además es mayor que él y muy popular... Ganarle la chica a mi hijo no me da ningún placer, pero no me siento lo mortificado que debería.

¿Soy un hombre o soy un padre en esto? Tengo que descubrir hasta dónde me puede llevar esta pasión que me consume, me hace feliz y a la vez me atormenta.

—Juan, necesitamos aclarar ciertos puntos... —le digo, ya con el café de por medio

—Primero decime si te pusiste mal cuando me encontraste hablando con ella.

Vacilo...

—Digamos que me sorprendí.

—Perdón.

—No seas boludo... ¿Por qué me pedís perdón? Podés venir cuando quieras.

—No soy tonto, papá. Me di cuenta de que te cayó mal encontrarme con Mili.

Es así ¿para qué negarlo? Me incomodó lo suficiente como para no poder disimularlo. Me molestó tanto como lo hace el escuchar llamarla “Mili”. Es insólito lo que me pasa. Por momentos siento pena por él. Es mi hijo y de verdad lo adoro. Me duele que sufra, es más, haría cualquier cosa por evitarle un daño. Cualquier cosa menos renunciar a Emilia...

Aun sabiendo que apartándome de su camino, no lograría que ella lo amara, me cuestiono si no debería hacerlo. Pero es sólo un instante... La recuerdo y me estremezco.

Olvidarme de ella sería igual que morir. Y no quiero hacerlo, ahora que probé el sabor de la felicidad. Mi instinto de conservación prima sobre el de paternidad. Ella es mía, sólo mía.

No la comparto con nadie, no quiero que se le acerquen. Ni siquiera que osen pensar en ella... Pero amo a este chico. Es mi orgullo, y junto a su hermana lo único que hice bien en estos últimos veinte años. Siempre sentí que podía dar la vida por mis hijos... ¿Qué es lo que me pasa? Emilia, eso me pasa. El amor que siento por ella está fuera de toda lógica y es tan inmenso que me marea.

Decido ser sincero. Juan es un hombre, y madurar es también afrontar las pérdidas con la cabeza en alto. Esto fue una maldita casualidad, y ninguno de los dos tiene la culpa. Ella me eligió a mí... ¿Entonces por qué me siento tan celoso y a la vez tan culpable? Estoy como en una montaña rusa de emociones. Por momentos me asalta la compasión, y soy el león que siempre fui con mis chicos. Quiero librarlos de todo mal siempre. También me siento culpable por haber sido, aún en forma involuntaria, el causante de su frustración. Pero por otros... celos. Celos por lo que pudo haber sido, por lo que Juan pueda fantasear, por lo que ella alguna vez pudo sentir... Dios, estoy luchando internamente con mi hijo, y ya no lo puedo soportar.

—Bueno. Digamos que fue una sorpresa no del todo agradable, a la vista de los acontecimientos.

—Ya te dije que entre nosotros no...

—Y te creo. Les creo a ambos, pero siento algo de culpa... No quiero que sufras, Juan.

—No sufro, pa.

Hace mucho que no me dice así. Tengo ganas de llorar...

—¿En serio? Ojalá esta coincidencia no hubiese existido nunca. Es una verdadera cagada...

—¿Por qué? Ella es genial. No me hice demasiadas ilusiones porque siempre supe que había otro. Está bien como está. Eso sí, papá, te pido que no la lastimes —me dice para mi sorpresa.

¡Lastimarla! Jamás lo haría. Yo quiero hacerla feliz, quiero amarla más allá de la locura...

Le sonrío a mi hijo. Le acaricio la mano. Juan Martín es todo un hombre y yo siento orgullo. Y Emilia es toda mía, y no hay más vueltas que darle.

Estamos en paz.

Momentos después, llego al departamento. Emilia canta en la cocina... Entro despacio y la escucho, deleitado. “Voy a comerte el corazón a besos...”

Yo también voy a comerte el corazón a besos y también otras cosas, mi amor.

“...a recorrer sin límites tu cuerpo... Voy a dejar por tus rincones...”

De pronto se interrumpe y suelta una palabrota. —¡Ay, la puta!

—Qué boquita... —le digo entrando de pronto.

—¡Máximo! Hola... Te estoy haciendo algo rico, o al menos lo intento pero me sale esto... —me dice mostrándome un engrudo que yace sobre la mesada de la cocina.

—Y eso se supone que es...

—Iba a ser *malfatti*, pero no sé qué pasa... Esto no liga. Debe ser la humedad... —me dice consternada.

—Debe ser... Pero cuando me refería a tu boca, era para ponderarla. Sos muy malhablada pero tenés una boca hermosa... —le digo acercándome.

—Máximo... ¿Y Juan Martín? —pregunta ignorando el cumplido.

—Está todo bien, Emi. En serio.

—Pero me pareció que vos creíste algo que no era.

—Me impresionó un poco verlos juntos, lo confieso. Pero ya pasó... Hay otras cosas que tengo en la cabeza en estos momentos.

—¿Qué cosas?

—Esto —le digo mientras la tomo de la cintura y la siento sobre la mesada, peligrosamente cerca del engrudo. —¡Cuidado! —exclama moviéndose hacia adelante para no ensuciarse.

La tengo donde quiero, justo para lo que quiero. Acercó una silla y me siento. Mi cabeza queda a la altura perfecta.

Emilia viste una de mis camisas, y tal como sospechaba, nada debajo. Esto de no llevar ropa interior se le está haciendo costumbre, y a mí me vuelve loco.

Le separo las piernas y ella apoya ambas manos en el engrudo que tiene detrás para no perder el equilibrio. Un jadeo se escapa de sus labios, cuando yo me sumerjo en su dulzura.

Recorro su sexo con mi lengua, mientras uno de mis dedos sigue el rastro de saliva y cuando se encuentra con la húmeda cavidad, se introduce lentamente. Pero uno no basta, ella quiere dos y me lo hace notar tomándome la mano y moviéndola por mí.

Adoro cómo toma la iniciativa. Es una mezcla de inocencia con sensualidad que me mata. Con tres dedos en su vagina entrando y saliendo, y mi lengua moviéndose rápidamente en su clítoris, Emilia está a punto de acabar. Eleva las piernas y pone los pies sobre mis hombros y empuja. Es todo un desafío mantenerme en mi lugar, pero lo hago. Succiono lentamente el centro de su placer y también lo mordisqueo.

Y saco uno de mis dedos de su vagina y despacio se lo meto atrás. La siento tensarse, y luego relajarse... Se está acostumbrando a que invada su cuerpo a mi antojo, y también está aprendiendo a disfrutarlo. Siento todos sus músculos contraerse en torno a mis dedos, pero esta vez no es por temor, sino porque lo está disfrutando. Aprieta y afloja una y otra vez, y cuando su orgasmo es inminente me toma del cabello para controlar mi proximidad a su sexo. Froto mi rostro contra él una y otra vez... Adoro estar aquí. Me quedaría a vivir aquí...

Finalmente explota.

Tengo el pelo sucio de una sustancia viscosa y verde, y también la siento en mis mejillas. De la vagina de Emilia brota miel y yo la bebo, desesperado.

Y luego retiro los dedos de ambas cavidades, y sustituyo con mi lengua el que tenía en su culo perfecto. Lo lamo, enceguecido de deseo, y la tomo de los tobillos para elevar sus piernas y tenerla más expuesta para devorarla a mi antojo. Le meto la lengua todo lo que puedo y ella grita.

—Más, más, más...

Yo te voy a dar más, mi amor. Te voy a dar todo lo que quieras...

Me pongo de pie tan bruscamente que la silla cae con estrépito. En menos de dos segundos tengo mi pene afuera del pantalón y adentro de ella.

Hasta el fondo... Y luego me retiro despacio hasta donde sus piernas me lo permiten, porque me rodea con ellas y me obliga a introducirme con una fuerza inusitada.

Entro y salgo con rapidez. La embisto con ganas y le como la boca, con ansias. Gemimos ambos tan fuerte que los vecinos comienzan a golpear la pared, pero a nosotros no nos importa nada. Permanecemos ajenos al ruido, al desastre de los frustrados *malfatti* que nos rodean por todos lados, y a todo lo que no sea nuestros cuerpos y amarnos.

—Acabame adentro —murmura dentro de mi boca. —No...

—Por favor, quiero sentirlo otra vez.

—No deberías tomar más la píldora de emergencia. —No... la voy a... tomar. No hay peligro... estoy a

punto de menstruar...

No me hago rogar y la lleno de semen. Es tanto lo que tenía adentro que ella no lo puede contener, y ahora hay engrudo verde y semen en el suelo. Y también un poco de sangre, lo cual es un alivio.

La cocina es un desastre, nosotros estamos perdidos por completo, pero disfrutamos intensamente este encuentro.

La tomo en brazos para llevarla a la ducha, y en el camino le digo lo que el lobo se muere por gritar:

—Sólo mía, Emilia. Sólo mía...

—21—

Lunes.

Entre paciente y paciente, hacemos el amor como si se tratase de la última vez. Parece que al lobo nada le alcanza... Es tan salvaje, tan macho, que no hay una sola vez que no me maraville de su forma de vivir el sexo.

Máximo es intenso, y yo no me quedo atrás. Le sigo el ritmo con gusto, y aunque me siento inmensamente satisfecha, siempre tengo ganas de más.

Esta perfecta afinidad física y espiritual no parece de este mundo y sin embargo lo es. Y estos momentos increíbles que estamos viviendo, no deberían acabarse nunca...

No tienen por qué hacerlo, pero llegó el momento de poner los pies en la tierra. Estoy en este departamento sin hacer nada desde hace casi tres semanas, y eso no está bien.

Tengo que buscar la forma de ganarme la vida, porque no está en mí ser una mantenida. Además,



presiento que los gastos de Máximo son inmensos, entre lo que le pasa a sus hijos y la merma en la afluencia de pacientes...

Camarera, dependienta, cajera... Lo que sea. Y busco a escondidas porque él no quiere que me emplee en algo que no tenga que ver con mis sueños.

¡Pero si mi sueño es él!

El mundo artístico ahora carece de interés para mí. Ayer Coco me convocó para una publicidad de champú y no dudé en negarme. Si hay algo de lo que estoy segura es que no quiero cámaras en mi vida, ni que me reconozcan en la calle. Y mucho menos por ser una cara bonita...

Adoro ser linda, no estoy renegando de eso. Y disfruto enormemente de que Máximo admire mi cuerpo, pero no voy a trabajar con él. Mi belleza es para mi hombre, y sólo para él.

Pero tengo que trabajar, así que hoy mismo voy a ir a un par de entrevistas que acabo de agendar. No quiero ser una carga, un problema para Máximo. Yo quiero ser su fuente de alegría, un oasis, un solaz.

Quiero ser su mujer y estoy dispuesta a esperar lo que sea necesario para eso. Y también de soportar cualquier represalia de Carla.

Cuando me enteré de que había pedido el divorcio, la tarde de los malogrados *malfatti*, lloré de la emoción. Él sabe que se expone a la furia de su ex, y a la pérdida de pacientes por su reputación arruinada.

Se ve venir un juicio por alimentos, una denuncia de adulterio, el desprecio de sus padres y hermanos. El rechazo de sus pares...

Y todo por mí. Por amarme a mí...

Me duele que luego de una vida de trabajo, por mi culpa tenga que perder tanto... Pero no puedo dejarlo libre, no puedo resignarlo.

Renunciar a él es algo que ni siquiera me puedo plantear como opción. Mi lugar es a su lado en las condiciones que sean, aunque termine haciéndonos más mal que bien, yo quiero estar con él.

Pero no como un objeto decorativo. No deseo ser la muñequita de Máximo.

Voy a ser su mujer... Ese es mi lugar. Y si tengo la necesidad de cantar, si de mi garganta brotan pájaros serán para que él los disfrute.

Y con eso bien claro, y aprovechando que está con un paciente, tomo mi bolso y me voy en busca de ese empleo que estoy necesitando.

Querido Diario que siempre me acompañas, dejame decirte que a pesar de los sinsabores, por primera vez siento que la vida es bella y vale la pena vivirla.

Cuando zafo de Miglietti respiro profundo. Terrible conflicto tiene el pobre, y está sufriendo

mucho, pero quiere sufrir más. Da vueltas y vueltas sobre el mismo punto y no llegamos a ningún sitio.

Hago una mueca cuando me encuentro con una nota de Emilia: “Lobo querido, voy a una entrevista de trabajo. Esperame en la cama, la cena corre por mi cuenta. Te amo”.

¿Lobo? Increíble coincidencia que ella me vea tal cual me siento. Le voy a hacer caso, pero no me hace ninguna gracia que siga con la idea de buscar trabajo de mesera o algo así. Con ese talento increíble... Lo veo como un verdadero desperdicio, y me voy a encargar de que desista de la locura de perder el tiempo sirviendo mesas.

Emilia se merece más que eso, ella se merece todo. Con esa belleza y esa voz... Yo soy el que no la merece, y todavía no puedo creer en la buena suerte de tenerla. Algo bien habré hecho en la vida, para vivir la dicha de contar con su amor.

Debajo de la nota, la muy descarada me deja una bombacha diminuta. Espero que no haya ido a esa entrevista sin ropa interior... La voy a matar, pero a besos.

Suena el portero y me preparo para el siguiente paciente. Hoy no ha fallado ninguno, y eso me alegra... Meto la bombacha de Emi en el bolsillo del saco, mientras consulto la agenda: Pérez y su hija. Veremos qué se traen entre manos...

—Suba, Pérez.

—Ahí voy, Licenciado.

Cuando le abro la puerta me quedo de una pieza. Es Pérez, sí. Pero con Carla a su lado.

—Máximo, tu paciente me ha cedido el turno, ¿no es un encanto?

—Señora, usted se ha metido por delante...

—Lo dicho, un verdadero encanto. Ahora le sugiero que se vaya, y que cuide a esa chica. Al Licenciado aquí presente, le gustan jóvenes...

Antes de que pueda reaccionar, Pérez y su hija huyen despavoridos escalera abajo.

—Carla, no tenés derecho a...

—Callate, Máximo —me dice mientras se mete en el departamento—. ¿No está la chiquita que estás pervirtiendo?

La miro indiferente.

—¿En qué quedamos? ¿Es una puta o la estoy pervirtiendo? Cambiás continuamente de parecer.

—Vos sabrás.

—¿Qué querés, Carla? Si es plata, te deposité ayer...

—No, querido. No es plata por ahora... Tu madre me está ayudando para no caer en la indigencia. Y también está soltando lo que se necesita para el cumple de quince de tu hija...

—Pía no quiere que le festejen el cumpleaños. Ya me lo dijo el otro día...

—¿Y vos te crees que no lo sé? ¿A qué te pensás que vine, Máximo? Necesito que me ayudes a convencer a Pía de que es una buena idea lo de la fiesta.

—Ni lo sueñes. Ella no quiere, ya te lo dije.

—Mirá, te lo voy a decir una vez: si vos hacés que ella acceda, voy a dejar de ponerte las cosas difíciles. Si no lo hacés, la cosa se va a poner peor... Estoy pensando que una carta a la Asociación de Psicólogos puede ser una opción interesante... —me dice con una sonrisa.

Me aterra cuando se ríe así. Es la viva imagen de la locura... Suena tentadora su oferta, y a primera vista parece que no tengo otra que aceptar. Pero no. Ya no me traiciono, ni traiciono a los que quiero, y menos me presto a un vil chantaje como este.

—Te lo repito: si ella no quiere, podés festejar sola porque yo no la voy a convencer de nada y tampoco la voy a obligar a estar donde no desea —le digo con firmeza.

—¡Pero ya tengo todas las invitaciones repartidas!! Y la desagradecida de tu hija no quiso ni pisar el atelier donde le están haciendo el vestido...

—Problema tuyo, Carla. Si la hubieses escuchado... —¡Sos de lo peor, Máximo Aguirregaray! Una verdadera mierda. No quiero volver a verte. Dame las llaves de mi casa ahora...

—¿Tu casa? En un momento fue nuestra, pero ahora

es de tu madre. Igual no me importa, de verdad no me importa nada. Ya te las doy... —le digo mientras meto la mano en el bolsillo para sacarlas y me encuentro con la suave seda de la bombacha de Emilia... Carajo. Las llaves están, pero enredadas en la pequeñísima tanga.

—¿Qué estás esperando? —me pregunta Carla con la

mano extendida. Mueve los dedos con prisa, apremiándome a entregarle lo que de ninguna forma voy a poder hacer, sin sacar todo... Mierda, mierda.

Pero no es necesario. De pronto se abre la puerta y aparece Emilia.

Cuando ve a mi ex, su sonrisa muere de golpe. —Ah, bueno. Ahora estamos todos... —dice Carla irónica.

—Yo... no sabía... Me voy, los dejo solos —dice ella, desconcertada.

—¡No! —exclamo poniéndole más énfasis de lo necesario a mi voz. Mientras Carla se dio vuelta, por fin pude desenredar las llaves, y se las pongo en la mano, sin mirarla—. Acá tenés las llaves. Ahora andate.

—No me pienso ir antes de que definamos tu participación en la fiesta...

—¿Qué fiesta? ¿No entendés que Pía no quiere ninguna fiesta? —le digo, hastiado.

—Máximo..., yo bajo un momento. Tengo que hacer unas compras acá cerca —murmura Emilia, y antes de que pueda impedirlo, se da la vuelta y se va.

Y con ella, lo único que contiene que explote de ira. No puedo creer que esta mujer sea tan estúpida, por Dios. Me provoca tomarla del brazo y sacarla del departamento. Me dan ganas de lanzarla por el balcón...

Carla enciende un cigarrillo y se acomoda en el diván cruzando las piernas exageradamente. Yo me acerco a la ventana y veo a Emi de pie en la vereda, al rayo del sol. No hay derecho...

Estoy a punto de decirle a Carla que se vaya cuando algo me llama la atención. Doblando la esquina viene un vehículo grande, que brilla intensamente.

Mi corazón se paraliza cuando me doy cuenta de que es una limusina blanca. Miro a Emilia, pero ella aún no la vio. Dios, que no la vea. Y si la ve, que no entre en crisis como la última vez...

Estoy en un séptimo piso, y sé por experiencia los ruidos de la calle van a impedir que me escuche. Si no fuese por eso, le gritaría para que se volviese a mirarme mientras el vehículo pasa.

Tengo la esperanza de que no la vea... Pero no. Me doy cuenta por su actitud, aún a la distancia, que ya la vio.

Y hace lo impensado... deja caer su bolso y se echa a correr. Luego, todo transcurre como en cámara lenta...

Emilia cruza la calle sin mirar, huyendo de la limusina, y un coche que viene en sentido contrario la atropella.

Como en un eco se escucha un grito, y mis manos se aferran al barandal con tanta fuerza que mis huesos crujen. No me puedo mover, tampoco puedo hablar. Ni siquiera puedo pensar... Estoy congelado, paralizado por completo. Me falta el aire... Me estoy muriendo.

Emilia es una mancha verde agua en el pavimento. Yo soy una estatua y lo único que viene a mi mente es la idea de que ella ya no está. Y de que yo tampoco quiero estar... Me inclino sobre el barandal y me pasa lo que nunca me pasó. El vacío me atrae como un imán, porque así me siento: vacío. Pero sigo escuchando ese grito... Me molesta, me rompe los oídos y sólo quiero acabar con él.

Emi... No le quito los ojos de encima, y me preparo para volar hacia ella. Si no fuera por ese grito, que me perturba tanto... Y de pronto caigo en la cuenta de que ese grito es mío.

De golpe vuelvo a estar en este mundo, y me pongo a correr como un condenado. Bajo los siete pisos en menos de un minuto y cuando llego a la calle, no puedo ver a Emilia porque un montón de gente la rodea.

Los aparto a manotazos y caigo de rodillas junto a ella.

Está tendida de espaldas y su piel es traslúcida. Una mancha roja como sus labios se empieza a formar debajo de su cabeza...

Lloro como un nene, la beso, la acaricio, le ruego que despierte, que vuelva a mí. Pido ayuda a los gritos, le tomo la mano... Intento levantarla pero alguien me lo impide.

“No la mueva”, me dicen.

Dios, por favor. Nunca fui muy devoto, pero no me la quites. Es una criatura, y si no fuera por mí, en este instante no estaría tendida en la calle sino en la televisión viviendo la vida que se merece un ser tan angelado como ella... Por favor, dale una oportunidad. Si ella vive, te prometo que...

Me apartan de ella. Trato de impedirlo, pero son varias las manos que tiran de mí para alejarme. Paramédicos... Sirenas. Una verdadera pesadilla de la que espero despertar lo más pronto posible.

“Está viva”, me dicen.

Ay, Dios. Gracias, gracias, gracias. Está viva...

La suben a una camilla, y luego a una ambulancia. Se la llevan... No me dejan ir con ella, pero alguien se apiada de mí y me dice: “No estás en condiciones de andar solo, flaco. Te llevo”.

Asiento, y camino tras él como un autómatas. No sé ni a dónde vamos, simplemente me dejo guiar por este desconocido que parece tener muy claro hacia dónde se dirige la ambulancia con Emilia.

En el auto me cubro el rostro con las manos y vuelvo a llorar con ganas. No me importa que me estén mirando, no me importa nada. Sólo quiero llegar y que me digan que Emi está fuera de peligro. Quiero tomarla en brazos y llevarla a casa. Curar sus heridas con mis besos, con mi amor.

Ya no soporto más esta agonía de no saber...

—Llegamos, flaco. Suerte... —me dice el hombre que me trae al hospital. Quiero agradecerle, pero no me sale la voz. Entro corriendo a la emergencia, pero nadie sabe decirme nada.

Me desespero tanto que tomo a un enfermero del cuello y ahí se hace presente el guardia de seguridad que me obliga a sentarme.

Momentos después, me llaman. Quieren datos de Emilia. Les digo todo lo que sé, nombre completo, domicilio, edad...

—Por favor, dígame como está...—le ruego a la persona que me toma los datos.

—Pronto le informarán —me responde.

Me desplomo en una banqueta y me miro las manos... Sangre. Sangre de Emilia... No puedo contener las lágrimas. Me miro en una puerta de vidrio y veo que también tengo el rostro manchado de sangre.

Una enfermera sigue todos mis movimientos, y me señala el baño. Me da un bollo de algodón para que me limpie. Le hago caso... Tengo que ocuparme de algo, porque esta espera me está matando.

La muerte... Dios, qué cerca puede estar la muerte aun cuando uno se siente tan vivo...

—Señor, el médico quiere hablar con usted.

Me paro como un resorte. Me hacen pasar a un consultorio con azulejos blancos de piso a techo.

—Qué tal... —me dice el doctor tendiéndome la mano—. Tengo entendido que usted es la pareja de la paciente.

—Así es. Soy su novio... Dígame cómo está, por favor.

—Mire... ¿Aguirregaray, verdad? Lo que le voy a decir no le va a gustar, pero no hay otra opción: tenemos que esperar. Emilia sufrió un golpe muy fuerte en la cabeza y continúa inconsciente. La tomografía reveló una hemorragia interna no muy grande, y una fisura en el cráneo, además del corte en el cuero cabelludo que acabamos de suturar. Lamento decirle que, por el momento, ella se encuentra en coma.

Coma... Dijo “coma”. Por Dios... Es grave, muy grave.

Me quiero morir... El médico se da cuenta de mi desesperación e intenta tranquilizarme.

—Mire, con ponerse así no ganamos nada. Usted tendría que ir a su casa, darse una ducha, traer los efectos personales de su novia... Avisar a la familia... Dudo de que podamos saber algo antes de las próximas cuarenta y ocho horas, así que a armarse de paciencia y a no perder las esperanzas, Aguirregaray —me aconseja.

Sin dudas es más fácil decirlo que hacerlo...

¿Avisarle a la familia? Coco. Él debe saber la forma de hacerlo.

Mi amigo no puede creer lo que le estoy contando... Está consternado. En menos de media hora lo tengo en el hospital conmigo.

—¿A quién le aviso, Máximo? ¿A la madre?

No sé qué decirle. Trato de pensar qué querría Emilia.

—Creo que mejor a la hermana, Coco. Dale mi número y decile que yo me voy a ocupar de todo y que la voy a mantener al tanto.

—¿Cuánto hace que estás acá?

—No sé.

—Yo sí sé —dice la recepcionista—. Hace seis horas y no ha comido ni ha bebido nada. El doctor Duarte le dijo que se fuera, pero no hace caso. A ver si usted puede convencerlo...

—Máximo, ella tiene razón. Tenés que conservar las fuerzas, y esta no es la forma...

—Coco, me estoy muriendo...

—Ya lo sé.

—La limusina... Fue la limusina.

—¿Qué limusina? Contame qué fue lo que pasó, por favor.

—Emilia vio venir una limusina blanca, igual a la del programa y se asustó. Salió corriendo como un caballo desbocado y cruzó sin mirar...

Mi amigo mueve el cabeza, atónito.

—Qué terrible... Pobre chiquita —me dice con los ojos llenos de lágrimas.

Yo creo que voy a volver a llorar, pero me equivoco. Me parece que ya no me queda ni una sola. La mañana siguiente me encuentra durmiendo en una silla, con la misma ropa ensangrentada, y el mismo corazón destrozado.

Pero yo no siento incomodidad, no siento nada. Lo único que deseo es que me digan que Emilia está bien.

De pronto aparece el doctor Duarte y me dice que no hay cambios. Ella sigue en coma, pero puedo pasar a verla.

—Háblele, Aguirregaray. Quizás ella pueda escucharlo y se esfuerce por salir de ese estado.

Entro a la habitación y cuando la veo siento que me mareo. Las piernas no logran sostenerme, y me afirmo a una silla para no caer.

Emilia está tan pálida como ayer, y esta vez eso incluye sus labios. La única nota de color en su rostro perfecto son sus largas pestañas negras.

Tiene una aguja en el brazo, y está atada a la cama.

La veo tan inmóvil que por un momento me asalta la duda de si está respirando. Me acerco, vacilante.

Levanto una mano pero no me atrevo a tocarla. La siento tan frágil. Es su cuerpo, pero ella no está allí. Las lágrimas corren por mis mejillas y yo me las seco con el dorso de la mano.

—No debe llorar —me dice la enfermera—. Su tarea debe ser contenerla y darle ánimos.

—Perdón.

Trago saliva y me siento a su lado. Mi mano temblorosa se acerca a la suya y cierro los ojos al sentirla tan fría. Está realmente helada...

—Emi... —comienzo a decir, pero se me quiebra la voz. El médico me dijo que le hablara, pero yo no sé qué decirle. Lo único que sé es llorar como un estúpido y besarle la mano—. Ay, Emilia... Sé que no debo llorar, pero ¿cómo hago, mi amor? Si no sé qué estás sintiendo, no sé si te duele. Por favor, despertate. Abrió tus soles para que regrese la luz a mi vida... Hacílo por mí, porque no soporto estar sin tus besos, sin tu voz. Canté para mí otra vez, Emi, te lo ruego...

Pero ella no se mueve. Sus ojos permanecen cerrados, y yo me quiero morir. Es tal la impotencia que me invade que se me cierra la garganta y me falta el aire.

—¿Se siente bien? —me pregunta la enfermera. —No.

—Venga que le tomo la presión...

—No.

—Como lo prefiera —dice finalmente, y se va de la habitación.

Estamos solos ahora.

—Emilia, te prometo que nada podrá hacerte daño. Te voy a cuidar, mi vida. No te voy a dejar ni un minuto. Pero necesito que hagas el esfuerzo y vuelvas a mí... Por favor, por favor, por favor...

Y así me encuentra la enfermera cuando regresa minutos después para sacarme de la habitación. Rogándole que despierte con desesperación...

Me obligan a marcharme. “Suficiente por hoy. No hay que sobrecargar a la paciente”.

La paciente... Emilia es ahora “la paciente”. No es Mili, no es “la de Gran Hermano”. Es “la paciente” y se me caen las lágrimas al pensar lo que eso significa. Ella está padeciendo, ella

sufre.

Haría lo que fuera para evitarlo, pero no está a mi alcance. Daría la vida por ella si fuese necesario, pero no es lo que está necesitando. Dios mío, si yo supiera que puede ser lo que la haga salir de esto...

En principio, hace falta dinero. Me lo dicen directamente, y yo les respondo a todo que sí. Tengo un plazo fijo que se vence en un mes, y voy a hablar con Mariel a ver si me lo dejan sacar antes.

Si no es así, estoy muerto. Coco está endeudado hasta las bolas, y a mis viejos no les pediría nada. Quizás me den un préstamo con la garantía del depósito... No sé de dónde va a salir, pero Emilia va a tener la mejor atención médica, y se va a recuperar. Y con ese convencimiento me decido a encarar la vida de forma más constructiva.

Apelo a mi resiliencia y dejo de alimentar mi dolor, porque ella me necesita, y yo voy a estar fuerte y entero para darle lo que requiera.

—22—

No sé qué es más difícil, si vivir sin sus ojos o vivir sin su voz. Si cierro los míos puedo evocarla cantando... La imagino en la ducha, con la espuma recorriendo su cuerpo, mientras pone el alma en la canción. Así lo hace siempre. En el baño o en un escenario, Emilia canta con el corazón... Necesito escucharla, pero más necesito su mirada. Extraño sus hermosos soles, a veces cálidos, a veces llenos de furia. Me gustan verdes como uvas maduras cuando mira más allá de mí, pensativa. Y los adoro cuando se transforman en esmeraldas si el deseo se apodera de ella. Las pocas veces que los vi melados, los tenía llenos de lágrimas y era por mi culpa. Me duele tanto recordarlo.

Hablo en presente, porque no puedo resignarme a que este cuerpo que yace inerte, no tenga dentro a la mujer que amo. No puedo estar sin sus soles, así que me inclino sobre ella y me siento un trastornado al abrirla suavemente los párpados. Sus pupilas son oscuras, vacías. No está Emilia allí, no hay dudas.

Me desplomo en la silla y apoyo mi mejilla en su mano. Y una vez más, me largo a llorar. Estoy desesperado, para qué negarlo.

Ya pasó una semana y Emilia no reacciona. No hay avances, no evoluciona su estado ni positiva ni negativamente.

Todo permanece igual que el primer día, salvo por la herida en su cabeza que está completamente cicatrizada. No hay un solo rastro en su cuerpo del accidente, ni un solo moretón, ninguna escaldadura.

Nada, salvo que no despierta. Respira acompasadamente, pero no se mueve.

La han visto varios especialistas, todos los que pude pagar y los que no también. El tema del dinero fue algo que me torturó durante días, primero por no disponer de él, y segundo por comprobar que las puertas que se me cerraron fueron las más inesperadas.



Primero intenté con el banco. No hubo caso... Mariel movió cielo y tierra para lograr que me devolvieran el dinero antes del final del plazo, pero fue inútil. Ni ella, ni Victoria, su jefa, pudieron convencer al director del banco de hacer una excepción, así que por veinte días más, ese dinero va a continuar en el banco sin tocarse.

Intenté pedirles un préstamo, pero me exigieron una garantía de propiedad que no tengo, ya que el departamento donde vivo es alquilado, y la casa que creí que tenía con Carla, ya no la tengo.

Pero necesitaba urgentemente ese dinero... Tuve que hacer lo que jamás soñé que iba a hacer: recurrir a mis padres para que me salieran de garantía. No era mi intención pedirles un préstamo, después de todo lo que Carla les había sacado a mis espaldas. Solo pretendía que me otorgaran un aval para poder obtener ese dinero del banco.

Jamás pensé que me lo iban a negar, jamás.

Me preguntaron para qué lo necesitaba, y cuando les dije la verdad no tuvieron el menor reparo en decirme que no.

“Lo único que nos falta, Mercedes. Salir de garantía para una *rompehogares*...”

No sé cómo hice para contenerme y no golpearlo. Mejor dicho sí sé: la esperanza de lograr mi objetivo fue lo que mantuvo mis puños lejos del rostro de mi padre.

“No es a ella a quien le saldrían de garantía, sino a mí. Es una cuestión de vida o muerte, papá. No te pediría algo así, si no lo necesitara de verdad, y vos lo sabés...”

Pero tanto él como mi madre fueron implacables.

“La respuesta es no, Máximo. No te metas en deudas por esto... Ya sabés que nosotros nos hicimos cargo de tu hipoteca para que tus hijos tuviesen algo. No queremos que...”, comenzó a decir mi madre, pero yo no tenía tiempo para escucharla. Mientras ella decía estupideces, la vida de Emi corría peligro.

“Mamá, si no quieren salirme de garantía, présteme el dinero que necesito. En unos días se vence un plazo fijo que tengo en el Banco del Plata y voy a poder devolverles...”

“No”, y la voz de mi padre sonó terminante. Tanto que no intenté insistirle, ¿para qué continuar humillándome? Estaba seguro de que sería en vano.

Me fui sin mirar atrás. Sabía que sería duro, pero nunca imaginé cuánto.

Pero no me duele. Lo único que puede causarme dolor y hacerme estremecer de pies a cabeza es perder a Emilia. No hay otra cosa que me afecte más, que me aterre más.

Volví al hospital derrotado y sin saber qué puerta tocar, y allí me encontré con la hermana de Emi que acababa de llegar. Estaba con Coco, y tenía la tristeza plasmada en el rostro.

La reconocí de inmediato, pues se parece mucho a ella. La misma piel blanquísima, igual complejión física. El pelo de Natalia es algo más claro que el de Emilia, y sus ojos son café y no verdes, pero es innegable que hay un parentesco entre ellas.

Cuando mi amigo me la presentó, sentí que ella era la única persona que lamentaba tanto como yo lo que estaba pasando. El abrazo sincero que me dio, me lo hizo notar, y por primera vez desde que comenzó esta pesadilla tuve que darle consuelo a otra persona.

Fue quedarnos solos y ponernos a hablar como si toda la vida nos hubiésemos tratado. Lo que Natalia me dijo me llegó al corazón...

“Emilia está enamoradísima de vos. Me doy cuenta de que es recíproco y eso me llena de alegría”.

“Que no te quepa la menor duda. La adoro, y voy a estar junto a ella ahora y siempre”, respondí.

“Máximo, Emilia sólo nos tiene a nosotros. Mi viejo vive en España y aún no le dije nada. La madre sufrió un bajón de presión y prefirió quedarse en Carmelo. Creo que viene en camino un exnovio de Emi, Fernando, a pedido de ella...”

“Fernando... No es la primera vez que lo envía en su nombre. No lo quiero acá, Natalia. No voy a permitir que se acerque a Emilia.”

Ella asintió.

“Estoy de acuerdo. No tiene nada que hacer acá... Lo voy a llamar y se lo voy a decir. La mamá de Mili es muy especial, ya te voy a contar.”

Y lo hizo. Hablamos mucho, y en toda esa charla

salió el tema del dinero. Me desahogué con ella, no pude evitarlo. Pero le aseguré que lo iba a conseguir y que su hermana iba a tener la mejor atención.

No dijo nada, pero la noté preocupada. Y no era para menos...

Pero no pudimos seguir lamentándonos porque una enfermera nos anunció que podíamos pasar a ver a Emi. Me partió el alma ver a Natalia llorar...

“Ay, Mili, Mili... Por favor, decime algo... Te quiero tanto hermanita...”

Yo no pude hablar, tenía un nudo en la garganta.

Ya afuera de la habitación, café de por medio, Natalia me contó cosas de Emilia que yo ignoraba.

Todo empezó comentando lo delgada que se veía luego de tan solo una semana de no alimentarse por sus propios medios.

“Mili deja de comer unos días y desaparece... Hace mucho tiempo, hubo que internarla y pasarle suero, incluso”, me contó.

“¿Cuándo fue eso?”, pregunté, intrigado.

“La primera vez, fue luego del accidente. Más adelante, ya adolescente, le diagnosticaron anorexia, pero logró superarlo.”

El accidente..., ¿qué accidente? Se lo pregunté,

intrigado. No podía creer que Emilia sufrió más de uno en su corta vida.

“No fue Emilia quien protagonizó el accidente, sino mi hermano.”

Me quedé helado. No sabía que tenían un hermano... A Natalia le temblaban las manos cuando me contó.

“Él tenía sólo diez años... Lo atropellaron en Carmelo, en un camino vecinal. Mili fue la primera en llegar, la primera en ver el cadáver de mi hermanito. Ambas teníamos seis años, y Patricio era hijo del primer matrimonio de mi mamá, que había muerto de cáncer diez días atrás. Sí, Máximo. Perdí a mi madre y a mi hermano casi en la misma semana... Y nunca encontraron al culpable, nadie vio nada, nadie escuchó nada. Después de eso, tanto Mili como yo cerramos la boca. Ella dejó de comer, y yo dejé de hablar... Papá hizo lo que pudo. Durante mucho tiempo no volvimos a Carmelo... Mili tenía a su mamá, pero yo no tenía a nadie más que a él y mi abuela Margarita. Ambos se dedicaron a mí, y me sacaron adelante... Pero mi hermana se quedó con Nancy, y eso es suficiente para volver loco a cualquiera...”

Dios, qué horror. Emilia debió vivir un infierno... Seis años, anorexia. Una muerte en la familia... “¿Emilia sufrió mucho la muerte de tu hermano?”

“Sí. Ellos eran muy cercanos. Papá se enamoró de mi mamá estando casado con Nancy, y embarazó a ambas. Mili y yo tenemos la misma edad. Ellos eligieron vivir ese amor, y la madre de ella jamás lo superó. Sin embargo, mantuvimos estrecho vínculo con Mili. Íbamos con frecuencia a Carmelo, ya que papá, además de músico, entrena caballos y tenía mucho trabajo allí. En esos viajes, mi hermano Patricio venía con nosotros y jugamos los tres juntos. Éramos muy felices...”

“Qué terrible...”, le dije, conmovido.

“Ese accidente nos arruinó. Fue el peor día de mi vida y no fue sólo por la muerte de mi hermano. Máximo, ese accidente evitó que fuese abusada...”

“¿Cómo?”

“Sólo he hablado de esto con mi terapeuta... Con Mili no volvimos a mencionar nada relacionado a ese horrible día.”

“Podés contarme, Natalia. Yo lo voy a tomar como un secreto profesional, te lo prometo”, le digo intentando que me cuente qué le sucedió.

Ella baja la mirada.

“Había un caballo que yo admiraba mucho... Era hermoso, blanco como la nieve. Entré a la caballeriza y allí estaba... Y también había un señor. Me dijo que me lo iba a regalar si yo era buena con él. Me... dijo que... me acercara. Yo era tan inocente... Se abrió el cierre y sacó...”, no pudo continuar porque se le quebró la voz.

La tomé de la mano y me miró llena de gratitud. El sudor le perlaba la frente y se notaba que estaba haciendo un gran y necesario esfuerzo. Estaba transpirando dolor, dolor del peor tipo, de ese que se guarda por años...

“Yo me asusté y me quise ir, pero ese hombre tomó la fusta... Me ordenó que lo tocara. Me morí del asco, pero lo hice... Aún recuerdo cómo las lágrimas se deslizaban por mis mejillas. Y luego me levantó la falda... Máximo, ese hombre me habría violado si no hubiese sido por el grito de Mili cuando encontró a mi hermano muerto a metros de allí. Jamás voy a olvidar ese grito... Fue como un aullido, algo totalmente desgarrador. El hombre se abrochó el pantalón y salió de la

caballeriza y yo aproveché para huir... Me salvé de milagro, pero mi hermano murió”, murmuró llorando y en ese momento me di cuenta de que se estaba echando la culpa. Seguramente su inconsciente creía que su hermano tuvo que morir para evitar la violación. No podía evitar asociar ambas cosas, pobre muchacha.

“Debió ser terrible para todos. No lo denunciaste, pero aún te duele”, afirmé.

“Aún me duele..., repitió. “No sé por qué te estoy contando esto a vos, y nunca llegué a hablarlo con Mili. Ambas sufrimos un trauma intenso esa tarde, y a ambas nos quedó el síntoma de mantener la boca cerrada. Recuerdo que cuando me desesperaba mucho, sólo encontraba alivio mordiendo mi cabello... Mi hermana, en cambio, dejó de comer y decidió olvidar. Ella no recuerda nada de ese día.”

Natalia se fue a hablar por teléfono con su familia cuando una rara sensación se apoderó de mí. Había algo que me perturbaba... y de repente supe qué era. La limusina blanca... Estaba seguro de que tenía algo que ver. ¿Sería posible que Emi hubiese presenciado el accidente? ¿Sería una limusina blanca la responsable? Dios, los pensamientos comenzaron a sucederse uno detrás de otro. Quizás su inconsciente lo sepultó pero el síntoma logró salir de alguna forma. Primero la anorexia, y ahora los ataques de pánico cuando se enfrenta a ese estímulo que la perturba tanto. Y luego comencé a sentir que estaba a punto de descubrir el misterio que rodea los temores de Emilia. Pero no pude seguir reflexionando sobre eso, porque Natalia volvió con una sonrisa de oreja a oreja.

“Tenemos el dinero”, me dijo pasándome su celular.

¿Qué es lo que quería decir con eso? Tomé el teléfono y me encontré con la voz de un hombre con un leve acento centroamericano. Me explicó que es el primo de Nati y Mili, y que le pasara mi número de cuenta que me iba a girar el dinero que necesitaba de inmediato.

Alex Vanrell en realidad era el marido de Verónica, la prima de las chicas, y tan rico como generoso. Acepté, no pude hacer otra cosa, y le prometí que en un mes le devolvía el dinero. Me dijo que no me preocupara, y que hiciera lo que tuviera que hacer para que Mili volviera a estar bien.

Cuando corté, miré a Natalia y por primera vez en varios días sonreí.

“Te lo agradezco tanto...”, le dije, conmovido. “Es mi hermana”, me recordó. “Y tanto Vero como

Alex la quieren mucho. El dinero ya no es un problema ahora. Despreocupate”, afirmó correspondiendo a mi sonrisa.

Tenía razón... Un problema menos. Pero aún con todo el dinero del mundo, hay algo que no se puede comprar: un milagro.

Porque eso es lo que necesitamos ahora...

Vuelvo a inclinarme sobre Emilia y le beso la frente, y se la vuelvo a besar muchas veces.

—Te quiero, mi vida... —susurro. Y antes de que entre la enfermera la beso en los labios y un estremecimiento me recorre entero.

Salgo para que dejen entrar a Natalia, y me siento en la sala de espera. De espaldas a mí, dos mujeres hablan en voz alta y no puedo evitar darme cuenta que es de Emilia.

—Es la de Gran Hermano... La que se fue de la casa porque extrañaba al novio...

—Qué chica tan mona... Pobrecita. Dicen que canta como un ángel. Bueno, cantaba... Porque parece que quedó como un vegetal.

La indignación me ciega, la ira se apodera de mi alma. Tengo ganas de gritarles que no es así, que ella va a despertar y va a volver a cantar como un ángel, pero de pronto me descubro cansado, infinitamente cansado.

—Yo quisiera saber si el novio la va a querer... Te apuesto que ya debe andar con otra.

—Seguro, nena. Mientras fue famosa, y se pudo aprovechar de eso y de su belleza, todo bien. Pero ahora que ella está postrada, seguro que se tomó los vientos... Los hombres son así.

Viejas de mierda, no tienen ni idea... No podrían concebir ni entender la magnitud de mi amor por ella. ¿Dejarla? Jamás... Si a ella le pasa algo, yo me muero. Si tengo que cuidarla toda la vida, lo voy a hacer con gusto. No hay nada que pudiera hacer que me aleje de Emilia.

—Dicen que el tipo es casado y que dejó a la familia por ella.

—¿Viste, Elenita? Acá se hacen y acá se pagan.

Me pongo de pie y me alejo. Ya no puedo soportarlo...

Suena mi móvil, y es Juan. Tanto él como Pía llaman todos los días interesándose por Emi.

Quieren venir, pero les pido que no lo hagan. No tiene caso. Agradezco su apoyo, pero en esto estoy solo. Sólo cuento con Natalia, que la quiere tanto como yo, si es eso posible.

Me acerco a una ventana y tomo una gran bocanada de aire, pero la pesadilla sigue. ¿Hasta cuándo por Dios? No quiero que las esperanzas me abandonen, pero ya pasaron tantos días...

—¡Máximo! —grita Natalia a mis espaldas desde la puerta de la habitación de Emilia—. Busca al médico ya. ¡Mili acaba de abrir los ojos!

—23—

Corrí esos pocos metros como si mi vida dependiese de eso. Y realmente era así... Con el corazón en la mano entré a la habitación y comprobé que Natalia decía la verdad. Emilia yacía de espaldas como siempre, pero sus ojos estaban abiertos y clavados en el techo.

Con lágrimas en los ojos me acerqué y me incliné para tomarle el rostro con ambas manos.

—Mi vida...

Ella dirigió lentamente su mirada hacia mí y yo me quedé sin aire. Sus ojos estaban apagados. Como el día en que la conocí, ella me miraba pero no me veía. Esta vez no había confusión en su mirada, ni intentaba con desesperación enfocarme: simplemente veía a través de mí, como si yo fuese transparente. Luego de un par de segundos, volvió a dirigir sus ojos al techo.

—Máximo, voy por el médico... —murmuró Natalia a mis espaldas, pero yo no me volví a mirarla. Solamente asentí y volví a insistir con Emi.

—Emilia mirame...

Nada... Ni siquiera pestañeó al escuchar su nombre.

La volví a tomar del rostro y la obligué a mirarme a los ojos.

—Mili, te quiero...

Pero ella seguía con esa extraña expresión. Había despertado, pero no estaba conmigo.

No supe qué decir ni qué hacer. Mientras el médico la examinaba y le hacía preguntas que ella jamás respondió, permanecí en la habitación paralizado, aterrado por completo.

Jamás había imaginado algo así. Siempre pensé que cuando ella despertara, todo volvería a ser como antes... Pero no. Emilia había abierto los ojos, pero aparentemente era todo.

No siguió ninguna de las consignas del médico. Parecía una muñeca rota, inmóvil, distante, con la mirada invariablemente fija en el techo.

Le hicieron una nueva tomografía que no reveló absolutamente nada malo.

Todo estaba bien en su cuerpo, y no había una sola razón física que la mantuviese ausente del mundo, pero lo cierto es que lo estaba.

El psiquiatra de turno dijo que había que esperar. Hice traer un especialista, una verdadera eminencia, el cual dijo exactamente lo mismo.

Le llamé “un bloqueo” a lo que estaba padeciendo Emilia.

Como profesional de la salud he visto varios bloqueos, pero ninguno tan severo como este.

Es como si fuese un robot. Su voluntad ha sido anulada.

La muevo como una muñeca cada mañana. La incorporo en la cama y así se queda, la hago bajarse de ella y permanece de pie, completamente inmóvil. Tiro de su mano y camina; si me detengo, ella también.

Con la cuchara toco sus labios y abre la boca. Mastica lentamente, traga. Pero no hace ningún gesto indicando que desea más.

Hace ya tres semanas que Emilia abrió los ojos, y no hay ningún cambio. Está despierta, pero es como si no lo estuviese.

Ayer intenté con música, ya que no parece tener interés en mirar la televisión, pero no hubo reacción alguna, ni siquiera cuando su tema favorito de Los Nocheros invadió la habitación.

“Voy a comerte el corazón a besos... a recorrer sin límites tu cuerpo...”

Nada, nada, nada.

Estoy desesperado y ya no sé qué hacer. Desayuno deprisa y me voy al hospital. Y de pronto recuerdo que es el cumpleaños de mi hija.

Sus quince...

Pía se ha mantenido en su negativa con lo del festejo: no lo quiere por nada del mundo. Su madre debe estar desesperada...

Tomo el teléfono y enseguida me atiende con su vocecita de niña.

—Feliz cumple, mi amor —le digo, pero mi voz no suena lo alegre que debería.

—Gracias, papá. ¿Cómo está Mili? —Es lo primero que me pregunta como cada vez que la llamo.

—Igual... Pippa, con esta locura no te compré nada. ¿Hay algo que desees en especial o puedo improvisar?

—No te preocupes por eso.

—¿Cómo no voy a hacerlo? Mi hija preciosa cumple quince años, y eso amerita un lindo regalo. Decime que querés —le digo. Pero ella insiste en que no desea nada. La noto triste, y eso aumenta mi desazón también.

—Lo que quiero no se compra, papi. Deseo que Mili se recupere, y que mamá se deje de romper con lo de la fiesta porque no voy a ir.

—¿Ella lo sabe?

—Sí, y aun así siguió adelante.

—¿Qué vas a hacer esta noche, entonces? —Huir —me dice de inmediato. Qué sola la siento, y cómo me abrumba el sentirla así.

—No quiero que andes por ahí sin que nadie sepa dónde estás. Qué te parece si almorzamos juntos y luego te vas a mi departamento. Eso sí, dejale una nota a tu madre diciéndole que estás conmigo.

—Me parece genial. Voy al hospital ahora mismo. —Pippa... Mejor nos encontramos en el shopping. Este no es lugar para tener un almuerzo de cumpleaños.

—Será allí, papi. No vamos a dejar sola a Mili. —Ella... no va a notar la diferencia, querida.

—Pero yo sí. Quiero almorzar con ambos. Recojo mis cosas y voy para ahí —me anuncia antes de cortar.

Tiene razón. Es más por mí que por ella, lo que hace que permanezca a su lado hora tras hora, aunque parezca ni siquiera notar mi presencia.

Sólo me ausento para atender a algún paciente que no pude derivar, y para cumplir con la armería y los perfiles para porte de armas, que sigue siendo mi principal fuente de ingresos.

Si bien ya me liberaron los fondos en el banco, los usé para devolverle al primo de Emi el dinero que me prestó, así que necesito generar más, y no solo para continuar cubriendo los gastos del hospital, sino también para pasarle la manutención a Carla.

Dinero, dinero... De algún lado va a salir. Lo que no puedo conseguir es esperanza.

Día a día van muriendo mis ilusiones de que Emilia vuelva a ser lo que era.

El día en que abrió los ojos creí que toda la pesadilla había llegado a su fin, pero no hizo más que comenzar. Porque verla despierta en esa situación es desesperante. Y saber que no hay nada que podamos hacer para desbloquear su psiquis lo es aún más.

—Hola, Máximo.

—Hola, doctor.

El médico de Emilia nunca fue optimista, pero en estos últimos días lo siento hasta pesimista. Estamos en la puerta de la habitación y me muero por entrar a verla, pero parece que tiene algo para decirme.

—Tengo que hablar con usted.

—Lo escucho.

—Mire, Máximo, la situación de Emilia, si bien no se puede asegurar que sea irreversible, es algo que se puede mantener por mucho tiempo. En el hospital creemos conveniente que busque un lugar donde puedan atenderla bien, ya que aquí, y por el momento, nada más podemos hacer por ella.

—Eso quiere decir que...

—Que en unos de días tendrá que irse. Estuve averiguando y hay un par de instituciones que podrían hacerse cargo...

—No.

—¿No?

—Yo mismo voy a hacerme cargo. Me la llevo a casa.

—Pero ella necesita ciertas atenciones...

—Que yo le voy a dar. Y lo que no pueda, lo contrataré. ¿Necesita una enfermera? La va a tener. ¿Un

fisioterapeuta? También. Voy a darle todo lo que sea necesario, doctor.

—No tengo dudas, Máximo. Pero... ¿y usted? —¿Qué quiere decir?

—¿Va a renunciar a vivir por cuidar de ella? Porque

déjeme decirle que a Emilia puede llevarle mucho tiempo reaccionar, si es que alguna vez lo hace. ¿Usted va a hipotecar su vida por algo así?

Lo miro en silencio. Este hombre no tiene ni idea de lo que es el amor... Siento pena por él, pero no se lo digo. En cambio le respondo simplemente:

—Sí.

Y sin mediar otra palabra entre nosotros entro a la habitación.

Como cada mañana, Emi está recién bañada, sentada en una silla escuchando música.

¿Escuchando? Ojalá. Lo cierto es que no parece hacerlo, o por lo menos no parece afectarle como desearía. Pero lo intentamos, por consejo de Natalia.

Ella se mostró tan decepcionada como yo, por el “despertar” de su hermana. Durante días le hablé y le hablé. Hizo lo imposible por hacerla reaccionar, pero sin éxito.

Finalmente tuvo que regresar a Montevideo, porque podría perder su trabajo. Lo hizo con lágrimas en los ojos, y un inmenso dolor reflejado en su rostro.



—Volveré en cuanto pueda —me aseguró cuando me abrazó.

Pobre Natalia. Imagino que estando lejos, todo es más difícil. Recibo sus llamadas a diario y me duele tener que decirle que no hay cambios.

Y al parecer hoy tampoco será el día.

Con la cabeza baja, el cabello mojado le cubre el rostro como una cortina. Me arrodillo a sus pies. Con una mano le aparto el pelo y con la otra la tomo del mentón y le elevo la cara de modo que sus ojos queden a la altura de los míos. Nada. Emilia no está allí.

Dios..., ¿hasta cuándo? Dios... De pronto recuerdo la frase de Dostoievski “Sin Dios todo es posible...” ¿Todo es posible? ¿Incluso que Emi vuelva a mí? ¿Es Dios el responsable de tanto dolor? Se me dificulta creerlo, sobre todo cuando mi corazón me dice que sólo él puede hacer el milagro. Él es el todopoderoso, él puede devolverme a Emilia. Para Dios no hay imposibles y así como estoy, hincado a sus pies, apoyo mi cabeza en su regazo y por primera vez en la vida me pongo a orar...

“Por favor, te lo ruego. Hacé que la mujer que amo vuelva a ser la que era. La salvaste, pero ahora necesito que le des la vida otra vez. Y de paso, dámela a mí también, porque sin ella yo no quiero seguir...”

—Papá...

Me levanto y abrazo a mi hija. Le beso la frente una y otra vez.

—¿Nada?

—Nada...

“Nada prohibido entre vos y yo, Máximo...” Todas las palabras me conducen a ella... ¡Cómo duele recordar!

Pía se acerca y toma una de las manos de Emilia. —Hola, Mili.

Se queda esperando, expectante. Las esperanzas no la abandonan, y la envidio por eso.

—Hoy es mi cumpleaños —prosigue—. Mis quince... Ay, Mili. Si te dijera que este día es...

De pronto se interrumpe y se dirige a mí.

—Hey, ¿podrías dejarnos solas? Esto es... algo de chicas.

Alzo una ceja, incrédulo. Mi hija quiere hacer catarsis con Emilia, que no la ve ni la escucha. Quiere contarle todo a mi hermosa muñeca rota, que hoy se ve más linda que nunca. Pero no me engaño, ella no es mía.

Le hago caso, sin embargo. Me retiro sin decir una sola palabra.

Un par de horas después, y luego de haber almorzado juntos (Pía insistió en ser ella quien le diera de comer a Emi), mi hija se va a mi departamento y yo le prometo ponerle el pecho a las balas.

Porque sin dudas la ira de la madre que se va a quedar vestida y sin visitas con la bendita fiesta, va a caer sobre mí.

Y no me equivoco ni un poquito.  
Pasó toda la tarde llamándome, pero no la atendí.

Estaba demasiado ocupado buscando una enfermera competente que me ayude cuando Emilia esté en casa. Antes de ir en busca de Pía, le besé la frente y la arropé, igual que cada noche desde hace más de un mes.

—Te amo, Emi —susurré en sus labios. Y con lágrimas en los ojos me fui, pero con ganas de quedarme y meterme en la cama con ella.

En el camino de regreso, me sonó el móvil. Número desconocido... ¿Y si era del hospital? Detuve el auto y me apresuré a responder.

—Hola.

—Máximo, por favor, no cortes.

Mierda, era Carla. La muy astuta me llama desde otro teléfono para que la atendiera. Bueno, le prometí a mi hija enfrentarla y lo voy a hacer.

—Si vas a insistir con lo de la fiesta...

—Voy a hacerlo. Si tengo que rogarte lo voy a hacer... ¿La nena está contigo?

—Digamos que yo sé dónde está, pero no voy a mover un dedo para que cumpla tus deseos en contra de los suyos —me apresuré a aclararle.

De todos modos, la encontré distinta. Sonaba desesperada, lo que era bastante entendible ya que eran casi las nueve y se escuchaban las voces de los invitados. Pero había algo más que no alcanzaba a definir.

—Necesito que Pía venga y no es sólo por lo que te imaginás —me dijo con la voz temblorosa.

—¿Qué es? —pregunté intrigado.

La escuché suspirar. Y luego me pareció que lloraba. Sí, estaba llorando.

—Máximo, me estoy arruinando el maquillaje por tu culpa.

—Quizás no necesites esa máscara, porque no creo que Pía acceda a presentarse —le dije sin piedad. —¡Tiene que venir! El vestido está listo en su dormitorio, la gente está llegando, y además...

—¿Me lo vas a decir o no?

—Vino papá.

Carajo. Eso sí que era una novedad...

El padre de Carla abandonó a su madre siendo muy

niña, y ella siempre creyó que era la culpable, que había hecho algo mal y por eso su padre se marchó. Nunca más supo de él, y a pesar de haber iniciado varias terapias a instancias mías, jamás pudo superarlo. A simple vista el tipo parecería un desalmado, pero la cuestión es que todo el que lo conoció ponderó siempre su calidad humana, y su afán por ayudar a todo el mundo. Fundó varios comedores infantiles, ayudaba en barrios pobres... Su bondad fue legendaria. Sin

embargo desapareció, se fue del país hace más de treinta y cinco años, o eso es lo que supimos al menos.

—¿En serio?

—Está enfermo. Cáncer... Quiere conocer a sus nietos. Quiere bailar con su nieta quinceañera el vals tradicional...

—Carla...

—Se fue porque nos amenazaron de muerte. Sus ideas... socialistas. Tenía que alejarse...

—Entiendo.

—Pero ahora está aquí, y quiero mostrarle que algo hice bien —murmuró con un hilo de voz.

Por un momento no supe ni qué decir ni que hacer. Finalmente accedí. Por mi exsuegro al cual no conocí, por mi hija, que se merece conocer a su abuelo, y también por Carla. Por la niña herida que fue, y que quizás hoy pueda curar a la mujer malvada en que se ha convertido.

—Espero que no me estés mintiendo. Voy a intentar convencerla...

—Gracias.

—Yo mismo la voy a llevar, si es que accede. Necesito por lo menos una hora.

—Va a decir que sí. A vos no te niega nada... Tengo que pedirte otra cosa, Máximo.

—¿Qué es?

—Yo sé que lo que le pasó a tu... novia es horrible, y que no estarás con ánimos de ir a una fiesta pero...

—No me pidas eso.

—No te lo pido por mí, ni por Pía. Sólo que no te merecés privarte de bailar el vals con tu única hija...

Me quedé atónito. No se me había ocurrido pensar en eso.

—No sé si...

—Máximo, Pía se está convirtiendo en una mujer, y tiene toda la pinta de ser más lista que nosotros dos. No va a vivir una vida convencional, y puede que jamás formalice un matrimonio. Esta va a ser la única oportunidad de que bailes con ella un vals... Será un lindo recuerdo, ¿no? Quizás. Pero primero tengo que convencerla y no me va a ser fácil.

—Si ella quiere... solamente el vals y me voy.

—Por supuesto.

—No te prometo nada.

—Ya lo sé.

Dios, en qué lío me metí.

Cuando llego a mi departamento encuentro a mi hija con la cara verde. Se ha puesto un menjunje que descubrió en internet y que al parecer es infalible para el acné.

—No tenés acné, Pippa.

—Bueno, para prevenirlo entonces.

La ayudo a lavarse y luego se lo digo. Me escucha con la boca abierta.

—¿El abuelo Ernesto?

—Sí. Y es una enfermedad bastante jodida. Por un momento se me queda mirando... Y luego se pone de pie de un salto.

—Rápido, papá. La bruja debe estar impaciente...

Vamos por el vestido, que quiero conocer a mi abuelo. —24—

Casi dos horas después llegamos a la dichosa fiesta.

Una Carla con los ojos inyectados en sangre nos recibe en la puerta. A su lado, Juan sonríe y un anciano muy alto y muy digno llora en silencio.

—El abuelo Ernesto... —murmura Pía, antes de que me baje a abrir la puerta. En ese momento reparo que toda su atención está concentrada en ese hombre con el que tantas veces fantaseó encontrarse.

La ayudo a salir, y camina hacia él.

—Hola, abuelo. Qué suerte que viniste... —le dice sonriendo.

No es momento ni para preguntas, ni para reproches.

—Hola, preciosa. Feliz cumpleaños... —responde él mientras las lágrimas corren libremente por sus mejillas.

Eso es todo.

Segundos después, camino detrás de ellos escoltando la aparición de mi hija en su festejo de quince. Pero Carla nos detiene de pronto.

—Pía, entrás con papá —ordena.

Yo las miro, sorprendido, pero no me dan ni tiempo para reaccionar porque mi hija me toma de la mano y me arrastra al salón mientras me susurra, hastiada: “terminemos con esto”.

Una multitud aplaude nuestra entrada y me siento súbitamente cohibido por tanta gente, y tan elegante. Menos mal que me puse mi mejor corbata, y peiné mi cabello rebelde hacia atrás, con gel. Cuando me vi en el espejo con este nuevo look, me sentí un payaso. Distingo entre ellos a mi familia, pero no les dedico más que un segundo en mi paneo general. No me olvido lo duros que fueron cuando más los necesitaba, y creo que jamás lo haré. Pero no es momento de pensar en ello, y menos cuando comienza a sonar “Danubio azul” invitándonos a movernos.

Como si lo hubiésemos ensayado cien veces, mi hija y yo nos movemos armoniosamente por la pista, o al menos eso me parece. Giramos una y otra vez mirándonos a los ojos, y al verla tan hermosa y tan crecida los míos se me llenan de lágrimas.

Carla tenía razón, no podía perderme este momento único. Mis problemas siguen ahí, pero me permito este pequeño *impasse* e intento disfrutarlo a pesar de todo.

Pía parece feliz, y eso me llena de dicha a mí también.

—Estás tan linda, Pippa —le digo, conmovido.

—Gracias a vos, papi. Me peinaste muy bien.

Sonríó. Me costó horrores ponerle ese broche en el pelo. Se me soltó varias veces, y sentí que mis dedos eran de madera otras tantas, pero finalmente lo logré. Mientras ella se aplicaba un poco de maquillaje, yo me encargaba de seguir sus órdenes al pie de la letra: conectar la rizador, ponerme la corbata, peinarme un poco... No hubo tiempo de afeitarme, eso sí. Hace semanas que no lo hacía y mi barba es espesa y tupida. No lo había notado hasta ese momento...

Mi hija interrumpió mis reflexiones asomándose por la puerta del baño. Me quedé con la boca abierta por unos segundos. Se veía hermosa. Pía era una verdadera princesa de cuentos de hadas con ese vestido... Y de pronto me di cuenta de que ya era una mujer. No puedo decir lo que experimenté en ese momento... Era una mezcla de emoción con dolor.

—Qué linda, mi amor...

—Mamá tiene muy buen gusto —murmuró con un aire de tristeza. Y luego preguntó—: Papi, ¿mamá es mala?

“Como una serpiente” fue lo primero que me vino a la mente, pero obviamente no lo dije. Se me dificultaba una respuesta sincera, pero intuía que si me dejaba llevar por mis impulsos, le haría más mal que bien a mi hija.

—Yo no diría eso, Pippa. Tu mamá tuvo una infancia difícil... recién lo hablamos cuando te conté lo del abuelo Ernesto ¿te acordás? Y creo que no está sobrellevando demasiado bien lo del divorcio. Ya no había nada entre nosotros, pero no deja de ser un fracaso para ambos... Creo que eso la tiene muy disgustada y la hace decir cosas duras... —intenté responderle algo que respondiera lo que pensaba sin mentirle, pero le oculté lo que sentía al respecto.

—Sí... —reflexionó mi hija, y me dejó nuevamente sin palabras cuando se acercó y me dio un abrazo. La estreché entre los míos y le besé la frente, tratando de no despeinarla, aunque intuía que a ella eso le preocupaba muy poco—. Vamos a ver si luego del cumple, y de la emoción de reencontrarse con el abuelo, se tranquiliza un poco porque si no...

—Si no ¿qué?

—Si mamá no cambia, quizás te pida irme contigo un tiempito, papá.

Una sorpresa detrás de la otra... Pía sabe que tiene un lugar junto a mí siempre, pero temo la reacción de Carla.

—Lo hablamos luego, ¿sí? Ahora tenemos que prepararnos para tu entrada triunfal a esa fiesta —le respondí, sin comprometerme. Ella sonrió, y momentos después salíamos hacia el salón de la mano.

Y aquí estamos. Mi quinceañera hermosa, y su orgulloso padre.

Cuando Juan toma mi lugar, me acerco a Carla y juntos observamos a nuestra hija bailar con todos los caballeros significativos en su vida; sus dos abuelos, sus tíos, sus primos... Y también un par de caballeritos conocidos y otro par no tanto.

Dios, mi hija ya es una mujer. Y yo un viejo de mierda...

Todos los años que Emilia alivianó con su amor, se me vinieron encima luego del accidente. De pronto me doy cuenta de que no hay felicidad completa, y que sin ella cualquier disfrute es efímero.

—Tengo que irme —le digo a Carla una vez finalizado el vals, y luego de haber posado con ella y con Pía a pedido de los fotógrafos.

—Lo entiendo —responde, seria. Y luego agrega—: Gracias, Máximo. Me salvaste. Y como te debo una, te la voy a pagar como corresponde: el lunes firmo el divorcio, y a partir de ahora se termina el boicot. Bastante cruz tenés con tu novia inválida que...

—No le digas así —le ordeno, cortante.

—Pero ¿cómo? ¿Ya se recuperó? Me dijo Mercedes que es como un vegetal, que está totalmente ida.

Una furia asesina crece dentro de mí con tal intensidad que tengo miedo de arruinar esta armonía flamante y endeble. No soporto que Carla diga eso de Emi, ni siquiera tolero que la nombre, pero no quiero perder el control.

Me marcho del festejo con un sabor amargo, y no sé por qué, pero de pronto tengo una inmensa necesidad de ir a ver a Emilia, de apoyar mi rostro en su mano mientras fantaseo que me acaricia, e imagino que me consuela.

Y en el silencio de la noche del hospital, me duermo sentado, vestido de gala y llorando, junto a la mujer que amo.

Una visita inesperada nos trastorna la vida. Nancy, la madre de Emilia, irrumpe en el hospital junto con Fernando, el ex. Al parecer pudo deshacerse de sus problemas de presión por fin.

Apenas me hablan, se dirigen sólo al médico y lo llenan de preguntas. Por él se enteran de que no hay avances, y que se tiene que ir del hospital en breve.

—Por suerte tiene al señor Aguirregaray que le va a proporcionar los cuidados que necesita —aclara finalmente.

—No hace falta. Me la llevo a Uruguay —dice la mujer, muy decidida, y mi mundo deja de girar súbitamente.

De pronto, todo aparece difuso y sólo puedo ver a la madre de Emilia, mientras en mi cabeza, una frase me retumba hasta que me duele de verdad: “me la llevo”.

¿Qué es lo que quiere decir? Eso, se la lleva. Y me doy cuenta de que desde este momento comienza una verdadera pesadilla para mí. Una más... ¿Hasta cuándo?

Competir con Nancy para hacerme cargo de Emilia no será nada sencillo, lo presiento. Pero estoy decidido a luchar con uñas y dientes por ella.

No voy a permitir que me la quiten, ni siquiera su propia madre.

Me acerco a ella, y me presento. Me mira como si fuese un insecto. Nadie me hizo sentir tan incómodo en toda mi vida.

El médico nos mira a uno y a otro, y al parecer decide que está de más porque se despide con prisa, y se marcha. Nos quedamos solos Nancy, el ex de Emilia y yo.

La guerra acaba de comenzar.

—Señora, yo soy...

—Sé muy bien quién es usted —me interrumpe, cortante.

—Bien. Acabo de escuchar que pretende llevarse a

Emilia...

—No pretendo. Me la voy a llevar —afirma. —Por favor... —y muy a mi pesar mi voz tiene un

tono de súplica imposible de confundir, lo que le da cierto poder y no duda en aprovecharlo.

—Licenciado Aguirregaray...

—Llámeme Máximo, por favor —le pido para eliminar las distancias que ella insiste en poner entre nosotros. Pero no me hace caso, ni me pide que la llame por su nombre.

—Mire, no es mi intención discutir con usted. Le agradezco que haya estado a cargo mientras yo me recuperaba de la impresión por el accidente de mi hija, pero aquí estamos Fernando y yo para tomar las riendas del asunto, como corresponde.

Sí, ya veo que el tal Fernando se muere por tomar las riendas. ¿Sabrá que Emi está conmigo? Me apresuro a aclararlo.

—Señora, yo no sé si usted sabe que Emilia y yo estábamos viviendo juntos.

—Lo sé perfectamente. El productor del programa que entiendo es amigo suyo, me puso al tanto de todo. No pretenderá que por haber convivido con Mili durante unas semanas, pueda tener alguna injerencia en la recuperación de mi hija. Porque no tenga dudas de que se va a recuperar, pero no será acá en Argentina: me la llevo a Uruguay.

—¡No! —exclamo sin poder contenerme.

Y por primera vez interviene el ex de Emilia. —Aguirregaray, no está en posición de opinar en

esto. Si Mili hubiese regresado cuando salió del programa, no estaría como está —dice mirándome fijamente a los ojos.

Tengo ganas de golpear a este tipo y por más de una razón. En principio porque sé que Emilia sufrió por su causa. Y ahora quiere alejarla de mi lado... Para colmo de males tiene toda la pinta de ser millonario. Por lo que ella me dijo, es el socio de su primo Alex, el que me prestó el dinero para pagar el hospital. Es más joven que yo, andará en los treinta. Y me doy cuenta de que es atractivo... Mierda. Cuando Emi se recupere, no voy a tener oportunidad con... Y de pronto me doy cuenta de que he vuelto a ser optimista con respecto a eso. Estos dos están tan convencidos de que al llevarla a Uruguay ella va a mejorar, que han logrado contagiarme.

Mi expresión se suaviza un tanto. No voy a dejar que se la lleven, pero necesito que ellos me sigan diciendo que Emilia se va a recuperar.

—Fue un accidente —le digo con los dientes aún apretados.

—No digo que no. Mire, aproveche la oportunidad, y vuelva a su casa, con su familia. Nosotros nos haremos cargo de Mili —me espeta, con una seguridad que me molesta.

—No voy a dejar a Emilia —replico con la misma seguridad.

Pero Nancy parece que está harta de escucharnos. —Basta de una vez. Usted haga lo que quiera, pero nosotros nos vamos a llevar a Mili como sea. Si tenemos que recurrir a la justicia, lo haremos.

—No será necesario, Nancy —dice Fernando, y ella le sonrío, agradecida.

Estoy desesperado. Tiene razón este hijo de puta. Es la madre y aunque Emi sea mayor de edad, seguramente los médicos van a exigir su firma para sacarla del hospital, ahora que hizo acto de presencia.

Estoy más que desesperado, estoy perdido. Con Nancy y el ex novio, no tengo oportunidad, pero igual voy a luchar hasta el final.

—¿Dónde piensan llevarla?

—A Carmelo. A una granja... Es una especie de institución donde ella estará bien atendida y donde harán lo imposible por su recuperación. Está cerca de mi casa, y yo iré a verla a diario.

—Y yo también —acota Fernando aunque nadie le preguntó nada.

—¿Ya lo tienen resuelto? ¿Tan rápido? —pregunto asombrado. A mí me llevó todo el día conseguir tres teléfonos de enfermeras que tendría que entrevistar al día siguiente. Ahora quizás ya no sea necesario.

—Aguirregaray, nosotros estamos al tanto del estado de Mili. Hemos hablado con el productor todo este tiempo, y también con los médicos. También he hablado con Natalia. Sabemos qué es lo mejor para ella, y vamos a proceder en consecuencia —explica Fernando Torres, mientras Nancy asiente.

Parecen estar de acuerdo en todo... Me pregunto si Natalia estará al tanto. No me doy cuenta quien es el que ha tomado la decisión de llevarla a Uruguay, pero quizás ya no importe. Ellos dos son un bloque y estoy seguro que contarán con el aval de los médicos.

Me paso ambas manos por el cabello. Tengo unas ganas terribles de llorar... Es que despierta o dormida, no me imagino la vida sin Emilia.

—No se la lleven, por favor. Aquí también hay lugares como el que me describen...

—¿Granjas en Buenos Aires? ¿Equinoterapia? Tal vez existan, pero en Carmelo tenemos una de las mejores de Uruguay y a sólo diez kilómetros de su casa—dice Fernando.

—¿Equinoterapia? —pregunto asombrado. No es que no haya escuchado hablar de eso, pero nunca tuve la necesidad de informarme más.

—Sí. Un especialista de Montevideo lo recomendó. Y a Mili le encantan los caballos... Veo que ya lo sabía.

Tiene razón, lo sabía. Y también sabía que a los seis años, dejó de montar en forma abrupta. ¿A los seis años? ¿No fue cuando Natalia y Emi tenían esa edad que murió el hermano? Me pregunto



si el repentino desinterés por la equitación, tendrá que ver con esa fatalidad, pero dejo esa interrogante para después. Ahora me importa más otra cosa...

—¿Entonces ya está todo definido? ¿No tengo la menor chance de...?  
Nancy no me deja terminar.

—No. Sabemos que usted quiere llevarla a su departamento y contratar ayudantes, pero créame que Mili estará mejor en esa granja.

Algo cambió desde que iniciamos nuestra conversación. Ya no siento que seamos enemigos, ella y yo. Con Fernando es otra cosa, pero con la madre de Emilia, ya no existe esa especie de rivalidad con la que empezamos a hablar. Nancy me mira con... ¿pena? ¿Se habrá dado cuenta de cuánto amo a su hija? ¿Habrá notado que no pienso separarme de ella jamás?

Y de pronto lo veo todo claro: no puedo dejarla. No voy a hacer siquiera el intento de vivir sin Emi. Sé que no tengo muchas opciones porque ellos se la van a llevar. Y para ser sincero, creo que lo de la granja es una excelente opción y lamento que no se me hubiese ocurrido a mí. Pero también creo firmemente que dejarla en una institución por más bien atendida que esté, no va a ser bueno para ella. Creo que a pesar de no reaccionar ante los estímulos que le presentamos, Emilia necesita la cercanía constante de quienes la amamos. Presiento que ella no está del todo ausente, sino que no puede comunicarse como quisiera... Ese bloqueo la aleja del mundo, y dejarla en manos de extraños lo hará peor aún.

No voy a dejarla, no me van a separar de ella. La decisión que tomo en este instante es la más radical de mi vida. Esto va a cambiarlo todo, pero no hay vuelta atrás. Hasta que conocí a Emilia me dejé llevar por la inercia, por la vida, por las circunstancias. Pero ya no... Ahora sé lo que quiero, sé lo que me hace feliz, y voy a ir tras ello.

Me voy con ella. Voy a dejar mi país, mi casa, mi trabajo. Voy a dejar a mis hijos... Voy a dejarlo todo por ella, pero merece la pena. Vaya si lo merece...

Lo asumo, y siento un sabor agridulce en la boca. Emilia Fraga es mi vida.  
Me voy con ella.

—25—

“Donde vayas tú, yo iré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios, mi Dios.” Ruth 1:16

Es así. No es que sea un entusiasta de La Biblia, pero por alguna razón me viene a la mente esta frase mientras conduzco hacia Carmelo. Hubiese querido ir con Emilia en el avión privado que la trasladó, pero no me lo permitieron. Ni siquiera me dejaron hacerme cargo de ese gasto y realmente me sentí muy mal cuando supe que fue Fernando Torres quien lo solventó. Más que mal, me sentí un completo inútil, humillado e incómodo por ese detalle.

Y no sólo por ese. Ellos se encargaron de todo menos de la última cuenta del hospital que aboné antes de que se la llevaran. No me dejaron despedirme de ella, y contemplé impotente su precioso e inexpresivo rostro desde lejos. Su mirada permanecía extraviada en el vacío, como siempre.

Emilia era completamente ajena a ese traslado, o al menos no dio ninguna señal de darse cuenta de

que dejaba el hospital. Sólo espero que el vuelo no la afecte negativamente, y que todo este jaleo termine bien.

Jaleo... No sólo para ella estos últimos días estuvieron movidos.

Para mí, este cambio de vida significó una infinidad de trámites. Es increíble todas las cosas que nos atan a un lugar desde lo material. Y es doloroso que lo afectivo resulte tan difícil de soltar.

Se los dije a mis hijos y a Carla juntos.

Sus reacciones fueron muy distintas. Juan en silencio,

Carla a las puteadas, Pía preguntando sin parar.

—¿No vas a volver? ¿No te voy a ver nunca más, papá?

—Mi amor, voy a estar a unas horas de distancia. —¡Es otro país, Máximo! ¿Así decís querer a tus

hijos? Los abandonás por irte atrás de una mina que ni te reconoce...

—No voy a abandonar a mis hijos en ningún aspecto. Te voy a seguir pasando la manutención como siempre, Carla. Y los voy a venir a visitar tanto como pueda.

—¿Y de dónde vas a sacar la guita? Renunciar a la armería... Estás loco, completamente loco. Esa chiquita te trastornó...

—No te preocupes por el dinero. Voy a sobrevivir y voy a enviarles lo que necesiten. Juan... ¿no me decís nada?

—Sí... Hacés bien, viejo. Te pedí que la cuidaras, y esto es parte de eso. Te felicito. No debe ser nada fácil empezar de nuevo, y sin ayuda, pero lo vas a lograr.

Lo miré con una mezcla de emoción y gratitud. Pía se sumó a esta ola de empatía, y me acarició la mano.

—Tiene razón Juan. Cuidá a Mili, y luego volvé con ella como era antes. Extraño su sonrisa — murmuró, también conmovida.

—Ah, pero ustedes están más locos que él. “¡Jelou!” ¿Me ven? ¿Me escuchan? Estoy aquí presente y soy su madre por si no se acuerdan ¿eh? Así que pueden dejar de hablar de la amante inválida de *papito* como si fuese una santa...

Los tres la miramos en silencio. Pía estaba furiosa, y Juan permanecía impassible. Y mi reacción fue tenerle lástima... Era eso u odiarla, y no quiero odiar a la madre de mis hijos.

Les expliqué dónde voy a estar y que cuando tuviese un móvil local les iba a pasar el número. Los abracé a los dos juntos y me marché con prisa.

Tenía mucho que hacer. En principio, vender la camioneta. Es un artículo de lujo que no iba a necesitar dónde voy. Y si llego a hacerlo, prefiero un vehículo práctico y económico que pueda comprar allá en Uruguay.

La entregué en la automotora y obtuve treinta mil dólares que me van a hacer mucha falta en los próximos meses. Es mucho menos de lo que vale, pero es al contado e inmediato. Y es lo único que pude rescatar de mi sociedad conyugal con Carla, porque el resto se lo quedó todo, junto a su madre. Finalmente ese único despilfarro del cual me sentí tan culpable, terminó resultándome útil como inversión de fácil realización para momentos difíciles.

Y este es uno, no hay dudas. Luego le llegó al turno a la rescisión del alquiler del departamento donde vivo y que también oficiaba como consultorio. Al principio el dueño se mostró reticente, pero cuando le dije que podía quedarse con todo lo que había dentro, accedió a romper el contrato, así que quedé liberado de ese compromiso.

Le dejé unos pesos para afrontar los gastos telefónicos sobre todo, que el mes que viene serán abundantes, con todas las llamadas que tuve que hacer. Me armé de paciencia y fui contactando a mis pacientes. Les expliqué que por razones de salud de un familiar debía radicarme por un tiempo en el exterior, y les di los teléfonos de varios colegas que consulté previamente para obtener su anuencia y poder derivarlos. Todos fueron muy comprensivos menos una, que lloró a mares y dijo que jamás iba a encontrar un terapeuta tan bueno... Me hubiese sentido halagado profesionalmente si no hubiese sabido que eso tenía que ver más bien con otras cosas que con mis capacidades. En reiteradas ocasiones intentó seducirme, y ahora tendrá que tejer fantasías con otro psicólogo porque con una llamada más finalizaría mi vida laboral en mi país. O al menos entraría en un paréntesis de dudosa duración... Llamé al dueño de la cadena de armerías en las que me desempeñaba elaborando perfiles para porte de armas. No podía creer lo que estaba escuchando y cuando cayó en la cuenta de que estaba renunciando se puso furioso, pero terminó comprendiendo. Le di una lista de posibles sustitutos y él me hizo la liquidación final en tiempo récord.

El paso siguiente fue dar de baja a todos los servicios a mi nombre. Por alguna razón sospechaba que iba a estar fuera de mi país mucho tiempo. Quizás nunca regresaría... Es que si hay algo que tenía claro, era que iba a estar cerca de Emilia siempre. Todo el tiempo que pudiera. Todo lo que me permitieran acercarme.

El último paso fue hacer el equipaje. El mío, porque la maleta de Emi ya estaba en el hotel donde se alojaba Nancy. Le envié todo menos la bombacha que tenía en mi bolsillo el día del accidente. No la guardé como un trofeo sexual, sino para tener algo de ella, algo que la represente, que me diga que esas semanas que compartimos no fueron un sueño.

¡Cuántas cosas han pasado en los últimos tres meses! Conocerla fue lo mejor que me pasó en la vida, y también fue como un cachetazo que me obligó a reaccionar. Después, tanto el romper los tabúes como el olvidar mis convicciones por amor, fueron necesarios para vivir esos momentos tan placenteros como dolorosos. Pero como ese mismo amor todo lo puede, todo lo cura y lo sobrelleva, llegó la felicidad y la disfruté a pleno. Vivimos nuestra relación intensamente, como si presintiésemos la tragedia que finalmente nos destruyó la vida.

Dios, cómo cambió todo en tan poco tiempo. Me fui despojando de todas mis ataduras, de mis raíces, de mis principios, de mi tranquila existencia en el rebaño hasta quedar desnudo. Ahora no tengo nada, no soy nada sin ella. Por un tiempo no ejerceré ninguno de los roles que me daban seguridad. No seré padre, esposo, terapeuta, hijo. Voy a ser la sombra de Emilia porque quiero vivir pegado a ella en cualquier circunstancia.

“A tu lado, mi amor. Como sea, dónde sea, en cualquier circunstancia. Voy a estar contigo siempre”, me dijo la primera vez que hicimos el amor y confirmamos que eso era más que un polvo.

Y en eso estoy. Hasta que ella se recupere, o hasta que me muera, pero no la voy a dejar. No sé ni dónde voy a vivir, ni cómo voy a ganarme la vida en un país que si bien es hermano, no es el mío. Y además, en el medio del campo. Lo único que sé es que ese será mi lugar, porque Emilia estará allí.

Y no me pesa, no me pesa nada.

Por primera vez la incertidumbre es mi única certeza, y no estoy asustado por eso. Le doy la bienvenida a mi vida,

y lo tomo un aprendizaje. Si todo sale bien, cuando llegue el día en que Emilia se recupere, saldré fortalecido de esta prueba.

Conduzco despacio, pero no porque no quiera llegar a destino pronto, sino porque comienzo la difícil tarea de disfrutar el camino, por más piedras que haya en él. Porque sé que esto va para largo y si no aprendo a vivir en el “mientras tanto” estaré perdido.

—Así... Eso es, Emi. Acarícialo... Le gusta que lo toques...

¿Y a quién no? ¿Quién no disfrutaría el roce de tus manos, mi amor?

El caballo permanece inmóvil mientras yo conduzco la mano de Emilia por sus crines. La observo... Nada. Absolutamente nada.

Oprimo suavemente con mis pies y Chocolate comienza a caminar despacio. Está entrenado para eso.

Entre mis brazos tengo a mi hermosa amazona, y la aferro con fuerza para que no se caiga. Ella se deja hacer... Se apoya en mi cuerpo y recuesta la cabeza en mi hombro lánguidamente. Si me muevo un poco la cabeza cae, y ella mira el suelo fijamente hasta que la vuelvo a enderezar.

Tengo una hermosa muñeca entre mis piernas, que no hace nada para impedir mi contacto, y sin embargo no puedo tocarla como yo quisiera.

Día tras día repetimos el mismo ritual.

Le doy el desayuno en el comedor, y luego la conduzco de la mano a las caballerizas. Ensillo a Chocolate y con la ayuda de los mozos de cuadra, montamos y comenzamos nuestro paseo mañanero.

Hasta ahora no he notado cambios, Emilia permanece ajena a todo. Se deja conducir como una muñeca de ojos vidriados y enigmática expresión.

Han intentado de todo, pero nada la ha hecho reaccionar.

Los especialistas en equinoterapia del establecimiento, de a poco la fueron dejando de lado. No

ver ningún progreso desmotiva a cualquiera.

A cualquiera menos a mí. Con autorización de la directora del programa, y mis credenciales como Licenciado en Psicología y además experto jinete, me hago cargo de la rehabilitación de Emilia.

Mantenerla cómoda no es una tarea dificultosa. Las enfermeras la bañan, la llevan a hacer sus necesidades, le dan de comer. Ella responde con lo esperado

ante cada estímulo que tiene que ver con sus necesidades básicas, pero no hace otra cosa que eso.

La cuchara en los labios le indica que tiene que comer, y lo hace. El llevarla al baño y ponerla en el inodoro le indica que tiene que orinar, y lo hace. Si la acuestan, duerme todo el día. Si la llevan de la mano, camina todo el día.

Se podría decir que su voluntad la ha abandonado por completo, y que Emilia, mi Emi, continúa ausente de ese cuerpo perfecto.

Pero yo no puedo dejar de amarla. No lo intento siquiera...

La sigo considerando mía a pesar de la mirada de desaprobación de Nancy y de Fernando Torres.

La única que me apoya es Natalia.

Ella viene todos los fines de semana y sacamos a

Emi a pasear por el pueblo. La gente la reconoce e intenta por todos los medios hacerla reaccionar, pero ella sigue con ese mirar sin mirar, y esa actitud de completa abstracción.

De a poco, van aprendiendo a ignorarla. Emilia ya no sorprende a nadie, y está pasando a formar parte del paisaje. Hablan con nosotros como si ella no estuviese. Hablan del tiempo, de enfermedades, de caballos... Le preguntan a Natalia por su padre, y luego miran a su hermana con pena.

Eso es todo.

Los días de semana tienen una monotonía distinta.

Yo paso la mañana con ella. Su madre le da el almuerzo y luego Emilia duerme la siesta. Al atardecer, lo intentamos de nuevo con los caballos, con la música. La gente de laborterapia no sabe qué hacer con ella.

Si yo no estuviera presente, estoy seguro de que la dejarían frente a la ventana o frente al televisor con los cabellos cayendo sobre el rostro.

Ah, creo que estoy siendo injusto con ellos. Hacen lo que pueden...

Cuando llega la noche, espero que la bañen y luego la ayudo a acostarse. Y mientras se va durmiendo, le digo palabras de amor al oído, palabras que no sabía que tenía dentro de mí, me salen con facilidad para ella, sólo para ella...

Las tardes son eternas para mí. Llamo a mis hijos... Con mis padres no he hablado. No atiendo el teléfono cuando me llaman y ni se me cruza por la cabeza llamarlos yo. Me siento muy lejos de ellos, y también con mucho dolor y resentimiento.

Y también busco trabajo. No es que esté inactivo del todo, porque he logrado obtener dos

pacientes que atiendo en un pequeño recinto vecino a la biblioteca, en el pueblo. Por ahora no hay nadie más a la vista, y tampoco lo necesito con urgencia. Con el dinero de la camioneta tengo para un par de años de pensión alimenticia, que le paso a Carla religiosamente. Mis hijos son una prioridad en mi vida, y no les va a faltar nada.

Y con la liquidación de la armería voy sobreviviendo. Es que no tengo grandes gastos. Me alojo en el pueblo por una suma irrisoria, y me muevo en una bicicleta vieja que me prestaron. Con ella voy todos los días al establecimiento Araminda, donde tienen a Emi, y me ha sentado muy bien el ejercicio al aire libre. Basta de gimnasios para mí...

Además, la atención de Emilia no está costando prácticamente nada. Tanto su familia como yo, hacemos una donación simbólica, ya que el sistema de salud uruguayo es tan completo, que existe un fondo de recursos subvencionado por el gobierno para este tipo de problemas.

Así que esta es mi vida ahora. Me he organizado bien, y esas son mis rutinas. Y este soy yo... No soy el de antes, de eso no hay dudas. No soy ni la oveja negra, ni la máquina de soltar plata. No soy el que quería ser, no soy el marido de Emilia, a pesar de que ya estoy divorciado. Soy un alma en pena porque ella me hace mucha falta. La tengo cerca y a la vez tan lejos... Y lo peor de todo, es que dentro de mí el lobo sigue latiendo, y cuando la observo a veces se despierta...

Sacudo la cabeza. Menos reflexión y más acción... Ya se fue mi paciente, y Emi ya debe haberse despertado de su siesta. Tomo la bici y pedaleo rápido, aunque no tengo necesidad de hacerlo. Estoy con tiempo, y acá todo transcurre muy lento, pero la ansiedad por verla me acelera.

Cuando llego me encuentro con la sorpresa de que hoy se ha despertado más temprano. Ya le han dado la merienda y están trabajando con ella en las caballerizas.

Me acerco y observo. Lleva unos jeans y una blusa amarilla con elástico en los brazos. Le han hecho dos trenzas... Parece una nena.

El terapeuta intenta que Emilia cepille al caballo, sin éxito.

No soy el único espectador. A mi lado un hombre mayor, también mira y toma nota. ¿Un colega tal vez? Nuestra atención se concentra nuevamente en Emilia y los torpes intentos del terapeuta de motivarla.

—Mirá, Mili. Ahí viene Lucas. Tiene ocho años y vamos a intentar que cepille a Chocolate —le dice.

Vuelvo la cabeza y veo a una enfermera con un nene rubio con la frente raspada. Parece que Lucas no tiene ninguna dificultad para hacer lo que le dicen, e incluso parece disfrutarlo.

—El caso de Lucas es mucho menos grave que el de su novia—me dice el hombre que toma nota a mi lado. Es evidente que nos conoce, que sabe de Emilia y sus problemas.

—¿Es también un bloqueo?

—Sí. Perdió a sus padres en un accidente, y ha dejado de hablar. Tiene frecuentes ataques donde se golpea la cabeza contra la pared... De ahí esos moretones. Disculpe, no me he presentado. Soy el responsable de este lugar, Federico Lozada—se presenta tendiéndome la mano.

—Mucho gusto. Máximo Aguirregaray... pero creo que ya me conoce —le digo al tiempo que se la estrecho—. Tuve un caso así... No había un bloqueo, pero tenía el mismo síntoma de darse cabezazos al sufrir la pérdida de un familiar cercano. No hubo más remedio que medicarlo... No tenía idea de que la equinoterapia podía colaborar en este tipo de problemas.

—¿Le gustan los caballos, verdad? El otro día noté que es un hábil jinete. ¿Qué piensa sobre la efectividad de la equinoterapia? Con Emilia no hemos tenido éxito todavía, pero en otros casos sí.

—Lo sé. Estoy leyendo sobre eso, y sus empleados han sido muy generosos poniéndome al tanto de las bondades del sistema. Tengo muchas esperanzas de que a la larga Emilia mejore... —le digo con sinceridad.

—Yo también. Licenciado, quiero proponerle algo. —Lo escucho —murmuro extrañado.

—Quiero que trabaje para mí. Necesito otro psicólogo, pero no uno cualquiera. Alguien que esté dispuesto a levantarse en la noche y acudir a un llamado urgente. Y para eso es necesario vivir acá en el establecimiento —me aclara.

Me quedo de una pieza. Esto es... maravilloso. Estaría cerca de Emilia todo el tiempo.

—Sí —le digo con énfasis. Y por si no le quedó claro, lo repito—. Sí.

—Pero aún no le digo la remuneración, que no será mucha.

—Eso no importa. Voy a trabajar para usted... Me gusta ayudar a la gente desde mi profesión, y también los caballos. Pero lo que más me gusta es estar cerca de Emilia —me sincero, aunque creo que es más que evidente lo que me impulsa.

—Lo sé. ¿Cuándo puede mudarse? Le daremos una habitación con baño en el casco viejo. Es algo fría, pero tiene estufa a leña muy bien aprovisionada.

—Hoy, esta noche. Voy a buscar mis cosas y vuelvo. Así de simple.  
Cuando me estoy instalando me encuentro con

Nancy.

—¿Es cierto que va a vivir acá?

—Sí.

—No puedo creer que aún no haya regresado a Buenos Aires.

—Usted sabe que no voy a dejar a Emilia jamás.

—Sí... Lo sé. Máximo, la semana que viene tendré que ir a Montevideo a hacerme el chequeo anual. Por un par de días no pasaré a ver a Mili —me dice, y yo siento por primera vez que me da un lugar en sus vidas. Por lo menos lo suficiente como para encargarme a su hija.

—Yo la voy a cuidar, Nancy. No se preocupe. —Gracias.

—No tiene por qué.

Creo que por fin reconoce que soy el único que va a permanecer al pie del cañón, igual que ella.

Las visitas de Fernando por suerte son cada vez más espaciadas, y Nati sólo puede venir los fines de semana.

Así que sólo somos ella y yo. Y me alegra saber que cuenta conmigo.

—26—

Redescubro mi vocación en la mitad de mi vida. Es así de simple y así de complejo a la vez. Es que año tras año fui perdiendo algo del entusiasmo que me acompañó en mis épocas de estudiante, en que era un idealista sin remedio. Cuando quise acordar, me encontré escuchando conflictos inexistentes de gente que le encanta complicarse la vida. Y también siendo el depositario, el recipiente de residuos de la clase alta, cuando querían aligerar el peso de tanta mierda sobre los hombros.

El sueldo fijo de la armería me permitió criar y educar a mis hijos... Pero de ayudar a la gente, de hacerles la vida más sencilla, de hacer una diferencia, nada de nada.

Hasta ahora... Estos sí son problemas, verdaderos problemas. Y la rehabilitación no es nada sencilla.

En principio se necesita paciencia, y no solo de parte del terapeuta. El paciente tiene que ser eso: paciente, para aprender que esto es un proceso lento y que los resultados a veces tardan. Básicamente, las mejoras tienen que ver con aumentar la motivación, mejorar la concentración y la sensibilidad táctil, visual, auditiva, olfativa, y con el aprendizaje pautado de acciones para lograr mayor capacidad de independencia.

Y el caballo es la herramienta perfecta para todo esto. ¡Ah! Cuánto los amo.

Había olvidado lo que ellos significan en mi vida y esta oportunidad de estar cerca, me ha refrescado los momentos más felices de mi infancia, mientras me permitieron disfrutarlos. Luego comenzaron las presiones, y mi negativa de dedicarme al polo, me privó de ellos de forma cruel y dolorosa.

Pero ahora es distinto. Me reencontro con este amor de toda la vida, y junto a un equipo interdisciplinario trabajamos en base al calor corporal, a la docilidad de los animales, a sus movimientos rítmicos. Es increíble el vínculo que se establece entre el caballo y el paciente, sobre todo cuando se trata de niños.

Tenemos dos con autismo severo, uno con parálisis cerebral, un joven que quedó parapléjico en un accidente de auto, y a Lucas.

Ese niño me preocupa, y también me despierta una gran ternura. El apoyo de los padres en el tratamiento es fundamental, y él no los tiene. Pero un par de tíos amorosos lo visitan a diario, estamos haciendo grandes progresos, y ya hace dos noches que no me llaman para que lo ayude a tranquilizarse luego de sus aterradoras pesadillas.

Tanto Lucas como los otros pacientes, son alumnos pero también maestros. Y como si fuera magia, veo como la resiliencia del ser humano es capaz de todo...

Por las mañanas, trabajamos en las caballerizas en forma individual, intentando avanzar en la



higiene y alimento de los animales, interactuando con ellos en la medida de sus capacidades. A la tarde tienen clases: reeducación psicomotriz, natación... Y al atardecer cabalgamos. Tanto instructores, como fisioterapeutas, el psicólogo a cargo, y yo, trabajamos en conjunto, y colaboramos todo lo que podemos. Creo que todos amamos este trabajo, y lo disfrutamos mucho, a pesar de que a veces puede ser muy frustrante.

Como con Emilia... No ha demostrado ninguna reacción, ningún interés evidente. La semana que viene traerán un equipo especial para observar su actividad cerebral mientras intentamos que interactúe con los caballos.

Siempre intento que se vincule a los mismos... Chocolate y Canela son macho y hembra, y los voy alternando en cada sesión. La yegua está a punto de parir, y hago que Emilia acerque su mano para percibir los movimientos del potrillo a ver si eso la motiva, pero no. Es inútil...

Esto por momentos me desespera.

No es que yo esté pendiente de que ella mejore sus habilidades motrices, porque no presenta ninguna más que caminar y lo imprescindible para cubrir sus necesidades básicas. Lo que yo quiero es una señal de que ella está allí, por más insignificante que sea... Pero sigue siendo una estatua, una muñeca rota. Bella, y ausente. Increíblemente bella...

A pesar de todo, sigo tan enamorado como el primer día. Y también la sigo deseando así... Trato de no pensar en eso, pero me resulta muy difícil no recordar los momentos de intimidad vividos juntos. La pasión, el fuego, el éxtasis total entre sus piernas.

Pero también extraño los silencios, las risas, las largas conversaciones hasta la madrugada, sus miradas, el ceño fruncido, el labio mordido, su maravillosa voz... Su pelo en mi almohada, las bombachas colgadas en la canilla de la ducha. La forma en que decía mi nombre, en que gemía mi nombre, en que gritaba mi nombre...

A veces es tan grande la pena que creo que me voy a morir. Pero no puedo hacerlo, porque juré que no la iba a abandonar nunca. Aunque en apariencia no me registre, yo siento que sabe que estoy.

Y que no le da lo mismo que me vaya.

Jamás vi un solo signo que me confirmara lo que intuyo, pero el hilo invisible que unió nuestras vidas está intacto, y mi tarea es mantenerlo así siempre. Ella y yo somos uno, para bien o para mal.

En eso pienso mientras me dirijo a su habitación para darle la cena, como todas las noches.

Cuando abro la puerta, me encuentro con una sorpresa desagradable. Fernando Torres intenta darle sopa, mientras ella permanece con los labios cerrados y apretados. El disgusto da lugar al asombro, pues jamás la había visto hacer eso. Miro a la enfermera que está de pie a su lado, supervisando la tarea, pero no parece sorprendida. ¿Estoy loco o eso es un claro signo de que no quiere comer, y por lo tanto una reacción? ¡Y este estúpido de Torres tampoco parece notar la importancia del gesto, sino que continúa empeñado en hacer que coma!

—Dale, Mili. Solo una cucharada... —le dice. —¿Qué hacés acá, Torres?

—Vine a ver a Mili, “Aguirregaray” —me responde con un tonito de burla que me provoca ganas de pegarle. —Ella no te necesita —mi tono no tiene ironía, es claramente belicoso.

—A vos tampoco y aquí estás... Nancy está en Montevideo, y quise ver si todo andaba bien por acá.

—Le dije a ella que yo iba a cuidar de Emilia — murmuro entre dientes. Parecemos dos gallos de riña, y la enfermera nos mira a uno y a otro visiblemente incómoda.

—¿Por qué me odiás, Máximo?

Eso me toma por sorpresa. No me esperaba un cuestionamiento tan directo. ¿Por qué lo odio? ¿Lo odio? No sé. Sólo sé que no me gusta verlo junto a Emilia en ninguna circunstancia.

—Yo no diría que es odio lo que siento. Pero no me caés bien porque sé que la hiciste sufrir.

—¿Ella te lo dijo?

—Me contó que la dejaste por otra. Por tu exnovia... Ella estaba enamorada, le dolió mucho lo que le hiciste.

Se queda pensativo y deja la cuchara en el plato. La enfermera retoma la tarea de intentar que Emilia coma algo.

—No fue exactamente así, ¿sabés? Yo estaba de novio con Miriam cuando conocí a Mili. Fue en el casamiento de Alex, mi socio, con Verónica, su prima. Las cosas no andaban bien con mi pareja, y Mili fue como un bálsamo. Era una rosa sin espinas, y yo estaba harto de que Miriam me lanzara dardos venenosos. Me alejé de Mili porque me di cuenta que podía enamorarme de ella. Y con mi novia tenía un compromiso muy fuerte... Todo estuvo claro entre nosotros desde el comienzo. Miriam era mi prioridad, y podíamos tener una relación ocasional, pero nada serio. Jamás supe que ella llegó a enamorarse...

—¿Eso hubiese cambiado algo?

—Quizás... No sé. Finalmente las cosas con Miriam no funcionaron. Si hubiese sabido que los sentimientos de Mili eran así de fuertes, quizás hubiese corrido a ella cuando rompí mi compromiso.

Lo miro con el ceño fruncido. No me equivoqué, Fernando Torres puede ser un rival muy peligroso.

—Ahora es tarde —afirmo remarcando las palabras.

—Es tarde para ambos —replica, y al oírlo una furia inmensa se apodera de mí. ¿Qué está diciendo? ¿Está insinuando que Emilia no podrá volver a amar a nadie, que no se va a recuperar? La voz de la enfermera interrumpe mis pensamientos que ya se están tornando violentos.

—Vamos, Mili. Abrí la boca que la sopita está riquísima...

La miro intentar forzarla a que lo haga, y termino de desquiciarme.

—Déjela en paz —digo con voz fría.

La mujer suelta la cuchara como si quemara.

—Tiene que comer —me dice, desafiante.

—Yo me encargo.

Por un momento nos miramos. Es un duelo de miradas entre esta pequeña bruja y yo.

—Como quiera —me dice finalmente—. Cuando termine, me llama, así la baño y la acuesto.

—Yo me encargo de eso también —le digo sin pensar, y la veo abrir los ojos desmesuradamente, como si estuviese espantada.

—¿Usted la va a bañar?

—Sí. Usted sabe el vínculo que me une a ella, así que no veo el porqué del asombro.

Pero lo cierto es que no solo la enfermera parece escandalizada. Fernando también tiene una extraña expresión que no alcanzo a descifrar.

—Bien —dice ella, y luego añade con voz tensa—: Haga lo que le parezca, pero no le moje el pelo. Le hará mal acostarse con el cabello empapado, y ya lo lavamos ayer por la tarde. Señor Fernando, si quiere lo conduzco a la salida...

Bien. Se lo lleva. Eso es muy bueno. Pero de pronto recuerdo algo.

—Enfermera, quiero hacerle una pregunta: es la primera vez que Emilia se niega a comer, ¿verdad? Ella pasa por delante y toma la ficha que descansa a los pies de la cama.

—A ver... No. Hace un mes, hizo lo mismo y se lo permitimos. Y por lo que leo acá, lo único significativo es que dos días después le sobrevino el período.

Tiene razón, es muy significativo y me deja estupefacto. ¿Cómo nadie notó esto? ¿Parte del síndrome pre menstrual de Emilia es negarse a comer...? Será provocado por las hormonas, pero es una reacción.

Quisiera hacerle más preguntas, pero por alguna razón me parece incorrecto hablar de cosas tan privadas de ella delante de Fernando. Y cuando me doy cuenta de que ellos compartieron... intimidad, unos celos extraños e injustificados se apoderan de mí.

Él la tuvo antes que yo. El la tocó, le hizo el amor... Él sabe cómo se ve cuando acaba, él la vio desnuda...

Lo miro con furia y por un instante descubro el brillo del miedo en sus ojos. Luego se marcha sin saludar, con la enfermera pisándole los talones.

Y ninguno de los dos parece notar la importancia de esta mínima reacción de Emilia.

Bien, estamos solos y trato de serenarme y olvidar los oscuros pensamientos que amenazaron con hacerme perder el control. Voy a intentar alimentarla, aunque sé que será inútil. Si Torres no pudo, y la enfermera tampoco, no creo que yo pueda hacerlo.

Mi sorpresa es enorme cuando abre la boca al primer intento, como siempre. Una cucharada tras otra, hasta que la termina. Y luego le corto la carne, y ella la mastica lentamente, como cada día.

Me ilusiona pensar que lo hace porque soy yo el que le está dando de comer... Me aferro a esa idea como un náufrago a una tabla.

“Le gusta que yo la alimente. Ella quiere que sea yo quien le dé la cena. Ni Fernando, ni la enfermera. Ella me necesita a mí para comer...”

Es una fantasía, lo sé. Pero puede mantenerme vivo por mucho tiempo el pensarlo así. Cuando terminamos con la cena, recuerdo que la enfermera me indicó que debe bañarse y acostarse.

Bien, yo puedo hacerlo. Y sin mojarle el pelo, tal como ella ordenó. Preparo la bañera y cuando está todo listo, vuelvo a ella. Para que su baño sea más relajante, pongo música. Natalia le trajo una selección de sus temas preferidos y en su momento me llenó de asombro el ver cuán eclécticos son sus gustos. Baladas en inglés, como *Killing me softly*, y también en español, como *Entrégate*, de Luis Miguel. Un tema de Marc Anthony me indica que también le gusta la salsa. *¿Por una cabeza?* *¿Tango?* Increíble. Las *Cuatro estaciones* de Vivaldi. Y por supuesto, Los Nocheros.

“Voy a comerte el corazón a besos...” Basta ya. No puedo pensar en eso ahora. Tengo que bañar a Emilia. Sacarle el camisón, fue sencillo.

Lo que no lo es, es verla desnuda y no poder hacer nada...

“Yo siento que me provocas, aunque no quieras hacerlo...” escucho como en sueños.

No estoy preparado para eso. Nunca pensé que verla así me despertara recuerdos tan vívidos...

Emilia en bombacha caminando por el departamento, amenazándome con salir así al balcón para mostrarles a los vecinos las marcas que le dejé en su cuerpo. Emilia riendo y haciendo el amague de sacar su adorable trasero con mis dientes marcados por la ventana y pedir ayuda porque “el lobo la quería devorar”... Yo atrapándola para impedirlo, y también para retomar la tarea de marcarla a las mordidas y a los besos. Desgarrándole la bombacha y lanzándola por el balcón ante la mirada atónita de ella... Yo cayendo de rodillas y hundiendo mi rostro entre sus piernas...

Dios, no puedo seguir recordando eso.

Una punzante erección me impide moverme con comodidad mientras me agacho para terminar de desnudarla. Intento mantenerme tranquilo, pero no lo logro. Mi corazón parece una locomotora cuando lentamente le quito la ropa interior.

Me siento mal, me siento culpable. Un maldito degenerado por recordar y fantasear ese tipo de cosas estando ella en este estado.

La desnudo intentando no mirar, pero no tengo control sobre eso. Mis ojos se posan en sus pechos, en su vientre, más abajo...

Una pequeña mata de vello casi rubio atrae mi atención inevitablemente. Entre sus piernas juntas, parece de oro. Jamás la había visto así, porque ella solía depilarse a cero. Así la devoré la primera vez, así disfruté de su desnudez aquella noche junto a la piscina, y así la tomé decenas de veces en la cama y fuera de ella... Siempre me enloqueció que lo hiciera, porque eso me permitía

contemplar y acariciar cada uno de sus rincones.

Pero ahora, al verla así, me enciendo como una mecha, y mi cabeza y mis pantalones están a punto de explotar. Es una visión tan hermosa que no puedo apartar los ojos de allí. Y también ardo en deseos de tocarla...

No puedo, lo sé. Esos placeres están prohibidos para mí...  
“Nada prohibido entre vos y yo, Máximo...”

Mierda. Recuerdo eso y no me ayuda en nada... Me siento tan mal. La observo con cautela y culpa, pero ella continúa con los ojos vidriados mirando la nada.

Sacudo la cabeza, mientras el Invierno de Vivaldi, se apodera de mi alma por lo que fue y ya no es.

La tomo en brazos y la deposito con cuidado en la bañera. Tiene una cola de caballo en lo alto de la cabeza, por lo que no debo preocuparme por no mojarle el pelo.

Le enjabono la espalda lentamente, mientras ella permanece inmóvil con el torso inclinado sobre sus rodillas levantadas. Rodeo la tina y sumerjo mi mano en el agua para tomar uno de sus pies.

Lo extiendo y lo lavo con cuidado... Y observo con sorpresa que no tiene cosquillas.

Mientras le lavo el otro pie, pienso que esta no es mi Emi. La Emilia que yo amé era sensible a las cosquillas. No había parte del cuerpo en que no las sintiera y yo me aprovechaba de eso hasta hacerla retorcer y ahogarse de risa.

La muñeca que ahora baño no siente nada.

Enjabono una de sus piernas y me detengo cuando llego al final. O al principio. No estoy preparado para eso, así que continúo con sus hombros... La hago recostarse, salteo deliberadamente sus pechos y continúo con su vientre liso, perfecto. Me pregunto qué debería hacer si ella comenzara a menstruar ahora... No tengo ni idea de dónde guardan las compresas aquí.

Observo el agua entre sus piernas. Permanece clara... Lo que no permanece así es mi mente, que cada instante está más y más turbia.

Levanto sus brazos y le lavo las axilas. Luego el cuello... Finalmente tomo la esponja y la deslizo por sus senos. Ante mi asombro, los pezones se endurecen y no es por el frío. Ahora ya no son círculos rosados, ahora son pequeñas piedras oscuras coronando unos pechos blancos y perfectos.

No puedo dejar de mirarlos, y de pronto me doy cuenta de que hace un montón que le estoy pasando la esponja, y que llegó la hora de enjuagar.

Y también llegó el momento de terminar con esta tortura, así que mi mano se desliza por su vientre hacia abajo. Comienzo frotando la esponja llena de espuma por su sexo, pero en un momento y sin poder controlar mis acciones, la suelto y continúo con mi mano.

“A recorrer sin límites tu cuerpo...”, se escucha desde el equipo de música. Y yo sufro porque sé que no puedo.

No la estoy acariciando, la estoy lavando. O al menos es eso lo que me repito una y otra vez. La lavo a conciencia, frotando con suavidad. Con los ojos cerrados deslizo un dedo por la entrada de la vagina y luego hago lo mismo con su ano. Trato de no pensar en lo que estoy haciendo, intento ignorar que mi pene está a punto de estallar, y que es probable que lo haga aún sin tocarme a juzgar por la humedad que siento allí y me hace sentir muy incómodo.

Trato de no pensar en nada, pero no puedo. Abro los ojos y la miro. Ella permanece absorta, sumergida en la bañera y en su mundo que está a kilómetros del mío. No me da ni una señal de que mi tacto la excite de alguna forma.

¿Y si la besara? Si la besara en serio, no los tímidos roces de labios con los cuales la saludo cada día y cada vez que se me presenta la oportunidad.

No lo pienso más. Con una mano en su sexo y la otra en la nuca, la acerco a mí y le como la boca. La devoro sin piedad, y ella entreabre los labios para dejarme entrar. La estoy besando... Mi lengua le acaricia el paladar, y me escucho gemir, desesperado. Ella se deja hacer, y la mano bajo el agua tiene voluntad propia, ya no la puedo controlar. La toco, la acaricio, juego con su vello púbico y finalmente uno de mis dedos vuelve a introducirse bien profundo en su vagina y la siento tensarse. Me separo y la observo, aún con la mano adentro esperando una expresión en ese hermoso rostro que amo tanto, pero no la encuentro. Emi permanece impassible, totalmente ajena a lo que sucede, totalmente ajena a mí.

Y de pronto me siento como un hijo de puta, como un perverso sin remedio, como un violador. ¿Me estoy aprovechando de una mujer enferma? ¿Estoy experimentando con ella? ¿Qué carajo estoy haciendo, por Dios?

Retiro la mano como si en la vagina de Emilia hubiese fuego y me estuviese quemando. No es así, pero ojalá lo fuera... Como antes.

Nada es como antes, nada. Y esto que acabo de hacer está mal, muy mal.

Esto está prohibido y no puede volver a suceder jamás.

—Perdón... No quise... —y me interrumpo porque no sé qué decir y tampoco sé si ella me escucha.

La envuelvo en la toalla y la seco con rapidez, mientras ella permanece tendida en la cama con los ojos abiertos mirando el techo. Busco un camisón limpio, ropa interior...

Traigo los enseres del baño y le lavo los dientes. Ella no escupe la pasta, pese a mis intentos de que lo haga, y la termina tragando como si fuese comida. Le suelto el cabello y la peino...

Mi muñeca. No es mi hembra, no es mi mujer, y sabe Dios si algún día pueda volver a serlo.

“Pero es más mía que nunca”, me digo observando embelesado cómo se rinde al sueño.

Mientras tanto, el que no se rinde es mi pene, y me voy a mi habitación sabiendo que esa noche será eterna. —27—

Ha llovido durante varios días, y hay lodo por todos lados. Con este sol tan débil, esto tardará muchísimo en secarse.

No importa; como sea, hoy le toca a Emi entrar a las caballerizas.

Debido a la ausencia de reacciones, su interacción con los caballos se limita a un par de veces por semana, y yo procuro que sea Chocolate el que comparta con nosotros el intento.

Pero hoy, Chocolate no está disponible. Se lo llevó uno de los instructores al veterinario para que le examine un ojo que no deja de lagrimear. En su ausencia, voy en busca de Canela, pero de pronto recuerdo que aún no se recupera del parto y no está en funciones todavía.

Bien, no tenemos caballo. No importa, algo se me va a ocurrir. Es importante que luego de varios días de encierro, Emilia salga y tome sol, y disfrute de la naturaleza. Así que con caballo o sin él, daremos un paseo.

Cuando me dispongo a hacerlo, el director del establecimiento me interrumpe.

—Máximo, ¿hoy no le toca a Mili terapia? ¿Qué pasa que se van a pie?

—Ah, no hay problema. Canela y Chocolate están fuera de circulación el día de hoy. Y el resto está en plena labor. Lo dejamos para mañana, y hoy daremos un paseo por acá nomás... —le respondo.

—Pero esto es un lodazal. Usted trae botas, pero ella...

Tiene razón. Observo los pies de Emilia y veo que tiene unas delicadas sandalias bajas, y un vestido celeste que le llega a los tobillos. Se va a poner perdida si salimos a caminar así...

Y si la pongo en la silla de ruedas, sin dudas nos vamos a atorar.

—Parece que tendremos que desistir del paseo — digo decepcionado.

—Nada de eso. Venga conmigo...

Lo hago, con Emilia de la mano, que me sigue con paso cansino. A pesar de que nunca se niega a andar, siempre lo hace con el cuerpo inclinado ligeramente hacia atrás, como si no quisiera hacerlo.

Llegamos a unas caballerizas ubicadas detrás del casco viejo de la estancia original.

—Acá tengo a mi querido Byron —me aclara el director—. Este caballo es mi pasión. Noble como pocos, dócil... Aún no me decido a ponerlo en el programa, pero cumple con todas las condiciones. Espere aquí que ya lo hago salir.

—Le agradezco mucho.

No esperaba esta atención, pero sin dudas es bienvenida. Y a Emi le va a venir bien un cambio en su rutina.

Me estremezco al pensar que pueda estar consciente de todo lo que pasa a su alrededor y no se pueda comunicar. Y al recordar lo sucedido en la bañera la semana anterior, siento una inmensa vergüenza.

Jamás volví a hacer algo así. Me parece impropio tocarla, incluso pensar en ella... de esa manera. Pero no puedo evitar, y no podré hacerlo nunca, recordar lo que vivimos. Revivo cada uno de los momentos que vivimos juntos, y los atesoro. Y los más íntimos continúan poniéndome a mil.

Hace unos días sucumbí a la tentación de masturbarme. Desde la noche anterior al accidente, no había eyaculado de ninguna forma, y el constante trato con Emilia aun en estas condiciones, no me la ponía fácil.

Me desperté en la noche bañado en sudor, y con los testículos a punto de reventar. Había soñado con ella...

En mi sueño, Emi era la de antes, y corría por mi departamento en ropa interior, riendo. Yo iba detrás, pero no podía alcanzarla... Ella me lanzó la última prenda y yo la atrapé y hundí mi rostro en ella. Cuando levanté la vista no estaba más, y a mi alrededor trotaban cientos de caballos levantando una nube de polvo que no me permitía ver nada.

Pero ese final del sueño, no sirvió para calmar mis ardores, y tuve que hacerlo con la mano, mordiendo la almohada para no gritar.

Un sonido detrás de mí me indica que ya viene el director con su caballo. Me doy la vuelta y lo veo... Vaya animal. Qué belleza...

Su cabeza altiva, su magnífico porte, y sus ojos llenos de bondad... Pero lo que más llama la atención es su nivea blancura. Sus largas crines se agitan al viento y mi corazón comienza a latir con fuerza y no sé por qué.

Es cierto que se trata de un ejemplar soberbio, que me recuerda mucho a Luna, mi yegua, pero no entiendo por qué me altera tanto el verlo. Un sinfín de emociones juegan con mi alma y una expectativa llena de ansias me pone en alerta.

Miro a Emilia, que permanece tal cual la dejé, de espaldas al animal, sin expresión alguna.

Entonces la tomo de los hombros y la hago girar para que lo vea.

Al parecer no es suficiente, porque tiene la mirada clavada en sus zapatos, como siempre. Con delicadeza la tomo del mentón y le elevo el rostro mientras le digo:

—Mirá que lindo caballo... —Mi mirada vuelve al animal para asegurarme de que esté en el campo de visión de Emilia. Cuando regresa a ella veo algo que hace que mi corazón de un vuelco.

Emilia tiene el terror pintado en el rostro.

No puedo creer que esté reaccionando, y menos puedo creer que le tenga mie... No logro siquiera culminar el pensamiento porque ella hace algo totalmente inesperado que por un momento me paraliza: se echa a correr.

Me toma por sorpresa, me descoloca, y por un instante no atino a nada.

“Emilia reaccionó, Emilia reaccionó, Emilia reaccionó”, me repito una y otra vez. Estoy en estado de shock mientras la veo alejarse de mí.

—¡Máximo! ¡Vaya tras ella!

El grito del director me saca del trance y echo a correr. Emi me lleva ventaja. Aún después de este prolongado letargo, sus músculos se encuentran sorprendentemente fuertes, y continúa en esa loca



carrera desbocada internándose en el bosque.

—¡Emilia! —grito mientras intento alcanzarla, pero ella no se detiene.

Corre como si le fuese la vida en ello, y cuando creo que ya no puedo seguir, ella tropieza y cae de bruces.

Me acerco a toda prisa y la veo tendida boca abajo en un inmenso charco de agua y barro. Caigo de rodillas a su lado, la tomo de los hombros y temblando como una hoja, la hago dar la vuelta.

Y junto a ella, en ese instante, también todo mi mundo lo hace, porque cuando le aparto el empapado cabello del rostro descubro por primera vez en tanto tiempo, sus hermosos ojos mirándome.

Jadeo como un perro por el esfuerzo de la carrera, y también por el asombro y la emoción. No quiero hacerme ilusiones, no quiero generarme falsas expectativas, pero creo que ella está aquí conmigo. El corazón me late con tanta fuerza que temo por mi salud...

—Emi... —murmuro con un hilo de voz. Ella pestañea varias veces, y veo como las lágrimas empañan sus hermosos ojos.

—Máximo..., lo recuerdo todo... Ahora lo recuerdo todo —susurra con la voz quebrada por el llanto.

Y enseguida me abraza y ahoga un sollozo en mi cuello.

No sé qué es lo que recuerda, pero le correspondo con tanta fuerza que temo hacerle daño. La siento tan frágil entre mis brazos y tan mía... Le marco el rostro con mis manos y se lo lleno de besos.

—Ah, mi amor... Estás acá. Volviste a mí...

Lloro como un bebé y mis lágrimas se mezclan con las suyas. Estamos empapados en medio de un charco embarrado, y yo me siento en el cielo.

Es el momento de felicidad más sublime que he vivido jamás. Mi llanto es de alegría, pero el de Emilia no. Grandes sollozos le sacuden el cuerpo, e intuyo que tienen que ver con esos recuerdos que acuden a ella y la atormentan. La acuno entre mis brazos, y le beso la cabeza intentando calmarla.

—Tranquila...

Apenas noto que ahora estamos rodeados de

personas. Sólo dirijo mi atención a ellos cuando unas manos me arrebatan a Emilia y la alejan de mí.

Grito como un desquiciado que la suelten, y en ese momento el rostro del director invade mi campo visual. Está agachado a mi lado y me tiende la mano.

—Máximo, usted también necesita tranquilizarse. Salga de ese lodazal que se va a congelar.

Lo quedo mirando como un estúpido. Ahora el que no reacciona soy yo, y él me obliga a salir del barro y me ayuda a ponerme de pie.

Miro a mi alrededor y veo a un peón envolviendo a Emilia con una manta, bajo las instrucciones de una enfermera. Me acerco y la tomo en brazos así, con manta y todo, y sin dejar de mirarla, me la llevo a casa.

Cuando llegamos a mi habitación, el director ordena a Esther, la enfermera que le prepare un baño caliente a Emilia, y que la ayude a tomarlo. La dejo en el piso con delicadeza, aún envuelta en la manta que cada vez estaba más mojada.

—No es necesario... —murmura ella—. Yo puedo hacerlo sola.

Y al decir esto me mira de una forma que automáticamente me hace recordar lo que sucedió el día en que yo la bañé. Una intensa vergüenza se apodera de mí, y tengo que apelar a toda mi fuerza de voluntad para no esconderme debajo de la cama.

—De ninguna manera, señorita —replica la resuelta enfermera. La toma de la mano y ambas se meten en el baño.

De pronto nos quedamos solos el director y yo.

—Luego le sigue usted, Máximo. Está calado hasta los huesos.

—Voy a encender el fuego —digo, y mi voz no parece la mía. Me siento extraño, fuera de mí. Por un lado estoy feliz, alborozado. El despertar de Emilia es algo que vengo esperando con esperanza y ansiedad.

Pero por otro, siento como que estoy soñando, que esto no era real, temo que toda la dicha se pueda esfumar en un instante, si la mejora es sólo temporal y ella vuelve a ese estado de letargo en que se halló sumida por meses. Tengo miedo de ilusionarme..

—Es increíble y maravilloso lo que acaba de suceder —dice el director.

—Lo es...

—¿Ella alcanzó a decirle algo?

—Sí. Me dijo que lo había recordado todo... Y no

parecía nada feliz, por cierto. Tengo la sensación de que son recuerdos muy dolorosos.

—Es probable que se trate de un gran trauma, y le aconsejo que vaya despacio, Máximo.

—¿En qué sentido? —pregunto, asombrado.

—En todos.

—Disculpe, pero no lo entiendo.

—En primer lugar, no la presione para que le hable de esos recuerdos. Es más, aconséjele que no se esfuerce demasiado en hilvanarlos porque supongo que todo le resultará confuso en este momento. Debe dejar actuar al tiempo, y también contenerla cuando afloren, porque seguramente lo harán en medio de una gran emoción...

—Por supuesto —asentí—. ¿Y en segundo lugar? —En segundo lugar, no intente que ella sea la de antes a partir de ahora. Entiendo que ustedes estaban

iniciando una relación amorosa, pero no creo conveniente que la reanuden de golpe, sin un período de reflexión por parte de ella. Imagino que usted debe estar ansioso por manifestarle su... afecto, pero creo que debe esperar hasta saber que su mejoría es algo permanente y firme.

—¿Usted cree que lo será? ¿Piensa que puede volver a su estado anterior?

—Espero que no.

—¿Y cómo debo actuar? Dígamelo, porque en este momento no me siento capaz de discernir nada desde lo profesional. Me siento atontado y no sé qué debería hacer...

—Nada. Escucharla, contenerla. Pero debe evitar hablar de lo que pueda resultar amenazante para su aparato psíquico. Y también debe evitar el dejarse llevar por el afecto y la pasión... Pueden ser muy perjudiciales hasta que ella no tenga las cosas claras, no sé si me explico —me dice con una mirada muy significativa.

Se explica, seguro que lo hace. Me está diciendo que no la toque, que no ceda a la tentación inmensa de hacerla mía hoy mismo.

Puedo resistirlo, creo. Lo único que me importa es su bienestar y su felicidad.

La conversación se interrumpe con la entrada de Emilia junto a la enfermera a la habitación.

Tiene puesta mi bata y su cabello cae sobre sus hombros formando encantadores rizos que me muero por tocar. Por un instante nos miramos a los ojos en un electrizante silencio, que el director interrumpe cuando le ordena a ella sentarse junto al fuego, y a mí, a bañarme de inmediato.

Obedezco como un autómatas. El hombre es bastante decidido y convincente, y yo estoy en estado de shock. En este momento me viene bien dejarme llevar por los acontecimientos sin protestar. Cuando pueda poner en orden mis ideas, también podré evaluar cómo actuar, pero ahora sencillamente no puedo.

Minutos después salgo del baño bastante reconfortado, porque debo reconocer que estaba aterido. Por suerte tuve el buen tino de llevarme ropa limpia y seca, ya que mi bata la tiene ella.

Me estremezco al verla sentada a lo indio en la alfombra, junto al fuego. El director y la enfermera se han ido, así que estamos solos.

Nuestros ojos se encuentran nuevamente, y esta vez no habrá interrupciones, solo esta increíble conexión que nos une y que al menos a mí me resulta tan emotiva como perturbadora.

Así como estoy, descalzo, y vistiendo un jean tan viejo como mi camiseta, me siento en la alfombra frente a ella, esperando que Emi tome el control de la situación. No voy a promover, no voy a forzar nada. Voy a dejar que fluya, y en todo caso voy a contener si eso desborda. Esa será mi tarea.

—Hola... —me dice, seria.

—Hola, Emilia.

—¿Por qué nunca me decís Mili? —pregunta para mi sorpresa.

—No sé... ¿Quieres que te diga así?

Se encoge de hombros y mira el fuego. Luego vuelve el rostro bruscamente hacia mí y me mira de una forma tan intensa, que siento su dolor traspasándome.

—Cuando vi ese caballo recordé.

—Lo sé.

—Y duele... Mucho.

—Sí, puedo sentirlo.

—¿Es normal que me sienta confundida sobre lo que

acabo de recordar? Creo que tengo que ordenar mi cabeza

—dice, frustrada.

—Es normal, pero no lo fuerces. Todo va a ordenarse solo, no te preocupes. Es muy...  
movilizante lo que ocurrió hoy —le digo, intentando calmarla.

—El señor de barba me dijo lo mismo recién.

—Él es el director de este lugar. No sé si te dijo también dónde estamos y por qué.

—Lo intentó, pero no fue necesario. Yo sé perfectamente dónde estamos y por qué —afirma, y a mí me da un vuelco el corazón.

—¿Sí?

—

atino a decir como un estúpido.

—Sí. Luego del accidente, por un tiempo lo único que hice fue soñar.

—¿Qué soñabas?

—Contigo —responde al instante.

“Conmigo”, repite mi agitado corazón que ya más que un vuelco está dando tumbos sin parar.

—¿Y después? —pregunto, intentando ocultar mi emoción.

Ella mira el fuego por un instante y luego me dice:

—Después se fue corriendo el velo... Pero no podía salir. Quería comunicarme, pero no lo lograba. Estaba despierta, pero no podía hablar, ni moverme... Era como si estuviese encerrada en mi cuerpo. Al principio luché, mi mente luchó. Pero luego me rendí... Me dejé llevar, y dormí, aun estando despierta —me explica.

—¿Vos... nos veías? ¿Nos escuchabas?

—A veces, cuando llamaban mi atención lo suficiente. Pero ya no intentaba romper la barrera, porque

sabía que era inútil. Recuerdo cuando me trajeron, recuerdo el viaje... Y también recuerdo otras cosas...

Ay, mierda. Espero que no se trate de...

Ella continúa hablando.

—Sólo una vez, hace muy poco, intenté con todas

mis fuerzas salir de mi encierro, pero no pude...

Por favor, Dios mío. Que no recuerde el día en que la bañé...

—...Fue el día en que me bañaste.

Me arde el rostro de la vergüenza que siento. Ahora sé que ella estaba ahí, a pesar de parecer ausente. Ahora sé que Emilia estaba consciente de cada cosa que hice... Me quiero morir.

Bajo la cabeza, pues no puedo sostenerle la mirada. Entonces ella me toca. Extiende su mano y me toma del mentón para obligarme a mirarla.

Lo hago, no tengo salida.

—Perdón... —le digo como un estúpido.

Ella me observa, confundida. Pero luego sonrío... Lo hace con su boca y también sus ojos

sonríen.

—Quería hacerte saber que quería que continuaras... Me moría de ganas de ese beso... De que me siguieras tocando. Quería que me hicieras el amor.

Trago saliva. Su atención se desvía hacia mi nuez de Adán y su pulgar se dirige allí. Estoy a punto de desmayarme.

—...pero no pude comunicarme. Esa noche, soñé todo lo que deseaba que me hicieras y lo que me moría por hacerte.

“Yo también, mi vida. Toda esa noche fantaseé con tu boca recorriendo mi cuerpo. Con la mía bebiendo la dulzura de la tuya, y también de tu sexo, como la primera vez... Imaginé mil cosas, y lloré como un desesperado pensando que ya no las tendría más.”

Trago saliva una y otra vez, y su dedo siente el movimiento, sus ojos lo siguen... Y luego vuelven a los míos.

Lucho contra mis deseos, pero estoy perdiendo. Necesito que ella me ayude...

—Por favor... No es bueno que hoy... —me interrumpo porque sé lo que quiero decir, pero no cómo decirlo.

Ella lo dice todo.

—Nada prohibido entre vos y yo, Máximo. Nada... Y luego me toma el rostro con ambas manos, me

acerca al suyo y me besa.

No estoy preparado para lo que siento. Permanezco inmóvil, con los puños apretados, sin tocarla, mientras intento mantener el control.

Estoy librando una batalla contra... ¿contra quién? ¿Contra ella? ¿Contra mí mismo? ¿Por qué carajo no hago lo que me muero por hacer? ¿Por qué no hago lo que ambos necesitamos en este momento?

Me aparto un segundo y la miro a los ojos... Veo deseo, veo amor, veo todo lo que deseaba tanto y creía perdido.

Y de pronto vuelvo a ser yo. Estoy con Emilia, con mi Emi, y el corazón amenaza con salirseme por la boca. Ay, Dios. Que se salga. Se lo doy a ella. Y también quiero el suyo.

Levanto un brazo, y mi mano se cierra sobre los húmedos cabellos de su nuca. Y un segundo antes de que mis labios toquen los de Emilia, murmuro como en un trance...

—Voy a comerte el corazón a besos, mi amor... Después, solamente existe eso.

Amor, amor, amor...

—28—

Hacer el amor con Emilia...

Imaginé tanto este momento. Lo deseé con una intensidad casi dolorosa. Supliqué por él.

Y ahora estoy a punto de concretarlo, porque la vida me da esta nueva oportunidad de disfrutar de su cuerpo y de su amor.

Atrás quedan las recomendaciones del director ¿cómo resistirnos a algo que ansiamos tanto? Nos besamos como si no existiese el ayer y como si no hubiese un mañana. Saqueo su boca con desesperación. Mi lengua la invade, y succiono la suya. Bebo su saliva como si me fuese la vida en ello. Es un oasis en el desierto, es lo que necesito para sanar las heridas de mi alma.

Ella me corresponde sin reservas. Su entrega es absoluta. Gime y me muerde el labio, haciendo un despliegue de sensualidad del que apenas es consciente pero a mí me vuelve loco.

—Quiero desnudarte... —murmuro, y al instante me doy cuenta de que le estoy pidiendo permiso como si fuese la primera vez y no estuviese convencido de que ella de verdad lo desea. En cierto modo, es así. Es una nueva primera vez, pero no tengo duda alguna de que ella quiere lo mismo que yo, porque me aparta y se incorpora rápidamente. Y así, de rodillas, se abre la bata y la deja caer.

Mi mirada desciende involuntariamente por ese cuerpo hermoso a pesar de la delgadez. Me siento turbado, pero no puedo evitar mirar sus senos, con los pezones igual de erizados que aquel día en que la bañé.

Me pongo también de rodillas y tomo uno en cada mano. Con el pulgar acaricio las puntas rígidas que van tomando un tono más oscuro en cada segundo que pasa. Me inclino para besarlos y ella echa la cabeza hacia atrás, jadeando.

—Sí... Ay, sí, sí, sí... —susurra.

Me resulta complicado mantener el control al devorarle los pechos, y es mucho peor cuando ella me oprime la nuca para intensificar el contacto. La acaricio, la muerdo. Froto mi barba más que crecida en la hendidura que se forma entre ellos al oprimirlos. Lamo esas tetas que conozco tan bien, y que deseo tanto que me duele.

—Esto es mío... —digo sin poder contenerme. Entonces ella toma una de mis manos, y sin ninguna delicadeza la lleva a su sexo.

—Y esto también —afirma con voz ronca.

Ah, qué placer tocarla y darme cuenta de cómo lo disfruta. La acaricio, al principio suavemente, pero a medida que el fuego se apodera de mí, la oprimo, posesivo. Tengo su sexo en mi mano y Emi me toma la muñeca y se mueve contra ella. Siento su hinchado clítoris frotarse contra mi palma, y mi dedo se abre paso entre sus labios sin delicadeza alguna. Pero no me alcanza, no es suficiente.

Quiero cogerla ahora mismo. No... más que eso, lo que quiero es verla acabar y beber su orgasmo directamente de la fuente de su placer. Me muero de ganas de recordar su maravilloso sabor. Pero cuando intento bajar para hacerlo, ella me lo impide.

—Esperá... Te está sobrando ropa —me dice mientras me levanta la camiseta.  
El roce de sus manos me excita más que nunca. Levanto los brazos y le permito desnudarme.

Lo hace con cierta torpeza debido más que nada a mi tamaño, pero yo contengo mi necesidad de ayudarla, y me recreo los sentidos observándola luchar por quitarme la ropa.

Finalmente logra descifrar el misterio de mi cremallera y hace descender mis pantalones. Y para mi sorpresa, arrastra mi ropa interior y me deja completamente en cueros, al menos hasta las rodillas.

Y antes de que pueda terminar de sacarme todo, ella aferra mi pene con una mano y mis testículos con la otra. —Y esto es mío... —dice, posesiva.

“No tengas la menor duda, mi vida. Yo soy tuyo en cuerpo y alma... Podés hacer de mí lo que se te antoje...”

Es inmensa mi necesidad de observar su orgasmo, pero también lo es el experimentar mío. Y más aún cuando me acaricia de esta forma tan... descarada. Por favor... ya no puedo resistir esa mano que se desliza hacia arriba y abajo, descubriendo la cabeza de mi pene a punto de estallar.

Todo lo sublime de mis sentimientos hacia ella, se concentran en el fuego que esa mano me provoca y en las ganas que tengo de penetrarla ahora mismo. La amo, la adoro, pero en este momento soy el animal que desea con desesperación acoplarse a ella.

Ahora manda en mí el deseo, y sólo puedo pensar en estar dentro de su empapada vagina, y sentir como me oprime una y otra vez.

Ya no puedo pensar. En un movimiento rápido la tomo de la cintura, y la hago caer de espaldas en la alfombra. Mi brazo amortigua el cambio de posición y en un segundo estoy entre sus piernas con mis pantalones a medio bajar, y mi verga se desliza lentamente dentro de ella. Al instante se arquea, curva su cuerpo como un arco y grita y se retuerce de puro placer.

—Te gusta —afirmo fascinado.

—Más... que... eso... —gime dentro de mi boca.

—A mí también —susurro mordiéndole el cuello—. Cogerte es un privilegio, Emilia Fraga. Amarte de cualquier forma lo es...

—Entonces cogeme y amame... Así... Más, más, más...

Obedezco porque mi cuerpo, mi mente y mi corazón así lo quieren, así lo desean, así lo necesitan. Me muevo dentro de ella jadeando. Y para poder observarla mejor me apoyo en mis manos y separo mi cuerpo del suyo de forma que lo único que nos mantiene juntos es la perfecta unión de nuestros sexos que parecen fundirse uno con el otro.

Su rostro me parece más bello que nunca, sudoroso y sonrojado... Hay tanto amor en su mirada que temo quedarme prendido a esa imagen y no poder hacer otra cosa que observarla. Mis ojos descienden y acarician sus tetas que suben y bajan ante cada respiración, hinchadas y palpitantes, deseosas de besos y caricias que en un momento volveré a brindarles.



Su vientre es terso y más abajo, esa pequeña mata de vello que hace unos días me enloqueció mientras la bañaba, atrae nuevamente toda mi atención. La visión de mi verga penetrándola es demoledora. Me destroza el alma, me estalla el corazón.

Con la mirada turbia bombeo como una bestia y apenas puedo contenerme hasta sentirla acabar. Grita una y otra vez, y se retuerce tanto que tengo que concentrarme en mantenerme adentro. Pero eso no me da un respiro, sino todo lo contrario. Arrancarle ese orgasmo que tanto deseaba derriba todas mis barreras, todos mis diques de contención. Me incorporo y me apoyo en mis rodillas. Pongo mis manos detrás de las suyas y le abro las piernas todo lo que puedo. Mi pene duro y brillante sale casi por completo por última vez, y luego ya no puedo más.

En movimientos rápidos pero profundos le entrego todo a Emilia. Es tan intenso el placer que creo que me voy a morir.

—Ahh—grito mientras me vacío dentro de ella. Y en medio del éxtasis mi grito me parece un aullido.

Me derramo de forma incontenible, llenándole la vagina de una desbordante catarata de semen que parece no tener fin, mientras en mi cabeza se dibuja una idea que me hace sentir más pleno que nunca.

“Aquí está y es mía. Ha vuelto Emilia, y también ha regresado el lobo que ella despertó...”  
Una vez no alcanza.

Dos, tampoco... ¿Alcanzará esta vida para saciar la sed que tenemos uno del otro? Porque si no es así, seguiremos en la siguiente.

Le beso todo el cuerpo, de punta a punta. Me maravillo con sus pies descalzos, con la belleza de sus piernas, con su vientre perfecto.

Sus senos son mi obsesión, y no me canso de acariciarlos, de lamerlos, de abarcarlos con mi boca con tal ansia que le hago daño con los dientes, pero ella no se queja, o sí se queja pero sonrío... Y esa sonrisa me mata.

Postergo la ternura por los acuciantes deseos que alteran mi accionar. Sé que debería contenerla, escucharla... Pero mi cuerpo pide Emilia, y ya no puedo pensar.

Me incorporo y le abro las piernas para observar su sexo hinchado y abierto, y un hilo de semen se escurre entre sus nalgas... Eso hace que la cabeza me dé vueltas. Me siento turbado, mareado de placer al darme cuenta de que eso que le sale es mío. Es mi marca; yo se lo dejé. Y mientras viva nadie más lo hará porque esta mujer es mi mujer en los hechos y espero poder hacerlo en lo legal muy pronto.

¿Le diré ahora que ya estoy divorciado de Carla? Temo abrumarla con tanta información y también tengo miedo de que me rechace si le pido que se case conmigo. Si me pide tiempo, me mata... Mejor no. Mejor sigamos con esto que me está volviendo loco.

—¿Qué estás mirando, lobo hambriento? —me pregunta sin hacer un solo ademán de apartar su

sexo de mi mirada.

—Sos una descarada... ¿No te da pudor estar tan expuesta?

—Contigo no.

Me estremezco al escucharlo.

—¿Por qué?

—Porque el grado de intimidad que compartimos,

jamás lo experimenté con nadie. Todo lo que ves y todo lo que soy te pertenece, Licenciado. Podés hacer lo que quieras... mirar... tocar...

—¿Besar?

Ella ríe.

—Creo que tendría que pasar por el baño antes de eso...

No sé qué me pasa, nunca fui muy audaz, pero no creo necesario que pase por el baño ahora.

Desciendo por su cuerpo y antes de que Emilia pueda siquiera sorprenderse, lamo su sexo empapado por mi propio semen.

Jamás en mi vida se me cruzó por la cabeza hacer algo así. No sabe tan mal... Salado y dulce a la vez. Esta mujer ha logrado pervertirme sin hacer nada para eso.

Pierdo la cabeza, literalmente, entre sus piernas. Ella intenta apartarme pero yo no se lo permito. La devoro con ansias. Lamo, muerdo y succiono lentamente su vulva ardiente y húmeda. Froto mi rostro contra ella, y huelo su aroma mezclado con el mío. Ella tira de mi cabello con fuerza, pero yo no me rindo. Insisto con la lengua hasta que logro que acabe nuevamente entre sollozos y gemidos. Y antes de que se disipe su orgasmo, levanto la cabeza y la miro. Con los ojos cerrados, es la viva imagen del éxtasis. Gime y se muerde el labio... Arquea su cuerpo y convulsiona una y otra vez. Qué maravilla poder ser testigo de su placer...

Cuando retoma el control de su cuerpo me mira con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Eso te gustó, Emilia?

Traga saliva antes de responder.

—Algo...

—¿Algo, nada más? —pregunto haciéndome el inocente.

—La venganza va a ser terrible —me dice aferrando mi pene con fuerza mientras me obliga a tenderme de espaldas sobre la alfombra.

Se inclina sobre mí y su lengua recorre mi pecho, mi vientre... Se enrosca en mi ombligo y yo aprieto los dientes y los puños porque sé cuál será el siguiente paso, pero no sé si podré resistirlo.

Emilia ríe al notar lo atormentado que me siento y luego, sin más preámbulos, se introduce mi pene en su boca.

Ah, qué sensación tan increíble. Disfruto intensamente de lo que me hace y también del hecho de observarla hacerlo. Acomodo un almohadón bajo mi cabeza para hacerlo con comodidad. No estoy preparado para el efecto de su mirada mientras lame y succiona sin recato alguno. Ah, no quiero nada de eso. No hay nada prohibido entre Emilia y yo.

Quisiera prolongar el momento pero no puedo, y eyaculo jadeando su nombre. Le lleno la boca de leche, y la veo saborearla deleitada. Y ni un solo segundo apartó sus ojos de los míos.

El erotismo y el sexo cobran un nuevo sentido al vivirlos con ella. Después de esto no habrá nada que pueda estar a la altura, si no me lo hace Emilia Fraga mirándome así...

Luego de una ducha caliente en todo sentido, nos secamos frente al fuego.

—Emi, me parece que debería avisarle a tu mamá. Su rostro se ensombrece de pronto.

—El señor de barba le iba a avisar...

—Y también habría que llamar a Natalia.

La siento tensarse entre mis brazos, y enseguida se incorpora, nerviosa.

Pero no le alcanza con alejarse de mí; se pone de pie y comienza a caminar por la habitación visiblemente alterada.

—Emi..., ¿qué pasa?

Se para en seco y se acerca a la ventana. Le tiembla la voz cuando me dice:

—Odio haberlo recordado... Me duele tanto.

Cuando se vuelve, las lágrimas corren por sus mejillas y ella se las limpia con el dorso de la mano.

—Vení —le pido extendiendo mi mano.

Ella, obediente, me la toma y en un segundo vuelve a mis brazos. La oprimo con fuerza y le beso el pelo, pero la tensión no la abandona.

Yo siento una gran opresión en el pecho, porque percibo su dolor como si fuese mío. No le digo nada, le doy tiempo a que sus recuerdos se acomoden, y a tomar fuerzas para contarme.

Cuando las lágrimas se disipan, Emilia logra hablar...

—Era hermoso, igual al que vi hace un rato... Podría decirse que son como dos gotas de agua... No sé a qué se refiere, pero me abstengo de preguntar, convencido de que todo saldrá a la luz lentamente.

—No recuerdo su nombre todavía —continúa diciendo ella con la voz quebrada —pero lo cierto es que tanto Nati como yo estábamos locas por él... Era nuestro Pegaso, nuestro corcel de cuento de hadas que debe tener toda princesa...

Un caballo. Está hablando de un caballo.

—Así nos decía papá: “mis pequeñas princesas”. Y

Patricio siempre decía que él era el rey... No era mi hermano, sino el de Natalia, pero mostraba una clara preferencia por mí. Yo lo idolatraba...

Carajo, está hablando niño fallecido en un accidente de tránsito todavía sin resolver. Aún no entiendo la relación entre el caballo y el chico, pero debo tener paciencia y escuchar...

—Esa tarde, papá estaba trabajando. Era adiestrador de caballos y había un evento en las afueras de Carmelo que los involucraba... Patricio y yo lo ayudábamos y mi hermana correteaba por ahí. En un momento, vi que se alejaba y la seguí con la mirada. Parecía una muñeca con su largo cabello y su blanco vestido. Tan blanco como el caballo que iba delante... nuestro corcel de princesas. La vi entrar a una caballeriza, y fui tras ella. Estaba furiosa porque no me había llamado, sabiendo cuánto me gustaba ese potro blanco... Cuando llegué, Natalia estaba dentro y la puerta cerrada. Rodee el lugar y por una hendidura me puse a espiar... Quería sorprenderla junto al caballo y darle un buen susto por haberme dejado afuera. Pero el susto me lo llevé yo... Ay, Dios.

Hace una pausa y sacude la cabeza queriendo alejar esos pensamientos tan dolorosos. Pero al parecer, no lo logra y decide continuar.

—Había un hombre allí.

—¿Qué?

—Un hombre alto, con ropa de montar. Tenía el pelo blanco y una fusta en la mano. Yo lo había visto junto al caballo y su rostro no me había parecido nada amigable...

Todo me parece demasiado familiar. Esta historia ya la escuché antes... Mierda, mierda. Ya sé por qué. Esta historia la escuché de boca de la propia Natalia cuando me contó que de niña fue abusada. Ahora la tensión se apodera de mí también.

—¿Y qué pasó, Emi? —pregunto, pero en realidad quisiera preguntarle qué es lo que vio.

Ella vacila, y continúa retorciéndose las manos. —Esto... jamás se lo dije a nadie, ni a la propia Natalia —me aclara—. Máximo, yo vi como ese hombre

hacía... cosas indebidas. Cosas que jamás debió hacer con una niña de seis años.

El dolor se apodera de mi corazón, igual que el día en que Natalia me lo dijo. Emilia tiembla como una hoja, pero no intento detener su relato. Ella tiene que exorcizar a esos fantasmas que la acosan y aquí estaré yo para contener su dolor.

—Él... se abrió el pantalón, y obligó a mi hermanita a tocarlo... Ella no quería, pero el hombre la amenazó con la fusta, y... tuvo que hacerlo. Yo lo vi todo, Máximo. Todo... —y un sollozo le impidió seguir hablando.

—Tranquila, mi amor. Eso debió ser un gran shock para vos, y es completamente entendible que hayas enterrado ese recuerdo —le digo intentando calmarla.

—No sé si estaba paralizada o simplemente no quise ayudarla —responde llorando.

—¿Por qué pensás eso?

—Yo la quería, adoraba a mi hermana, pero quizás no hice nada para vengarme... Por haberme robado a mi padre, por ir tras el caballo sin avisarme... No sé... — murmura, abrumada.

Me sorprende su capacidad de introspección luego de tanto tiempo.

—Tenías solamente seis años, Emi.

—¡Podía haber gritado! ¡O ir en busca de ayuda! Yo sabía que lo que estaba pasando no era bueno; yo vi la carita de terror de Natalia...

—No te culpes, por favor...

—¿Cómo no hacerlo? Me quedé mirando lo que sucedía hasta que... Hasta que me di cuenta de que no era la única persona que observaba esa horrible escena.

—¿Había alguien más? ¿Quién?

—No lo sé... En la pared contraria de la caballeriza, a través de una hendidura, vi un ojo y parte de un rostro. Era una mujer...

—Ella estaba haciendo lo mismo que vos, observar sin hacer nada. Pero era una adulta y eso es algo... — comienzo a decir, pero el rostro de Emilia se ve tan tenso que me interrumpo súbitamente.

—Sí... Estaba espiando igual que yo. Y creo que en el momento que la descubrí, ella también lo hizo conmigo. Por un segundo nos miramos... y luego el ojo desapareció, y yo también salí corriendo.

Se detiene y se mira las manos. Parece indecisa... Presiento que ahora viene lo peor, si es eso posible.

—¿Qué pasó luego, Emilia?

Me mira, y veo sus ojos inundados de lágrimas.

—Luego... Corrí, y corrí. No podía detenerme... El hermano de Nati me vio, e intentó cortarme el paso, pero yo lo esquivé y continué corriendo. Detrás de mí, escuchaba la voz de Patricio gritando mi nombre, pero yo seguía mi loca carrera, igual que lo hice hoy cuando vi el caballo tan parecido a... no logro recordar cómo se llamaba, Máximo...

—No importa, ya lo vas a hacer. Seguime contando, por favor.

—Corrí por el bosque, y llegué a un camino vecinal con Patricio pisándome los talones. Segundos después de cruzarlo escuché el ruido, el grito... y luego el silencio. Me asusté mucho, giré y vi el auto blanco... Era una limusina.

Me quedo mudo. Entonces... era por eso. La limusina protagonizó el accidente en el que murió el hermano de Natalia. Y Emi lo vio todo. Dios mío, qué horror...

—Con calma, mi vida. Ahora vamos a entender muchas cosas...

Ella asiente, y luego continúa. Ya no intenta contener las lágrimas que nuevamente corren por sus mejillas.

—Me quedé escondida entre los árboles y vi a una mujer bajar de ese auto. Seguí su mirada y vi a Patricio tirado en el medio de la calle. Ella se acercó a él y lo tocó con el pie. No se movió,

Máximo. La mujer tenía una extraña expresión en su rostro... Era una mezcla de miedo y repulsión. Era horrible...

Trago saliva, conmovido. La oprimo más contra mi cuerpo, porque otra cosa no puedo hacer. Emilia continúa sollozando, pero no quiere detenerse, quizás porque sabe que el recordar puede doler pero a la vez puede sanar heridas.

—...ni siquiera verificó si respiraba, Máximo. Sólo miró a un lado y a otro y luego se metió en la limusina y huyó. Por suerte no me vio, pero yo sí lo hice. Nunca voy a olvidar esos ojos... Eran fríos, y de un exótico e inconfundible color violeta. Yo ya los conocía...era la mujer que estaba espiando fuera de la caballeriza.

El corazón comienza a latirme tan fuerte que creo que llevo un tambor en el pecho. Hay algo que me perturba demasiado... Ojos fríos... Ojos violeta... Yo conozco a alguien así. No, no puede ser.

Miles de recuerdos se agolpan en mi cabeza. ¿En qué año fue esto? ¿Hace dieciséis años? Ay, Dios mío... Debe ser una coincidencia, una infeliz coincidencia.

—...Cuando llegó la gente, yo estaba con Patricio entre mis brazos. Vagamente recuerdo la sangre en mi falda amarilla. Mi madre gritaba como una loca... Y después de eso, mi vida cambió. Y también la de mi hermana... Jamás volvimos a ser las de antes... ¿Máximo? ¿Me estás escuchando?

La escucho, pero mi cerebro intenta recordar si existe alguna posibilidad de que lo que intuyo haya podido suceder realmente.

—Emilia..., ¿cómo se llamaba el caballo blanco de ese hombre? Intentá recordarlo, por favor.

—Pero me dijiste que no importaba, y que ya iba a... —Por favor.

—Era algo... Tenía que ver con algo blanco. El

hombre lo había mostrado en la exhibición y dijeron su nombre varias veces pero...

—No te acordás.

—No... Lo olvidé completamen... ¡Ah! No es cierto. Ya sé cuál era su nombre. Se llamaba Nieve. Sí, así se llamaba...

La cabeza me da vueltas y vueltas. Ya no quedan cabos sueltos.

Mis sospechas se acaban de confirmar, y ahora sí que estoy en las mismas puertas del infierno.

—29—

Miércoles a la noche.

Aún no entiendo qué pasó ayer por la tarde. Es decir, no comprendo qué sucedió al final del momento más sublime de mi vida, porque algo se rompió y no consigo explicarme el motivo.

Finalmente logré salir de ese horrible bloqueo que me mantenía ajena al mundo, y que a pesar de ser consciente de lo que pasaba a mí alrededor, no lograba comunicarme. Todo comenzó con el caballo blanco y los recuerdos que durante tanto tiempo sofoqué, viniendo de golpe a mi cabeza...

Me desesperé. Fue ver a ese animal y la terrible tragedia que creía sepultada, volvió a mí con las mismas emociones de entonces. Como en una película vi al caballo, a Natalia con su vestido de verano, al hijo de puta que abusó de ella, a Patricio muerto en la calle, a su asesina en la limusina blanca. No pude soportarlo más, mi cuerpo por fin obedeció y pude huir.

Corrí como loca, igual que aquel día. No sabía adónde me dirigía, sólo sabía que tenía que alejarme de allí.

Lo siguiente que recuerdo es encontrarme entre los brazos de Máximo, mi gran amor, el hombre de mi vida, el que jamás me abandonó a pesar de las circunstancias adversas. Lo amé cada minuto que permaneció a mi lado durante este infierno, lo adoré por haberlo dejado todo por mí... Aún estando enferma lo deseé con desesperación. Cuando recuerdo cómo me dio de comer, cómo me bañó... Su paciencia, su ternura, su dolor.

No quise pensar en nada más que él, al principio. Al verme libre de mi cárcel, en lo único en que podía pensar era en hacerle el amor.

Lo hicimos. Fue una locura de besos y caricias. Toqué el cielo con las manos, y me sentí más viva que nunca. Ahora sé que lo amo más que antes, y nada ni nadie podrá impedir que estemos juntos.

Confío en él ciegamente. Es mi hombre, mi cable a tierra, mi confidente.

Con él logré abrir mi corazón y contarle todo lo que me causó tanto dolor y que por fin pude recordar.

Máximo me escuchó, me contuvo. Sufrió conmigo mientras transitaba por los dolorosos recuerdos. Me dio calma, me dio paz. Gracias a él pude sacar toda la mierda que había enterrado hacía muchos años y que me estaba haciendo daño... Todo el tiempo sentí su comprensión, su apoyo.

Todo el tiempo menos al final.

No sé qué pasó, no lo entiendo. De pronto, todo cambió.

Cuando terminé de contarle y lo miré, su rostro era de piedra, y sus brazos también. Continuaba abrazándome, pero lo sentí ausente.

Parecía... confuso. No, más bien parecía aterrado. Después de eso, todo cambió. Se puso de pie de un salto, y una terrible inquietud se

apoderó de él. Por primera vez en mucho tiempo yo encontraba el sosiego y la paz que mi alma necesitaba luego de haber enfrentado mis fantasmas. Pero Máximo parecía empezar su propia pesadilla a juzgar por cómo se movía por la habitación... Parecía un lobo enjaulado.

“¿Qué te pasa?”, pregunté sorprendida.

No me respondió. Ni siquiera estoy segura de si me escuchó.

“¿Máximo?”

Nada. Me asustó, de verdad me asustó.

Me puse de pie y lo enfrenté. Lo tomé del rostro y lo obligué a mirarme.

“¿Qué diablos te pasa, mi amor?”, insistí, presa de un súbito temor.

Lo vi soltar el aire lentamente, pero parecía mirar a través de mí. Finalmente me respondió.

“Emilia... Estoy algo... impresionado. Te pido disculpas pero...”

En ese momento tocaron a la puerta, interrumpiéndolo. Abrió la puerta y allí estaba el director de este lugar junto a mi madre que ni bien me vio, se puso a llorar como una loca y a abrazarme. Intenté calmarla, pero toda mi atención estaba concentrada en Máximo que miraba por la ventana y su expresión era inescrutable.

Minutos después, llegó Natalia acompañada de mi ex, Fernando Torres. Ellos no lloraban, más bien estaban eufóricos y por un momento me dejé llevar y compartí con mi hermana la alegría del reencuentro. Cuando quise acordar, Máximo ya no estaba en la habitación.

Y no lo volví a ver.

No me fui a casa de mi madre como ella quería, porque los médicos recomendaron que permaneciera en el establecimiento hasta no estar seguros de que mi recuperación fuera completa. Me sometieron a exhaustivos estudios para determinar cuán bien me hallaba.

Yo estaba pendiente de la puerta, esperando que Máximo apareciera en cualquier momento, pero no lo hizo. Me desesperé... Llamé aparte a mi hermana y le pedí que fuera por él.

“Mili..., Máximo tuvo que irse”, me dijo dejándome completamente descolocada.

“Irse..., ¿adónde?”, pregunté desconcertada. “A Buenos Aires. Pero me dijo que regresaría pronto y que cuidara de vos.”

“¿Es por los chicos? ¿Les pasó algo?”, pregunté, aterrada.

“No, Mili. Tranquila...”

Pero yo no lo estaba. Ni un poquito. No se había despedido de mí, y la última vez que lo vi, estaba muy extraño. Dios mío, que no me deje.

Máximo no puede dejarme ahora...

“Nat, ¿seguro que te dijo que volvería?”

“Te lo juro. Ahora, Mili, hablemos. Quiero que me cuentes...”

No tenía muchas ganas de revivir todo eso, y menos con la preocupación constante de si Máximo iba a regresar, pero se lo debía.

Y fue una suerte de que habláramos, porque en ese momento me enteré de que el abuso de ese hombre no había llegado más allá de lo que vi. Al parecer cuando descubrí que Patricio estaba muerto grité tan fuerte, que mis alaridos alertaron a todo el mundo, así que el hijo de puta tuvo que desistir de su intención de violarla...

Qué retorcido fue todo, por Dios. Si su hermano no hubiese sido atropellado por la mujer de la limusina, Natalia hubiese sido brutalmente violada. Porque no hay duda de que esa era la



intención de ese demonio cuando le exigió que se sacara la bombacha y la invitó a sentarse en sus rodillas. Y mi pobre hermana se echa la culpa de todo...

Lloramos juntas por largo rato. Por fin entendimos de dónde salió tanto dolor... Comprendimos que nuestros problemas psicológicos que nos acompañaron hasta la adolescencia, tenían que ver con apartar de nuestras psiquis, recuerdos tan perturbadores. Preferimos callar, para poder olvidar.

No hablamos de venganza, de represalias, de encontrar a la culpable del accidente, al culpable del abuso. No es el momento de dar ese paso. Por ahora logramos hablar de eso tan doloroso y de consolarnos mutuamente.

Y por primera vez en nuestras vidas, vi a mi madre mirar a Natalia con otros ojos. Se acercó, y nos pasó la mano por la cabeza a ambas.

Fue un momento increíble.

Si no hubiese sido porque no sabía dónde carajo estaba Máximo y por qué se había marchado, hubiese sido perfecto.

Cuando Emilia terminó de contarme lo que pasó aquel fatídico día, yo supe que algunas casualidades aterran. Sus palabras aún retumban en mi cabeza.

“Se llamaba Nieve...”, “...exóticos y fríos ojos violeta”, “...una mueca mezcla de asco y repulsión”, “...era un hombre de cabello blanco”.

Dios, cuantas más vueltas le doy, más seguro estoy. No tengo dudas de que mi vida y la de Emi están unidas por el amor y la tragedia.

Cuando era un adolescente tenía una yegua a la que amaba. Su nombre era Luna, y hubiese dado lo que fuera por ella. Cuando me prohibieron montar si no era para jugar al polo, la hicieron desaparecer de mi vida. La apartaron de mí, y supe que tiempo después parió un potrillo tan blanco como ella. Lo admiré de lejos antes de irme a estudiar a la capital. Era hermoso, igual a su madre.

Su nombre era Nieve, y era el preferido de Octavio Aguirregaray. Y le digo así porque no puedo llamar padre a un degenerado que abusó de una nena de seis años.

No hay lugar para la más mínima vacilación. No hay lugar para la inocencia.

Hace dieciséis años, mis padres dejaron de ir a los campeonatos de polo que se disputaban en Uruguay. Me acuerdo perfectamente porque cuando al año siguiente nació Pía, le obsequiaron a Nieve.

Fue un regalo simbólico, porque el caballo jamás dejó el haras donde nació, pero lo cierto es que me sorprendió que renunciaran a competir con él fuera de fronteras, como lo hacían todos los años.

Ellos adujeron los elevados costos del transporte, pero lo cierto es que recorrieron la Argentina con el polo, la cría de caballos, y los negocios relacionados. El tema era no pisar Uruguay.

En ese momento no le di importancia, pero ahora...

Ahora sé que los inconfundibles ojos violeta de mi madre, fueron los que observaron a su marido abusar de Natalia. Ahora estoy seguro de que ella fue la responsable del accidente que mató a su hermano. Y no me cabe la menor duda de que Mercedes Laurente abandonó a ese niño en la calle como si fuese un perro. Me cierra perfectamente; ella es capaz de eso y más.

Lo sé, pero antes de denunciarlos, tengo que enfrentarlos.

Quiero que me digan en la cara que estoy equivocado, a ver si se atreven. Tengo que confirmar mirándolos a los ojos, que todo esto no es un divague de mi mente. Quiero que asuman sus culpas, y las reparen.

¿Soy capaz de entregar a mis padres a la policía? No lo sé. No tengo idea. Lo que necesito es saber la verdad, y que Emilia y Natalia también lo sepan.

Sólo espero que el hecho de ser el hijo de los causantes de sus desgracias, no alejen de mi vida a la mujer que amo... Tengo que confesar que tengo miedo de que eso suceda. ¿Y si Emi decide que no quiere relacionarse con el hijo de los responsables de su triste infancia?

Al pensar en eso, todo lo que creo haber decidido parece desvanecerse.

Por un momento juego con la idea de que nadie tiene por qué saberlo. Para mí sería muy fácil hacer que Emilia desechara cualquier idea de investigar sobre un hecho que ocurrió hace tanto tiempo, porque estoy seguro de que quiere olvidarse de todo lo que le hace daño.

Si así lo hiciera, quizás yo también pudiese olvidarme de todo y hacer como que nunca pasó. De esa forma podría tener la certeza de que Emilia va a ser mía para siempre.

Pero no puedo. Simplemente no puedo...

De pronto me viene a la mente un momento de mi vida en el que la confusión se había apoderado de mí. Carla estaba embarazada de Juan Martín, y ambos teníamos sólo veintiún años... Se me cruzó por la cabeza mandar todo a la mierda y perderme por ahí. No estaba preparado para ser padre; yo mismo me sentía un niño... Pero a Octavio Aguirregaray no se le escapaba una. Me adivinó la intención y me llevó aparte.

“Un hombre debe hacer lo que debe hacer. Parte de serlo es afrontar las consecuencias de sus actos, Máximo. La cagaste, y ahora no tenés escapatoria... Tenés que asumir esas consecuencias”, sentenció con ambas manos presionándome los hombros y la mirada gris fulminándome.

Tenía razón, y mi hijo es el recordatorio constante de que huir hubiese sido un error. Bien, ahora tampoco hay lugar para pensar en otra cosa que no sea asumir las consecuencias. Me duele mucho, pero llegó la hora de que la justicia actúe. No se pueden quejar pues zafaron durante más de quince años. Para mis padres, esto llega en forma demasiado tardía.

Y para mí... Siempre me obsesionó la verdad. Así que decido arriesgarme a perder a Emilia, por ir en busca de ella.

Ni bien el ferry toca puerto, llamo a mi hijo. —Hola, Juan.

—Viejo..., ¿cómo está Mili?  
Es lo primero que me pregunta cada vez que lo

llamo. Hasta ahora mi respuesta siempre fue la misma “sin cambios”, pero esta vez...  
—Despertó.

—¿En serio? ¡Por fin! Me alegro muchísimo, pa. Es decir, me alegro por vos... y también por ella. Mili no se merecía algo así.

—Lo sé. Juan, Emi está muy bien; el que no lo está soy yo.  
—¿Qué te pasa?

Vacilo... No sé cómo decirle, pero siento la necesidad de prepararlo para lo que se viene.

—Descubrí algo muy malo de tus abuelos. No viene al caso como me enteré, la cuestión es que ellos hicieron cosas muy graves y bueno, es probable que... la policía intervenga.

—¿Qué?

—Juan, mis padres cometieron errores. Ambos. Más que errores fueron delitos y por más que hayan pasado muchos años, hay gente que sigue sufriendo por eso. Por ahora nadie lo sabe, pero yo sí. No puedo vivir con esto y los voy a encarar.

—Papá, no sé qué pudieron hacer, pero lo único que me importa es que vos vivas tranquilo y feliz. ¿Estás seguro de lo que decís y de lo que estás haciendo?

—Sí. Quería avisarte, y por favor, decile a tu hermana también, que seguramente los abuelos se van a ver en problemas por algo que hicieron hace mucho, y jamás asumieron esa culpa. No puedo decirte más por teléfono, hijo. Ya hablaremos luego...

Corto la llamada porque tengo un nudo en la garganta.

No sé si hice bien en advertirle pero prefiero que esté preparado porque estoy seguro de que esto tendrá prensa. Me odio por hacerles esto a mis hijos, pero no tengo opciones. Lo haría aunque no se tratase de Emilia y su hermana. Lo haría porque la verdad es más fuerte que el tiempo, que la soberbia, que la corrupción.

Y llegó el momento de la verdad.

Primero llamo, para asegurarme de que estén ambos en casa.

Me atiende mi madre y lo primero que escucho son sus acostumbrados reproches. No estoy de humor para eso, así que la interrumpo sin miramientos.

—Voy para ahí. Necesito hablar con ambos de algo importante.

Cuando llego están esperándome en la sala. Mi padre con su whisky y mi madre con su quinta o sexta copita de cognac de la noche.

Parecen muy dignos ahí sentados, mirándome como si yo fuese un insecto fastidioso. Aún así, siento lástima por ellos. Por ser tan fríos, y también por lo que va a pasar.

Y dudo, maldita sea. Son mis padres y están viejos.

Él, erguido como siempre, tiene la frente tan arrugada que parece un pergamino. Y a ella le tiembla la mano cuando se lleva el trago a la boca.

Trato de recordar si alguna vez los vi realmente felices, y si me sentí verdaderamente querido aunque fuese solo un momento, pero no lo consigo.

Me siento más oveja negra que nunca. Lo que tengo que hacer va a ser considerado un acto de alta traición por toda mi familia, menos por mis hijos, quizás. Al principio nadie lo va a creer, pero si la policía puede probarlo, igualmente todos me odiarán por haber sacado a relucir el tema luego de tantos años y someter a la distinguida familia Aguirregaray al escarnio público. Todos tenemos secretos más o menos vergonzosos y para algunos esto no va a ser más que un malentendido que se mantuvo a través del tiempo, y que yo insistí en dar a conocer con la intención de dañarlos.

Sé que voy a quedar como el malo de la película, y sé que no hay forma de no salir perjudicado de esto. Mi apellido quedará para siempre manchado por estos delitos, y seré tachado de mal hijo por mucha gente.

Es probable que tenga que declarar en una corte, y que también tenga que hacerlo Emilia aunque no quiera. Porque soy consciente que también la estoy arrastrando a ella en todo esto.

Dios mío, ojalá hubiese otra forma... Ojalá no tuviese que ser yo quien lo haga. ¿Y si espero? ¿Si los confronto pero no los denuncio? Los tendría vulnerables y a mi merced... ¿y para qué? No quiero eso.

Yo quiero justicia y quiero verdad. Por Natalia, por su hermano, por Emilia. Una familia destruida en diez minutos, y nadie se hizo responsable de nada. Simplemente huyeron y olvidaron.

¿Olvidaron? Si mal no recuerdo, mi madre se refugió en la bebida más o menos en esa época, y ahora me explico por qué. Mi padre se volvió austero y taciturno, y dejó de frecuentar ciertos lugares. Y estoy seguro de que no volvió a disfrutar nunca más del polo y de los caballos.

Creo incluso que Nieve desapareció del haras antes de que mi hija estuviese en condiciones de montarlo.

A su manera, estoy seguro de que sufrieron, pero no pagaron. No intentaron siquiera reparar un daño que se sabe irreparable, pero al menos con la verdad en la mano puede doler menos.

Y ahora tengo esa responsabilidad en la mía, que involucra además, a la mujer que amo y su familia. Peor no podía ser...

—Te ves extraño, querido. Y no es sólo por ese pelo horrible que insistís en no cortarte...

—Pero Mercedes, no le digas cosas que le desagraden, una vez que se digna a visitar a sus padres. Mirá si se enoja y se va —dice Octavio con ironía.

Miro a mi padre directamente a los ojos.

—Esto no es una visita.

Él me sostiene la mirada.

—¿Entonces qué es?

No sé qué decirles. Cada minuto que pasa me acobardo más...

—Es... Quiero hablar de algo que pasó hace dieciséis años. Imagino que saben de qué les estoy hablando.

Los veo palidecer y bajar la mirada súbitamente, y me siento mal. Me siento una mierda... Ahora se miran con el ceño fruncido y luego a mí, con una severidad mayor a la habitual.

—No. No sé de qué nos estás hablando —dice mi padre mordiendo las palabras.

—No la pongas más difícil, papá. Ambos sabemos que lo que pasó en Carmelo.

—¡Basta! —grita mi madre poniéndose de pie—. Máximo, andate. No te voy a permitir que vengas con...

—Mamá, tenía solamente diez años. Te fuiste y no le prestaste asistencia...

Me mira aterrada.

—¿Cómo...? —y luego mira a mi padre, buscando respuestas—. ¿Cómo lo supo, Octavio?

—Callate, Mercedes

—

dice él con frialdad sin quitarme los ojos de encima.

—Pero... —insiste ella, temblando más que de costumbre.

—¡Callate, te dije! Dejame pensar, estúpida...

—No es necesario que te pongas violento —le digo sosteniéndole la mirada por unos segundos—. Los tres sabemos que ella no es la única culpable de lo que pasó ese día en ese lugar —agrego con calma.

—¡Te lo dije, Octavio! No fui la única que vio... —Mercedes, si no te callás, voy a...

—¿A qué, hijo de puta? ¿Me vas a pegar con la fusta? ¿Me vas a violar? ¡No creo! ¡Soy una vieja y a vos te gustan las nenas! Máximo, por favor... Soy una vieja... No me hagas acordarme de ese momento tan funesto...

—¿Funesto, mamá? ¿Sólo eso? Voy a hacer algo más que recordarles lo que pasó ese día...

—¿Qué es lo que crees que vas a hacer, Máximo? — me interrumpe mi padre dando un paso al frente—. ¿Vas a arrastrar a nuestra familia al lodo por algo que pasó hace casi veinte años y que es imposible de probar?

—No es imposible. Tengo testigos para ambos... —¡Mentira! —chilla mi madre, histérica—. ¡No había nadie!

—Al parecer sí lo había, Mercedes. Y nuestro querido hijo no va a dudar en hundirte, aunque eso sólo traiga más desgracias y no le devuelva la vida a ese chico.

La forma en que pronunció esto último me revolvió el estómago. “Ese chico”. Desprecio y odio. Mucho odio...

—No sólo había alguien que vio como ella atropelló a... “ese chico” con la limusina y se dio a la fuga. También hubo alguien que observó lo que hiciste con esa niña.

—¡No hice nada!

—¿Nada? ¿Querés que te recuerde lo que hiciste?

—Máximo, por favor. No pasó a mayores... No sé qué te habrán dicho, pero si le hacían las pruebas, iban a comprobar que yo no... hice nada.

—La hubieses violado si no se hubiese armado el revuelo por el accidente, ¿verdad? —afirmo convencido, y un extraño brillo en sus ojos me confirma que es así.

—Pero no la violé —dice fríamente.

—Abusaste de ella.

—No tenés pruebas.

No le contesto. Quizás sea solo la palabra de Natalia y Emilia contra la de él. Ellas son hermanas, y él es un rico miembro de la aristocracia argentina. Pero cuando recuerdo que Patricio está varios metros bajo tierra y nadie pagó por eso, la ira se apodera de mí.

—No veo arrepentimiento en ninguno de los dos

— les digo intentando controlarme.

Ellos ignoran mi comentario.

—¿Y qué vas a hacer, querido, ahora que lo sabés?

¿Nos vas a dejar de hablar? ¿Vas a hacer terapia de shock entre las piernas de tu puta inválida? Porque los tres sabemos que abrir la boca sería el fin de nuestra familia y eso incluye a tus hijos —dice el hombre que me engendró y que ya no reconozco como padre.

—Octavio, Máximo no es tan estúpido como para hacer algo así —murmura mi madre súbitamente compuesta—. Nunca nos hizo caso, pero él entiende el daño que le haría a los chicos. Y no sólo a Pía y Juan, sino también a sus hermanos y sus sobrinos...

—Vos sos la estúpida, Mercedes. A él jamás le importaron sus hermanos, y dudo de que le interesen sus hijos, a juzgar por cómo los abandonó para irse con esa... Un momento. Es ella la culpable, ¿verdad? Ella te fue con esos chismes y vos...

Lo miro en silencio por un instante y luego digo con voz firme.

—Si hay algún culpable de algo, no es ella. Así que ustedes eligen. O se presentan ante las autoridades y dicen la verdad, o lo hago yo.

Y la oveja muere dentro de mí. Ya nunca más dentro de este rebaño enfermo. Ya nunca más con la mentira. Ya nunca más con el dejarse llevar...

El hombre que ahora soy gracias a Emilia tiene miedo, pero no se amedrenta. Sabe todo lo que pierde, pero prefiere la verdad. Es consciente que dentro de esas pérdidas puede estar ella misma, pero no podría sostener su propia mirada en el espejo si calla lo que sabe.

Me duele en el alma tener que hacer esto porque son dos ancianos que no saben el significado de la palabra responsabilidad, de la palabra compasión, de la palabra conciencia. Me duele porque son mis padres, y porque en el fondo los quiero. Y también me duele por lo que pueda caer encima gracias a mis revelaciones...

—Vos no sos un Aguirregaray... Nunca lo fuiste. Maldigo la hora en que...

—Por favor, mamá. Hacete y haceme un favor: no lo digas. No agregues una cuenta más a tu rosario de culpas. Sé que estás indignada, pero soy tu hijo y vos serás mi madre siempre. Pero no puedo soslayar el hecho de que cometiste un delito. Sé que estabas dolida y confundida, pero luego de ese momento, tampoco lo asumiste... Voy a llamar a las autoridades si es necesario, pero también les voy a buscar un buen abogado porque lo que yo quiero es que de una vez por todas se imparta justicia.

Me doy media vuelta y ahora sí enfrento a mi padre.

—Soy tan Aguirregaray como vos. Y por eso, soy un hombre de honor. Espero que aunque sea tarde, también lo seas esta vez.

Espero afuera durante una hora. Veo llegar a su abogado acompañado de varias personas, pero no veo a la policía.

Con un nudo en la garganta, tomo el teléfono, y apenas me sale la voz cuando llamo a las autoridades para entregar a mis padres.

—30—

El ferry está a punto de arribar al puerto de Colonia, y ni la ansiedad de volver a los brazos de Emilia puede borrar los terribles momentos vividos en Buenos Aires.

Tener que denunciar de mis padres fue devastador. Más de lo que yo pensaba...

Pero la situación es más compleja aún. Al ser sospechosos de dos delitos ocurridos fuera de la Argentina, voy a tener que volver a hacer la denuncia en Carmelo, y esta vez tendrá que ser con Emi y Natalia. No es que la hayan desestimado en Buenos Aires. En realidad lo tomaron muy en serio y se comunicaron de inmediato con sus pares de Uruguay. Horas después, tenían la confirmación de que el accidente había ocurrido y que estaba sin resolver. Lo del abuso es harina de otro costal...

Todo depende de Natalia y su capacidad de enfrentar a mi padre, porque sin dudas que habrá un careo.

Dios, estoy metido en camisa de once varas y no sé cómo va a resultar todo. Lo único que sé es que Patricio murió y se llevó a la tumba la felicidad de Emilia y de su hermana. Y todo fue por culpa de mi familia...

El destino caprichoso me unió a la mujer que padeció los errores de mis padres y me puso a mí en el medio para tomar la decisión más difícil de mi vida. Y lo peor de todo es que esto recién empieza...

Llego en taxi al establecimiento Araminda y lo primero que hago es preguntar por Emi. Respiro aliviado cuando me dicen que está bien, aunque muy ansiosa... Imagino por qué.

De pronto me sobreviene una creciente inquietud y no puedo esperar para verla, para abrazarla... Sólo espero que no me rechace cuando le cuente la verdad. Camino rápido por los pasillos, y en dos minutos estoy en la puerta de su habitación. No sé si golpear o directamente abrirla.

Esta no es nuestra casa y supongo que pronto tampoco será el lugar indicado para que ella viva. Hay mucha gente en lista de espera, y Emilia ya no necesita la ayuda que aquí puedan brindarle. Por un momento se me cruza por la cabeza que estamos ambos a la deriva... Tenemos que resolver juntos qué es lo que vamos a hacer... ¿Volveremos a Buenos Aires?

Estoy seguro que el dueño de la armería me devolvería el empleo al instante. No sé... En realidad acá estoy tan a gusto con lo que hago. Por fin encontré el equilibrio perfecto entre lo que me gusta hacer y lo que sé hacer, y por primera vez siento que puedo ayudar a alguien. Sí... Me gustaría quedarme acá, pero soy consciente de que la carrera de Emilia no tiene futuro en Uruguay. Además están mis hijos a los cuales me gustaría ver con más frecuencia.

Basta. Tengo la cabeza a punto de estallar de tanto pensar y pensar... Ahora llegó el momento de sentir. Necesito alimentarme del amor de Emi antes de decirle toda la verdad.

Abro la puerta despacio, porque son las once de la noche y tal vez esté durmiendo. Carajo, no está... ¿Cómo es posible? Reviso toda la habitación a ver si dejó una nota o algo... Nada.

Tal vez me haya dejado un mensaje en el móvil. Tampoco... Ni siquiera sé si alguien le dio el número.

Me voy a mi habitación con el corazón latiendo a mil. El no hallar a Emilia me hace sudar frío de verdad. Si no encuentro nada allí voy a tener que llamar a Nancy.

No es necesario... Encontré algo. Emilia duerme en mi cama, abrazada a mi almohada. Me acerco despacio y me siento en el suelo, deleitado por el solo hecho de observarla. Como si mi mirada hablara, ella despierta.

Abre los ojos y al principio no nota mi presencia. La disfruto en silencio... Así, somnolienta y ansiosa me recuerda al momento en que la vi por primera vez. En esa ocasión me creyó un dios y me pidió la salvación. Ojalá ahora pueda darle lo que ella necesita...

Cómo te quiero, Emilia Fraga. Me muero por vos... Y en este momento elijo olvidarme de todo menos de esta maravilla que se incorpora en mi cama pestañeando

perezosa. Atrás queda el turbio asunto de mis padres y nuestro futuro incierto. Mientras ella esté a mi lado podré superarlo todo.

Finalmente logra terminar de despertar y me ve. Su rostro se ilumina, y aunque es de noche, el sol sale para mí.

—Hola, belleza —murmuro sonriendo.

A juzgar por cómo me mira, parece que también para ella se hizo de día de pronto.

—Hola...



—Si te corrés un poquito, entramos los dos en esa cama.  
Frunce el ceño.

—No tan rápido... Primero me vas a tener que explicar...

—Mañana, Emi. Por favor...

—Estás cansado...

—No precisamente —le digo mientras me quito la

ropa y me meto en la cama a su lado. Estamos tan cerca que enseguida le queda claro el origen de mi urgencia.

—Estás desnudo.

—Vos no, pero deberías —replico mientras le desprendo lo que parece ser una de mis camisas. La escucho jadear y termino de encenderme. Siento un fuego que me corroe las entrañas y el deseo me golpea de forma tan intensa que se me dificulta respirar.

Me tiendo de espaldas y la atraigo hacia mí. Adoro sentir sus senos sobre mi pecho desnudo. La tomo del rostro y le como la boca con ansias.

Su lengua lucha con la mía en un maravilloso juego de seducción que me enardece segundo a segundo. Me besa con una pasión devastadora.

Parece que ella tiene el mando el día de hoy y me muerde el mentón para hacérmelo saber.

Estar a su merced me gusta más de lo que esperaba. No me inmoviliza de ninguna forma, pero su actitud me muestra que es la parte activa en esta búsqueda del placer, y yo me dejo llevar.

Ah, qué tortura más dulce. Su boca desciende por mi cuerpo y se detiene en mi pecho. Su lengua me acaricia las tetillas y luego continúa dejando un rastro caliente y húmedo hasta llegar al lugar donde nace esta hoguera que me está consumiendo lentamente.

—Hermoso... Por donde se te mire sos el hombre más... atractivo del mundo. Me gustás mucho, Máximo. Me hacés enojar también, pero me gustás tanto que me resulta demasiado fácil perdonarte.

Trago saliva... La hago enojar y eso que aún no le dije nada. Alejo esa idea de mi mente y me concentro en las sensaciones que me produce el aliento de Emilia al hablar tan cerca de mis zonas más sensibles.

Le acaricio el pelo y mi mano parece tener voluntad propia porque sin quererlo empiezo a presionarle la nuca para que me haga eso que deseo tanto. Necesito el alivio que su hermosa boca puede darme.

Pero ella está decidida a llevar la batuta y hacerme sufrir. Es bastante incómodo verla mirarme a los ojos con su rostro apoyado en mi muslo, a centímetros de mi pene erecto. Pero es también sumamente excitante...

—Me parece que no te gusto tanto como decís... —Creeme que sí...

—A ver, mostrame entonces. Quiero acción —le

digo con una mirada más que significativa. Emilia sonrío. —Ya vas a tener acción. Pero antes quiero darte algo.

Se levanta y camina descalza, con la camisa abierta.

Toma su chaqueta y saca algo del bolsillo. Se sienta a mi lado en la cama, y abre la mano...

En ella hay una frágil cadena dorada con una pequeña cruz.

—¿Y esto?

—Dejame ponértela. Quiero que la uses siempre, para que te proteja. Cuando no estás a mi lado siempre temo que te pueda pasar algo.

—Emi...

—Esta cruz me acompañó siempre. Se la dejé a mi madre antes de irme a Buenos Aires, y la recuperé ayer. Por favor, Máximo. No te la saques nunca... —murmura mientras me la coloca en el cuello.

—Gracias... Pero si la cruz me protege a mí, ¿a vos quien te cuida?

—Vos. Sos mi dios, sos mi ángel... No voy a olvidarme de que jamás me abandonaste... Te debo la vida, Licenciado.

—No digas eso... Mis motivaciones para no moverme de tu lado eran puramente egoístas. Simplemente no puedo vivir sin vos... Te amo, Emilia Fraga.

Ella cierra los ojos y me pone la mano en el pecho donde descansa la pequeña cruz de oro.

—Yo también. Y ahora te lo voy a demostrar de verdad —me dice al tiempo que deja caer la camisa al suelo y se tiende sobre mí. Su precioso cabello castaño cae como un manto sobre mi rostro—. ¿Querías acción, lobo mío?

Asiento, maravillado mientras le sujeto el pelo en la nuca.

—Entonces la vas a tener.

Su lengua se introduce en mi boca y la recorre con una sensualidad increíble. Me besa intensamente, me devora con ansiedad, y yo le correspondo con el mismo ardor. Recorro su espalda con mis manos para bajarle la bombacha pero ella me detiene.

—No...

—¿Qué pasa?

—Hoy es tu día, caballero. La señorita está indispuesta.

Bueno, eso es un gran alivio. La locura de hace unos días no tuvo consecuencias y eso es muy bueno, pero no hay nada que pueda detener mi intención de estar dentro de ella.

Me incorporo y antes de que pueda prevenirlo, la obligo a tenderse de espaldas. Ahora es mi pelo el que cae sobre el rostro de Emilia, así que me separo un poco para no incomodarla. La cruz que ella me regaló pende de la cadena y se balancea. Por un segundo se posa en su boca y ella entreabre los labios para besarla...

—Que Dios me perdone, pero cada vez que vea esta cadena voy a desearla suspendida sobre mí de esta forma...

Lo que dice me subyuga, me deleita. Me vuelve loco...

Desciendo por su cuerpo y la cruz acaricia sus hermosos senos. Para mí también quedará asociada a este momento para siempre.

Cuando intento de nuevo sacarle la ropa interior ella me mira con el ceño fruncido, y cierra las piernas.

—Nada de eso, Emilia. Nada prohibido entre vos y yo, ¿te acordás?

Suspira entrecortadamente, y la noto tensa e incómoda, pero no desisto. La desnudo despacio.

—No mires, por favor —me ruega, pero suena resignada a que haga lo que quiera con su cuerpo, incluso observar lo que se empeña tanto por ocultar.

Pero eso a mí, no me impresiona. No hay nada de ella que pueda causarme rechazo... Adoro a Emilia en todas sus dimensiones, y en la humana más que ninguna. Esta mujer es mi mujer y no tiene límites mi amor por ella.

En la penumbra de la habitación no puedo ver nada, pero la toco con ansiedad. Su vagina se encuentra húmeda y dilatada, y yo me muero de ganas de penetrarla, así que interrumpo los juegos previos y me pierdo entre sus piernas.

Ella gime y arquea su cuerpo. Me acepta sin restricciones y adapta sus movimientos a los míos mientras nos sumergimos en esta locura que nos brinda un placer inmenso e irresistible.

—Ah, Emilia... —murmuro mientras la cruz se mueve sobre su cuerpo, y mi pene dentro de él. Se lo meto con fuerza, una y otra vez y cuando la eyaculación es inminente e incontenible, me inclino y le muerdo la boca para no gritar. Recibo su orgasmo dentro de la mía... Ahogo con mis besos sus gemidos, y eyaculo mientras el placer se apodera de todas mis terminales nerviosas y ya no puedo pensar en nada más que en ella.

Me entrego una vez más, a esta pasión que me hace sentir más vivo que nunca y que espero conservar siempre.

Pero en el fondo de mí temo que el pasado nos termine separando y eso me hace estremecer, y no de placer precisamente.

No puedo dilatar más la verdad y se lo digo mientras desayunamos en mi habitación. La verdad es que no sé por dónde empezar...

—Vos tenés mucho que ver con mi viaje a Buenos

Aires, Emi.

—¿Yo? Creí que habías ido a ver a tus hijos. —No vi a mis hijos, fui a ver a mis padres. —¿Y yo tengo que ver en eso, Máximo? ¿Por qué?

Trago saliva. Dudo... Ahora lo que no sé es cómo continuar. Con la verdad, no hay otra forma... Nada de ocultamientos, que esto ha estado sepultado durante demasiado tiempo y ha causado mucho dolor.

—Emilia, cuando vos me contaste lo que pasó en la caballeriza... Cuando me dijiste que la mujer que atropelló a Patricio tenía los ojos color violeta... Cuando me contaste que el caballo se llamaba Nieve...

—Máximo, decímelo de una vez.

Si supiera como...

—Todo lo que me dijiste, mi amor, me reveló algo

que jamás me imaginé... Me di cuenta de que ese hombre era mi padre, y que esa mujer no podía ser otra que mi madre —le digo por fin, y contengo el aire esperando.

Frunce el ceño y me mira sin comprender.

—No sé qué...

—Mi amor, me gustaría que no fuese así, pero lo es. Ese caballo era de mi familia. Ellos estaban en Carmelo en ese momento. —Tengo que controlarme, porque siento las lágrimas agolparse en mis ojos. Pestaño rápidamente para deshacerme de ellas. Dios, qué difícil es todo esto, qué difícil—. Todo cierra. Mi padre abusó de tu hermana y no la violó porque tus gritos lo impidieron. Mi madre lo vio todo, salió como loca y atropelló a Patricio. Ella... no consideró importante ni darle asistencia, ni asumir su responsabilidad... Lo ocultaron toda la vida y yo me enteré por vos.

Emilia mira el suelo, y yo no sé qué carajo está pasando por su cabeza.

—¿Cómo podés estar tan seguro?

—Los encaré y lo admitieron. Y no mostraron ningún arrepentimiento, Emi.

No aguanto más y me largo a llorar como un bebé. Ya no puedo contenerme. Me cubro el rostro con ambas manos y doy rienda suelta a mi dolor....

—Máximo...

No puedo mirarla. Entre sollozos sigo hablando, sigo dejando salir toda la mierda que llevo adentro.

—Mi familia fue la responsable... de las desgracias de la tuya... No sé cómo voy a hacer para... compensarte..., compensarlas a vos y a Nati...

—Máximo, no sufras más, por favor. No puedo verte así...

Levanto la vista y veo que ella también está llorando. —Mi vida, no llores...

—Me duele tu dolor.

—Y a mí el tuyo. Los odio por todo lo que tuviste

que pasar... Los denuncié, Emi. Pero no sirvió de mucho... Todo depende de la investigación que hagan acá. Van a tener que declarar vos y Natalia.

—¡No!

—Es necesario... —comienzo a decir, pero ella me interrumpe.

—Tengo miedo. No quiero revivir eso otra vez.

—Lo sé. Pero a veces es necesario revivirlo para superarlo. Y la memoria de Patricio se merece que la verdad se sepa.

Eso no admite réplica alguna, y ella asiente en silencio.

—Sólo te pido algo.

—Lo que quieras.

—Dejá que yo se lo cuente a Nati. Que ella decida... Después de todo es la principal damnificada en esta tragedia. Perdió a su hermano, perdió su inocencia... Dios mío, no puedo creer que tus...

No puede ni mencionarlos, y lo entiendo. A mí me pasa igual.

—Será como vos digas.

Y antes de que pueda decir algo más, Emilia se lanza a mis brazos y me abraza con brazos y piernas. Dios, gracias, gracias, gracias. Esto es lo que necesito para que mi corazón comience a sanar. Su comprensión es el regalo más importante que recibí en mi vida y su amor el más bello.

Con la mochila de mis penas más liviana, me dispongo a disfrutarlos.

No duró demasiado esta paz en mi espíritu. Ese mismo día, llegaron mis hermanos a Carmelo. Cuando me avisaron, Emilia revivía junto a su hermana toda la trágica historia en su habitación. Los recibí, por supuesto. No me quedaba otra...

No vinieron en son de paz. Más bien vinieron listos para la guerra...

Me dijeron de todo. Me acusaron de mentiroso, de vengativo, de desagradecido. Me tacharon de pervertido, de idiota, de loco.

Me exigieron que terminara con todo esto, y que les pidiera perdón a nuestros padres.

Cuando vieron que no pensaba desistir, cambiaron

de tesitura. Me rogaron, me suplicaron, y como no surtió efecto, empezaron con las amenazas.

—No te la vas a llevar de arriba... Hacés esto para congraciarte con la minita que te estás volteando, y te juro que lo vas a pagar.

—Te equivocás, Alejo. Yo no necesito congraciarme con Emilia. Es más, callarme hubiese sido más sencillo... Pero no puedo evitarlo. Tengo realmente una manía con la verdad... —le dije, irónico.

—¿Qué vas a lograr con todo esto, Máximo? ¡Nos vas a arruinar a todos!

—Hay un niño de diez años muerto en un accidente sin resolver. Mamá es la responsable... ¿vos no tenés un hijo de diez años, Tomás? Ponete en el lugar de la familia. Y también existe una chica a la que nuestro padre obligó a hacer cosas que jamás debió siquiera imaginar con una nena de

seis años. ¿Macarena no tiene esa edad, Alejo? ¿Qué harías vos si te enteraras de que le pasó algo así a tu hija? ¿El factor tiempo transcurrido sería algo relevante para vos? ¿No querrías que el degenerado pague su culpa?

Pero no entendieron nada. Les preocupaba más lo que pueda decir la prensa, que el hecho de que nuestros padres puedan ir a la cárcel, y se los hice notar.

—Tienen más de setenta años, van a cumplir prisión domiciliaria —me dijo Tomás con frialdad. Dios mío, qué horror. Mi familia es el icono de la mezquindad. De tal padres, tal hijos. Pero yo no. Por eso siempre me sentí fuera de lugar entre ellos, por eso no quise seguir las tradiciones familiares, por eso me transformé en la oveja negra. Y ahora en el lobo.

Cuando intenté replicar, tocaron a la puerta. Cuando abrí me encontré con Natalia y Emi. Tenían claros signos de haber llorado...

Mis hermanos se miraron entre ellos. Se dieron cuenta de quienes eran las recién llegadas, sin dudas. Y antes de que pudiese evitarlo, sacaron su arsenal ahí mismo.

—Chicas, sé cuánto les duele, pero tengan piedad de nuestros padres. Son ancianos, están enfermos... Estamos seguros de que ustedes se merecen un resarcimiento por lo sufrido, pero meter en la cárcel a un par de viejos no les devolverá a su hermano. A ver cómo podemos arreglar esto...

Ah, mi familia es una verdadera mierda. Ese par de manipuladores y chantajistas eran mis hermanos y una súbita vergüenza se apoderó de mí.

Natalia dio un paso adelante hasta enfrentar a Alejo. Cuando lo tuvo a unos centímetros de su rostro, le dijo:

—Tu padre es un degenerado. Tu madre una irresponsable. Nosotras nos vamos a atrever de una vez por todas a contar lo que sabemos, y que la Justicia decida.

La vi tan centrada, tan segura. La admiré por eso.

Mientras tanto, Emilia me apretaba la mano y no decía nada.

Mi hermano hervía de rabia. Tomás también, pero lo disimulaba mejor. Tomó a Alejo del brazo y ambos se dirigieron a la puerta.

—Máximo, te lo repito: nos la vas a pagar algún día. Te vamos a tener rogando, te lo juro. A vos y a estas dos campesinas estúpidas que sin embargo tuvieron la habilidad de llenarte la cabeza en contra de los tuyos —dijo con desprecio.

Y luego se fueron, no sin antes dedicarme una mirada cargada de veneno.

Natalia, Emi y yo nos quedamos en silencio, fundidos en un abrazo que tenía el poder de mitigar un dolor que parecía no acabar nunca.

—31—

Febrero.

Hace un montón que no escribo en esta, mi bitácora de vida. Es que me he dedicado a eso, a vivir.

Desde que se disolvieron las brumas del pasado, todo cambió. ¿Para bien, para mal? Dios tiene un

motivo para hacer que pase lo que pase, y yo lo acepto con resignación lo que no me gusta porque no soy quien para juzgarlo. Y le doy la bienvenida con alegría a todo lo bueno que también supo brindarme en compensación.

Natalia y yo lloramos ríos al revivir lo que pasó hace casi diecisiete años. Nunca habíamos tocado el tema; siempre nos abocamos a la difícil tarea de sanar nuestras heridas, y volver a ello hubiese significado abrirlas. Cuando se esclarecieron los detalles de los hechos acontecidos ese horrible día, esas heridas volvieron a sangrar, pero estamos en proceso de cicatrizarlas. Al menos yo estoy en eso...

Cuesta un montón. Sobre todo al darse cuenta de lo devaluadas que están la vida de un niño y la inocencia de una niña...

Los padres de Máximo están cumpliendo prisión domiciliaria en Argentina hasta el año que viene. Es sorprendente lo que logran la edad avanzada junto a las vinculaciones con el poder, en ambas márgenes del Plata.

Nuestra denuncia, si bien no fue desestimada, tampoco fue investigada a fondo. El juicio se basó en nuestros dichos, y el hecho de encontrarme ligada a Máximo, le restó credibilidad a los mismos.

Mercedes Laurente fue procesada por omisión de asistencia, ya que no quedó claro que ella hubiese sido la causante del accidente. De hecho, yo no pude declarar que vi como atropellaron a Patricio. Sólo vi la limusina y a la mujer... Bien, la limusina ya no existe, el cuerpo de Patricio fue cremado y la señora Laurente fue una hábil declarante.

En cuanto a lo que Octavio Aguirregaray le hizo a mi hermana... Ni siquiera fue procesado. Lo negó todo, y su mujer también. Tenían al mejor de los abogados... El poder del dinero más el poder del poder, una ecuación infalible.

Pero de lo que jamás pudo desvincularse es de la sospecha de que era un pedófilo. Y esa es su condena.

Por lo que sé, ese hombre ya no es lo que era. En cambio Mercedes, sigue tan altiva como siempre, y por supuesto, no solo ha roto el contacto con Máximo, sino también con toda su familia. Eso hizo que Carla montara en cólera, y lo acusara de ser el responsable de todas las desgracias acaecidas. Intentó congraciarse con Mercedes, pero no hubo caso.

Juan Martín consiguió una beca en Estados Unidos, y allí está, estudiando diseño gráfico. Pía, permanece con su madre, pero a regañadientes.

Sería genial poder traerla a vivir con nosotros, pero Carla le niega el permiso sistemáticamente. No sé si no es lo mejor... desarraigarla en plena adolescencia, traerla a otro país...

Porque nos hemos quedado en Carmelo. Jamás volvimos a Buenos Aires; es más, jamás salimos del establecimiento Araminda.

Es que aquí encontramos nuestro lugar...

Cuando el director nos ofreció alojamiento en conjunto, y nos aseguró trabajo para ambos, no lo

pensamos. Dijimos que sí al instante...

Es que en este lugar confluye todo lo que siempre nos ha gustado. Para Máximo es maravilloso desempeñarse en su profesión, en una alternativa en la que confluye su afán por entender la psiquis humana y de ayudar, con su amor por los caballos de toda la vida.

Lo encuentro mejor que nunca, su equilibrio emocional es perfecto. Me hace infinitamente feliz ver a mi hombre realizado profesional y personalmente.

Y para mí... Como si estar a su lado no fuese suficiente, el director Lozada ha encontrado una ocupación perfecta para que mi amor por la música y el canto no se desaproveche.

A pesar de que jamás me formé en esto, encuentro la satisfacción que necesitaba trabajando con los pacientes en lo que más me gusta hacer: cantar. Hemos formado un coro, así que no sólo les canto como actividad recreativa, sino también los estoy ayudando a que saquen los pájaros y las flores que duermen en su garganta.

Y encima me pagan...

No extraño en absoluto el brillo que apenas pude vislumbrar en mi época de Gran Hermano. Eso no era para mí...

Máximo sí lo es. Vivir con él, sí lo es. Amarlo y que me ame, lo es más que nada en el mundo. Y saber que es sólo mío...

No puedo explicar lo que sentí cuando me dijo que era un hombre libre y me pidió que me casara con él. Lo besé, lo besé, lo besé. Lo oprimí tanto que hasta temí hacerle daño.

“¿Se puede tomar eso como un sí?”, me preguntó sonriendo cuando le permití respirar.

Mi respuesta fueron más besos.

Y ahora soy la señora de Aguirregaray. La feliz señora de Aguirregaray tras un breve pasaje por el registro civil, del cual no informamos a nadie.

Fue el día en que Máximo cumplió los cuarenta, y no

hubo mejor forma de celebrarlo que uniéndonos para siempre, y haciendo el amor hasta el amanecer.

Es increíble todo lo que ha pasado en este último tiempo. Hace cinco meses yo estaba sumida en un letargo que no me permitía comunicarme con el mundo, y ahora estoy ayudando a personas que sufren de patologías similares. Lo más maravilloso de todo es que pueda hacerlo junto a mi esposo, en este lugar de ensueño.

No hay lugar para rencores en mi vida...

Ojalá mi hermana algún día pueda sentirlo así, porque aún no ha llegado la paz a su alma. Y tal vez nunca lo haga...



Buenos Aires se encuentra como la dejé, superpoblada, caótica y hermosa. El bochorno de marzo nos envuelve al bajar del ferry, pero se olvida enseguida, o uno se acostumbra, vaya a saber.

Me agrada regresar. Aquí nací y aquí se criaron mis hijos, pero no tengo dudas de que mi destino está en otro sitio. ¿Carmelo? Quizás. Pero la idea de emigrar a España cobra más y más fuerza.

Todo empezó cuando el padre de Emilia vino a visitarla para su cumpleaños. Le ha ido bien en España: es dueño de un haras inmenso, y ha cumplido su sueño de criar caballos de raza.

Ha trabajado muy duro todos estos años, y su actual esposa también. Acaban de ser padres de un niño, así que Emi y Natalia tienen un hermanito y están encantadas con la idea.

Cuando Federico, que así se llama mi suegro, vio el establecimiento Araminda, su rostro se transfiguró. Y cuando Emi lo puso al tanto de su accidente y de todo lo que había pasado, reaccionó como yo esperaba: lloró como un bebé mientras no dejaba de abrazar a su hija. Se lamentó de que nadie le hubiese avisado nada, ya que Natalia hizo lo imposible por ocultarle la situación, en vista de que todo ocurrió cuando estaba por nacer su hijo.

En resumidas cuentas, se fue con la idea de hacer lo mismo en su haras, y nos pidió que viajásemos a España junto a Natalia, para ayudarlo a concretar ese sueño.

Emilia y yo lo estamos pensando... Mucho. Tanto, que decidimos venir a hablarlo con Pía, porque una cosa es vivir cruzando el charco y otra cosa es hacerlo al otro lado del Atlántico...

Nos acompaña Natalia, que también está un poco a la deriva. Acaricia la idea de acompañarnos a España, pero también le atrae mucho Buenos Aires porque este verano se enamoró de un chico de Ramos Mejía y aprovecha la ocasión para visitarlo.

Mi hija nos recibe con un abrazo que intenta abarcarnos a Emi y a mí al mismo tiempo. Está encantada de recibirnos y lo demuestra sin reservas.

Las veo juntas y no puedo evitar pensar que entre mi mujer y Pía hay una conexión especial desde siempre.

Mi mujer... Me estremezco al tomar conciencia de que esta belleza que tengo al lado, sea mía. Estoy enamorado como un chico de ella, y cada día que pasa crece más mi deseo.

Hacemos el amor cada noche con un ansia renovada. Y en ocasiones ni siquiera podemos esperar para eso: nos escabullimos en la mitad de la tarde, y gozamos en cualquier parte... Tanto las caballerizas como el bosque fueron lugares ideales para amarnos y estamos siempre en la búsqueda de nuevos escenarios y nuevas formas de darnos placer.

De la terminal nos vamos directamente a la casa de mi amigo Coco, que no aceptó un no por respuesta cuando nos ofreció alojamiento.

Y es allí, cuando estamos compartiendo unas pizzas en un ambiente de jolgorio, que recibo la llamada.

—Máximo, es para vos —me dice mi amigo. Qué extraño, sólo mi hija sabe que estamos acá.  
—Hola.

—Por tu culpa... por tu culpa... —me dice una voz de hombre que tardo unos segundos en reconocer como la de mi hermano Tomás.

—¿Qué decís?  
—Papá...

Todos mis músculos entran en tensión porque presiento que no tiene nada bueno para decirme.  
—¿Qué pasa, Tomás?

—Lo encontró mamá en la bañera... Se cortó las venas con una hoja de afeitar. ¡Y todo por tu culpa! No soportó vivir con la marca de ser un degenerado.

Dios mío, esta tragedia parece no tener fin. El corazón me da un vuelco...  
—Lo lamento tan...  
—¿Qué me importan tus lamentos! Si el viejo se muere, yo...

—¿Está vivo?  
—¡Sí! Está vivo. Pero no por mucho tiempo porque necesita una transfusión urgente y no encontramos un donante con su tipo de sangre.  
—Es O Rh negativo, ¿verdad?  
—Sí, pero ninguno de nosotros heredó su tipo de sangre, así que no te hagas el salvador porque...  
—Voy a conseguir un donante. Te llamo en cuanto lo tenga —le digo, y corto enseguida porque no soporto más reproches.

Antes de que pueda explicarles lo que sucede, Emilia me dice:

—Yo tengo ese tipo de sangre.

Me quedo helado. Helado y confuso... No me esperaba algo así.

—Es mi padre, Emi.

—Me di cuenta.

—Intentó matarse...

—Pero estamos a tiempo de salvarlo, mi amor. Yo quiero ser donante.

—Emilia, se trata de mi padre...

—Por eso, Máximo. Y porque es un ser humano a pesar de todo el daño que nos causó.

No puedo creerlo. Sencillamente no puedo...

—Dale, vamos. ¿En qué hospital se encuentra? — insiste ella.

—Supongo... Supongo que en el Británico. Emi..., ¿estás segura?

—¿Y a vos que te parece? Si está en mis manos, tu papá no se muere —me dice dejándonos atónitos a todos. Cuando llegamos al hospital, los que quedan anonadados son mis hermanos. Pero se les pasa enseguida. Alejo se acerca, amenazante.

—¿Qué hace esta acá? ¿Cómo te atreviste a traerla, Máximo?

Me pongo delante de Emilia y le pongo una mano en el pecho. Soy bastante más alto que él y tiene que levantar la cabeza para mirarme a los ojos.

—Cerraré la boca antes de que puedas decir algo de lo cual te arrepientas luego. Emilia quiere

donarle sangre. Tiene el mismo grupo sanguíneo...

Alejo se queda pasmado, pero Tomás no.

—No queremos nada de ella —dice, pero el tono de su voz es titubeante, y no suena convencido.

—Ah, ¿no? ¿Vas a tomar la decisión de dejarlo morir por tus caprichos estúpidos? ¿O vas a poner un aviso a ver si aparece alguien que quiera donar? Te recuerdo que no le quedan amigos, Tomás.

—Gracias a vos.

—Gracias a lo que hizo esa vez y no sé si repitió alguna otra —replico con calma. Es la primera vez que asumo en voz alta que es muy probable que mi padre haya abusado de otras criaturas.

Después de todo yo sé muy bien que un pedófilo reincide con frecuencia.

—Sos de lo peor... Vos lo llevaste a esta situación, y ahora lo querés humillar haciendo que esta le salve la vida...

—“Esta” es mi mujer. Respetala o te parto la cara.

No me reconozco en esta veta agresiva pero parece que hago bien porque ambos dan un paso atrás y bajan la cabeza.

Luego, todo transcurre con rapidez. Le toman la muestra a Emilia, y ahora sólo nos resta esperar.

Lo hacemos en un sitio apartado de la cruel mirada de mis hermanos que parecen no haber caído en que la increíble generosidad de Emilia puede salvarle la vida a nuestro padre.

No transcurre ni una hora, cuando un médico pide vernos.

Mis hermanos se ponen de pie, pero él los detiene con un gesto.

—Ustedes no. Sólo el Licenciado Aguirregaray y su esposa, por favor.

Por un instante, un ramalazo de miedo azota mi columna vertebral. Emilia me mira, confundida y yo me encojo de hombros porque la verdad es que no tengo idea. Lo único que espero es que no sea nada malo... Ruego a Dios para que esto no se transforme en algo peor.

El médico, nos invita a sentarnos. Tiene unos papeles en las manos y los lee mientras se rasca la nariz. Emilia está tan tensa que temo que me fracture todos los dedos.

—Bien, señora. Usted tiene el grupo sanguíneo requerido, pero no puede ser donante.

Nos quedamos de una pieza... Eso no suena nada bien. Está enferma, lo sé, y esto sí que no puedo soportarlo.

El corazón me golpea el pecho, y ahora soy yo el que le oprime la mano a ella con más fuerza de la que debería. Lo de mi padre pasa totalmente a un segundo plano.

—¿Por qué? —pregunta Emi con un hilo de voz, ya que a mí no me sale nada.

—¿No lo sabe?

Ahora sí que estamos perplejos. ¿Si no sabe qué

cosa?

Emilia sacude la cabeza, asustada.

Entonces el médico lo dice, y por poco no me caigo de la silla.

—Señora, usted está embarazada.

A la madrugada...

Son las cinco y no puedo dormir. Eso es inédito en mí.

Hasta ahora siempre ha sido Máximo a quien Morfeo esquiva. Hoy no es la excepción. Me asomo a la ventana y lo veo caminar por el jardín de Coco. Cuando llega a la piscina, que ahora luce hermosa luego de la remodelación, se detiene. Sé exactamente en qué está pensando...

La noche en que canté por primera vez en un escenario fue inolvidable, y no precisamente por eso. Los momentos vividos en el vestuario medio derruido marcaron mi vida. Ese día Máximo y yo nos confesamos nuestro amor. Esa fue la primera vez que lo escuché decir que me amaba, y yo le correspondí desde lo más profundo de mi alma. Y desde ese momento, ese sentimiento creció tanto que ya no me cabe en el cuerpo.

Y ahora hay algo más que amor en él. Ahora mi cuerpo lleva el fruto inesperado de nuestra maravillosa unión, y mi corazón rebosa de dicha.

No lo buscamos, pero él o ella llegó sin permiso y se instaló dentro de mí. En la mañana volveré al hospital para hacerme una ecografía y determinar el tiempo que llevo de embarazo porque lo cierto es que estaba tomando la píldora, y no tuve ni un solo síntoma de que hubiese fallado.

El médico me dijo que algunos antibióticos podrían interferir en la acción de los anticonceptivos orales, y quizás mis anginas del mes pasado hayan tenido que ver en este milagro.

No me importa cómo fue, lo único que me interesa es que mi bebé está aquí conmigo, y ya lo amo. Y a su papá le pasa igual...

Fue toda una sorpresa saber que estoy embarazada. Cuando el médico nos lo dijo nos quedamos con la boca abierta por un rato. Y luego se instaló en mi rostro una sonrisa boba que aún no me abandona. Máximo no dejaba de balbucear incoherencias y de hacer preguntas tontas, hasta que el doctor lo miró por encima de los anteojos y él se dio cuenta de que era hora de callar.

Cuando nos dejaron a solas nos miramos por unos segundos y luego nos fundimos en un abrazo que parecía no tener fin.

Máximo me llenó el rostro de besos, y rio sobre mi boca de una forma que me llegó al corazón. Que Dios nos perdone, pero el problema de salud de su padre se olvidó completamente en esos instantes. Lo único que atinábamos era a besarnos y acariciarnos, celebrando la feliz noticia que acabábamos de recibir.

Más tarde supimos que Octavio Aguirregaray seguía delicado, pero estable. Y que a pesar de mis buenas intenciones, ya nada podía hacer al respecto.

Ah, aquí llega mi amor, mi esposo, el papá de mi bebé. Ya no necesito a Morfeo: ahora lo tengo a él.

Me despierto sobresaltado. El teléfono no para de sonar...

Emilia duerme entre mis brazos y no quiero que despierte. Apenas hace dos horas que logró

conciliar el sueño luego de uno de nuestros intensos y maravillosos encuentros, y sé que está exhausta.

Me apresuro a contestar.

—Hola.

—Se muere, Máximo.

Carajo, es mi madre. Hace bastante tiempo que no

hablo con ella y lamento profundamente que me diga esto la primera vez que escucho su voz al menos este año.

—¿Está peor? —susurro mientras deposito a Emilia sobre la almohada con cuidado, y me levanto.

—Necesita una transfusión con urgencia.

Lo que me temía. Sin la transfusión, mi padre no va a sobrevivir, y la única persona que conozco que tiene su grupo sanguíneo, no puede ser donante a pesar de querer hacerlo. Tengo que conseguir esa sangre como sea... No quiero admitirlo, pero me siento un tanto responsable de todo esto, y me duele en el alma que la tragedia del pasado siga cobrando víctimas.

—Voy a hacer unas llamadas... —es todo lo que atino a decir mientras cierro la puerta del baño para que Emilia no me escuche.

—Si se muere, yo me muero con él.

—No digas eso, mamá.

—Lo quiero tanto, Máximo. Es por eso que le

perdoné todas sus faltas. Me destrozó el corazón el saber cuan enfermo estaba para hacer lo que hizo, pero nunca dejé de quererlo.

Mi madre suena extraña, diferente. No sé si es el tiempo transcurrido y lo difícil que fue nuestra última conversación, lo cierto es que no parece ser Mercedes Laurente esta mujer de voz quebrada que me habla por teléfono.

—Dejame hacer esas llamadas, por favor —le pido antes de colgar. Escucho un ruido y me doy vuelta. Emilia está en la puerta...

—Sigue mal tu papá.

—Sí.

—Lamento tanto no poder... ¡Máximo! —dice de pronto, y se le ilumina el rostro. —Conozco dos personas que tienen el mismo tipo de sangre que yo.

—¿Sí? Decime quienes son, por favor, así puedo pedirles...

—Una es mi padre, mi amor. Está descartado...

—Sí. No llegaría a tiempo desde el otro lado del océano.

—La otra persona, es mi hermana.

Me la quedo mirando, azorado.

—Otra que está descartada —le digo, convencido, luego de unos segundos.

—No sé...

—Emilia, por favor. ¿Querés que le pida a Natalia que le salve la vida al hombre que le hizo tanto daño?

—No. Se lo voy a pedir yo —me dice, muy segura de sí—. No hay otra opción por ahora, Máximo. Mientras vos hacés esas llamadas con tu telefonito, yo con el mío voy a contactar a mi hermana.

Llamo a un amigo que hace años tuvo el mismo problema. No contesta.

Llamo a mi prima Isabel que trabajó en el Banco de Sangre a ver si me puede dar un nombre para poder hablarle y agilizar las cosas. Me atiende el marido y me dice que está ocupada. Claro que lo está; en este instante está dando a luz a su tercer hijo.

No sé qué hacer. La voz de Emi se escucha bastante débil al otro lado de la puerta. Me acerco a ella y escucho:

—Que no me hayas cortado todavía es un buen síntoma, Nati... No, ya lo sé. ¿Creés que ya me olvidé del tema? ¡Nunca lo voy a olvidar! Ese hombre y su mujer nos arruinaron la infancia, pero resulta que son los padres del hombre que amo, y no quiero que el sufrimiento lo toque de ninguna forma, y menos ahora... Es que todavía no te dije el motivo por el cual no puedo donarle yo. No, Natalia, no estoy enferma de nada. Más bien todo lo contrario... Vas a ser tía, hermanita. ¿Nati? ¿Estás ahí? Ay, carajo. Hablame, Natalia. Uf, no llores, por favor... Lo sé. Yo también estaría así de emocionada si la embarazada fueras vos, pero ya tendremos tiempo de llorar juntas y de hacer planes, madrina de mi bebé. Sólo te pido que pienses en lo que te pedí... No, Nati. No hay tanto tiempo... El hombre se muere si no le hacen una transfusión hoy mismo. Sí, te entiendo...

Hagamos algo, pasame la dirección de tu novio y voy para ahí para que lo hablemos. Si decidís hacerlo, nos vamos juntas al Británico... ¿Por qué?... Entonces no querés que vaya. Está bien, te respeto. Te quiero mucho y respeto tus decisiones. Entiendo tu dolor... También es el mío, ya lo sabés. Sólo quiero cortar esta racha de desgracias de alguna forma y evitarle a Máximo esta pérdida inminente, Natalia. No, no te preocupes... Está bien. Un beso..."

Lo que suponía. No lo logró.

—¿Máximo?

—Decime.

—Vamos al hospital.

—Tu hermana dijo que no.

—Sí. Pero tengo la esperanza de que recapacite...

—No lo creo, Emilia. Yo haría lo mismo; no la culpo.

—Tu papá está grave, Máximo. Mientras estamos hablando, se puede morir. Tenés que estar allá.

Tiene razón. No puedo hacer nada desde aquí, y seguramente tampoco en el hospital, pero tengo que estar allí.

Cuando llegamos, me entero por mis hermanos de que la situación es crítica.

—Si no recibe sangre en las próximas horas, lo perdemos —me dice Alejo, al borde de las lágrimas.

Tomás ni siquiera me mira. Permanece en una actitud de indiferencia, mientras mi cuñada llora a su lado. La conozco bien, y me parece una excelente actuación la suya que igual no termina de

convencer.

La mujer de Alejo ni siquiera se hizo presente.

Mi madre, no está. Es evidente que no le dieron el permiso para dejar la casa.

Esta es mi familia. Y la cabeza de ella, mi padre, está a punto de morir.

“Lo quiero tanto, Máximo. Es por eso que le perdoné todas sus faltas. Me destruyó el corazón el saber cuán enfermo estaba, para hacer lo que hizo, pero nunca dejé de quererlo.”

Se me dificulta pensar en mi padre como un hombre enfermo mentalmente. Siempre fue tan lúcido, tan razonable. Estoy seguro de que estaba en pleno control de sus facultades cuando obligó a Natalia a hacerle eso. Pero reconozco que la pedofilia es un trastorno tan digno de lástima como de repudio. Y yo jamás me di cuenta de nada...

Lo peor de todo, es descubrir ahora que igual lo quiero. No recuerdo un solo momento de intimidad entre él y yo. Ni un solo gesto de cariño, pero aun así lo quiero. No lo estimo y sigo furioso por lo que hizo. Me asquea pensarlo como lo que es, al abusar de una niña, pero lo cierto es que el hecho de perderlo me duele.

Y de pronto me encuentro pensando en mis hijos. En Juan, en Pía, y en el que se está gestando en el vientre de Emilia. No podré mirarlos a los ojos si no logro perdonar a mis padres. Porque es parte de ser un hombre, el comprender hasta lo más reprobable y no perpetuar las desgracias guardando rencores.

Emi así lo siente. Es infinitamente más madura y más sabia que yo, y desde ese momento tan nefasto hace dieciséis años, no hace otra cosa que mirar hacia adelante. Debería aprender de ella.

Quizás ahora tenga que hacerlo sobre la tumba de mi viejo, llorándolo. Levanto la cabeza, y miro a mi mujer. Ella me está observando con la tristeza pintada en el rostro. Me acerco y le pongo una mano sobre el vientre.

—¿A qué hora te hacen la eco?

—En diez minutos.

—Vamos —le digo tomándola de la mano. Necesito

alejarme de la muerte, y del dolor. Necesito entrar en contacto con la vida.

Cuando veo ese botón diminuto en la pantalla, algo en mí se transforma. No es la primera ocasión que presencio una ecografía de un hijo mío, pero esta vez... No puedo evitar un sollozo.

—¿Estás emocionado? —me pregunta Emilia y a juzgar por su expresión, ella se encuentra igual.

—Como nunca —le respondo con sinceridad. Ella sonrío y se toca el vientre, liso y perfecto como siempre.

—Acá tengo a tu lobito —me dice, orgullosa.

El corazón me rebosa de dicha y me pregunto cómo puedo alternar las emociones con tanta facilidad.

—Me encanta que así sea —murmuro con voz ahogada.

El médico que hace la prueba, le alcanza gasas para que se limpie el vientre mientras nos dice que Emi está cursando la sexta semana de embarazo.

Nuestro bebé nacerá los primeros días de noviembre, y se lo ve según lo esperado para ese tiempo de gestación.

Jamás pensé en tener otro hijo. Vagamente intuía que Emilia los querría, pero lo cierto es que no llegamos a tocar el tema. De ser así, obviamente no le negaría la posibilidad de ser madre, pero jamás me había encontrado con esa necesidad de ser el padre de sus hijos como en este momento. Estoy más que contento, estoy orgulloso de tener ese privilegio. Esta hermosa mujer me hará el honor de tener un bebé con mi sangre, y al pensar en eso mi corazón se acelera. Le beso el vientre y ella ríe y se retuerce por las cosquillas. Por un instante nos olvidamos del terrible drama que estamos viviendo al otro lado de la puerta, hasta que ésta se abre y entra Natalia.

Emi suelta un grito de alegría.

—No te entusiasmes. No vine por lo que vos creés,

Mili. Perdón pero no puedo hacerlo... Vine porque la mujer de Coco me dijo lo de la ecografía, ya que vos, mala hermana, no me informaste nada.

—Perdón...

—Así que estoy acá por mi sobrino y no por otra cosa. Por mi ahijado, más bien. Porque me imagino que tu propuesta de ser la madrina es independiente de todo lo demás...

—Por supuesto.

—¿Y puedo intervenir en la elección del nombre? —Mmm... No lo creo. Eso es algo que Máximo y

yo...

—Mientras no se llame Nancy... —dice Natalia poniendo los ojos en blanco y arrancándonos una sonrisa a ambos.

Pero esa sonrisa no dura mucho, porque mientras caminamos por el pasillo vemos que el personal corre a nuestro alrededor, con claros signos de alarma.

Y también observo desolado como esas prisas tienen que ver con mi padre.

Mis hermanos están en la puerta, fundidos en un estrecho abrazo y yo me doy cuenta de que lo peor ha sucedido o está a punto de suceder frente a mis ojos. Y que ya nada podremos hacer para evitarlo.

—Mi padre... —digo con un nudo en la garganta.

Y enseguida siento los brazos de Emilia en torno a mi cuerpo, y llorando sin poder contenerme, entierro mi rostro entre sus cabellos.

*Casi cuatro años después...*

El avión ya lleva media hora de retraso y Emilia parece una leona enjaulada, caminando de aquí para allá con nuestro cachorro detrás.

Es una comparación absurda, porque Ivo no tiene nada de león. Es un lobo de cabo a rabo, pero



uno estepario, con su cabello rubio casi blanco y esos ojos grises que tienen loco a medio pueblo. No sé por qué razón heredó los ojos de mi padre, y no el color de los soles amarillo verdosos de Emi, o el celeste claro de los míos. La cuestión es que mi lobito es rubio, y sus ojos tienen el color de una tormenta de hielo.

Es muy propio de los Aguirregaray heredar rasgos alternando generaciones. Yo mismo tengo los ojos de mi abuela paterna, a la que conocí solo por fotos, y sé de su color por lo que me contaron, ya que en blanco y negro no se pueden distinguir. Es asombroso cómo la vida da vueltas y vueltas, y yo termino viviendo donde ella nació hace casi cien años: el sur de España.

Adoro este lugar, y quiero que aquí crezca Ivo, y los que vendrán si es que viene alguno. Porque no veo a Emilia muy afín con esa idea, luego de este torbellino que nos ha tocado en suerte. Lo adoramos, pero nos tiene permanentemente en jaque con sus travesuras. Precisamente hoy cumple tres años, y realmente su energía parece no tener fin... A veces pienso que soy demasiado viejo para esto, pero cuando a la noche me transformo en el lobo de Emilia, y ella me hace aullar sobre su boca, desecho esa idea.

Estoy en lo mejor de mi vida, y nunca fui tan feliz. Como si adivinase mis pensamientos ella me sonrío a la distancia. Parece una hermosa gitana con su falda colorida

y el cabello cayendo sobre su espalda hasta rozarle la cintura. Y como si esto fuera poco, completa su atuendo con Ivo calzado en su cadera. Mi hijo pareciera encontrarse bastante a gusto allí. Yo lo estoy cada noche, así que sé lo que se siente...

Qué escena tan bonita. El nene le señala un avión que carretea en la pista, y ella dirige su atención a él. Un rayo de sol le da de lleno en los ojos, tornando el verde oliva en cálida y traslúcida miel. Es endiabladamente hermosa y lo sabe... Tiene muy claro que con un solo gesto me tiene a sus pies y ha sabido utilizarlo con esa sabiduría que sólo puede tener una mujer.

Ivo le acaricia el pelo, y ella toma su manito y la mordisquea. La risa de mi hijo me llena el alma. Se los ve tan felices... Me los comería a besos.

Me acerco a ellos y también le toco el cabello con la esperanza de que también muerda mi mano, pero no. Me mira y hace una mueca.

—Lleva más de media hora de retraso —me dice, preocupada.

—No te pongas nerviosa, Emi. Ah, mirá. Parece que acaba de tocar tierra.

—¡Sí! Por fin...

Y a pesar de que sabe que tiene otra media hora de espera hasta que empiecen a aparecer los primeros pasajeros, me pone a Ivo en brazos y se planta delante de la puerta de desembarque con una ansiedad que apenas puede contener. Es que siempre es grandioso recibir gente de nuestra tierra. El Río de la Plata se extraña mucho.

—¿Mami? —pregunta mi hijo al ver que se aleja.

Le sonrío y lo dejo en el suelo porque pesa un montón. No sé cómo hace Emilia, siendo tan frágil, para llevarlo en brazos todo el tiempo. Eso sí, no le suelto la mano, porque sabe Dios qué clase

de travesura es capaz de hacer si me descuido.

—Mami está muy ansiosa por recibir a las visitas. —¿Me traen regalos?

—Seguro que sí. Es tu cumpleaños, ¿no? A ver,

¿cuántos añitos cumples? —le pregunto agachándome a su lado. Se ve muy gracioso intentando desplegar tres deditos gordos... “Totalmente comestible”, diría su madre, y con razón. Finalmente lo logra y se gana un caramelo. Sí, ya sé que no debería, pero la espera lo amerita.

Finalmente aparecen. Como no podía ser de otra manera, son las últimas en cruzar la puerta de arribos internacionales.

Lleva a la niña en la cadera, igual que lo hace Emilia. Y también igual que ella, tiene pintada en el rostro una sonrisa que a medida que avanza se hace cada vez más amplia.

Cuando por fin se encuentran, el abrazo es interminable. Lloran y ríen a la vez. Emi le saca de los brazos a la chiquita y la llena de besos. Luego se dirigen a mí y a Ivo.

—Máximo... Mira a esta niña. ¿No es guapa? —Lo es. Bienvenidas Mariel y Milagros. Nos encanta que hayan podido venir —les digo al tiempo que las beso—.

Acá les presento al lobo.

—No soy lobo —acota Ivo, indignado—. Soy un “mampiro”.

Todos reímos por la ocurrencia de nuestro pequeño “mampiro” y minutos después, ya estamos camino a casa.

Conduzco en silencio, porque llevo cuatro pericos que no paran de hablar y no me dejan meter ni un bocadillo. Pero estoy muy contento de que por fin Mariel se haya animado a venir a España, y presentarnos a su hija que luego de varios intentos, logró concebir con inseminación artificial. El tercer cumpleaños de Ivo fue el pretexto ideal para reunir a varias de las personas que queremos.

Otros en cambio, no pudieron estar.

Mis padres, por ejemplo. Están demasiado viejos para cruzar el Atlántico, pero me da gusto saber que se encuentran bien, y sobre todo, unidos.

No nos comunicamos con frecuencia, pero luego de

aquel fatídico día en que mi viejo anduvo bordeando la muerte, un débil lazo comenzó a formarse entre nosotros, incluso luego de haber puesto distancia de por medio cuando emigramos a España.

Una sutil transformación se gestó en ese momento. Es que era imposible sustraerse al altruismo y generosidad sin límites de la hermana de Emilia, que le donó su sangre y le salvó la vida.

Mi gratitud hacia Natalia no tendrá fin, y tampoco la de mis padres. Ella jamás quiso enfrentarlo para recibir personalmente su agradecimiento, y lo entiendo. Pero sé por Emilia que guardó en una cajita la medalla de la Virgen Niña que él le envió, y jamás quiso que se volviera a hablar del tema.

Se vino a España con nosotros, y no fue la única. Hace ya dos años que Pía también lo hizo. Tuvo que esperar a cumplir los dieciocho porque Carla se negaba a darle el permiso, pero finalmente lo logró.

Ahora comparte un departamento con Natalia en la ciudad, y ambas estudian Psicología. Nati es una estudiante avanzada a punto de recibirse; Pía está en el segundo nivel, y se llevan de maravillas. Ambas tienen novio, trabajan, y se divierten. Y yo no puedo negar que me hace muy feliz tener a mi hija a sólo dos horas de distancia.

También quisiera tener a Juan conmigo, pero su destino está marcado en otro sitio: Canadá. En estos últimos años lo vi dos veces. La primera, porque fui hasta allá a visitarlo. La segunda porque él vino a conocer a su hermano. Lo extraño muchísimo, pero el saber que es feliz, que está enamorado y que trabaja en lo que le gusta, es suficiente para mí. Y siempre está la posibilidad de que su próximo destino quede en el continente europeo, lo que me permitirá verlo con más frecuencia.

Otra que debería estar aquí es Nancy, la mamá de Emilia. Pero sucede que tiene una inmensa aversión a los vuelos prolongados, así que jamás ha podido “honrarnos” con su presencia. Conoce a Ivo porque el verano pasado nos tomamos nuestras primeras vacaciones fuera de España, y fuimos a visitarla. No deja de sorprenderme las variaciones en el estado de ánimo de esta mujer. Cuando Emi estaba enferma, ella fue una leona. Pero cuando se recuperó, volvió a su extraña posición de siempre, haciéndose la mártir con su hija, y hostigando a Natalia. Por alguna razón se empeña en echarle la culpa a ella del desamor de su ex marido. No la voy a echar de menos, aunque jamás lo admita delante de mi esposa.

Mi esposa. Miro por el retrovisor y me encuentro con sus hermosos soles que me observan sin pestañear.

—¿En qué estás pensando, Máximo? Parece que no hubieses escuchado ni una sola palabra de lo que dijimos.

Bueno, será porque es así, pero es algo que tampoco pienso admitir.

—Me distraje un momento. Tengo que prestar atención al tránsito...

Emilia me mira con desconfianza y frunce la nariz. —Mariel te estaba preguntando cuál sería la mejor forma de que Mili se entere de cómo fue concebida. —¿Mili?

Mariel ríe ante mi asombro y acomoda sobre su pecho a la niña que se ha quedado dormida.

—Así es, Máximo. Se llama Milagros, pero le decimos Mili, igual que su encantadora madrina...

—Bien... No puedo emitir una opinión si no sé los detalles. ¿El donante de esperma se representa en tu mente de alguna forma, o cuando pensás en él, sólo podés ver su... simiente? —pregunto con tacto.

—Buena pregunta. El hombre tiene un rostro... Yo vi la foto, y así se me representa. En mi cabeza, el padre de mi hija tiene hasta un nombre. Le llamo “Señor H”.

—¿Señor H?

—Así es. Me presentaron diez fotos de señores muy atractivos para que eligiera. No lo dudé un instante y separé la del hombre señalado con la letra H. Por eso lo llamo así...

Esta Mariel es sorprendente. Señor H...

—Bueno, es algo que hay que manejar con cautela.

Cuando Mili crezca puede resultar perturbador ser el resultado de la suma de genes de dos personas que jamás se conocieron. Aun sabiéndolo desde siempre, puede llegar a sentirse una huérfana genética por decirlo de algún modo. Lo que no podés hacer es ocultárselo. Solo tiene dos años... Ya vas a encontrar la forma de hacérselo saber con naturalidad, de manera que crezca con el convencimiento de que fue deseada de algún modo por ambas partes, aunque por distintas razones, y que fue concebida con un método no tradicional, pero perfectamente válido —le digo y la veo complacida con mi respuesta. Por unos momentos no dice nada... ¿Estará pensando en el argumento para una de sus extrañas novelas? Esta mujer es una caja de sorpresas, y a veces logra asustarme.

Emilia también lo hace.

Por ejemplo, días atrás me pegó un susto de muerte cuando apareció ataviada con una enorme cabeza peluda. ¿Eso era un disfraz de lobo? No lo podía creer.

—Máximo, con Ivo hemos decidido que su cumpleaños será una fiesta de disfraces, ¿vale?

Me encanta su delicioso acento español

recientemente adquirido. Se resistió todo lo que pudo, pero finalmente sucumbió. A mí me cuesta un poco más.

—No sé, Emi. Creo que eso puede asustarlo... —Joder, si fue idea de él.

—Eso no te lo creo y no digas palabrotas.

Entonces decidió cambiar de estrategia. Me entregó la enorme cabezota y se sentó en mis rodillas.

—Ya sé lo que te pasa... Tú quieres ser el lobo. ¿Y si te presto el disfraz y yo me visto de Caperucita Roja? ¿Me comerías mejor, lobo mío?

Mi mujer tiene el poder de hacerme poner de cero a cien en cuestión de segundos y casi sin tocarme. Y eso a mí me fascina.

Le dije que sí a todo, y luego me la llevé a la cama.

—¿Conque Caperucita, eh?

—Ajá...

—¿Querés que te coma, Emilia? Porque puedo

devorarte en cuestión de segundos. Te voy a llenar la canastita antes de que puedas decir “abuelita”.

—Mi única objeción, es por la “cuestión de segundos”. Devórame lentamente, lobo. Así...

La besé tal como me lo pidió, con exasperante lentitud al principio y luego con un considerable apremio. La urgencia de tenerla acabó con mis buenas intenciones y la puse en cuatro patas sin más contemplaciones.

Como aquel día en el parking del centro comercial, le alcé la falda y la penetré desde atrás con fuerza.

La escuché gemir, y también el conocido sonido que emiten sus uñas al arañar la sábana con desesperación.

Mis embestidas fueron largas y profundas. Aferrado a sus caderas me moví hacia adentro y hacia afuera, y también en círculos porque sé cuánto le gusta que se lo haga así. Me incliné sobre ella y tomé un pecho en cada mano... Acaricié sus pezones y luego los abarqué por completo para luego oprimirlos, lujurioso en extremo.

Y cuando ya se me hizo insostenible el hecho de tocarla y aguantarme las ganas de eyacular, me incorporé y le abrí las nalgas en un gesto posesivo y brutal. El botón rosado de su ano parecía pedir mis caricias y no tuve otra opción que complacerlo. Lo toqué lentamente y uno de mis dedos se introdujo sin más contemplaciones allí. Emilia jadeó, y se contrajo en torno a él, y eso me enardeció más aún.

—¿Te duele, Caperucita?

—Algo...

No era mi intención que lo sufriera. Yo quería que lo gozara...

Saqué mi dedo de su cuerpo y me lo llevé a la boca para lubricarlo con mi saliva. Ella observó mi gesto a través del espejo y una corriente eléctrica se estableció entre nosotros, dejándonos sin aire por un instante. La devastadora fuerza del deseo nos hizo temblar, y cuando el dedo volvió a su lugar, ella lo recibió más que gustosa echando las caderas hacia atrás para intensificar la penetración.

Eso para mí, siempre ha sido una clara invitación a redoblar la apuesta. En cuestión de minutos, mi pene se abrió camino por donde antes estuvo mi dedo invasor.

—¿Y esto te duele?

—Me parte al medio. Pero me gusta, mi amor. No sabes cuánto...

Siempre dudo de si prolongar mi placer significa también prolongar su dolor, pero esa vez no lo hice. Emilia tomó mi pene y lo fue introduciendo de a poco en su ano dilatado pero aun así, demasiado estrecho. La escuché gemir y no puede darme cuenta si era de dolor o de placer, pero no pude detenerme a averiguarlo.

Para compensarla, me incliné y le acaricié la vulva hasta rozar su clítoris que asomaba, palpitante. Sabía exactamente donde debía frotar para hacerla estallar en un orgasmo que la haría olvidar el dolor. No tardó en hacerlo ni un minuto; así de caliente estaba. Pero eso precisamente fue mi perdición. Al sentir las rítmicas contracciones orgásmicas de su ano en mi verga, acabé sin poder contenerme. Y mientras lo hacía murmuré su nombre una y otra vez...

Cuando nos desplomamos en la cama, completamente exhaustos, le aparté el cabello del rostro y la miré a los ojos.

—Qué placer es hacerte el culo...

—A mí también me gusta.

—Es muy peligroso que lo admitas así, tan suelta de cuerpo ¿lo sabías? Puede que me aficione demasiado y lo quiera a diario—le dije intentando sonar serio.

Ella sonrió y se incorporó apoyándose en un codo.

—En ese caso, me someteré a lo que el lobo desee y aullaré con él a la luz de la luna. Pero no podré volver a montar a caballo, así que tendrás que hacer mi trabajo además del tuyo...

—Vos no sos Caperucita. Vos sos una bruja...

Cómo sabía que solo no puedo con esto. Es que nuestro centro de rehabilitación basado en la terapia equina, está trabajando a pleno.

El establecimiento “Los Tajivos” que fue creado por el padre de Emilia, aloja sesenta internos y recibe más de treinta ambulatorios cada día.

Un equipo interdisciplinario está abocado a la tarea de hacer que los beneficios de la equinoterapia alcancen a quienes lo necesiten, y yo colaboro en él en mi rol de psicólogo y también en el trabajo de campo, junto a los fisioterapeutas.

Pero este lugar no es sólo eso. También es un establecimiento de cría y entrenamiento de caballos con fines terapéuticos y recreativos. Es así que atendemos a personas con problemas y otros que no los tienen, que simplemente vienen a disfrutar del contacto con la naturaleza de este increíble lugar.

De una forma u otra, tenemos demasiado trabajo y es impensable que alguno de los dos dejara de montar... Además, después del sexo, andar a caballo es lo que más nos gusta hacer a Emi y a mí.

No nos cansamos nunca de eso, y cuando cesan las actividades, nos dedicamos a disfrutar de largas cabalgatas juntos. Muchas veces, Ivo nos acompaña dando grititos de puro contento.

El amar los caballos, no ha hecho que Emilia deje de lado su otro amor: la música. Y aquí en “Los Tajivos”, hay tiempo y espacio para eso.

No sólo les canta a los pacientes, sino que al igual que en el establecimiento Araminda, también les enseña cómo hacerlo.

Y eso no es todo...

Muy cerca de aquí hay un exclusivo hotel donde el plato fuerte son los shows en vivo. ¿Y quién es la estrella? Obviamente, mi hermosa y talentosa mujer, acompañada por su padre que toca el saxo.

Confieso que verla sobre un escenario mientras la devoran con la mirada y se deleitan con un talento que hasta hace un tiempo estaba reservado para unos pocos, no me hace demasiada gracia.

Pero si ella es feliz, yo también lo soy.

Vivo para eso, para hacerla feliz, para verla disfrutar, para disfrutarla yo. Aprender a compartirla con Ivo, fue todo un desafío y un gran placer, pero esto... Tengo que aprender a sobrellevarlo con gallardía, porque si no puedo soportar que miren y deseen a mi mujer, entonces no debí enamorarme de una tan hermosa y talentosa.

Así es mi vida, y así la quiero. Y no la cambiaría por nada...

Pero las sorpresas no acaban. Sólo yo estaba enterado y me cuidé muy bien de no decir una palabra.

Además de Mariel, al cumpleaños de Ivo vienen otras personas que podemos considerar amigos, además de familiares. La prima de Emilia, Verónica, está casualmente en España junto a su marido Alex Vanrell y sus pequeños hijos, y no quieren perderse el cumple de Ivo por nada del mundo.

Cuando aparecen con los tres niños, Emilia casi se muere de la emoción. Natalia, igualmente conmovida, se suma a ese abrazo.

Es una delicia verlas a las tres, abrumadoramente hermosas, y más aún con el encanto que les da la felicidad. Ahora sí estamos todos, y la fiesta de cumpleaños de Ivo puede comenzar.

Y lo hace con nuestro pequeño disfrazado de “mampiro” abriendo los regalos, que son muchos. Entre ellos hay uno que se destaca porque se mueve demasiado. ¿Se estará asfixiando el pobre animal? Me dijeron que la caja era especial pero...

—Ohhhhh... —dice mi pequeño mientras bate palmas, feliz.

Anouk, es un cachorro de Siberian Husky que al fin liberado de su incómoda prisión, le lame la cara. También se lo ve contento... Es porque no sabe lo que le espera.

Ivo nació la noche de Halloween, así que seguramente recrearemos “Crepúsculo” dentro de un rato: vampiros contra lobos... Pobre Anouk; seguro querrá volver a la caja, luego de quedar exhausto gracias a mi hijo.

Emilia cumplió su promesa y aparece vestida de Caperucita Roja.

Me quedo extasiado mirándola... Es el sueño erótico de cualquier hombre con ese mini vestido que deja sus largas piernas al descubierto, y sus botas rojas. La caperuza volcada sobre su espalda, muestra que se ha peinado en dos trenzas que yo me muero por deshacer.

Ella sonríe, misteriosa y luego me hace un gesto con los ojos.

Un momento... ¿No esperará que me ponga esa cabezota de lobo feroz?

¡Me niego terminantemente! Bueno, lo hago, pero sólo para las fotos. Si tan solo ocultara mi rostro... Pero no. Los muy jodidos le han dejado un agujero por debajo del hocico para que pueda respirar, y también para que cualquiera pueda identificarme. Seré el hazmerreír en Facebook mañana.

Ya me vengaré luego de Emilia. Le haré cosas obscenas, le haré cosas prohibidas... No... No hay nada prohibido entre ella y yo. Ya no.

La fiesta es una sorpresa tras otra. Al parecer, Mariel y los Vanrell se conocen y yo no lo sabía. Ella fue la ejecutiva de cuentas de Alex cuando trabajó en la sucursal Montevideo del Banco del Plata.

Qué pequeño es el mundo...

Verónica le pregunta sobre su vida como escritora, y Mariel le obsequia su último lanzamiento llamado “Todo por esa boca”. La prima de Emi, mira a su esposo con disimulo pero a mí no se me escapan las promesas que se leen en su mirada. Es que el título es bastante sugerente... Sí, a mí

también me da ciertas ideas que esta noche pondré en práctica. Carajo, no hago otra cosa que pensar en Emilia y cada pensamiento es más lujurioso que el anterior. Tengo que controlarme.

Es que la amo tanto, la deseo tanto... Sólo espero que sea tan feliz a mi lado como yo lo soy al suyo.

Hoy está especialmente radiante, y no es para menos, rodeada de seres queridos. Observo a mi alrededor y veo a mi suegro con su hijo de casi cinco años, Iñaki. Es un buen hombre que encontró la estabilidad que necesitaba en su madurez... Igual que yo. Me siento muy identificado con Federico y de verdad le tengo aprecio.

Más allá, las gemelas Vanrell juegan con la pequeña Mili en el tobogán bajo la atenta supervisión de Mariel que ha resultado una madraza. Benjamín, el hijo mayor de Verónica y Alex tiene cuatro años y está disfrazado de Superman. Junto con mi pequeño "mampiro" intentan que Anouk vaya por la pelota de goma que le lanzan, pero es inútil.

Su nombre significa "lobo" en lengua esquimal, pero por ahora es una bola de pelos que lo único que quiere es un regazo donde dormir. Pues hoy no lo encontrará tan fácil porque todo el mundo está en actividad. Especialmente mi hermosa hija, que se ha encargado de la comida junto a su novio, y se la ve muy cómoda dando órdenes aquí y allá.

Emilia, su hermana y su prima están sentadas al sol. Se susurran confidencias y ríen a carcajadas... ¿De qué estarán hablando?

—De nosotros, sin dudas —dice una voz a mis espaldas.

Es Alex. ¿Es que lee el pensamiento o lo he dicho en voz alta?

—Sin dudas —admito—. Sólo espero que sea algo bueno...

—Yo también —dice él, pero no suena convencido de que así sea. Es evidente que se preguntaba lo mismo que yo.

Es un buen tipo Alex Vanrell. Nunca voy a olvidar su gesto de prestarme dinero cuando más lo necesité, y le estaré agradecido por siempre.

—Tus hijos son igual de traviosos que el mío, por lo que veo.

—Así es. Compadezco a ese pobre cachorro. Es evidente que jamás será el macho alfa de tu manada —me dice sonriendo.

Tiene razón. Ese soy yo.

Soy el lobo y no recuerdo cómo alguna vez creí ser una oveja. Siempre fui lo que soy pero me lo negué a mí

mismo, hasta que se me hizo insostenible el peso de la piel de cordero que alguna vez me impuse. Y si no fuese porque Emilia me liberó, quizás seguiría siendo el infeliz en el que me había convertido.

Terminamos riendo juntos Alex y yo. Después de todo tenemos algo en común: estamos enamorados de mujeres excepcionales, y eso será siempre nuestra gloria y nuestra eterna preocupación.



Cuando termina el día, siento como si me hubiese pasado un tren por encima, y se lo hago saber a Emilia.

—¿Quedo relevado de mis tareas? —le pregunto esperanzado poniendo esa cara que a ella le resulta irresistible. Por lo menos cuando nuestro hijo lo hace. No estoy seguro de que yo obtenga los mismos resultados.

—No de todas —me responde y el corazón se me acelera, pero me hago el tonto.

—¿Estoy exonerado al menos de la odisea de bañar a Ivo?

Ella se quita la caperuza, despacio, y luego me dirige una mirada que me deja temblando.

—Digamos que yo bañaré a nuestro niño, y luego tú me bañarás a mí —me dice, atrevida. No puedo evitar recordar aquel día en que mi desesperación por romper el muro invisible que la separaba del mundo, me hizo cometer actos que aún hoy me avergüenzan. Tengo miedo de sonrojarme, y me vuelvo para ocultar cuan turbado estoy. Lo cierto es que aquello todavía me excita y me siento mal por ello. Bueno, no del todo... Caramba, soy un verdadero perverso y no lo sabía.

Bien dicen que “*en casa de herrero cuchillo de palo*”... Mi enfermedad tiene el mismo nombre que mi remedio: Emilia Fraga.

Y mientras ella hace dormir a nuestro hijo, el lobo la espera en su cama.

*Domingo por la madrugada:*

Hace mucho que no veo un amanecer como este. Es que yo colecciono ocasos más que nada, pero hoy soy presa de una extraña inquietud que me domina y no me permite dormir.

A Máximo no le pasa lo mismo esta vez. Atravesado en la cama boca abajo, desnudo e iluminado por la tenue luz del alba es la viva imagen de la belleza. Está pasando por su mejor momento, y lo sabe. Es consciente de ese encanto que ha ido creciendo luego de pasar la barrera de los cuarenta, y se aprovecha vilmente de él. Tiene más que claro que es capaz de conseguir cualquier cosa de mí con solamente mirarme...

Como hace un rato. Dejé a mi bebé durmiendo con Anouk y me marché de su habitación sin hacer ruido. Máximo me esperaba en la cama, y parecía haber sucumbido al cansancio, pues estaba semi acostado, y con los ojos cerrados. Me acerqué despacio y casi me muero del susto cuando me apresó una muñeca y me hizo caer boca abajo en la cama.

Como un depredador se tendió sobre mí para tenerme a su merced. Su aliento caliente y mentolado me golpeó el rostro cuando me susurró muy cerca del oído.

“¿Lista para tu baño, mi amor?”

No pude menos que asentir.

Minutos después, sus manos recorrían mi cuerpo en la ducha, y yo me derretía como un hielo al sol... Me bañó a conciencia. Se tardó una eternidad en mis pechos, en mis nalgas. Se quedó a vivir entre mis piernas... Como aquella vez en la bañera, introdujo sus dedos bien profundo

dentro de mí, dejándome sin aliento, y con la mente turbia por las sensaciones. Dejé caer mi cabeza hacia atrás y me apoyé en la mampara para no caer. Es que esta pasión me marea igual que hace casi cinco años, cuando lo conocí. Y también como el primer día, cuando abrí los ojos, vi la bondad en su bello rostro, y sentí que ese hombre podía preservarme de todo mal. Como entonces, él me pierde, él me salva...

Caí de rodillas y le mostré cuanto lo amaba. Lo vi temblar de placer cuando mi boca recorrió su pene y sus testículos, y mis manos se aferraron a sus nalgas musculosas para acercarlo más a mí. Y cuando las sensaciones amenazaban con obligarlo a romper el dique que a duras penas contenía, me hizo poner de pie y me penetró.

Con mis piernas en torno a su cintura, me embistió una y otra vez contra la pared alicatada, hasta que grité cuánto lo amaba y le pedí que me diera más.

“Cuidado con lo que pedís. Hoy hay luna llena y puede que me tengas aullando toda la noche encima tuyo...”, me dijo, con esa sensualidad de la que sólo él es capaz.

Y cumplió, vaya si lo hizo. Hasta hace un rato hicimos el amor en el baño, en la cama, en la alfombra, en la cama de nuevo... Estoy exhausta, pero aun así, no puedo entregarme al sueño.

Estoy... demasiado feliz, es eso. Me siento plena como nunca.

El amor de mi vida duerme junto a mí y me estremezco de sólo mirarlo. Mi pequeño lobito acaba de cumplir tres años y llena mi vida de luz. Me siento realizada personal y profesionalmente. Las heridas del pasado se terminaron de cerrar.

Mi balance es excelente, no puedo agregar ni un punto ni una coma a la historia de mi búsqueda de la felicidad.

Y de pronto sé que es lo que me pasa: quiero ponerle un cierre a esta bitácora. Ya no necesito escribir lo que me pasa para procesarlo mejor, o para conservar el recuerdo, pues todo lo llevo en mi cabeza y en mi corazón para siempre.

Pero voy a conservar este cuaderno, pues será la memoria de mi hijo. Durante mucho tiempo fue únicamente mía, pero ahora quiero dejársela a Ivo para que en el futuro sepa de dónde viene, por si necesita saber adónde va. Le presto mis recuerdos y mi visión de las cosas. Le presto la historia de amor que escribo día a día con su padre desde el momento en que se inició.

Y con ella le ofrezco mi corazón.

Le regalo el pasado que dio origen a su vida. A partir de ahora, el podrá almacenar sus propios recuerdos y elegirá registrar lo que pueda y quiera. Pero aquí tendrá el antes, el principio, el nacimiento del amor.

Es el momento de poner el punto final a este diario, pero no a nuestra historia. ¿Quién dijo que no existe la felicidad completa? Sí existe. Aquí está, y haremos lo que sea para conservarla.

Y si aparecen obstáculos, los derribaremos, porque con este amor somos capaces de todo. Con este amor, no hay imposibles, no existen los límites.

Con este amor no hay nada prohibido. Absolutamente nada...

*Mili*

## AGRADECIMIENTOS

Al Sr. H. Él sabe por qué.

A mis padres por su apoyo incondicional en cada nueva aventura que emprendo.

A H. Kramer por el plus. No me diste una mano, me diste las dos.

A Natalia Oreiro, la Emilia Fraga de mi imaginación. Nati, tenés un encanto fuera de este mundo, y por eso sos una estrella.

A mis lectoras y amigas de Facebook, por las palabras de aliento y por la difusión que le dan a cada una de mis novelas desde el inicio. Ese voto de confianza me impulsa a superarme para darles lo mejor de mí.

Una especial mención a las brujas del Aquelarre, a Yube Villegas, a Vicky Fraga, a Carolina Domínguez. No sigo nombrando porque la memoria es grande pero es pequeño el papel.

Y a los nuevos lectores les doy la bienvenida a mi mundo. Gracias por elegirme; espero no defraudarlos jamás.

*Mariel*